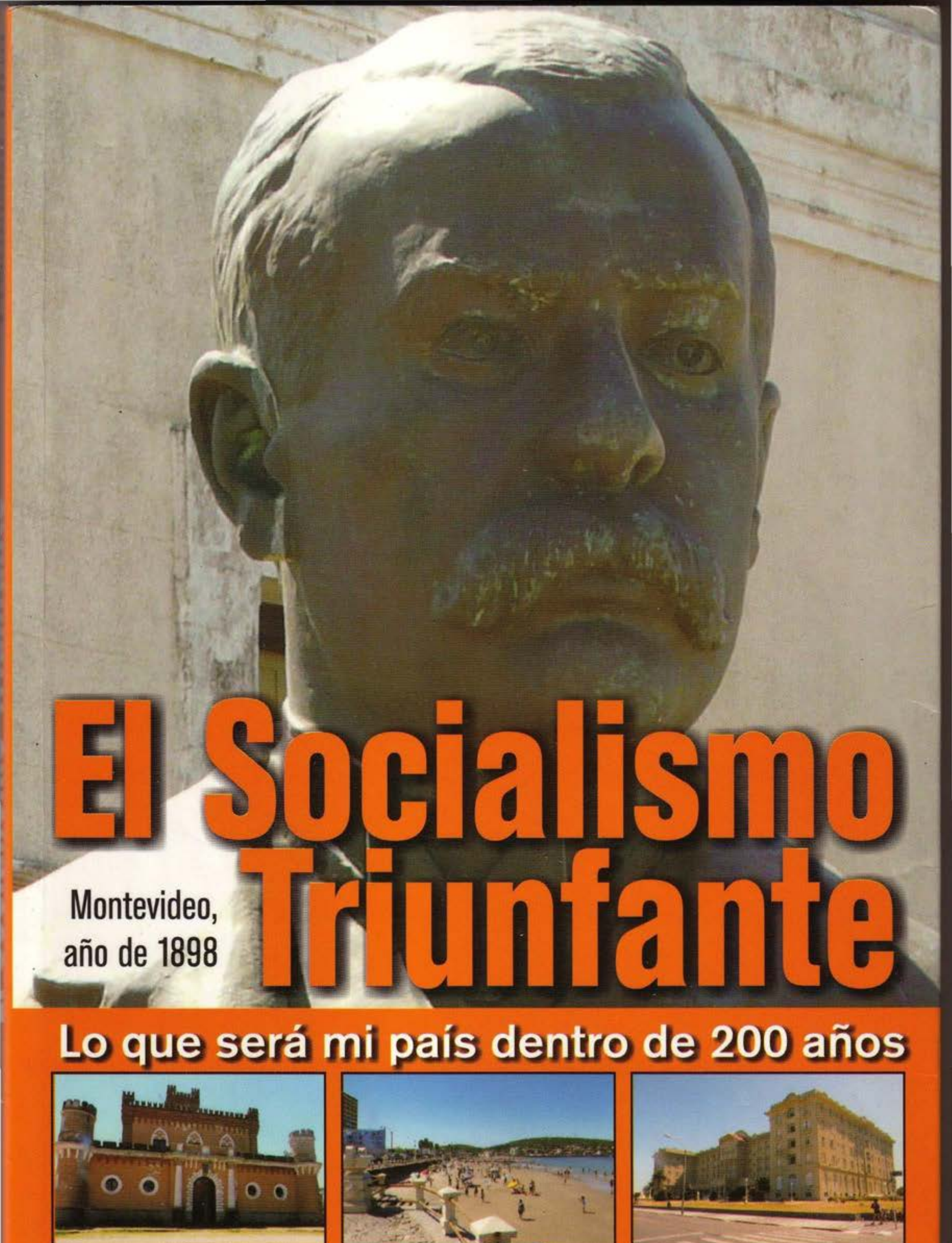
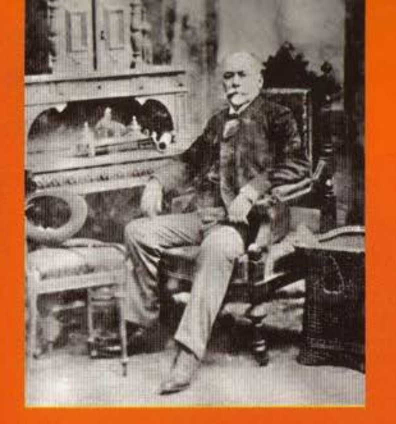


El Socialismo Triunfante

Montevideo, año de 1898

Lo que será mi país dentro de 200 años

Francisco Piria



Francisco Piria, empresario uruguayo, hijo de inmigrantes genoveses vio en Piriápolis, en sus morros y playas un camino de superación espiritual y la combinación de un buen negocio con los fundamentos esotéricos de la ciencia oculta.

Este hombre tan especial fue rematador, terrateniente, político y emprendedor turístico, pero también un maestro de la gran ciencia esotérica: la Alquimia.

Se instruye durante años con renombrados alquimistas europeos y en 1890 regresa a Uruguay buscando su lugar ideal. Lo encuentra al Sur del Pan de Azúcar, donde los morros encerraban la costa y permitían la más pura conjunción de energías.

Es así que decide que el armado de Piriápolis, su ciudad alquímica, sea de forma geométrica para captar en todo su esplendor su fuerza energética.

La hoja de ruta que todo viajero deberá seguir según su diseño es el siguiente:

1. Cerro San Antonio: subir las escaleras y llegar a la imagen de la virgen, rezar una oración y pedir ayuda para el resto del camino.

→

El Socialismo Triunfante

Francisco Piria

1ª edición: febrero de 2011

MC Importaciones Ltda.
Pablo de María 1167
CP 11213 Montevideo

Impreso en Uruguay - *Printed in Uruguay*
ISBN: 978-9974-8283-3-9
Depósito legal: 354.977 / 11
Edición amparada en el decreto 218/996 (Comisión del Papel)

Impreso por Zonalibro
Tel. (598) 2208 7819
Montevideo - Uruguay
E-mail: zonalibro@adinet.com.uy

El Socialismo Triunfante

Lo que será mi país dentro de 200 años

Francisco Piria

Montevideo, año de 1898

EL SOCIALISMO TRIUNFANTE

Expiraba el año 1897 cuando, después de un año de estadía en la India, donde un fakir me inició en los misterios de su preciosa ciencia, regresaba a mi patria, la República Oriental del Uruguay.

¡Cuánto había aprendido! ¡Qué revelaciones se me habían hecho! ¡Qué ciencia! ¡Y qué hombre! ¡Cuánta sabiduría! y sobre todo, ¡Qué profundos conocimientos había adquirido sobre las cosas que en mi país se juzgaban sobrenaturales, excuso decirlo!

Mi carácter, de común alegre, después de los misterios que había penetrado, me había abandonado: atravesaba por entre la humanidad con la misma indiferencia con que cruzaría por triste y solitario bosque; los hombres para mí no existían, los hechos más notables de mi época y que en torno mío se desarrollaban, no me llamaban la atención, estaba completamente absorto en mis ideas sobrenaturales, y mi sola y dominante preocupación era llevar a cabo el experimento que había presenciado en la India, y deseaba realizarlo in anima vile, como decían antaño los discípulos de Hipócrates. Preparé, al efecto, una caja de cristal herméticamente cerrada, con triple pared del mismo material, ordené todos mis asuntos, y después de haber arreglado mis disposiciones testamentarias bajo una reunión de sabios, - si es que así puede llamárseles a los rutineros del siglo XIX a que me refiero, -procedí a la operación.

No faltaron amigos que se opusieran a mi intento, ni médicos que reputaran una utopía la mía, pues éstos siempre calificaban así lo que no alcanzaban a comprender; y hubo hasta quien me tachó de desequilibrado. ¡En ese siglo! y hasta no faltó quien dijera que las autoridades debían oponerse a mi resolución; - recuerdo que alguien se atrevió a calificarme de suicida!

Mi resolución estaba tomada; yo era dueño de mí mismo, - y nadie tenía el derecho de prohibirme lo que no me podía conceder: el derecho de transportarme a fines del siglo XXI.

Procediendo, pues, con libre albedrío, entré en mi triple cuarto, destapé el frasquito de néctar que me dio el fakir, tomé su contenido y me acosté tranquilamente. Los movimientos de mi corazón fueron paralizándose gradualmente; la vida concentrada en este último baluarte, comenzó paulatinamente su marcha lenta y descendente, hasta llegar al punto indicado por los fakires, es decir, el de cinco pulsaciones por minuto, que es el momento en que se produce el sueño cataléptico, del que debía despertar dos siglos más tarde.

La Comisión de sabios cerró herméticamente las tres puertas, una después de otra, haciendo todo de manera como de antemano ya lo había dispuesto; cuando la temperatura llegó a 25 grados bajo cero, en el pequeño tubo de comunicación, cerróse herméticamente, y yo quedé completamente inmóvil.

En el contenido del frasquito que bebí, ¡había alimento para dos siglos! Todos se retiraron, creyendo que había pasado a mejor vida.

La gran caja de cristal fue depositada en una pieza de antemano dispuesta y...

¡MI PATRIA!
EL AÑO 2098

PRIMERA JORNADA

¡Qué lindo es el sol!

Fue mi primera exclamación cuando abrí los ojos, sorprendido al ver el inmenso número de personas que me rodeaban...

Como yo lo había indicado, 200 años después, el mismo día 1 ° de Enero, una Comisión de los más distinguidos ciudadanos, llenando todas las formalidades, procedieron a la apertura de la caja.

La primera sensación que sentí fue la de extrema debilidad, al mismo tiempo que un templado rayo de sol me arrullaba suavemente, cuando abrí los ojos y saludé con la imaginación al astro-rey.

Dos ancianos de simpática figura, de blanca y luenga barba ayudaron a levantarme suavemente, dirigiéndome las frases más tiernas.

Yo miraba todo, sorprendido; pero a fe mía que de nada me di cuenta en los primeros momentos. La gran cantidad de gente que me rodeaba mirábame como un ser extraño. No era para menos. Habían transcurrido doscientos años!!

A algunos les causaría sorpresa si estas cosas se dijeran en pleno siglo XIX, pero a los habitantes del siglo XXI nada de esto les sorprende, pues cosas mayores han visto con la más grande naturalidad y hasta indiferencia. ¿No hay animales de breve vida que duermen toda una estación sin alimentarse? ¿Qué habría de extraño que el hombre, que, como todos los animales, debe vivir ocho veces más del tiempo que necesita para desarrollarse, es decir, 200 años; qué extraño es, repito, que pueda, mediante el auxilio de la ciencia, prolongar su existencia, poner un paréntesis, adormecer, narcotizar todas las funciones del estómago, paralizar todos los gastos de fluidos, reducir a la más mínima expresión los movimientos del corazón, alimentar insensiblemente las arterias y prolongar en un estado de sopor e inmovilidad la existencia por un par de siglos?

Desgraciados los que han vivido en el siglo de la locura, pues no han visto más que espejismos; y toda la ciencia y progreso de que tanto blasonaron y por la que fueron ufanos los vivientes del siglo XIX, no fue más que el reflejo de los organismos desordenados de los habitantes de la tierra a fines de ese siglo de mentira, de farsa, de embuste y engaño!

¡Siglo de progreso!

Sí, pero de progreso nocivo.

Todos querían ver ese habitante del siglo de los locos, como más tarde supe que se les califica actualmente.

Yo había perdido la noción del tiempo. ¡No era para menos!

-Vamos, amigo mío, me dijo uno de los ancianos, estás entre los tuyos, no te asombre, estás en el Estado Cisplatino, tu patria!

Yo no comprendía nada, o mejor dicho, no me daba cuenta de nada.

Quise avanzar un paso, apoyado en los brazos de mis buenos acompañantes, pero no fue posible: las piernas no me sostenían, estaba completamente entumecido. Se me condujo en los brazos como a un niño a un pequeño carruaje que había inmediato, y apenas tocado un resorte, emprendió la marcha con una rapidez extraordinaria, sin oír más sensación que el de la leve brisa que acariciaba mi rostro. Yo ignoraba si andábamos por las calles o íbamos por el aire sin tocar el suelo.

Pocos minutos después habíamos salvado una distancia inmensa. Detúvose el vehículo, y mis buenos acompañantes me bajaron de él de la misma manera que me habían subido, conduciéndome a una magnífica casa.

Yo empezaba a revivir, mis miembros se desentumecían gradualmente, mi mente se iba despejando, mi vista se aclaraba, empezaba a sentir.

Ya podía sostenerme sobre mis piernas, y apoyado en el brazo de uno de los ancianos, penetré en la casa, subiendo la amplia escalinata de mármol. Una vez salvado el propileo, atravesamos un amplio corredor sostenido por columnas de mármol de un estilo completamente nuevo, pues ni al dórico, ni al corintio, ni a ninguno de los órdenes conocidos por mí antiguamente pertenecían. ¡Qué esbeltez de edificio! ¡Qué elegancia de columnas! ¡Qué capiteles hermosos!

-Amigo mío, me dijo uno de los ancianos, es necesario que un baño templado vuelva a tu cuerpo la elasticidad que le falta, que la circulación siga en perfecto curso y la vitalidad recobre su interrumpido dominio en todo tu ser.

-Gracias, señor, exclamé lleno de reconocimiento por la afable y paternal acogida del buen anciano.

-Aquí no hay señores, amigo mío, me observó el otro anciano; di amigos: tú has venido al mundo, puede decirse hoy, desde que has dormido mucho tiempo y te encuentras en otra sociedad muy distinta a la en que has pasado gran parte de tus días; hoy no hay señores, todos los hombres somos hermanos, y si quieres distinguirme, tutéame, que es la forma usual en los tiempos actuales.

-¿Podría saber en qué año estamos? pregunté recordando mi encierro voluntario, el fakir, y, en fin, el brebaje.

-Amigo Fernando, el año actual es el 2098!

-¡Cómo! exclamé sobresaltado. ¿He dormido, o mejor dicho, he permanecido aletargado 200 años?

-Cabalmente, repuso mirándome tranquila y suavemente, sonriendo el buen anciano.

-¿Y podrá usted hacerme el favor de decirme qué día es?

-Ya te he dicho que entre nosotros dos hay un tercero que sobra; si quieres hacerme un obsequio, suprime el usted de que tanto abusabais en tu triste época. Dime de tú.

-Bien, amigo, gracias, le dije estrechándole la mano; desearía saber en qué fecha del año estamos.

-Nuestros años no tienen fechas: hoy estamos en el solsticio de verano.

-Pero, no es eso lo que deseo saber; lo que yo te pregunto, buen amigo, es el día del mes.

-Nosotros no tenemos meses del año, como teníais en vuestra época, contestó el buen anciano. Nuestro año se divide en cuatro estaciones: Primavera, que simboliza nacimiento; Verano, que es la juventud; Otoño, que representa la edad viril; e Invierno, que es el final de la dulce estadía en este delicioso mundo.

-¿Delicioso mundo, has dicho? -Sí, hijo mío, delicioso mundo.

-Pero, ¿no es éste el mundo en que yo nací? ¿No es éste el valle de amarguras, de penas, de dolores, de desengaños, de sufrimientos, en que he vivido? ¿Acaso ha desaparecido el egoísmo humano?

-Sí, es el mundo en que has nacido, es el en que has vivido y en que los hombres, hasta la época en que tú viviste, y más tarde aún, convirtieron en todo lo malo que tú acabas de decir; pero que mucho después han cambiado los hijos de esos hombres, volviéndolo gradual y paulatinamente el más agradable mundo, como acabo de manifestártelo y que tanta sorpresa te ha causado. Pero, continuó, se conoce que tus nervios están en plena tensión; cálmate, no te impacientes, que tiempo te sobrará para saberlo todo; lo que ahora necesitas es descanso.

-Gracias, buen amigo, exclamé estrechando efusivamente las blancas manos de mi interlocutor.

En ese instante, una joven de ojos negros como el azabache, trigueña, esbelta y afable, se presentó en el umbral de la puerta de la pieza en que departía con el anciano.

-Salve, ¡oh padre! exclamó la joven doblando la rodilla ante el anciano, quien, poniéndole la diestra sobre la cabeza y dirigiendo la mirada al cielo, contestó:

-Que el Espíritu divino te inspire, hija mía.

Besó la joven la huesosa mano del padre, levantándose a la vez.

El viejo, recogiendo con la diestra la falda de su blanca túnica, extendió la izquierda a la joven, y avanzando hacia mí, exclamó:

-Fernando, sé bienvenido al seno de tus compatriotas los cisplatinos; aquí sólo encontrarás amistad, lealtad y cariño; esta joven es mi hija Rosa del Alba; ella será tu guía cuando mis ocupaciones no me permitan acompañarte; en ella encontrarás una leal amiga, una hermana.

Rosalba sonrió dulcemente, arrobando con su tierna mirada todo mi ser. Extendióme la mano, dióme un fuerte abrazo, estampando un dulce beso en mi mejilla, al mismo tiempo que me decía:

-Fernando, haré cuanto pueda por hacerte grata la estadía en el seno de nuestra familia.

Una doncella de quince años presentóse para avisar que el baño estaba preparado, ofreciéndome la mano para conducirme. Accediendo a sus instancias, apoyando mi brazo en el de Rosalba, y precedido por la doncella, me dirigí al baño.

Era éste un vasto salón, y en el centro, en el mismo. suelo, a nivel del piso, había la piscina, a la que se descendía por una escalinata de mármol rojo; todo el piso de mosaico, de mármol azulado el baño, y las paredes y cielo rasos tapizados con piedras del Salto y estelatitis, le daban un aspecto fantástico; en el mismo centro del techo, una ancha abertura daba entrada a los templados rayos del sol.

Retiróse Rosalba, diciendo a la criada:

-Mirta, ayuda a este buen amigo a despojarse de sus hábitos para que tome su baño, mientras yo voy a prepararle el traje nuevo con que debe sustituir el que lleva; y con una leve sonrisa, acompañada de un gracioso movimiento de cabeza, respondió la linda Mirta a la indicación de Rosalba. La joven se acercó a mí ¡y empezó a ayudarme a desvestir!

En vano traté de disuadirla para que tal no hiciera: no hubo forma; allá fue la levita, el chaleco; cuando quise acordar, me sacaba los calzones. Yo me quería morir de vergüenza; en vano quise resistirme: no hubo forma; y cuando quise acordar, sin más traje que el que había traído al mundo al nacer, descendí la escalinata de la gran piscina, llevado de la mano por la bella Mirta!

Ella lo hacía como la cosa más natural del mundo; y a fe que mirándolo con calma, y sobre todo con el criterio de la época actual, he concluido por creer naturalísimas muchísimas cosas que en la época en que viví parecían extravagantes, inmorales y sólo merecían censura.

Indudablemente los habitantes del siglo XIX eran unos grandes cretinos, llenos de pillería zorruna y no poca tontería. Se pagaban de las apariencias: en el fondo, la inmoralidad triunfante; a la vista, la hipocresía dominante.

Mirta al rato me invitó a salir.

Obedecí como un niño.

Tendió sobre ancha mesa de mármol, que estaba a cincuenta centímetros sobre el nivel del suelo, una sábana de finísimo lino, y me invitó a

extenderme sobre ella. Sacó de un armario de cristal engarzado en plata dos vasos de fina porcelana llenos de perfumes, y con una delicada esponja roció todo mi cuerpo.

Acto continuo, envolviéndome en mantel de fina lana y seda, me hizo pasar al pequeño tepidario, en donde al cabo de pocos minutos quedó seco mi cuerpo, exhalando la más pura ambrosía.

Rosalba se presentó trayendo mi nuevo traje; digo, con el nuevo traje que debía usar desde entonces.

Una túnica de fino lino cubría mis ropas interiores.

Una faja de seda blanca, amplia, rodeaba mi cintura; zapatos bajos encerraban mi pie dentro de fina media; y una pequeña y finísima manta de seda y lana, con franja griega, bordada en azul, pendía de mis hombros.

Mi traje verdadero fue enviado al Museo, en donde tuve el sentimiento de verlo más tarde.

Después que Rosalba me hubo ayudado a vestir, me condujo a la gran sala del refectorio.

Estaba ésta en el centro de la casa. Era una vasta pieza toda de bronce niquelado; digo, armazones de bronce y cristales de colores con espléndidos cuadros esmaltados alrededor, y a la altura de un metro una vasta jardinera rodeaba el salón y de ella salían millares de plantas tropicales de las más raras variedades, cubiertas todas de bellas flores. El techo se abría y cerraba según el tiempo y también según la estación; el calórico no faltaba cuando era necesario para mantener fija una temperatura agradable, pues supe más tarde que por medio de una insignificancia mensual que se abona al gran centro meteorológico, se tiene en las casas la temperatura que se quiere, tocando apenas un resorte, calor en invierno, fresco en verano y hasta fuertes corrientes de viento cuando se desean. En la cabecera, un chorro de agua saliendo con violencia de un ángulo, chocaba contra la paleta de bronce dorado que giraba sin cesar, y un fresco agradable saturaba el refectorio.

Mientras daba vueltas el eje las alas de la amplia rueda que estaba en comunicación con un aparato de música, ejecutaba los trozos más melodiosos de la época.

El desayuno fue breve: pan, fruta, leche y huevos. El anciano apareció al rato diciéndome:

-Mi querido Fernando, desentumecidos tus miembros y refocilado el estómago, te invito a hacer una breve excursión a pie para que hagas un poco de ejercicio, pues te será provechoso.

-Gracias, mi buen amigo; estoy a tus órdenes, le respondí.

Rosalba avanzó hasta ponerse a mi lado. Yo iba a darle la mano como se usaba tontamente en mi época; pero Temístocles, que así se llamaba el anciano, interrumpió nuestro mutismo, diciendo:

-Hijo mío, la mejor y más leal prueba de afecto en nuestra época, es el ósculo de paz, amistad y fraternidad. Cuando un joven se separa, aunque

sea momentáneamente, de una señorita a la que distingue, la mejor prueba de afecto y simpatía es un beso en la frente.

-Besa a Rosalba, y vamos.

La joven se había aproximado lentamente; alzó sus grandes ojos, que penetraron hasta el fondo de los míos, y con su dulce mirada, que pudo leer en el fondo de mi alma, abrazó todo mi ser, allegando a mi boca su pura frente, sobre la que deposité el beso más puro y casto.

Acompañado del buen anciano emprendimos la breve gira. Yo caminaba automáticamente, pues era tal la variación que en Montevideo se había operado, que quedaba absorto ante todo lo que veía.

Indudablemente los primeros días me pasaba a mí, ni más ni menos que lo que le habría pasado a cualquier habitante de la antigua y muy fidelísima ciudad de San Felipe y Santiago de fines del siglo XVIII, si a fines del siglo XIX, es decir, cien años después, se hubiera encontrado en Montevideo.

Las construcciones completamente cambiadas; ese estilo chabacano, híbrido y sin orden arquitectónico alguno de mi época, fruto del caletre de constructores de media cuchara, había desaparecido; los frentes de las casas eran tersos, pulidos, sencillos; predominaba en el exterior el orden pompeyano, las líneas rectas admirables se destacaban; casi todos los frentes eran de mármol y granito pulido; los edificios, la mayor parte, de un piso, pero alto, lo menos dos metros sobre el nivel de la calle, con su amplia escalinata al frente y preciosos jardines sobre lo que antiguamente llamaban azotea; las terrazas estilo babilónico, con jardines colgantes, predominaban. El piso de las calles era de mosaico, y gracias a Dios, ni tubos de gas ni cañerías, ni alambres flotantes que tan puercamente afeaban la ciudad a fines del siglo XIX, ya no se veían. El progreso, en su acelerado avance, como Saturno devoraba sus hijos, se había engullido sus producciones. Las ruedas de los vehículos, de goma; y excuso decir que todo era movido sin caballos.

Cruzaban en todas direcciones vehículos pequeños, elegantes, que servían de cargueros; pues la hora temprana estaba destinada a ese movimiento, que empezaba al esconderse el sol nocturno y duraba hasta las nueve de la mañana.

Durante el día, las calles centrales sólo están destinadas al movimiento de personas con sus respectivos carruajes, si así puede llamarse a una especie de canastos de alambre, niquelados unos y dorados otros, forrados de fina seda sostenidos por un eje de aluminio que descansa sobre dos ruedas del mismo metal, con llantas de goma, movidos eléctricamente algunos, mientras los más eran impulsados por el aire comprimido, que tantos beneficios ha reportado en la vida actual, según el invento hecho por el célebre Oscar Rossini a mediados de este siglo.

Gracias al invento de Rossini se ha podido resolver fácilmente la vialidad aérea, y últimamente, basado en el mismo invento, el ingeniero

Roberto Ascasio, de la facultad de Bahía Blanca, ha inventado el volador, o sea un pequeño carruaje aéreo, que remontándose a la altura que uno quiere, recorre el espacio con la velocidad de tres kilómetros por minuto.

Yo seguía recorriendo calles y plazas: todo era nuevo para mí, todo me causaba sorpresa extraordinaria. El buen anciano iba dándome explicaciones sobre cuanto veíamos.

-Este edificio que ves es el Palacio Gubernativo, dijo indicándome un vasto y suntuoso edificio de tres pisos, que ocupaba una extensión no menor de cuatro hectáreas.

-¿Podrías hacerme el servicio de decirme cómo se denomina esta calle, y en qué punto nos hallamos de la antigua ciudad de mi época?

-Esta calle conserva su nombre primitivo: se llama Avenida 18 de Julio, arranca de la Plaza Moralidad y termina en la Plaza Orden Público.

-Todo esto está bien, querido amigo; pero ¿qué plazas son ésas y en dónde están?

-La plaza Moralidad es la que en la época llamaban, Libertad, y la plaza Orden Público está en las inmediaciones de lo que ustedes llamaban Villa de la Unión; pues viviendo desunidos como vivíais, siendo una familia de cimarrones rabiosos, no puedo comprender, cada vez que pienso, ni darme cuenta de cómo podíais tener a las barbas de la ciudad una, villa que denominabais de la Unión; pero, prosiguió, es verdad que no vivía nadie en ella.

En tu época todo era alegórico, hijo mío; hoy todo es real; vosotros vivíais en medio de la mentira, del engaño, del fraude, de la envidia; todo lo malo lo encubríais con el antifaz de la hipocresía. Pero no conseguían su intento los hombres de tu época, pues unos a otros se conocían los defectos y sus vicios; no sabían reprimir sus pasiones, y casi siempre los más corrompidos, los más crápulas, los más cínicos eran los portaestandartes de la honradez, de la sinceridad, de la virtud! Hasta hablaban impunemente de patria, profanando su santo nombre aquellos mismos que pisoteaban las leyes, escarnecían a los ciudadanos, se mofaban de la opinión pública, violaban los derechos del pueblo por medio de los fraudes más inicuos, rastreros y atentatorios; se apoderaban en comandita de la cosa pública, que convertían en un feudo, invocando el nombre de partidos que sólo habían existido en el desgraciado período de las luchas que sucedieron al período de las pasiones incandescentes, después de la independencia de la patria. Cuando querían escalar los puestos públicos, cuando querían improvisar fortunas o conseguir una renta vitalicia, sacaban a relucir la momia apolillada del partidarismo, -¡ellos, los que a solas se reían de sus farsas! -y el pueblo era sacrificado de la manera más infame.

-Tienes razón, buen amigo, respondí. Ante mi memoria reposada y tranquila, al través de 200 años, veía desfilar los grandes comediantes y

titiriteros políticos de mi época. ¡Qué pequeños eran! ¡Dios mío! ¡Qué liliputienses!

-Hijo mío, me desvío del detalle que me pedías. El gran edificio que tú ves, es, como te decía, la Casa de Gobierno, la sede de los Doce; aquí estaba antiguamente un edificio que, según tengo entendido, sirvió de hospital para los italianos.

-Indudablemente estamos en el punto que se conocía por Tres Cruces, respondí. ¿Y ya no hay hospitales extranjeros en el país? me atreví a preguntar.

-No, esas instituciones que no tuvieron razón de ser nunca, ni en la triste época en que viviste, ya no existen.

El año 195 8, hace más de un Siglo, el Gran Congreso del Salto declaró la ciudadanía obligatoria para todo el que pisara los Estados Unidos del Río de la Plata, que en aquel tiempo los formaban la República Oriental del Uruguay, Entre Ríos y Corrientes. En 1960 aumentó la Confederación con la incorporación del Paraguay y en 1965 la Unión Americana fue proclamada en la ciudad de la Paz, capital de Bolivia. El año 1945 el general oriental Marco Lavalleja reconquistó de los Estados brasileros los territorios que el antiguo Imperio le había usurpado al Uruguay, y la victoria de Ibicuí coronó las fuerzas de nuestra República; un ejército de ciento ochenta mil orientales derrotó trescientos mil enemigos. La paz de Yaguarón selló la victoria; más tarde, todos los Estados de la América del Sud concurrieron por medio de sus representantes a la ciudad de la Paz, donde fue proclamada la Unión Sud- Americana, "Uno por todos y todos por uno". Éste fue el lema y sigue siéndolo, y no hay más peligro de que nadie se aparte de él, pues todos tienen interés en ello. Chile ya había devuelto los territorios tomados al Perú y Bolivia; pues esta última, debido al ferrocarril que atravesando el Chaco la puso en contacto con el Río de la Plata, aumentó notablemente su población y comercio, a tal punto que a mediados del siglo XX contaba una población de más de 15 millones de habitantes.

Hace 132 años que ese hecho memorable ha sellado la paz entre la familia de este hemisferio, y desde entonces la época de prosperidad se ha iniciado.

-¿Podrás decirme qué cantidad de habitantes tiene hoy nuestro país?

-Según el último censo, el Estado Cisplatino, que lo forman la antigua República Oriental del Uruguay y los territorios reconquistados, tiene veinte y dos millones de habitantes.

Yo quedé asombrado. Las palabras del viejo me parecían un sueño.

-¡Veinte y dos millones de habitantes! exclamé automáticamente, hablando conmigo mismo.

-No te asombre, hijo mío, díjome el buen anciano; los acontecimientos europeos han contribuido el siglo último poderosamente al desarrollo de la población de nuestra América.

-¿Podría saber cómo? pregunté.

-Antes de evacuar tu pregunta, debo completar otra respuesta que quedó trunca. Decíate que los hospitales extranjeros hace tiempo que no existen y nunca debieron existir en un país hospitalario como fue siempre el nuestro; ni debieron existir extranjeros, pues el hombre que nace en este planeta no puede ser extranjero en él. La patria del hombre no debió ser el terruño donde accidentalmente nacía, no; la patria debió ser el suelo en donde vivía, en donde trabajaba, en donde se formaba su hogar, en donde constituía una familia, en donde se hacía propietario, mejor dicho, en donde quiera que se arraigaba y habitaba: ésa era su patria.

Ésta es la fórmula del derecho universal de los tiempos modernos.

-¿Acaso en tu época, prosiguió mi interlocutor, había restricciones en los hospitales nacionales para recibir en ellos a los extranjeros que solicitaban el ingreso?

-Tienes razón, no las había.

-Pero, agregó el buen anciano, en cambio en tu menguada época se les obligaba a hacer profesión de fe respecto a una religión que no aceptaban y no profesaban algunos desdichados: la caridad imponiendo condiciones, exigiendo claudicaciones vergonzosas, que muchos hacían por la necesidad. ¡Era así tu época! y esa caridad se hacía con los dineros públicos, sin tener para eso en cuenta las creencias del pueblo que hacía los donativos!

-Es cierto, respondí bajando la mirada avergonzado.

-Y sin embargo, en tu época menguada se invocaba la libertad de conciencia! Teníais un hospital que sosteníais por medio de la caridad! ¡La caridad! ¡Qué sarcasmo! Cuando debíais decir por el vicio, la corrupción, por la degradación humana!

Yo sentía que la sangre gradualmente afluía a mi rostro, mis mejillas ardían, la austera palabra del anciano producía en mis mejillas el efecto de una bofetada. ¡Tenía razón!

-Por el vicio, prosiguió, pues siendo el juego el más degradante de todos, exceptuando la embriaguez, su digna compañera gemela, os servíais del juego para sostener los institutos de beneficencia; fomentabais el vicio para con su fruto alimentar la virtud! Empobrecíase al pueblo poniéndole el juego a la puerta del hogar, al alcance dela mano; y en vez de formar ciudadanos honrados, corrompíais al pobre para degradarlo por el infame vicio del juego.

Sin el ahorro no se concibe cómo podía existir la sociedad de tu época, aunque más tarde no fue ésa la vía que condujo a la humanidad al bienestar supremo que actualmente gozamos. El ahorro fue sólo una etapa en la gran evolución; mientras el Estado solamente era un despojador famélico insaciable; devorar dominando era su lema! Hoy ampara administrando.

Empobrecido el pueblo, era más fácil corromperlo; y si la tiranía y el despotismo encontraban fácil adaptación, echando hondas raíces allí en donde el pueblo trabajaba poco y gastaba poco a la vez viviendo en la miseria, otro tanto sucedía allí en donde ganando más y teniendo mayor trabajo, el impuesto se lo robaba todo, empobreciéndolo, fomentando el ocio y el embrutecimiento que producían el vicio del alcoholismo y el juego, preparando así el terreno en donde debía germinar el despotismo.

¡Blasonabais de libertad y erais verdaderos esclavos!

El edificio que tenía enfrente, destinado a Casa de Gobierno, abarcaba una extensión de no menos de cuarenta mil metros de superficie; amplio parque le rodeaba, cubierto de frondosos arbustos desconocidos en mi época, en que sólo se plantaban en las calles y raquíticos paseos públicos, plantas sin más mérito que el de ser traídas de otros países, muchas de ellas exóticas y la mayor parte mezquinas. Como más adelante me explicó el buen Temístocles, la inmensa variedad de árboles y arbustos que allí existían procedían de nuestra campaña: canelones gigantes, de verde follaje; sombra de toro, aruera, chirca, blanquillo, ceibos cubiertos con guirnaldas de flores rojas, y mil variedades. La hermosa envira, planta olvidada en mis tiempos, formaba alamedas bajas con una belleza extraordinaria, y de entre la flora de nuestros bosques transportada al bello parque, surgía el majestuoso edificio que servía de sede al Gobierno.

Su forma era completamente cuadrada; cada fachada medía alrededor de 200 metros; y una amplia y alta escalinata de granito lo circundaba. A los cinco metros del suelo estaba el último escalón. Una fila de columnas de granito de 15 metros de alto coronaba la escalinata, y amplia galería de 20 metros de ancho circundaba la base sobre la cual surgía el monumental edificio. En el centro estaban dispuestas las vastas salas que servían de sede al Gobierno del Estado Cisplatino.

El edificio en su exterior todo era de mármol, exceptuando la escalinata, columnas, cornizones y capiteles; los cornizones representaban en toda la circunferencia los hechos más notables de nuestra independencia en una faja de bronce de tres metros de altura, que circundaba el coronamiento. Esta monumental construcción fue ejecutada por el ingeniero cisplatino don Orestes Pereira, de la Facultad de Maldonado, el año 2064.

-No te invito para que entres, díjome Temístocles, porque deseo que antes de presentarte a las autoridades del país veas todos nuestros adelantos y puedas formarte una idea, sino exacta, al menos aproximada de la época actual. Y dicho esto posó suavemente el dedo sobre un botoncito de marfil de nuestro vehículo, el cual, alzándose suavemente de la superficie del suelo, emprendió la marcha lentamente.

Un minuto después se detenía.

-Descenderemos aquí un rato, me dijo el buen anciano, pues estamos en uno de nuestros primeros parques públicos.

En efecto, el sitio en donde nos hallábamos tenía todo el aspecto de un parque; las calles, eso sí, eran angostas, la vegetación exuberante; bajamos y emprendimos la marcha lentamente, pues mis fuerzas no me permitían aún hacer excesos y ellas volvían gradualmente.

Apoyado en el brazo de mi buen acompañante, seguimos la marcha por estrechas callejuelas y vericuetos completamente cubiertos de árboles que formaban bóveda herméticamente cerrada; de cuando en cuando cristalinos arroyos serpenteaban debajo de nuestros pies; millares de pájaros del país poblaban las ramas, y sus trinos daban encanto armonioso a la floresta.

Habíamos andado unas diez cuadras, cuando llegamos a la orilla de un gran estanque. Un viejo de luenga y marfilada barba estaba allí con una góndola de aluminio, sentado en la popa. Al vernos acercó su barquichuelo y a él descendimos con mi acompañante.

Ocupó el caronte su sitio, tomó los cordones de seda del imán, y tocando suavemente un botón, emprendió lentamente la marcha la embarcación.

Inmensa cantidad de cisnes blancos y rosados la seguían.

-¿Deseas música? preguntó un momento después el conductor.

-Sí, amigo, contestó Temístocles; toca una melodía de *Welite.*

Acababa de responder mi acompañante, cuando el gondolero tocó un pequeño resorte y dió principio a una melodía, la más suave, la más encantadora de cuanto idearon los músicos del porvenir en mi época.

La marcha del pequeño barquichuelo servía de motor suave al instrumento que embriagaba con sus melodiosas armonías.

Los cisnes y otros mil pájaros acuáticos de extraordinaria belleza, lo acompañaban en su lenta marcha.

Pequeños islotes diseminados en el lago, cubiertos de umbrosos sauces, cuyas cortinas de ramas bañábanse en las tranquilas y cristalinas aguas, deslizándose tranquilamente por debajo la leve barquilla, acompañándola el trino armonioso de los millares de pájaros que poblaban el parque mientras que infinidad de peces de los más brillantes colores seguían nuestro andar, y de trecho en trecho asomaba de las aguas alguna columna de mármol, sobre la que se ostentaba tan pronto una bella estatua, como un vaso de pórfido lleno de guirnaldas de bellas flores, mientras que inmensas bandas de pájaros endulzaban tanto encanto con sus gorjeos.

El conductor detuvo la marcha y cesó la melodía armoniosa. Estábamos frente a la entrada de una estupenda gruta construída en el mismo lago.

Saltó a tierra el gondolero, apretó un resorte, y la gruta quedó iluminada. - Seguimos la marcha. -Aquello era un sueño de hadas. Estalactitas de los más brillantes colores brillaban al reflejo de la luz electro - solar, que allí como en pleno día resplandecía.

Describir la belleza de aquella encantadora excursión es algo sobrenatural.

Cuando salimos eran las 16, hora del almuerzo.

Tomamos asiento en nuestro aéreo vehículo y nos dirigimos a la mansión de mi acompañante.

Ese espléndido parque abarca los terrenos que en mi época eran conocidos por *Potrero de Pereira*, y otros que desde la antigua localidad conocida por *Tres Cruces*, seguían hasta la que se llamaba *Quinta de Cibils*, y siguiendo el arroyo de los Pocitos hasta el mar.

Al regresar lo hicimos por la amplia avenida que, franjeada de frondosos y gigantescos plátanos, arranca de la encrucijada de las calles Constituyente y 18 de Julio y sigue en línea recta hasta los antiguos baños conocidos por playa de los Pocitos!

-En tus tiempos, díjome el buen Temístocles, se invertían los dineros del pueblo en reparto de las comanditas que trepaban al poder, y cuando se hacía algún raquítico paseo público, como el que denominabais *Prado*, era allá, al fin del mundo, para que sólo pudieran ir a gozar del aire del campo y de los paseos públicos los que menos lo necesitaban: los ricos; pues debido al excesivo precio del transporte eran inaccesibles para los pobres. Nosotros, más prácticos, hacemos los paseos públicos para aquellos que más los necesitan y los aprovechan: los pobres, como decían en tus tiempos; si bien en nuestra sociedad no hay tales pobres, pues todos tienen su pasar y viven muy felices. Y cuando el hombre de nada carece, se puede reputar rico.

-¿Y qué habéis hecho del Prado? le pregunté.

-Eso que ustedes llamaban Prado, lo hemos convertido en un Asilo de ancianos.

-Me llevarás algún día, porque deseo visitarlo, le dije.

-Tendré mucho gusto, y desde que eres mi huésped tengo el deber de enseñarte cuanto bueno y útil hemos hecho, y explicarte todo nuestro sistema actual de gobierno y administración.

En ese momento se detenía nuestro transporte a la puerta de la casa; descendimos, y el buen Temístocles, dándome la mano, me introdujo en ella.

Una señora de aspecto severo y de sencillísimo traje, nos esperaba. Era la señora Azucena, esposa de mi acompañante, a la que me presentó diciendo:

-Te presento a Fernando, nuestro huésped, nuestro amigo.

-Sé bienvenido en el seno de los nuestros, respondió la afable señora abrazándome y dándome un beso, que retribuí con el cariño con que un hijo puede besar a su madre.

Rosalba apareció al rato. Traía un ramo de frescas violetas, que me ofreció, presentándome al mismo tiempo su tersa frente, sobre la que imprimí un ósculo de cariñoso afecto

La cena fue frugal y sencilla, y como estaba rendido de cansancio, el buen viejo, comprendiéndolo así, me invitó a retirarme al aposento que se me había destinado, lo que hice con mucho agrado, después de despedirme con toda ternura de la familia de mi acompañante.

Atravesamos ancha galería, cuyas paredes estaban cubiertas de ricas pinturas y diseminados en el pavimento numerosos vasos llenos de flores.

Mi acompañante se detuvo, y señalándome una pieza completamente iluminada, indicóme el aposento que me había destinado.

Una cama de aluminio niquelado, un pequeño *bibelot* del mismo metal y cuatro taburetes de estilo pompeyano eran todo el mueblaje, amén de dos pequeñas mesitas del mismo metal, en forma de trípode, colocadas a los lados de la cabecera. Una percha invisible estaba dentro de un armario incrustado en la pared, el cual se abría tocando un pequeño resorte.

SEGUNDA JORNADA

El sol del nuevo día tendía sus tenues rayos cuando Rosalba abrió suavemente la puerta de cristal de mi pieza, a cuyo ruido abrí mis ojos.

-¡Dios sea contigo! exclamó con dulce voz la visión angélica que tenía delante de mí.

Sus ojos, grandes, llenos de luz, me miraban con toda la dulzura, con todo el poético imán con que una virgen beldad de diez y ocho años puede mirar a un mísero mortal. Yo no podía resistir su mirada; bajé confuso mi vista, contestando:

-Dios te acompañe; - fórmula usual que había observado durante el día anterior, se usaba entre los hombres. Rosalba venía envuelta en una túnica suelta, de fina lana blanca, de rectos y graciosos pliegues que le daban forma escultural; una pequeña franja griega, dorada, imperceptible, era el único adorno; amplio y liviano manto de crespón de seda sembrado de pequeñas violetas bordadas de relieve, llegábale hasta la rodilla; pequeñísimas sandalias de cuero de cocodrilo aprisionaban lascivamente su pie, el cual, al caminar, jugueteaba ligeramente con los rectos pliegues de su vestido; dos brazaletes de oro, lisos, anchos y relumbrantes, adornaban sus mórbidos y lácteos brazos, mientras que una diadema imperceptible de oro esmaltada en verde claro circundaba su abundante cabellera, que sujetaba un pequeño alfiler forma de estileto, y de plata; avanzó lentamente, y cuando estuvo junto a mi lecho, extendióme la mano, la que aprisioné entre las mías, y tentado estuve de besarla; pero no lo hice, pues no había visto aún besar la mano a nadie, de lo que deducía que esa costumbre de hipócrita adulonería de mi época había caído en desuso. Nuestra conversación fue breve; yo estaba anonadado, había perdido la costumbre de expresarme.

-Supongo que desearás levantarte, me dijo Rosalba al rato y como le indicara afirmativamente, prosiguió:

-Ahí, a la derecha, tienes el cuarto de baño todo dispuesto; no tienes más que empujar la puerta figurada y hacer la ablución en la piscina, y cuando necesites que te sirvan toca el llamador, que Mirta acudirá: te esperamos en el jardín. Media hora después tomaba mi desayuno en el jardín, debajo de los árboles, entre las flores, rodeado de toda clase de encantos, mientras toda una orquesta de variados pájaros cantaba al rededor nuestro.

Nuestro almuerzo consistió ese día en huevos pasados por agua, leche, bizcochos y miel helada en vez de manteca, y fruta.

El vehículo nos esperaba a la puerta.

Temístocles dió orden para que esa noche se pusieran dos cubiertos más en la mesa, porque tendríamos la visita de un amigo y la de un hijo suyo que llegaba de Panamá, de donde había salido esa misma mañana. El vehículo emprendió la marcha.

Yo no salía de mi estupor al ver tantas maravillas.

Ni remota idea quedaba, ni rastros de las casas de mi época. ¡Cómo había cambiado todo!

La calle 18 de Julio, desde la antigua plaza Libertad, en donde el último caudillo del siglo XIX erigió una estatua representando la libertad con una daga en la mano, hasta, concluir en el mar, tiene el ancho de la que fue plaza Independencia.

Aquella arquitectura sin pies ni cabeza de los edificios que circundaban la plaza Independencia, ha desaparecido. De aquellos edificios de cuerpo pequeño con piernas de gigante, sostenidos por columnas de ningún orden, no queda ni rastro: todo ha cambiado.

El año 2056, Eurípides Rosental, ingeniero oriental, vecino de Tacuarembó, después de haber cursado en el Politécnico de la ciudad de Artigas, en donde fue laureado con el premio de sobresaliente, presentó en concurso y obtuvo el premio por oposición de la confección de los planos y proyecto para el desventramiento de Montevideo. Como apenas había cumplido 21 años, el Superior Consejo de Instrucción Pública lo envió a viajar durante varios años para que visitara todo lo que habían producido los más esclarecidos ingenios humanos.

Al regreso dió principio a la gran obra, en la que se invirtieron ochenta millones de Artigas, y al cabo de seis años quedó terminado el gran paseo público, que desde la antigua plaza Libertad conduce al centro del puerto, suprimiendo el antiguo Cabildo, la que fue iglesia Matriz y todo cuanto encontró a su paso.

Vastos y monumentales edificios surgen de ambos costados, y amplia galería sostenida por columnas de granito, franjea la gran avenida desde su punto de arranque hasta el extremo opuesto.

El centro está cubierto de verde césped, plantas, árboles, flores y estatuas. Es un prolongado parque de 60 metros de ancho en toda su extensión, interrumpido sólo de distancia en distancia en los puntos en donde deben pasar las calles transversales.

En cada punto de éstos surge una estatua representando muchos de los genios benefactores de la humanidad de este siglo.

Fuera de la galería hay pequeños kioskos de cristal, en donde se venden flores, periódicos y juguetes para las criaturas. Oficinas de reclamos, anunciadores o pregoneros, sistema que ha dado el mejor resultado en estos tiempos, según me informó mi acompañante.

Yo estaba atónito ante tanta maravilla.

Ya no se oye el infame ruido de aquellos cascajos de tranvías de mi época, ni están las calles adoquinadas y llenas de rieles: todo ha desaparecido. El pavimento de la ciudad es mosaico todo. A las primeras horas del día, el gran riego en forma de lluvia, lava toda la ciudad, así que las calles brillan por su extraordinaria limpieza. Ni siquiera tenemos hoy las flechas en las bocacalles, que impedían en mi época los choques del vacío.

¡Qué edad de cretinismo ese siglo XIX, que llamábamos ampulosamente, dándonos el tono de saberlo todo, gran siglo de progreso! ¡Qué pequeño siglo! ¡Qué siglo de pigmeos!

-Apenas sabíais imitaros unos a los otros, y eso mismo lo hacíais siempre peor, -lo que demuestra el estado patológico de vuestra degeneración, -dijo Temístocles al hacerle yo presente algunos de nuestros errores de antaño.

Colocar en las estrechas calles de la ciudad vieja los rieles de tranvía y -en cada bocacalle un desvío, permitirles recorrerlas a los trenes en todas direcciones, no era otra cosa que concederles el absoluto dominio de la vía pública... y al mismo tiempo se colocaban flechas en las bocacalles para impedir que los carruajes, que *no tienen rieles* pudieran hacer lo que hacían los trenes! Y lo peor de todo, eso *Sucedía* en épocas que ni tránsito había!

-Y la iglesia Matriz ¿en dónde la habéis colocado? pregunté al buen patricio.

-Hijo mío, ya no tenemos las iglesias ni los templos de las distintas y múltiples religiones que en tu época había. El catolicismo sólo fue una forma de religión inventada por los hombres; ha hecho su época, cediendo al fin a la inclemencia de los tiempos, como cedieron las distintas religiones que le precedieron y que a su vez sucumbieron más tarde unas tras otras, como fatalmente se derrumba todo lo construido sobre el error, como sucumbe toda obra humana en la evolución continua.

Sólo el sentimiento religioso no puede sucumbir ni ser destruido, pues como obra divina, innato en el hombre, ha llegado a tal punto de perfección, que ha terminado por formar una religión científica. Las ciencias han hecho tanto camino, han avanzado tanto en este último siglo, que su apogeo es completo, y cual imponente torrente desbórdase la verdad, reduciendo a polvo los sueños fantásticos de antaño.

La base angular del catolicismo fue la Fe, que nunca fue otra cosa que la razón de las cosas no aparentes.

Religión, Justicia, Economía: todo ha estado siempre sujeto a la ley evolutiva del progreso.

No debió, pues, nunca tacharse de inconsecuente al hombre que mejorando evolucionaba, pues el que así no procedía era absolutista y por ende retrógrado; puesto que avanzando todo, como en efecto avanza, siempre evolucionando, aquel que se detiene aferrado a una idea, a un principio, a una doctrina o a un sistema, ése se queda rezagado, mientras el progreso siempre avanza destruyendo y creando.

Cada afirmación de filósofo provoca una negativa equivalente; cada ley deroga otra anterior, sentando de antemano la base de la que más tarde ha de derogarla.

Nada hay estable, fijo, inmóvil: la evolución continua es la ley del espíritu y de la materia.

El hombre se eleva en la virtud bajo el imperio de la razón, atraído por la soberana belleza que él mismo va creando, y destruyendo, y mejorando siempre.

Aquellas religiones, siguiendo la evolución de los tiempos, se hicieron liberales, y de ahí arranca su período, sino de decadencia, que, ya estaban en él en tu época, diremos de precipitación. Tenían en su seno demasiados gérmenes de retroceso que las hacían exóticas para la adaptación del ambiente nuevo. Como todo lo que nace, murieron de decrepitud. Sólo la verdad, encarnada en la personificación del sublime mártir del Gólgota, es la que no perece: es eterna; -y la figura del Galileo está entre los grandes genios de la humanidad, como lo verás cuando visites nuestro templo.

En nuestro siglo, la humanidad entera se ha encontrado al fin en el camino de la verdad: todos los pueblos son cristianos.

La religión de Cristo, como la de los grandes pensadores que le precedieron, es la que impera: ella aproximó a los hombres, y haciéndolo, realizó la fraternidad universal.

-Y la religión del Estado ¿cuál es? ¿No es acaso la católica? ¿La religión de nuestros padres?

-¡Cómo se conoce, hijo mío, que aún conservas el atavismo de tu desgraciado siglo! En tu época de tan decantada libertad, vivíais completamente amarrados desde la cuna a la peor de las esclavitudes. Erais libres en teoría; ¿en la práctica? ¡Santo Dios! llevabais a cuestas todos los errores de cien generaciones, los que aún aumentabais con los vuestros! Nosotros no profesamos más religión que la del deber; para nosotros la sociedad es una familia, la patria el mundo! A vosotros, al nacer se os imponía un nombre, se os afiliaba a una secta, se os educaba sin consultaros, y cuando llegabais a la edad viril, debíais muchas veces ejercitar una profesión que no era de vuestro agrado, desde que no habíais sido consultados para aprenderla, y contra vuestra inclinación debíais seguir.

Empezabais por ser esclavos de las formas sociales, en la que os amaestrabais y comenzabais a aprender a mentir y a engañar; pues vuestra sociedad, vuestros hombres y vuestra época así lo exigían. ¡Cuántos, a los que no les convenía ser católicos, se hacían protestantes! O no pudiendo ni conviniéndoles lo uno ni lo otro, se trocaban en liberales! Cuestión de nombre aparentemente, de interés en la realidad. Estas determinaciones dependían de la manera que conceptuabais más arreglada para abriros paso y luchar por la existencia; es decir: os acomodabais en donde encontrabais estar mejor trabajando ménos. Empezabais a abriros camino con el antifaz

de la mentira, y en esa senda, una vez puesto el hombre, va muy lejos. Cuando obteníais una posición, se batía palmas al Gobierno, aunque éste fuera un bribón... Cuando no se encontraba acomodo, se vociferaban improperios, aunque el que gobernara fuera un buen ciudadano y cumpliera con su deber. Así avanzabais en edad, perfeccionados en la mentira. Si el gobernante era liberal, lo combatían a sangre y fuego los católicos; y si era católico o cristiano, los liberales le tiraban piedras por la misma razón que a ellos se les combatía. Vivíais en continua lucha, sin tregua ni descanso, sembrando odios y rencores, cuya semilla caía al rededor vuestro y germinaba en el corazón de vuestros hijos, excepto cuando ellos con desapasionamiento y claro criterio se sobreponían a vuestro enceguecimiento!

Entonces aparecíais pequeñísimos a sus ojos, y de ahí nacía esa falta de respeto de hijos a padres que tanto se difundió en las postrimerías de tu siglo. Llegaba la edad en que el hombre se enamora de veras. ¡Vosotros os enamorabais de mentira! Para eso fingíais lo que no erais, os endeudabais con cuanto desgraciado permitía que lo trampearan; gastabais un tren que no estaba con arreglo a vuestra posición, y deslumbrabais con ese aparato fastuoso y vuestras mentiras a las mujeres, que a su vez os pagaban con la misma moneda.

Yo sentía que la indignación, fruto de mi irascible temperamento, como hijo de mi siglo, me dominaba por intervalos: no podía oír la verdad! pues como en mi época no se decía, ni a ello estaba avezado, sonaban mal en mi oído las frases de Temístocles. Sin embargo, comprendía que le sobraba razón para expresarse en la forma que lo hacía.

-Mi querido Fernando, prosiguió el buen anciano después de una leve pausa, a juzgar por el color de tus mejillas, parece que mis palabras no han sido de tu agrado; perdóname si te puedo haber ofendido; sé muy bien que no hay regla sin excepción, y reconozco que en tu época, así como había mucho malo, también no faltaba algo bueno.

Los hombres eran el fruto del medio ambiente en que se desarrollaban los acontecimientos, y así mismo, muchos, al obrar mal, lo hacían creyendo todo lo contrario. ¿De qué sirve que una semilla sea buena si se arroja en terreno estéril?

Y el terreno del corazón humano, en la edad en que tú vivías, era estéril completamente a todo sentimiento de amor y de lealtad, de cariño, de amistad. La verdad había sido desterrada, y la mentira, hija de la hipocresía y del egoísmo, imperaba, y ella sola se enseñoreaba en los espíritus.

Los buenos ciudadanos, las excelentes madres de familia, los buenos hijos eran plantas exóticas que a duras penas atravesaban esa época de desmoronamiento moral, conservando ileso en el sacrosanto fuego del hogar el amor, la religión y la caridad.

Con razón exclamaba un buen hombre, un excelente ciudadano de tu época: "Cuando salgo de mi casa, todo lo encuentro vacío! Cuando entro

en mi hogar encuentro la verdad; fuera del umbral de mis lares sólo hay una jauría de lobos hambrientos!" Esos lobos hambrientos eran los hombres de tu siglo en todo el planeta.

Prosiguiendo nuestro camino debajo de los amplios pórticos franjeados por columnas de granito, llegamos al punto de nacimiento de la gran avenida, en la parte Oeste de la antigua ciudad vieja, entre la prolongación de las calles Sarandí y Rincón, desde su punto de arranque donde antiguamente estaba el mar.

La ciudad en esa parte había avanzado unos quinientos metros hacia el mar, y el murallón de circunvalación, dando la vuelta al Sud, proseguía hasta terminar en el antiguo dique Mauá.

Yo no salía de mi asombro.

Comprendiéndolo así Temístocles, hizo leve pausa a su disertación sobre mi época y los hombres de fin del siglo XIX, y prosiguió diciendo:

-Te asombra el bello cuadro que ante tu vista tienes? Pues bien: esta obra fue realizada a principios del siglo xx.

Esa. estatua de bronce, a la que monumental peñasco le sirve de pedestal, que ves ahí, es la del ingeniero oriental Leonardo Aparicio, dijo, enseñándome con la tendida diestra un hermoso monumento.

Fue el autor y ejecutor de esta obra grandiosa. Las sociedades anónimas que en tu edad se fundaban, por lo general para entregar al pueblo papeles sucios y mojados en cambio del dinero efectivo que con sus economías aquél había ahorrado, destruyendo así las bases de toda asociación, símbolo fiel de la anarquía social y económica de tu época, minando en su base inicuamente las fuerzas colectivas de toda una nación, retardando todo progreso y haciendo imposible cualquiera iniciativa, por más noble y levantada que fuese; un cuarto de siglo más tarde de tu época, la Sociedad Fomento Criollo, compuesta de elementos nacionales, echó las bases sólidas de su estabilidad; arraigó en el pueblo la confianza y la convicción de su patriótica iniciativa. Abrió grandes ideales con ánimo levantado y con hombres al frente de acrisolada honradez y sano criterio, iniciando la primera obra del derrumbamiento de una parte del Montevideo antiguo, promoviendo grandes iniciativas, dando ocupación a miles de obreros, reportando inmensos beneficios al país, mejorando desde el punto de vista higiénico y a la vez estético, una parte de la asquerosa ciudad vieja, reportando a la vez inmensos beneficios a sus asociados, obteniendo lucros tan extraordinarios, que sus acciones de a 100 $ nominales cada una, llegaron a valer *cinco mil pesos*!

Yo estaba atónito y pequeño ante tales resultados, no concebidos ni soñados en mi época, si bien es cierto que en ese entonces, cuando se fundaba una sociedad fomentística, se empezaba a retirar a título de prima, una parte de las supuestas ganancias futuras que nunca llegaban a realizarse; resultando, pues, que los fundadores empezaban por repartirse centena-

res de miles de pesos de los desgraciados accionistas, y todo ello por haber *copiado* malamente sus estatutos de cualquiera otra sociedad, cosa la más sencilla de hacer y también de aprobar, desde que no se oponían a la ley.

En mi época, las sociedades anónimas las fundaban por lo regular todos aquellos que, no teniendo nada, conspiraban contra los intereses de los que tenían algo. Algunas veces hasta las realizaban inconscientemente con buen fin personas honestas. La misión de las sociedades anónimas en el Río de la Plata a fines del siglo XIX, fue: arrancar el capital a los que lo habían formado a fuerza de sacrificios y economías, y repartirlo a la marchanta entre los zánganos de la colmena humana.

-¿Podrías decirme cuáles fueron las grandes obras que inició el Fomento Criollo a que aludes, Temístocles?

-A eso voy, amigo mío. Como te decía, durante el primer cuarto del siglo XX, se formó esa Sociedad.

Era Ministro de Fomento en esa época Rodolfo Fierro, hombre de grandes iniciativas y verdadero carácter emprendedor, de ideales tan vastos, que bien se podía decir que se adelantó más de un siglo a su época. Si la Sociedad Fomento Criollo realizó tan vastas obras, se lo debe en gran parte al Ministro Fierro, su iniciador, quien, en sus grandes concepciones, dióle el gran impulso, y secundóla en cuanto se lo permitía su esfera de acción,

Pero dejemos las grandes obras realizadas por el Ministro, de quien nos ocuparemos más adelante, y pasemos a las que se llevaron a cabo por el gran "Fomento Criollo".

Por medio de una ley solicitó y obtuvo la expropiación de toda la zona de la ciudad vieja comprendida desde la calle Reconquista y prolongación al mar hasta la calle Florida, comprendiendo la zona al Oeste de la calle Guaraní al mar.

Proponía expropiar, abonando a tasación, todos los terrenos y casas encerrados dentro de los indicados límites.

Solicitaba todos los terrenos fiscales que pudiera tomar al mar al Sud y Oeste. Se obligaba a levantar el nivel de la parte en que avanzaría sobre el mar, al de la calle Reconquista y Guaraní. Construiría un canal en la parte Sud, de Este a Oeste, de cien metros de ancho por 1500 de largo, entregando al Estado, durante los Primeros 50 años de explotación, una cuarta parte de las utilidades, durante los 50 años siguientes la mitad, y al llegar a los cien años pasaba el canal a ser propiedad del Estado.

Alrededor de este espléndido dock se comprometía a hacer un gran paseo en toda la costa, de 80 metros de ancho. Ahí tienes la obra, dijo el viejo deteniéndose.

Acabábamos de dar vuelta al ángulo Sudoeste, y ante mi mirada atónita se presentaban el dilatado dock, los grandes depósitos, el grandioso parque, el canal lleno de buques.

¡Qué movimiento!

¡Cuánta vida! Yo estaba extraordinariamente asombrado. La edificación que franjeaba el parque era esbelta, suelta; casi todos los edificios de tres pisos, con jardines colgantes de extraordinaria belleza, circundados por calles espaciosas; cada edificio era poco más o menos un cuarto de nuestras manzanas antiguas, rodeado de calles con cuatro frentes, es decir, cincuenta metros de cada costado. Los frentes, todos de granito y mármol; abundando el orden de columnas de rico pórfido, que con tanta abundancia lo había en el país y se ignoraba en mi época.

-Esa fue la primera obra de la Sociedad Fomento Criollo, y hecha esta gran obra lanzóse de lleno a la colonización, reportando con ello al país innumerables beneficios.

El sol descendía lentamente en lontananza, entre las tenues brumas formadas en el horizonte por espléndida tarde de estío. Numerosos barquichuelos de aluminio, impulsados por el aire comprimido, recorrían la bahía en todas direcciones, tripulados por paseantes. Otros mayores, con espléndidos toldos de colores, surcaban el trayecto que divide Montevideo del Cerro, cargados de pasajeros, y al emprender la marcha, el movimiento impulsor servía para dar rienda suelta a los grandes aparatos de música que cada uno llevaba. Uno, diez, cien y mil más emprendían la marcha. El puerto nuevo estaba cuajado de buques de todas clases, y en el centro de la bahía, entre el Cerro y la ciudad, sobre gigantesco peñasco de rocas batidas por el mar, a cuyo pie revoloteaban millares de blancas gaviotas confundidas con la espuma de las olas, surgía imponente la colosal estatua de la Confederación, que con una antorcha colosal de color azul en la mano derecha, alumbraba el vasto estuario.

La noche avanzaba lentamente. Temístocles se detuvo junto a uno de los kioscos de la gran avenida, tocó un botón, y medio minuto después un pequeño vehículo de tres ruedas, guiado por una señorita, se detuvo al lado nuestro.

Tomamos asiento en él, y confundidos entre el millar de vehículos de igual género, atravesamos la gran avenida en medio del bullicio y la algazara que formaban no menos de cincuenta mil transeúntes que allí estaban reunidos. Excuso decir que aun cuando era de noche, estábamos en pleno día. Los progresos de este siglo han suprimido las noches: el sol alumbra siempre. Se ha aprovechado lo que en mi época no era conocido, pero que indudablemente lo conoció, comprendió y aprovechó Arquímedes!

Serían las ocho de la tarde cuando regresamos al hogar. Un joven de alta estatura, que frisaría en los 25 años, todo afeitado, de aspecto varonil de simpática figura, esperaba en la parte alta de la escalinata.

Vestía una hermosa túnica violácea sujeta al cuerpo por amplio cinturón de escamas de fino y relumbrante acero. Al vernos descendió rápidamente, y al llegar a nosotros inclinó respetuosamente la frente. Temístocles extendió la diestra mano, y posándola sobre la cabeza del joven, exclamó:

-Que el Espíritu Universal sea contigo, hijo mío. Levantó éste la faz, abrazándose padre e hijo, dándose a la vez un fuerte y cariñoso beso.

Tomó el buen anciano de la mano al joven, y dirigiéndose a mí:

-Fernando, me dijo, te presento a mi hijo Orestes; y al mismo tiempo, volviéndose a éste, dijo:

-Fernando, nuestro huésped, nuestro amigo, y de hoy en adelante un hermano tuyo. Quiéranse como se quieren los hombres de este siglo y que el Ser Supremo os inspire.

Yo abracé y besé, y fui a la vez abrazado y besado por el hijo de mi protector, el hermano de la encantadora Rosalba.

La casa estaba iluminada a sol, como se iluminan las casas en este siglo; ya no tenemos esa incómoda y vetusta luz eléctrica de antaño. -Gracias al invento de Roberto Oliveira, sabio químico de Pernambuco, el alumbrado público y particular nada cuesta, y mediante pequeños condensadores que están al alcance de todos, puede uno proveerse de la luz solar que necesita para el uso particular - decíame Temístocles al ver mí asombro, mientras les preguntaba de dónde provenía la hermosa luz que por todas partes irradiaban la ciudad, negocios y casas particulares.

-Hijo mío, no te asombre el invento de Oliveira: ¿acaso no teníais vosotros aparatos que encerraban la voz humana; la voz humana, que es intangible? ¿Qué extraño es que nosotros tengamos los rayos solares, que lo son?

El gran peristilo estaba completamente iluminado; más que de noche, parecía que estábamos en pleno día de verano, en una hermosa mañana de estío. Y en medio de aquella claridad exuberante, de aquel ambiente templado, centenares de vasos de ricas flores, entre las que predominaban las rosas, embalsamaban el ambiente con los gratos perfumes que exhalaban.

Varios amigos de Temístocles y Orestes departían amigablemente sentados sobre pequeños sillones de figura X, tapizados de fino cuero de yacaré perfumado.

Al rato la dueña de casa hizo avisar que la cena estaba pronta.

Precedidos por nuestros huéspedes, pasamos al comedor. Las hojas de aluminio fueron impulsadas por el chorro de agua perfumada que, estrellándose en ella, refrescaban la atmósfera, mientras el eje daba movimiento al engranaje suavemente, haciéndonos oír una dulce y la más suave de las melodías de Míguellí.

La cena fue sencilla; allí no había esas porquerías de salsas con que se estragaba el estómago la generación del siglo XIX; pescado, carnes asadas, legumbres al natural o ligeramente cocidas, abundantes frutas, queso, manteca, leche, poquísimos vinos, pero selectos, y te; el pan era lo único que no se había modificado del. titulado siglo de progreso, pero bajo otra forma: lo constituían pequeños rolletes amasados con manteca y del grueso de un

dedo, bastante tostado y fácil de digerir. Cada comensal tenía a su frente una canastita de plata afiligranada llena de panes de esa especie.

Durante la comida se habló de muchas cosas que, a decir verdad, yo nada entendía. Y esto no era de extrañar, dada mí calidad de habitante del siglo XIX! es decir, con todos los usos, costumbres y modales de mi época.

Para darnos una idea remota de mi situación, bastaría suponer que un habitante de nuestro país de principios del siglo pasado, cuando Montevideo lo constituían uno que otro rancho y en el centro la antigua ciudadela, que más tarde fue transformada en mercado y que después derribó Latorre, convirtiéndola en plaza pública; si un habitante de aquella época, digo, siglo y medio atrás, hubiera podido levantarse de su tumba y encontrarse de improviso en Montevideo de fines del siglo XIX, espléndida ciudad, inmensa, dilatada, rodeada de bosques, cruzadas sus calles por tranvías en todas direcciones y por los aires aprisionada por miles de hilos de alambre y pequeños cables, viendo nuestras calles adoquinadas, nuestros trajes, nuestras costumbres, el grado de adelanto material que habíamos alcanzado, el confort en el vivir, la elegancia en el vestir, que con tanta coquetería descollaban las nietas de aquellos antiguos colonos, - las familias patricias con sus ribetes de nobleza, nietos de aquellos tataranietos de los pobres labradores que colonizaron las chacras del Cordón y de la Aguada, -los teléfonos, los telégrafos, la ópera, el vapor y la luz eléctrica, y paremos de contar, indudablemente todas esas cosas nuevas para él, sin comprender nada, ignorándolo todo y no pudiendo dar fe sino de aquello que viera y se le explicara; de la misma manera, yo, transportado al año 2098, es decir 200 años más tarde, no podía comprender la mayor parte de lo que oía a mi al rededor ni darme cuenta de cuanto veía.

¡Y eso que en esos 200 años el mundo había realizado el gran vuelco!

A cada momento recurría al buen Temístocles, quien me explicaba cuanto deseaba saber y no podía entender.

En el curso de la conversación, se habló, entre otras cosas, de las grandes cosechas que ese año produciría el África.

Telémaco González dijo que hacía pocos momentos había hablado con su socio, que tiene una gran casa en Tum- buctú, quien le comunicaba que el año actual es tal y tanta la cosecha de arroz en el África, que se calculaba poder vender a 50 centavos el quintal de ese producto, y que tal vez no fuera posible el consumo en todo el año de lo que va a producir la región faraónica.

-¿Qué región es esa? pregunté a Temístocles.

Pero Telémaco, dándose por interrogado, respondióme:

-Amigo Fernando, tú eres para nosotros ni más ni menos que un ciego de nacimiento a quien se le acaba de dar la vista en plena edad adulta: ha oído hablar de muchas cosas, pero al verlas no las conoce ni comprende. Debes saber que el África es hoy una región pobladísima;

que la civilización ha sentado en ella sus reales, y que en donde hasta tu época sólo imperaba el desierto, este ha desaparecido por completo después de la gran invasión.

-Yo sabía tanto como antes! No comprendía nada.

Y entendiólo así, en efecto, González, cuando prosiguió diciendo:

-Hay ciertos hechos en los que se ve claramente marcado el impulso del Ser Supremo: los hombres marchan inconscientemente hacia la solución de grandes problemas siendo simples factores. El hombre que marcha con un programa fijo a realizar, es un imbécil; lo imprevisto es la lógica de la vida, y los grandes problemas se resuelven solamente por influencia de fuerzas superiores que él no concibe ni comprende, las que lo convierten en simple factor, arrastrando la oleada humana como el vendaval furioso arrastra en su fiero impulso las hojas que del árbol se desprenden. Arriba de la inteligencia humana está la universal: la del Ser Supremo. A fines del siglo XIX todas las naciones europeas extendieron sus dominios sobre las costas africanas. ¿Qué iban a buscar? ¿Iban a colonizar? No, pues la colonización es contraproducente; todos los pueblos que surgían en pos del impulso colonizador de una nación de otro continente llevaban el virus de la independencia. Eran las colonias para las naciones, lo que los hijos para los padres: adolescentes, producían gastos; cuando llegaban a la edad viril, cuando ya podían y debían ayudar a los, padres, se declaraban independientes y no sufrían la tutela de nadie.

La Europa iba avanzando sus dominios en el africano suelo. Cuando se repartieron las costas, empezó la invasión interior. Iban invocando el pretexto de civilizar! Santo Dios! Ellos iban a civilizar llevando el germen de las corrupciones de treinta siglos! en medio de los que languidecían esas razas degeneradas La degeneración aumentaba de día en día, las enfermedades de la sangre y el alcoholismo, con todo su séquito de perturbaciones, habían hecho de la raza de tus padres una generación decrépita, neurótica, con toda su retahíla de males inmorales. La Europa necesitaba una cura radical, y la Providencia señaló a las Naciones el derrotero que lentamente debían emprender y seguir.

Mucho de verdad por mí conocida había en las palabras de González, pero yo aún no comprendía nada.

Una lucha tremenda enseñó a la China que había llegado la hora de su resurrección. A principios del siglo xx, el príncipe belicoso Ta-ki-tay emprendió la gran reforma social y militar. Millares de asiáticos fueron enviados a Europa para aprender todos los oficios que ejercían los europeos, mientras que en el interior del país se organizaban las milicias con arreglo a los más adelantados sistemas.

Pocos años después, inmensa flota de buques, procedentes de la India, traían al continente europeo productos indianos similares a los que Francia, Alemania, Inglaterra, Italia y demás naciones europeas producían.

En vano se imponían fuertes derechos aduaneros: no se podía resistir el empuje; pues el asiático, con su medio de vivir miserable, producía artículos por menos de la décima parte de los que fabricaban los europeos. Así que todas las manufacturas cayeron de una manera espantosa, y los europeos, al proveerse para su consumo de artículos asiáticos, no hacían más que quitarse el trabajo, reduciéndose todos insensiblemente a la más completa inacción y a la más tremenda miseria. El período fue breve, pero la raza mongola lo supo aprovechar, y los millones que había acumulado la Europa, en menos de una década pasaron al continente asiático. Las finanzas europeas fueron amenazadas por una tremenda crisis, la bancarrota fue general, los pueblos, languidecían en la mayor miseria.

La Inglaterra había perdido sus caudales; y sus minas de carbón, que durante tanto tiempo derramo por todo el orbe en cambio del oro que acumuló en sus bancos, ya no le servían para nada: las fábricas se cerraron todas como por encanto.

Una resolución suprema se imponía como consecuencia lógica, y no se hizo esperar.

Por otra parte, una pequeña desviación del polo Norte, tocado indudablemente por el dedo de la Providencia, si se me permite la figura, hizo casi imposible la vida en Rusia; y allí, hacinados en lo que quedaba de habitable en esa fría región, estaban cien millones de seres humanos prontos a romper la valla, a huir del frío.

La Italia, España, Portugal y Francia, se unen en alianza con la Inglaterra para resistir la avalancha.

Esta confederación fue la que dio el grito de alarma, cerrando los puertos a todo producto indiano.

Las demás naciones, por instinto de propia conservación, imitaron el ejemplo.

Desgraciadamente ya era tarde!

La raza mongólica estaba en pleno apogeo: rica de hombres y, dinero, formó una imponente Confederación, y aunando doscientos millones de soldados invadió la Europa por la frontera de Rusia; ésta, no pudiendo resistir el tremendo empuje, se echó sobre Alemania, Austria - Hungría, Bulgaria; Rumania y, demás estados limítrofes, formándose así la Confederación Nórdica. Fue en ese momento que se decretó la Unión Germánica, arrastrando en pos de sí a las naciones que acababan de confederarse.

La Confederación latino-sajona, no pudiendo resistir al doble empuje, emigró al África, después de haber dado la gran batalla campal que se llamó del Caspio; en donde murieron más de veinte millones de chinos y como treinta millones de los coaligados.

La guerra a estos invasores fue horrible: se les envenenaba la comida y las aguas por donde quiera que debían pasar. La mortalidad era inmensa. El entrevero de las razas europeas fue extraordinario, y de ahí surgió la nueva

generación. La gran guerra duró tres años, y se habría eternizado a no ser por el invento de Yarnoki.

-¿Y cuál fue el invento? pregunté.

-La bala bomba explosiva, contestó González, que, al chocar con un cuerpo, resultaba envenenado el ambiente en una circunferencia de cien metros: todo ser viviente quedaba muerto instantáneamente. Después de tres años de lucha, en quince días terminó la guerra el gran Yamoki, al mando de 200 hombres!

Este sabio, con su notable invento, había puesto fin a las guerras.

De los doscientos millones de chinos, apenas unos quinientos mil hombres pudieron *reempatriarse*. La guerra siguió hasta los últimos confines de la India, que fue aniquilada y destruida completamente. El gran Yarnoki murió asesinado por una joven japonesa, la que vengó en él la destrucción de su nacionalidad, perdiéndose así el gran secreto del sabio.

-¿Y quién ocupa esos territorios? pregunte ávido de saber el desenlace de tan tremenda lucha.

-La República Rusa, contestó Orestes.

Terminada la gran guerra, todas las naciones volvieron a sus dominios; pero el impulso ya le había sido dado al África, se había inundado el Sahara y la civilización dominaba el continente. Del conjunto de la civilización de las naciones europeas, emprendido a fines de esa época, surgió la gran Confederación africana, que actualmente cuenta más de cuatrocientos cincuenta millones de habitantes.

Yo estaba atónito ante la narración de hechos tan culminantes.

-Fue durante ese período que tomó gran impulso la emigración al Río de la Plata, prosiguió diciendo mi interlocutor.

-Amigos míos, interrumpió Temístocles, ya le sobrará tiempo a Fernando para enterarse de las grandes evoluciones. Si ustedes gustan, pasemos a tomar un néctar al salón de música.

Los comensales no se hicieron de rogar, y precedidos por nuestros huéspedes, pasamos al salón de música.

Era éste una pequeña pieza cuyas paredes estaban cubiertas de una luciente hoja metálica; pequeños divanes diseminados en todas direcciones, y al lado de cada diván una mesita de alabastro en forma de estantes debajo, en donde había abundantes periódicos.

Sobre cada mesa una pipa turca, un tarro de alabastro lleno de tabaco y una caja de cigarros.

-Ya veo, dije dirigiéndome a Orestes, que aunque preconizado en todos los tonos en mi época, como nocivo a la salud el uso del tabaco, a pesar de haber transcurrido doscientos años no os habéis podido sustraer a su influjo.

-Es que los vicios humanos, una vez adquiridos no se pueden extirpar, pero sí modificar lentamente; y entonces, lo que abusando fue vicio y

como tal nocivo, usándolo es placer y agradable, respondióme el joven. Vosotros fumabais mal y bebíais peor; según leo en las crónicas de tu tiempo, la juventud se estragaba en medio de los placeres abusando: dejaban, pues, de ser placeres, desde que el abuso prolongado del placer engendra el dolor. En efecto: ¿qué otra cosa es el dolor sino un placer violento? Jóvenes había en tu tiempo que hacían gala del vicio: repugnaban. Todo es cuestión de épocas, de ambiente, de costumbre. Nuestra juventud hace gala de virtud: es estimada y agrada. Nosotros fumamos, tomarnos licores, bebemos excelentes vinos de todas partes del mundo, hasta el néctar africano; pero no abusamos de ellos: el abuso del placer engendra náuseas a los sentidos delicados. Esto lo sabe nuestra generación, y un joven que se entrega al vicio es conocido por el *Tribunal de Moralidad Pública*, amonestado al principio; y desgraciado de él si no se corrige, pues es un leproso en nuestra sociedad.

-¿Qué Tribunal es ese que has nombrado? pregunté.

-Ya te lo explicaré oportunamente, dijo Temístocles. Ahora no es el, momento: nos sobra tiempo.

-Nuestro tabaco, por otra parte, no sólo es inofensivo, sino que es tónico, es higiénico, y en vez de ser una amenaza para la salud como lo usabais vosotros, para nosotros es útil y agradable, siendo un bálsamo para las cuerdas vocales. En tu edad los médicos lo prohibían a los que sufrían de la garganta: producía alteraciones en el sistema nervioso, daño al corazón y a la vista. Hoy, en cambio, se les receta a los que sufren de esas afecciones.

-Indudablemente ustedes han cambiado al hombre! exclamé yo.

-No simplemente hemos corregido el vicio. Pero, repuse, si el tabaco contiene el veneno que producía todas esas alteraciones en mi época, convengamos en que si el uso del veneno en grandes cantidades es malo, no lo es menos tomándolo en regular dosis como lo hacéis vosotros; el envenenamiento, aunque más lento, no por eso dejará de producirse: todo es cuestión de tiempo.

-Es que... iba a observar González, cuando sin interrumpir el curso de la conversación, proseguí diciendo:

-Ruégote, Telémaco, que me permitas continuar mi observación; a lo que accedió mi interlocutor, indicándolo con un suave movimiento de la diestra.

-Lo mismo que digo de vuestros tabacos, lo haré extensivo a vuestros vinos, proseguí; pues no los veo desterrados en ninguna parte. Es verdad que son ricos, pero ¿acaso sólo los vinos que no son finos hacen mal, alterando salud, abusando de ellos? ¿y los pobres acaso pueden tomar vinos finos? y los licores, si eran malos en mis tiempos, ¿por qué no lo serán hoy y siempre? ¿O es acaso que, como ya lo insinué, habéis cambiado la naturaleza del hombre, haciéndolo refractario a todo lo que le puede, hacer daño?

Un caballero que hasta entonces había permanecido callado, hombre de unos 55 años, que al presentármelo me dijeron llamarse Horacio Fonty, tomó la palabra, diciendo:

-Hay mucho de esto, amigo Fernando; el hombre ha sido durante este siglo y parte del pasado, la gran preocupación del hombre!

Hijo de una edad embrionaria, la que a su vez fue nieta y heredera forzosa de otra edad de grandes errores y tremendos crímenes, los hombres de tu siglo debieron adaptar sus adelantos evolutivos al medio ambiente en que vivían.

Los titulados progresos materiales, que eran los que no chocaban con los resabios y prejuicios del pasado, tomaron lentamente acomodo en esa época; pero los morales no tenían cabida, y sólo a pequeñas dosis los fue asimilando la humanidad. Tu siglo se conoce por el siglo de la mentira. Vosotros vivíais en medio de ella y la usabais en todos vuestros actos. Con razón en tu época se suprimió anualmente la fiesta tradicional del Carnaval, heredada desde los tiempos prehistóricos. "Abajo la careta ficticia que por pocos días se coloca la humanidad, dijeron los hombres de entonces, y siga el antifaz natural que todos llevan desde la cuna a la tumba!".

Todo era mentira convencional en tu época. Religión! Patria! Hogar! Familia! Gobierno! Moral! Honradez! Amistad! ¡Cuántas veces reposaban sobre la mentira!

-No, repuse impaciente y como si me hubiese azotado la cara con un látigo. -No, Horacio, tus afirmaciones carecen de fundamento en absoluto: todo no era mentira; no, no, y mil veces no! exclamé arrebatadamente.

-Cálmate, respondió pausadamente Horacio y sin inmutarse; ¡cómo se conoce que eres hijo de tu siglo! edad desgraciada en que los hombres discutían a gritos. ¿Acaso tienen más fuerza las razones porque se alegue sobreexcitadamente? Pero yo compadezco a tus coetáneos. Es indudable que había sus excepciones, pero ya es sabido que; las excepciones no hacen regla.

En tu época la excepción era el bien; en la nuestra la excepción la constituye el mal. Como te decía, nosotros, y con nosotros toda la generación de este siglo y gran parte del pasado, se preocupó tan luego de lo que más habíais olvidado vosotros: del hombre. En tu época se cuidaban mucho de la cría de los animales, se mejoraban las razas hasta de los conejos, empezando por la de los caballos y el ganado vacuno y lanar: la selección de los animales era el constante afán de los hombres de fortuna. -La bestia humana estaba relegada al olvido, al abandono más criminal e inicuo. ¡Y se hablaba de humanidad! Es cierto que estabais bajo el imperio de la mentira! No te ofendas, Fernando; reflexiona cuanto voy a decirte, y después, tú que eres joven y tienes mente sana y recto criterio, juzgarás.

Yo callaba. Con un movimiento de cabeza di la prueba de mi asentimiento, es decir, que escuchaba.

-Las naciones en general, prosiguió Horacio, permitían la fabricación y la introducción de las peores bebidas alcohólicas preparadas con sustancias nocivas a la salud. ¡Poco les importaba! El caso era cobrar fuertes impuestos. Esos venenos, que otro nombre no merecían, eran expendidos al pueblo, que lentamente se envenenaba, y así se creaba una generación de éticos, escrofulosos, epilépticos; en fin, una raza con todos los signos evidentes de la más tremenda y criminal de las degeneraciones. Así es que leyendo las crónicas, se viene en conocimiento de los crímenes tan abundantes como nefandos bajo la acción que en los organismos producía el alcohol. El alcoholismo engendraba al criminal: éste nacía desgraciadamente condenado para tal fin, y eran los gobiernos y la sociedad de tu época los que echaban los gérmenes de la destrucción y degeneración humana. Mientras se aniquilaba el animal racional, los gobiernos discernían premios al que mejoraba el irracional! Y se hablaba de humanidad! Pero el uso y abuso del alcohol, cuanto más era su expendio, mayores eran las rentas que los gobiernos percibían. Y los gobiernos de tu desgraciado siglo, de lo único que se preocupaban era de percibir impuestos, no teniendo para nada en cuenta la salud, ni la vida del pueblo, ni el porvenir de las futuras generaciones. Y esos dineros arrancados al pueblo explotando y fomentando el vicio y la degeneración humana, servían sólo y únicamente para regalarse muellemente en el banquete nacional los que vivían a costa del sudor, de la sangre, de la vida y de la salud del pueblo!

Horacio se detuvo, pasó su plana y afilada mano por la luenga barba, y mirándome benévolamente, prosiguió diciendo:

-Con razón los hombres de tu edad; envidiaron más de una vez la suerte de los animales! Desgraciado del que nacía pobre! Es verdad que inventasteis la educación común, pero también la educación de tu edad fue otra mentira!

-¡Cómo! exclamé yo impaciente. ¿También el sistema vareliano?

-Yo hablo de la educación en general, prosiguió Horacio; no me concreto a la que se daba en nuestro Estado, bastante incompleta, deficiente, cara y algo exótica; y como verás cuando te enteres de nuestro sistema de educación, estabais bastante atrasados con vuestro decantado varelianismo.

"Hemos abierto escuelas elementales y fomentado las universidades", decíais.

¡Cuánta ironía encerraban vuestros decantados progresos!

¿Qué queríais que hiciera de vuestra titulada educación el analfabeto de la víspera, a quien en su casa faltábale el pan, el aire y hasta la luz, viviendo en la pocilga inmunda del conventillo?.

¿Qué iba a hacer con vuestra mentida educación, el hijo del pobre y bruto chacarero, cuando, para frecuentar la escuela, cercenábase el pan en el hogar, al que volvía al dejar la clase para atender las rudas y primitivas tareas? A ese niño a quien apenas se le enseñaba malamente a leer y escribir,

llegando a la edad viril se le cazaba como a un ilota para encerrarlo en una de las bastillas conocidas entonces por cuarteles, en donde hasta se le cambiaba de nombre y se le doblegaba el carácter altivo de nuestra raza con el vil garrote, cuando no por el entonces moderno sistema de los azotes aplicados sobre el desnudo cuerpo con la cejadera, puesto en práctica por más de algún desalmado.

Para enseñarles a leer y escribir a las multitudes y dejarlas después en la misma condición mísera en que se encontraban antes, cuando no peor, más valiera dejarlas tranquilas vegetar en su ignorancia, pues lo que se hacía no era otra cosa que preparar aceleradamente la revolución desde que no era posible que aquel desgraciado llegando a comprender y darse exacta cuenta de su mísero estado, se conforma con ello.

Procediendo así, sentábanse las bases de la gran revolución social. ¡Y esta no se hizo esperar!

Casi todas las grandes verdades sociales empezaron por ser declaradas absurdas; más tarde parecieron pasables, y finalmente evidentes a todos.

Sin el coraje de desafiar el ridículo, exponiéndose a ser tachados de visionarios, muchos progresos no habrían sido posibles, y muchas calamidades no se habrían evitado.

Pero como si eso fuera poco, casi en todas las escuelas del mundo se enseñaba religión ¡Qué sarcasmo! La religión enseñada por un maestro laico que no creía en ella, era una verdadera profanación; enseñada en cambio por un cura enemigo de la instrucción libre, no era menos perjudicial; suprimida por completo, dejaba un vacío allí en donde el maestro no sabía o no podía aún infundir el sentimiento del deber, puesto que faltaba la base fundamental que sólo se empasta en el hogar.

¿A qué conducía esa escuela obligatoria de dos o tres años para el hijo del pobre jornalero, que al volver a su mísera vivienda sólo encontraba la miseria y el hambre?

Todo era contradicción con lo que acababa de aprender en la escuela. Allí, cubierto de harapos, o poco menos, sentábase al lado del hijo del pudiente, bien vestido y mejor alimentado, que le miraba como a un ser inferior.

Y esa mente joven empezaba por preguntarse en dónde estaba la igualdad de que tanto oía hablar.

¡Ay! desgraciados de aquellos a quienes en sus juveniles años no embalsamó nunca su espíritu una dulce y amiga sonrisa.

La escuela antropológica de esa edad afirmaba que el hombre nacía criminal, y agregaba que la educación del hogar, primero, y la escuela después, estaban encargadas de formar al ciudadano arrancándolo del fatal sendero.

Dado por sentado este principio, ¿no era acaso la sociedad la única culpable si en el desgraciado niño sin amor en el hogar, menospreciado en

la escuela, con una sombra de instrucción que le hacía vislumbrar derechos, formado en un ambiente de desigualdad que le hacía menospreciar deberes surgía el hombre fatalmente predestinado al mal?

¿Procedía acaso con criterio la sociedad cuando, en vez de educar al niño, perseguía al hombre, y en vez de curar a un enfermo lo ajusticiaba?

Cuando el niño regresaba a su casa, se engolfaba en un mundo que era la antítesis del que entrevió y aprendió a conocer con la imaginación en la escuela. El hombre, en cambio, se encontraba en una sociedad que era la negación de todos aquellos principios que desde niño aprendió a tener como indiscutibles y fundamentales.

El hombre trabajador, artesano, agricultor u obrero vivía y moría sobre el yunque del trabajo: el día que no trabajaba, no comía! Con razón se decía en tu época miserable: "los pobres no tienen el derecho ni de enfermarse!". ¡Cuándo el pobre caía enfermo era para morir! .Su único afán, su constante aspiración, vivir envenenándose con los alcoholes para desechar penas, y aspirar a morir para descansar de las fatigas. ¡Los hijos! Cuando eran pequeños, mil trabajos para criarlos y alimentar esas bocas que aumentaban a medida que la miseria crecía y las raciones mermaban; cuando podían ayudar en algo secundario, el Estado obligaba a los padres a que los enviaran a la escuela.

¿La educación común? ¿la igualdad? ¡la mentira de tu siglo infame! Más valiera dejarlos en la ignorancia de su condición mísera y de su miseria infinita!

Un lustre brusco de educación falsa; y cuando el joven podía empezar a ser útil a sus padres, a quienes tantos afanes les había costado, el Estado se apropiaba de él como una bestia para condenarlo al servicio militar. Esto lo hacían las naciones civilizadas; vosotros, en las tituladas repúblicas Sudamericanas, que tanto teníais que envidiar y aprender de las monarquías, procedíais de manera bien distinta.

Aquí en América se cazaban los hombres como bestias salvajes! Y hablábais de libertad! De igualdad! De fraternidad!

Los niños que no podían frecuentar las clases iban a las fábricas y a los talleres a reventar como animales; y las niñas, esas que estaban destinadas a llevar en su seno el germen de las futuras generaciones, ingresaban desde que el sol salía hasta que la noche las sorprendía en los talleres, en donde permanecían doblegadas ante el continuo trabajo, desarrollándose penosamente bajo aquella labor incesante, la alimentación mala y escasa, el ambiente viciado, sin aire, sin luz, sin sol; pálidas, débiles, anémicas y demacradas, llevando impreso en el semblante el sello de la degeneración: una raza de niños con caras arrugadas, con ojos sin expresión, el cuerpo encorvado, extenuado por el trabajo incesante. Eran niños viejos y enfermizos! Y así se preparaba la raza futura! Y os causaba asombro si el sentimiento de la patria no encontraba eco en sus corazones, ni en la

mente una chispa de inteligencia; si allí no había nada, ni podía germinar una idea generosa!

Aquellos seres se formaban odiando a la humanidad, odiando a su patria, que era más ingrata con ellos que con las bestias; a esa patria que les quitaba el pan de la boca, que los ataba al yunque desde la cuna hasta la tumba, en la que nacían, vivían y morían esclavos! Esa era la libertad de tu siglo!

La primera chispa que brotó en la tierna mente del niño pobre, que la ley de educación común y obligatoria forzó a frecuentar la escuela pública.

Allí iba el desgraciado, cubierto de burdos harapos, a sentarse en los mismos bancos en que tomaba asiento el hijo del rico. El desgraciado pobre nacido en el mísero tugurio, medio muerto de hambre, concurría a pie, pasado de frío y cubierto de lodo en invierno, y allí a su lado veía, sentado al hijo del rico bien vestido, aseado y mejor nutrido, al que el sirviente o la misma madre había acompañado con todo cariño hasta la puerta del colegio, en donde entraba risueño, abrigado y acariciado por la afable sonrisa del maestro... mientras el niño pobre se escurría en la clase, procurando no ser ni visto. El hijo del rico se separaba de su lado, temiendo su contagio: así se lo recomendaban en el hogar.

A eso la mentira mistificadora del siglo XIX le llamó la igualdad, que, según ella, debía empezar en los bancos de la clase!

Y lo que ahí empezaba era el vacío, que tan grande lo harían los años después!

Así se le había enseñado en el hogar: despreciar al pobre, mirarle con aire de superioridad, huir de su contacto!

Y aquella débil cabecita, aquella tierna inteligencia sufría la tortura horrible que sienten y sufren las almas sensibles; sí, porque la sensibilidad impresionable fue el lote hereditario de los desheredados de la fortuna. ¡Sólo sufriendo se sensibiliza el alma!

Desde niño, la sociedad miserable lo humillaba, haciéndole sentir todo el peso de la desigualdad! ..

A la hora de merendar, el niño de posición tenla su canastilla provista de ricos manjares, pan blanco y buena fruta... El niño pobre sacaba de su bolsillo un pedazo de pan negro y duro, y más de una vez, avergonzado, iba a comerlo en un rincón, escondiéndose y regándolo con las lágrimas que la iniquidad humana le hacía derramar.

¡Ah! ¡cuántos hombres han sido malos debido al veneno que en la tierna infancia engendró en sus almas la perversidad humana, la desigualdad humillante que la sociedad le infligió desde los primeros años en los bancos de la escuela al empezar a vivir!

Horacio hizo breve pausa. A medida que hablaba, acompañaba con la acción a la oración.

El auditorio escuchaba su elocuente y fácil palabra.

-Cuando el joven llegaba a la edad viril, prosiguió diciendo, la patria lo enrolaba en las filas de sus ejércitos. La Europa estaba armada. El equilibrio europeo así lo exigía. ¿El equilibrio europeo? Otra mentira inventada por la monarquía para encadenar a los pueblos.

En las repúblicas no se invocaba el equilibrio, pero sí la seguridad del Estado y tan luego los que conspiraban contra las leyes del Estado, los que las violaban, eran los gobiernos que se armaban con el pretexto de hacer respetar las leyes!

Mientras tanto se cargaba de impuestos a los pueblos, a tal punto que la vida era imposible. Al hombre que ganaba un pan trabajando de la mañana a la noche, el *fisco ladrón* le robaba las dos terceras partes de ese pan.

El pueblo llevaba paciente su cruz al calvario.

Esclavo desde la cuna a la tumba, sin embargo había oído hablar de libertad; y la educación primaria que se cayó en el error de hacerle engullir, le rasgó el velo de lo desconocido, y leyó!!

-Más valiera que no hubiese leído! Más les valiera a los Estados no haberles obligado a aprender a leer! Leyó y aprendió que todos los hombres éramos iguales ante Dios, ante la ley, ante la patria! La semilla de igualdad y fraternidad cayó en terreno que no estaba, preparado para recibirla, y de ahí surgió en las masas populares lo que en tu edad se llamó socialismo y degeneró en anarquismo!

El socialista anárquico no fue ladrón, no fue ambicioso, no fue malvado, no! Fue el hombre que, poseído del más exagerado sentimiento altruista, sacrificaba su vida en holocausto del triunfo de una idea.

¿Fue errado en absoluto su ideal?

Los hechos han probado lo contrario, pues el anarquismo surgió allí en donde la miseria y el hambre fermentaban, bajo el árbol de la abundancia, que hacía sombra a los menos.

Aquel que queriendo acelerar impacientemente el triunfo de una idea que él consideraba humanitaria, se transformaba insensiblemente de socialista en anarquista.

¿Pretendía muchas veces conseguirlo suprimiendo causas? Pero téngase en cuenta la violencia de los que dominaban, las vejaciones infligidas al pueblo, el verdadero saqueo a mansalva del fruto del trabajo honrado, usurpado por los que se enfeudaban al poder.

Se perseguía al socialista como a una bestia feroz. Ahí nacía el anarquista.

¡Y el anarquista mataba!

Eso era inicuo. Pero la sociedad, que había empezado por despojarlo del producto de su trabajo, que cuando ese hombre reducido por el hambre y la miseria fue socialista, buscó en la sociabilidad de su medio ambiente a los que como él pedían reformas justas y santas, lo persiguió inicuamente, privándole hasta del derecho de reunión en ciertos países, persiguiéndolo,

encarcelándolo e infligiéndole torturas. ¿No fue ella la que en gran parte condujo al desgraciado al borde del abismo?

El socialismo *anárquico*. Mataba... y la sociedad creía obrar mejor matando a su vez!

Se invocaban leyes.

¡Ya! las leyes que muchas veces fabricaban para su defensa los que se apoderaban del poder por asalto, para gozar tranquilamente del fruto del trabajo de la comunidad!

La sociedad perseguía al anarquista, al hombre que ella condujo al anarquismo, empujándolo en la senda del hambre, y le aplicaba la pena de muerte.

Siempre y en todos los casos, al anarquista, al recurrir a los medios reprobados, no lo guiaba el robo, pero bien sí un sentimiento que él consideraba, humanitario; creía librar a sus hermanos, vengar inocentes encarcelados unos y muriendo de hambre otros, ofreciendo así su vida en holocausto de sus ideas.

¿Que había perversos y malvados que se llamaban socialistas anárquicos? Es cierto: todas las doctrinas han tenido falsos profetas, almas perversas y malvadas que se . han escudado bajo la égida del ideal para satisfacer venganzas, robos e infamias... excuso hacer mención de los extraviados, desequilibrados, que en vez de enviar al cadalso, la sociedad debió encerrar en una casa de salud.

Yo no pude detenerme sin preguntar:

- Y qué ha sido del socialismo? triunfó al fin?, fue aniquilado? -Ni triunfó ni fue aniquilado; respondió tranquilamente, Horacio. -¿Luego existe?

-El socialismo existe desde que Cristo sacrificó su vida, en holocausto de la humanidad, pero el socialismo racional y no el absurdo que, como tú sabes, engendró la anarquía.

Yo, si he de decir la verdad, no comprendía nada, y no hay que extrañarlo: ignoraba lo que había sucedido; pero lo que era evidente es que esa generación estaba en pleno socialismo y la verdad sea dicha, si aquella sociedad era el fruto del triunfo de las doctrinas sociales, hay que confesar que ellas no habían sido tan malas!

Horacio, reanudó su discurso diciendo :

-El Anarquismo fue una llaga, en efecto; y en tu edad, con las medidas violentas que se adoptaban, no sólo no se corrigió, sino que se empeoró la enfermedad.

Perseguidos los anarquistas a la luz del día, trabajaban en las tinieblas. Indudablemente los hombres de tu época no eran prácticos. También no es menos cierto que vivíais en pleno neurotismo.

Es como si un médico, al que le presentasen un cuerpo llagado, la curara externamente con emolientes; mientras que para conseguir la cura-

ción radical, debería irse a la fuente de la enfermedad, destruyendo o modificando la causa que la había producido. ¿Se podía destruir la causa aparente que produjo el anarquismo? No. Había que empezar por quemar todas las bibliotecas, cerrar las escuelas y encerrar a los anarquistas en manicomios, ó, mejor dicho, declarar manicomio el mundo.

¿Qué debía hacerse? Modificar las causas que producían el desorden. Y eso es lo que no se hizo. Voy, pues, a contestar una pregunta que le has hecho a Telémaco, cuando le pedí que me cediera la palabra para tener el gusto de darte algunos detalles sobre nuestra sociabilidad actual. "indudablemente ustedes han cambiado al hombre," decías tú; a lo que te replicó: "No, solamente hemos corregido el vicio."

Hemos eliminado del tabaco la nicotina, haciendo un néctar; hemos desalcoholizado nuestros vinos o licores, haciéndolos agradables y deliciosos. Hemos corregido los abusos del pasado; hemos hecho de la humanidad una familia; hemos establecido la libertad, la igualdad bajo el imperio de la ley; hemos emancipado al hombre; hemos mejorado la raza humana, que tanto habíais despreciado vosotros. Hemos enseñado prácticamente que el mejor amigo del hombre es el hombre, en vez de ser como en tu época, su peor enemigo, y la llaga del anarquismo ha desaparecido, quedando triunfante en todo su esplendor y apogeo la gran doctrina redentora, la doctrina del socialismo razonado.

La teoría de los gobiernos de tu siglo era empobrecer al pueblo, pues de esa manera se le dominaba más fácilmente; y, además, siendo precario su estado, debía trabajar constantemente para vivir, faltándole el tiempo para preocuparse de la cosa pública; teoría muy viable en los tiempos semi bárbaros, pero poco práctica en un siglo en el que tanto se escribía y leía, y en el que el pueblo, aunque pobre, recibía una educación superficial, pero la suficiente para no ignorar que tenía derechos que ejercer, y de los que se veía privado completamente.

El mal consistía tan luego en que esa escasa educación era puramente intelectual y ninguna moral: no se le formaba la conciencia de sus deberes, así que la escasa educación intelectual no lo hacía capaz de practicarlos.

Lamennais decía: "La ciencia sin la conciencia es la ruina del alma; la política sin la moral es la ruina de los pueblos."

Tres grandes revelaciones poseía tu edad, de las que no supo aprovechar ni hacer el debido uso para los efectos morales que con ellos decíais alcanzar: Gutenberg, Volta, Fulton.

Esos tres grandes benefactores de la humanidad no fueron comprendidos en tu época de mercantilismo.

La imprenta debió divulgar las ideas de fraternidad llevándolas hasta los pueblos más remotos; el vapor debió suprimir las distancias y aproximar a los pueblos para que se conocieran, y conociéndose los hombres se amarán y dejarán de ser extraños entre ellos, mezclándose las razas que

durante tantos siglos habían permanecido aisladas unas de las otras, encerradas bajo el límite férreo de estrechas fronteras, degenerándose insensiblemente, y de cuyo entrevero debió surgir una raza fuerte, vigorizada, llena de vida y genio, que con tales elementos de progreso, que la Providencia, por medio de tan insignes valores, le había revelado, debió regenerar todo el humano linaje. La electricidad debió ser para las naciones lo que el corazón para el cuerpo: comunicar todos los latidos de la familia humana.

-Pero vosotros no tenéis escuela obligatoria, por lo que deduzco de tus palabras.

-Al contrario, nosotros tenemos la igualdad en la instrucción. Lo que no tenemos son fronteras, ese absurdo de tu época; lo que no tenemos son impuestos; lo que no tenemos, son ejércitos; lo que no tenemos son aduanas; lo que no tenernos es la propiedad territorial. Hemos resuelto el gran problema agrario, que ha estado más de veinte siglos sobre el tapete humano, y en aras del cual empezaron sacrificando su vida los Gracos, y tantos nobles abnegados mártires de la humanidad.

-Indudablemente vosotros no conserváis nada de mi época?

-Sí, conservamos lo que vosotros teníais de bueno, pero hemos desechado, por nocivo e inútil, lo que teníais de malo.

-Supongo que si habéis conservado lo que teníamos de bueno, a lo menos en medio de esta gran catástrofe social habréis salvado la familia, el santo hogar de nuestra edad, la fortuna, y la religión.

-Tres mentiras de tu época, contestó Fonty.

La familia, sí, la hemos conservado, pero con arreglo a nuestra edad de verdad y no con sujeción a la tuya de mentira.

Iba a responder, cuando Temístocles interrumpióme diciendo:

-No faltará tiempo para explicarle a este hombre del siglo XIX todos los adelantos y beneficios del siglo XXI. Yo ruego al, amigo Horacio que quiera suspender la disertación, y posó suavemente la mano en un pequeño botón eléctrico e instantáneamente abrióse la puerta por donde habíamos entrado, apareciendo un joven vestido todo de blanco trayendo una gran bandeja de plata cubierta de tazas llenas de un líquido aromático, las que fue depositando una por una sobre cada mesita, pues todos los comensales tenían una a su lado.

Yo no sabría explicar el gusto del agradable néctar. Sólo, sí, puedo decir que era algo tan exquisito y delicado, que más que bebida de hombres, parecíalo de dioses.

Supe después que era una infusión de las flores de un arbusto que crecía en Islandia, y que el señor González era uno de los principales importadores en el Río de la Plata.

En cuanto mis labios se posaron en el borde de la pequeña taza, no pude resistir al deseo de sorberme todo el contenido.

Rosalba, que me observaba, leyó en mi imaginación, y sonrióse con aquel candor y sencillez con que afablemente sonríen bondadosamente todas las mujeres de esta edad de oro, dirigiéndome la palabra.

-Has hecho muy bien en apurar de un sorbo la taza del néctar: así se hacía en tu edad, ¡oh Fernando! pero por eso no te preocupes; que ya traerán más.

Y en efecto, al rato se presentó el joven trayendo otra bandeja cubierta de pequeñas ánforas de plata llenas de la misma bebida, las que fue colocando de nuevo en cada mesa.

Cerróse suavemente la puerta.

Cada comensal encendió un cigarro, mientras Temístocles tiró de un pequeño cordón de seda y aparecieron instantáneamente, en una lámina metálica muy reluciente, escritas las piezas y trozos de música que en el gran Odeón Nacional de beneficencia se ejecutaban en ese momento.

-Puedes escoger la música que más te agrade, díjome la señora Azucena; pues como para ti es esto una novedad y eres el recién llegado a nuestro siglo, tienes la elección. Agradecí la atención, dirigiendo la mirada al Mane Texel Phares que de improviso presentóse a mi vista ¡Qué programa variado!

¡Yo pedí al acaso, sin darme cuenta, sin discernimiento, máxime siendo para mí completamente ignorado el nombre de los famosos autores de las distintas producciones anunciadas.

Wals de Rodríguez, decía uno de los renglones; y wals de Rodríguez, indiqué.

¡Qué música! Una armonía celestial de violines con, acompañamiento de arpas y otros instrumentos desconocidos para mi', llenó el ambiente. Mi entusiasmo crecía a medida que las delicadas notas embargaban todo mi ser.

La joven Rosalba indicó después una armonía de Rossetti, ejecutada por el harmonium. Aquella música sagrada, suave como el perfume de las flores, llenó el pequeño salón. Yo no perdía ni una nota.

Nunca había soñado, en mi época, que la música pudiese ser sentida de tal manera. Es que en mi época tenían los hombres demasiada tensión nerviosa: ya de ello me iba convenciendo.

Telémaco González me explicó cómo por una insignificancia mensual se tenía el abono a los distintos centros musicales diseminados en la ciudad, y que no había casa alguna, por mediocre que fuese su posición, que no tuviese su saloncito de música.

Así, de trozo en trozo y en medio de las más suaves melodías, bebiendo de cuando en cuando un sorbo de néctar y saboreando ricos cigarros, pasamos la velada, hasta que el reloj dió las 22, hora destinada invariablemente al descanso.

TERCERA JORNADA

Al día siguiente, Júpiter, después de haber hecho el desayuno en medio del jardín, rodeados de pájaros y flores, entre el espeso follaje templado por los rayos del sol naciente que besaban las flores, las que estremecidas al ósculo del astro rey abrían sus pétalos, exhalando aromática fragancia, Rosalba invitome para hacer una gira; pues esa mañana se había comprometido a servirme de guía. Temístocles tenía que acompañar a Orestes al Ministerio de Obras Públicas para recibir el premio que se le había adjudicado por su notable trabajo presentado al concurso para las obras de canalización y navegación del Departamento de Rocha, de que tendré ocasión, de hablar más extensamente, pues se le había designado ese día por ser festivo.

Debo hacer una aclaración ante todo, pues creo que he dicho que ese día era Júpiter, y el lector se habrá quedado en ayunas, pues nada de extraño habría desde que a mi me ha sucedido lo mismo.

Los habitantes de este siglo de libertad y fraternidad, al sacudir el atavismo de los siglos que le precedieron; al rechazar todos los usos y costumbres que el eufemismo durante tantas generaciones se traspasaba; al despojarse de todo lo malo, que de padres a hijos se heredaba, en lo moral y en lo físico, quiso que la reforma fuese completa. Suprimieron los meses del año, pues no significaban nada, sustituyéndolos por las cuatro estaciones, como ya dejo dicho, Los meses habían sido cambiados completamente de lo que fueron en su origen; pues Septiembre, que debía ser el séptimo mes del año, era el noveno; Octubre, que era el octavo, con el cambio fue décimo; y Noviembre y Diciembre, que debieron ser noveno y décimo, eran undécimo y duodécimo.

Lo mismo fue sustituido el calendario, en el que figuraban tantos *poltroi*, y algunos no muy santos santificados; si bien no se podía negar que había en la retahíla muchos santos varones.

Sea de ello lo que fuere, el calendario fue declarado nulo, y en el gran Congreso internacional del año 2050, celebrado en Constantinopla, se reformó completamente. Hoy los días del año sólo sirven para recordar las grandes efemérides, los nacimientos o fallecimientos de los grandes protectores de lo humanidad, los grandes genios benefactores. El calendario de este siglo es el canto del progreso, es una recopilación de historia al alcance diario de todos.

La gran iniciativa de reformas no podía dejar subsistentes los días de la semana, muchos de los cuales nada significaban; Y así como dividió los

períodos del año en cuatro, dedicados a la Naturaleza; así como destinó los días del año al recuerdo de lo útil y grande para la familia humana, también al suprimir los nombres de los días de la semana sustitúyelos por otros con que rendía homenaje a los astros de la constelación de que forma parte y conjuntamente con los cuales gira nuestro planeta alrededor del hermoso sol que nos da vida, luz y calor.

Al efecto: Neptuno es el Lunes antiguo.

Marte es el. mismo día de antes.

Urano sustituyó al Miércoles.

Venus a Jueves, que representaba a Júpiter. Saturno a Viernes.

Mercurio a Sábado.

Júpiter a Domingo.

Es por eso que dije al empezar esta jornada, que era Júpiter.

Aunque día de fiesta, la Casa de Gobierno está abierta hasta las doce del día.

A las nueve de la mañana, los Altos Poderes del Estado concurren al templo a rendir homenaje al Ser Supremo, y el pueblo en masa acompaña al Gobierno, pues estamos en un siglo que los que mandan y los que obedecen van de perfecto acuerdo.

A las 10, el Supremo Consejo de Estado se reúne en la Casa de Gobierno, y de 10 a 12 es la hora destinada para premiar a los ciudadanos que se han hecho acreedores a recibir distinciones por sus méritos, estudios a acciones heroicas y humanitarias.

Nuestra gira debía ser breve, pues a la hora indicada debíamos estar en la Casa de Gobierno para presenciar el acto.

A Fonty lo embargaban ocupaciones de otro orden, pues esa misma tarde debía dar una conferencia pública en el estadio del Sud; pues según me explicaron, hay en Montevideo cuatro grandes edificios, uno al Sud, otro al Norte, otro al este y el último al Oeste, conocidos bajo el nombre de estadios.

Cada uno de éstos tiene capacidad para diez mil personas; sirven para puntos de reunión de los ciudadanos, están siempre abiertos y sus bibliotecas llenas de millones de libros. Hay allí todos los periódicos del mundo, y día a día se celebran en ellos conferencias públicas, a las que concurre el pueblo, pues es una de las mayores ocupaciones la instrucción.

En el centro de la ciudad está el Ateneo, con capacidad para cien mil personas; hablaré de ello más adelante.

A la noche del día siguiente, un joven boliviano llamado Roberto Vinchi, debía celebrar en el estadio del Norte una conferencia sobre agricultura.

Los días Júpiter las conferencias son de tarde y duran de las 14 a las 18, En el del Sud como he dicho, daba su conferencia Fonty, ya la víspera Boracio me había galantemente invitado.

El tema, por otra parte, era interesantísimo: "el socialismo anárquico del siglo XX y el socialismo progresista del siglo XXI."

Se iba a juzgar a mi siglo, y nada más natural que yo concurriera a la cita.

La señora Azucena concedió el permiso a Rosalba para que me acompañara; así que terminado el desayuno, emprendimos la marcha..

¿Adónde iba? Yo no lo sabía, pues mi bella y encantadora guía no me lo había manifestado.

Lo único que yo puedo decir, es que todo cuanto veía era extraño para mí.

Nuestro vehículo, rozando apenas el pulido pavimento, se deslizaba con extraordinaria velocidad.

Estábamos fuera del centro de la ciudad; las casas, aisladas unas, de otras, rodeadas por pequeños parques, todas de bajo, pero con el piso a no menos de tres metros de altura del nivel del suelo; amplias escalinatas a los costados peristilo al frente, casi todas con columnas de belleza extraordinaria, rodeadas de plantas, y flores, y pájaros, que al final han concluído de huir de los hombres y se han hecho amigos, pues como es absolutamente prohibido hacerles daño, nadie los persigue; de manera que, donde quiera que uno se dirija, encuentra a esos cantores eternos que de continuo exhalan sus hermosos trinos, que tanto alegran el espíritu y halagan el oído; donde quiera que uno vaya, lo rodean y acarician, contribuyendo al encanto de esta vida que el hombre ha sabido hacer tan agradable en este siglo, cuando los de mi edad y los de las que los precedieron se empeñaron tanto en llenarla de espinas.

¡Qué encantadores son los alrededores de la ciudad! Qué bien distribuidas las construcciones! Ya no hay aquella monotonía de las manzanas cuadradas, a que rendían homenaje los hombres de mi época.

En ese entonces, Montevideo era un juego de damas, y el plan de la ciudad nueva otro juego igual, y el proyecto de la novísima ciudad, que del Buceo llegaba a la Unión, de la Unión al Cerrito, del Cerrito a las Duranas, y de ahí al Paso del Molino, todos cuadritos, siempre los eternos y monótonos cuadritos!

Indudablemente los sabios cretinos de mi época no soñaron nunca que llegaría un día en que nuestro país, por su posición topográfica, por su clima, por sus grandes ríos que lo cruzan en todas direcciones, por su situación geográfica, la calidad de sus tierras y demás antecedentes; no soñaron ni concibieron siquiera que llegaría a ser éste un gran país fabril, y Montevideo, como capital de este país, estaría ahogado por esos eternos cuadritos obligatorios que harían imposible, con el andar del tiempo, la instalación de las grandes fábricas que gradualmente han ido planteándose en la proyectada ciudad.

Ya no se ven más los bosques y parques y jardines formados con plantas exóticas exclusivamente.

El árbol y arbusto del país se encuentra en todas partes diseminado. Los habitantes de este siglo saben aprovechar lo que viene de otra parte, sin por eso despreciar lo que la Naturaleza les ha dado.

Todas las casas de los alrededores tienen arriba de la azotea parques espléndidos, encerrados bajo paredes de cristales de colores, verdaderos invernáculos de flores tropicales. Esos son los jardines de invierno, en donde se reúnen las familias y reciben a sus relaciones.

Nuestro vehículo nos conducía con extraordinaria velocidad.

-¿Qué se habría dicho en tu siglo de una joven que saliera sola a paseo con un joven, apenas conocido? exclamó Rosalba.

-Á la verdad, señorita, que no me atrevo a daros la respuesta; sólo puedo deciros que esas cosas no sucedían, y que cuando por desgracia acaecían, se formaba una mala opinión.

-Ya te dijo mi padre que el usted estaba de más entre nosotros. No veo por qué razón cada vez que me hablas empiezas por donde debías ya haber terminado.

-Así lo haré. Yo estaba confundido, a pesar de toda la franqueza y afable familiaridad con que se me trataba.

Si debo ser franco, si me es permitido decir lo que yo sentía, lo que por mi pasaba era algo inexplicable.

Las miradas de Rosalba parecía que penetraban en el fondo de mi alma y leían mis pensamientos.

Entonces yo me reconcentraba, quería esconder mis ideas; pero su dulce mirada y aquella eterna sonrisa que sobre sus purpúreos labios asomaba, parecían decirme:

-Es inútil, ¡oh Fernando! que tú disimules lo que yo he comprendido.

Inclinaba la cabeza como el que es cogido in fraganti, y ella extendiéndome su blanca mano, apretaba fuertemente la mía.

Lo había comprendido todo!

Era el lenguaje de las almas!

Así seguimos durante breve espacio.

-¡Qué desgraciada debió ser la mujer en la época en que tú has vivido! me dijo al rato Rosalba, interrumpiendo el silencio.

-¿Y por qué lo dices? me atreví a preguntar.

-Porque sé que las jóvenes del sigo XIX eran obligadas a esconder sus sentimientos. ¡Ah! ¡cómo debe haber sido dificil, para ellas esconder siempre su amor como si fuera una culpa! ¿por qué razón la mujer de esa edad creyó que fuera vergüenza el amar al hombre sin obtener antes el permiso para enamorarse?

A la verdad, prosiguió Rosalba, es algo curiosa la condición en que el hombre había colocado a la mujer en tu siglo.

¿Se resentían acaso los jóvenes cuando las niñas les manifestaban sus puros sentimientos y su amor? ¿acaso no es natural que la flor sonría cuando el sol la acaricia?

Yo no sabía qué contestar: no me había aún dado cuenta de casi nada respecto a la sociedad en que me encontraba y que era para mí completamente desconocida. ¡Cómo podría responder! ¡cómo podría discutir! ¡cómo podría criticar si lo ignoraba todo! Está bien que en siglo se procediera así, pues los más ignorantes en mi época eran los que criticaban más; pero ni yo pertenecía a esa clase ni conocía. el terreno que pisaba, y fue entonces que recordé un antiguo adagio, tan usado en mi siglo, que decía: "Al buen callar le llaman Sancho."

Callé, pues.

Continuó Rosalba: -Las jóvenes de nuestro siglo no tienen reserva alguna en manifestar sus sentimientos al hombre que aman. La coquetería sería hoy tan despreciable en una señorita como en un joven. Una frialdad afectada que en tu época difícilmente engañaba al hombre, lo engañaría hoy, pues nadie se sirve de esos medios altamente reprobados.

Yo comprendía, sin embargo, que Rosalba tenía razón.

¿Cómo podía ir una joven acompañada por un extraño, cuando ni le era permitido siquiera ir sola?

-Los galanteadores mal educados, o mejor dicho, educados con arreglo a las costumbres de tu siglo, se reunían en los sitios más concurridos y allí vomitaban declaraciones amorosas sin sentido alguno, y algunos agotaban el repertorio de las groserías.

-¿y cómo saben ustedes todo eso? le pregunté. Es que nosotros estudiamos los usos y costumbres del siglo XIX, estamos al corriente de todo lo que sucedía en todas partes del mundo, y si escogemos para los estudios de las costumbres el de tu edad, es porque el siglo XIX fue heredero forzoso de todo lo malo que inventaron los siglos que le precedieron, con la especialidad que en él se refinaron las perversiones e inmoralidades.

¡Ese fue tu gran siglo!

Cuando nos detuvimos estábamos delante de la portada de un soberbio parque. Coronaba el arco monumental una estatua colosal hecha de mármol blanquísimo rodeada por una infinidad de pequeñas figuras del mismo mineral. El grupo representaba al Nazareno circundado por los niños.

Un joven de simpático aspecto abrió el gran cancel, se hizo cargo de nuestro pequeño vehículo, el que depositó en un salón contiguo destinado a tal fin.

A un costado de la oficina de entrada había dos finos acordones metálicos, de uno de los cuales pendían una especie de vehículos de aluminio, sin ruedas, tapizados con cuero de yacaré curtido y de extraordinario lustre.

Rosalba me invitó a subir a uno de ellos, con capacidad para dos personas, y una vez instalados en él, el encargado de la portería tocó un pequeño botón, y nuestro tren aéreo, suspendido de la cuerda metálica, empezó a marchar impelido por la pequeña caja de aire comprimido que tenía debajo, y mientras seguía la lenta marcha suspendido del cable debajo del verde follaje, el movimiento que producía la rueda que giraba sobre el cable, impulsó el cilindro de una pequeña caja de música, la que tocó una de las más selectas melodías de Riseski, célebre compositor húngaro que alcanzó como tal gran celebridad en este siglo por sus composiciones que imitan tan al natural el canto de los pájaros, que, cuando éstos sienten una de las tantas melodías del célebre compositor, acuden en bandadas al rededor del instrumento que las ejecuta; y tan es así, que no bajaría de un millar el número de pájaros de distintas variedades que nos acompañó durante el trayecto, que apenas duró unos diez minutos.

¿En dónde estábamos?

Dificil me hubiera sido adivinarlo, aunque evidentemente me hallaba al pie de una montaña; y en los alrededores de Montevideo, no conocía más que dos pequeños montañas, si así puede llamárseles al Cerro y al Cerrito.

La pequeña montaña estaba cubierta materialmente de edificios; sus calles eran jardines públicos, y en la cumbre, sobre pedestal soberbio, los habitantes del siglo XXI habían erigido el monumento de la Fraternidad.

Dos estatuas colosales se destacaban en la altura: parecían tocar el cielo. Preguntando a Rosalba quiénes eran esos personajes, me contestó:

-Son los dos grandes caudillos fundadores de los partidos tradicionales, debido a los cuales permaneció durante casi un siglo dividida la familia oriental: Oribe y Rivera.

-¡Cómo! exclamé lleno de asombro y desdén a la vez, -¿qué siglo es éste, qué hombres y qué manera de pensar, juzgar y apreciar los hechos; con qué criterio se discierne hoy? ¿En dónde está vuestra fría razón, vuestra clarovidencia, si habéis levantado un monumento para perpetuar la memoria de dos ambiciosos que tanto mal han hecho a nuestro país, que tanta sangre han derramado en aras de su menguadas ambiciones, que han sembrado la desunión, la miseria y la muerte por donde quiera que han pasado?

-¡Cómo se conoce, oh Fernando! que a pesar del ambiente que hoy se respira, muy distinto del de tu época, no por eso has dejado aún de ser el hijo de tu siglo: Con todos los enconos, los odios, las pasiones violentas de un partidarismo exaltado!

-No, Rosalba, yo no he sido partidario de esos hombres, pues nunca fui blanco ni colorado.

-Eso fue porque no naciste en su época, que si en ella hubieras nacido no te habrías librado del influjo del poder que ejercían en sus admiradores,

que los tenían, y de buena fe. Sin embargo, continuó, si tú no fuiste ni blanco ni colorado, si condenabas los partidos tradicionales, pertenecerías indudablemente al partido que condenaba.

Eras partidario.

-Sí, pertenecía al partido que buscaba la felicidad de la familia oriental en el imperio de la ley!

-¿Acaso el partido blanco y el colorado no empezaron de la misma manera? respondió Rosalba.

Los hombres era lo que había que corregir, y vosotros, en vez de curar la causa, buscabais suprimirla atacando el efecto!

¡Poníais diques al mar!

Era lo mismo que si para atravesar un torrente, hicierais un murallón en vez de construir un puente!

El nombre era lo que menos importaba en tu época, pues había hombres que cambiaban de partido como de camisa. La posteridad, al disecar las momias del partidarismo, ha despojado toda la materia: queda, pues, el ideal. Lo malo fue error, lo bueno fue verdad.

En el error se incurre bajo el dominio de la pasión., cuando el hombre no es hombre. La verdad se practica en posesión de los sentidos, y ella está inspirada siempre en los más puros y santos sentimientos. Terminada la lucha de la independencia, en que ambos combatieron con valor y denuedo al poder extranjero, vinieron las divisiones que engendra el deseo la ambición de mando.

Rivera fue la encarnación genuina del caudillo de campaña dada su instrucción y el medio ambiente en que se había educado y actuado. Oribe, a iguales causas debido, fue la representación del elemento de la ciudad.

Si el fundador de nuestra nacionalidad no se hubiera retirado a las vírgenes selvas paraguayas, eligiendo una solitaria expatriación; sí terminada la guerra de la independencia hubiera seguido actuando en el país, seguramente que la oleada de .las pasiones incandescentes lo habría arrollado enrolándolo en uno de los dos partidos que nacían a la vida pública, como fruto espontáneo de las desmedidas pasiones de los hombres.

La posteridad severa y justiciera a la vez, ha despojado a esos próceres de todo el atavismo de su época, ha reconocido los méritos, frutos del patriotismo; tomando en cuenta sus grandes obras, ve en ellos dos patriotas con grandes errores, pero con mayores virtudes. Las virtudes fueron en ellos fruto de su carácter: los errores eran debidos al medio ambiente en que actuaban. Ésta es la razón porque siendo esta generación justiciera, ante todo, ha levantado ese monumento en el que aparecen abrazados los dos grandes caudillos, para que los pueblos presentes y futuros sepan. y comprendan que el engrandecimiento, la prosperidad y bienestar de las naciones debe fundarse en la fraternidad universal.

Nuestro tren aéreo había salvado el espacio de la entrada al Gran edificio central, en donde acababa de detenerse.

Allí, en medio de un bosque engarzado en el verde follaje surgía una construcción verdaderamente monumental..

Estábamos en la costa del antiguo arroyo conocido por Miguelete, y que actualmente lleva el nombre de Caridad.

El punto en que nos encontrábamos era el antiguo paso de Casavalle. El gran edificio que tenía a mi frente era uno de los *Horfanotropios Nacionales*. Medía una extensión de no menos de cincuenta mil metros de superficie, y sus parques y jardines abarcaban un área de cien hectáreas.

En estos Horfanotrofios se crían los niños huérfanos de padre y madre, los hijos de padres que no los pueden criar por cualquier circunstancia.

En el Horfanotrofio permanecen los niños hasta los cinco años de edad. A esa edad pasan a las escuelas nacionales, las que también visité y de las que me ocuparé más adelante.

Llegábamos a la hora próxima a la del desayuno.

Miles de niños vestidos con una pequeña túnica de lana gris claro, cubierta la cabeza con ancho sombrero, estaban en el gran parque haciendo gimnasia: todos los niños iban descalzos, que así lo prescribe como higiene el establecimiento.

A la mañana, al despuntar la aurora, nadie debe estar en la cama. En los centros de los grandes dormitorios de estos institutos, así como de las escuelas nacionales, hay grandes piscinas; así que el niño lo mismo que el joven, al saltar de la cama va al agua, de ahí al gimnasio y después a las grandes correrías.

Estos ejercicios duran hasta una hora después de salir el sol.

Terminados, se lava las manos, cara y pies, calza sus zapatos bajos, livianos, abiertos, especie de sandalia, en donde el pie transpira libremente, y todos van al desayuno.

¡Qué diferencia de mi época! ¡Santo Dios! Nosotros teníamos un mísero Asilo de Huérfanos, en donde los desgraciados desamparados de la fortuna más de una vez carecieron. hasta del alimento; enfermos, no tenían remedios; mal atendidos y poco menos que abandonados!

Encerrados dentro de las cuatro paredes de un edificio, allí morían a millares; cuando cualquier epidemia se desarrollaba en ese instituto, hacía estragos. Las familias de mi época, que hacían ostentación de filantropía, cuando se trataba de aliviar desgracias ajenas, y cuyos nombres de benefactoras pregonaba la prensa a todos los vientos, no se acordaban de nuestros huérfanos, de nuestros desgraciados abandonados, que vivían y morían allí víctimas de los vicios de una sociedad en plena decadencia.

Debo hacer presente que no concreto, sino que hablo en tesis general, pues lo que sucedía en algunas partes de Europa, no le iba en zaga a lo que ocurría en América y en muchos otros sitios.

Los alrededores de Montevideo, a fines del siglo XIX, estaban cuajados de quintas y jardines, llenos de árboles frutales y flores. Las frutas se marchitaban y las flores deshojadas eran arrastradas por el viento; apenas una que otra familia caritativa se acordaba de que allá en la antigua playa conocida por de Ramírez, había un Asilo de niños desamparados, como en la Unión otra cárcel de pobres desvalidos y en el Reducto una casa de alienados.

Las frutas se perdían, las flores se secaban; pero ni un canasto de fruta se enviaba a esos desgraciados, ni un ramo de flores iba a sonreír a esas flores humanas abandonadas.

¡Siglo egoísta y miserable!

¡Cómo te veía gradualmente con los ojos de la verdad y tal cual eras, a través de doscientos años!

-Nuestro país, interrumpió Rosalba con dulce voz, tenía fama en tu edad de ser un país filántropo, pero yo no sé , en qué consistía la filantropía de la sociedad de tu época.

Según leo en las crónicas, cuando había que realizar una obra de beneficencia, era necesario ofrecer algo para obtener el óbolo de la caridad.

¡Una beneficencia que tenía siempre por móvil un interés!

¡Siglo pequeño! En la mayor parte de los casos, el óbolo de la caridad sólo se obtenía por medio de bailes y espectáculos alegres: ¡sarcástico y amargo contraste con lo que se llamaba beneficencia pública! Prodigabais vuestro oro a bailarinas, artistas y bajos aduladores, mientras regateabais la sangre del jornalero, privándole de un pedazo de pan para su familia.

La sociedad llamada de buen tono, expulsaba de su seno a los desgraciados, de la misma manera que el cuerpo en salud expele los gérmenes que le originan enfermedad.

El mundo aborrecía el dolor, amaba el vicio porque el vicio engendraba el lujo y la molicie. Éste era el desiderátum de la raza humana en ese período de decaimiento moral.

Honraba la desgracia honrada humillándola, despreciándola, envileciéndola y muchas veces matándola!

La palabra libertad, que se escribió con la extraña pretensión de que con su mágico sonido conciliara los sentimientos más expuestos, resultó un equívoco; no sirvió al bien de nadie, y convirtió en déspotas y usurpadores a los audaces, y a los bellacos en tiranos.

Los lamentos de las clases acomodadas solían llegar hasta los oídos de los que mandaban, pero era muy difícil que hasta allí alcanzaran los del pobre pueblo.

La caridad no debió nunca ser una baja y vulgar limosna, pero sí el medio de transformar a aquellos que vivían abandonados, en hombres libres, que supieran buscarse los medios de subsistencia; en una palabra, que fueran útiles y no gravosos a la masa común.

Tenía razón mi acompañante.

En mi siglo, le dije, se le llamaba caritativo a aquel que hacía dádivas a la iglesia, que erigía templos y compraba altares, que instituía y rentaba comunidades religiosas, que enviaba su regalo de dinero a Roma!

En el fondo, cuando no había fanatismo, había egoísmo, pues creían que procediendo así se aseguraba el alma en la otra vida.

¡Un seguro sobre la eternidad!

Y tan es así, repuso Rosalba, que es muy contado el que al morir hacía legados a la beneficencia pública en nuestro país; aquí, añadió recalcando la frase, concreto el cargo.

Cuando fallecía una persona de fortuna, nunca se leía en sus disposiciones testamentarias: "dejo tal o cual cosa para alivio de mis semejantes." Había sus excepciones, pero eran tan pocas, que desaparecen en el piélago inmenso del vacío.

Este gran instituto que tú ves, fue una donación de los esposos Lavarello. Costó dos millones de Artigas, y dejó asegurado sobre rentas nacionales igual capital para su sostenimiento.

¿Eran italianos esos señores? Le pregunté.

No Fernando; Lavalerello y su cónyuge eran orientales, vecinos del departamento del Salto, si bien sus antecesores parece fueron genoveses. ¿Y no tenían hijos esos señores?... pues recordé que en mi época las facultades de los padres para testar estaban limitadas.

Vosotros, respondió amablemente mi interlocutora, habíais invertido el orden social; hijos del error, habéis vivido en el error, perpetuándolo. Siglo del egoísmo, sólo podía engendrar leyes dignas de él, dijo sonriendo tristemente Rosalba, como compadeciéndose de mi edad y de los hombres de mi época.

Las absurdas leyes del siglo XIX prohibían tantas cosas que nosotros hemos dejado libremente a voluntad de los dueños, limitaban la facultad al hombre para que dispusiera de lo que era suyo y le había costado su trabajo, mientras permitían otras que nosotros hemos restringido o eliminado.

Bástese saber que un -padre o una madre pueden legar sus bienes a quien mejor les parezca. Y digo una madre, pues nosotros al instituir el matrimonio, hemos echado las verdaderas y sólidas bases de la sociedad conyugal, y en nuestra época no es el marido el que lleva la firma social en todas las operaciones, como antiguamente e sucedía, sino que es la sociedad conyugal la que de común acuerdo firma cuanta operación realice.

-Indudablemente cada día, cada instante, yo voy de sorpresa en sorpresa.

En mi siglo, que actualmente se le moteja de siglo retrógrado, mientras vivían los cónyuges, quien realizaba todas las operaciones de los bienes que- se titulaban gananciales, porque se obtenían durante el matrimonio, era el. marido, y eso era lo natural y legítimo.

Cuando uno de los cónyuges fallecía, repuso Rosalba, tenía necesariamente el que sobrevivía, que dividir sus bienes, entregándoles la mitad a los hijos. Por las leyes estaba prohibido hacer ninguna operación. Era ésa la ley absurda de tu edad de progreso.

Ley justa y verdadera salvaguardia de los menores, repuse con entereza y firme convicción, pues así lo creía en efecto

¡Ah! ¡con que ésa era la ley justa, la ley verdadera, la salvaguardia de los derechos de los hijos! Exclamó Rosalba, y prosiguió diciendo:

Si durante el matrimonio el marido era el administrador legal de todos los bienes adquiridos durante él, ¿por qué al fallecer la mujer no podía seguir? Me dirás tú lo que decían los jurisconsultos de tu época: "Es que falleciendo una de las partes, cesaba la sociedad conyugal." Bonita figura, que en realidad no dice nada- pues el socio, marido, había hecho y deshecho a su antojo y sin limitación alguna durante el matrimonio. Añadirás que se trataba de asegurar los bienes de los hijos. ¡Cómo si pudiera haber nadie más interesado que el mismo padre!

¿Y acaso, si el padre era un mal hombre, no pudo en vida de la consorte hacer cuanto le plugo de los bienes que libremente administró a su albedrío, sin tener que dar a nadie cuenta de ello?

Es que los hombres de tu época partían de un punto falso.

Ese punto era el matrimonio indisoluble, y sobre esas bases constituyeron la sociedad y perpetuaron el error, conservaron la propiedad: el robo!

Al fallecer una de las partes intervenía la mano negra de la justicia, y así trabajaban los curiales, ganaba el Estado y se esquilmaba al pueblo!

El hombre que hasta la víspera de enviudar pudo libremente administrar sus intereses, al día siguiente se lo prohibía la ley. Hasta la víspera pudo ser y fue hombre de bien y honrado. La desgracia que lo había herido moralmente en el alma, lo mataba en su crédito e intereses.

Los hijos exigían la parte de la madre!

¿No había hecho bastante el padre con darles vida, alimento, estudios, educación, carrera, posición, cuando así sus medios se lo permitían? La sociedad había creado unas leyes tan absurdas como inicuas, y más de una vez, un buen hijo, debido al interés, se convirtió en malo, y así un buen padre fue obligado a ser un déspota.

Esa fue la ley de tu tiempo. Actualmente la sociedad conyugal es un acto libre y espontáneo, como debe ser la unión de dos seres que se aman sobre la tierra. ¡Amar y ser amado! He ahí el contrato matrimonial del porvenir. Los contratos matrimoniales o sociales se firman ante los Doce, los Júpiter, de 10 a 11 de la mañana, en el templo del Ser Universal, como lo presenciarás a nuestro regreso.

Mientras dura la sociedad conyugal, toda operación lleva la firma de ambas partes que la forman.

Ningún documento de adquisición o venta de dominio es válido si no es firmado por el marido y la mujer.

Cuando uno de los cónyuges fenece, el sobreviviente es su único y universal heredero.

La sociedad conyugal queda completamente extinguida con el fallecimiento de las partes contratantes.

¿Y los hijos? Pregunté impaciente.

A lo que respondió Rosalba:

Los hijos quedan a cargo de los padres, que pueden tenerlos a su lado hasta la edad de cinco años. A esa edad el Estado se hace cargo de su educación y sostén: pertenecen a la Nación. A los quince años son mayores de edad y libres de hacer lo que mejor les plazca.

¿Y los derechos de los hijos en qué quedan? ¿quién los ampara?

¡Derechos! Exclamó irónicamente Rosalba. ¿Qué han hecho para adquirirlos? ¿ó acaso el hecho fortuito de nacer de tales o cuales padres, traía aparejado el de heredar colosales fortunas para vivir en la molicie, derrochar en el vicio, ser unos parásitos en una sociedad en que todos tienen el deber de trabajar?

-¿Entonces, exclamé, un hombre que ha trabajado toda la vida, que se ha llenado de privaciones, que ha acumulado una fortuna colosal, al morir no tiene el derecho de legarla a sus hijos? Eso es inicuo! Ilegal! inhumano!

-No te irrites, Fernando. Eso sería todo lo que dices, si viviéramos doscientos años atrás; pero hoy no hay tal iniquidad, ni ilegalidad, ni inhumanidad. Con arreglo a nuestras ideas y a nuestro modo de pensar, el padre que se sacrificara toda la vida, llenándose de privaciones para legar una pingüe fortuna a su hijo, sería un padre inhumano, un miserable.

Lo primero, porque haría de su hijo un perdido, como hacían en tu siglo los hombres de fortuna, que criaban sus hijos en la molicie, mientras ellos trabajaban para dejarles un rico patrimonio.

Excuso decir por qué razón sería un miserable aquel que acumulara su fortuna conspirando contra su individualidad, llenándose de privaciones. Lo inicuo es privarse de aquello que uno puede dispensarse sin perjudicar a nadie. Lo ilegal es hacer una fortuna y al morir legarla egoísticamente a un individuo, cuando esa fortuna se ha adquirido con el sudor de la humanidad, y es a la masa común a la que legalmente debe retrovertirla quien la disfruta en vida.

La herencia fue el refugio del holgazán. La sucesión no fue nunca el fundamento jurídico de la familia, desde que nueve décimas partes de las familias nada poseían: luego la sucesión era el privilegio de pocos.

El día en que las grandes fortunas dejaron de ser hereditarias, ese mismo día concluyó el imperio de los imbéciles y la dirección de la sociedad quedó de hecho bajo la égida de los hombres de genio; y como el genio no

se ha heredado nunca, la evolución continua dió la dirección a aquellos que tenían mayor número de aptitudes y capital de inteligencia.

Nadie tiene derecho, al morir, de dictar disposiciones testamentarias, legando bienes que, por el hecho de fallecer, dejan de pertenecerle.

Y lo inhumano es convertir al hijo, que puede ser un hombre útil a la humanidad, en un crápula y un vicioso, como sucedía en muchos casos.

Sin embargo, nuestras leyes son muy sabias y prevén todos los casos. Los padres pueden disponer hasta una determinada suma en favor de las hijas mujeres y otra en favor de los varones.

¿Y el restante? el excedente? pregunté.

Eso pasa al Patrimonio Nacional pero el tiempo urge, y de estas cosas podremos hablar más adelante, que no será tiempo lo que nos ha de faltar para ello.

Acaté la indicación como un mandato, como se debían acatar las disposiciones de aquella alma benigna.

Centenares y millares de niños se fueron reuniendo en el gran parque, todos con sus cabecitas descubiertas, zapatos bajos y vestidos con túnicas de una suave franelita verde. Cantaban, sonreían, jugaban, parecían una inmensa bandada de pájaros sueltos en el bosque, que alegraban con sus vocecitas de ángeles.

Multitud de señoras, señoritas y niñas habían llegado; todas traían cestas de flores y frutas y juguetes de mil variedades.

Cuando nos retiramos, no había menos de diez mil personas.

Serían las diez de la mañana cuando llegarnos a casa de mis huéspedes.

Allí dejamos el vehículo; hecha la toilette, salimos acompañados de la señora Azucena en dirección al templo.

Frente a la calle 18 de Julio, y en el terreno que a mediados del siglo XIX ocupó el Cementerio inglés, la generación del siglo XXI erigió el gran templo al Espíritu Universal.

No me es dado hacer un detalle de esa monumental construcción, sostenida por 400 columnas de pórfido traído del departamento de Maldonado, rico mineral que permaneció allí olvidado en las entrañas de una montaña que ha hecho la fortuna de diez y siete sociedades anónimas, que la explotaron en grande escala en este siglo.

El frente del templo es a la calle indicada, de cien metros, y treinta y tres son los escalones de mármol que hay que subir para llegar al gran corredor que lo circunda, del cual parten las columnas que en doble fila y a cinco metros una de otra forman la amplia galería.

Los treinta y tres escalones son una alegoría de los Treinta y Tres Orientales que sacudieron el yugo extranjero, dándonos patria y libertad.

De manera que el pavimento del templo queda a ocho metros de altura sobre el nivel del suelo.

Las columnas tienen quince metros de alto cada una, los cornizones tienen de los costados cuatro metros, y al frente el triángulo es de once metros de alto en su centro.

Resulta que el templo tiene cien metros de frente y doscientos de fondo, por treinta y cuatro de alto.

La construcción de este monumento ha costado 27 millones de Artigas, y trabajaron en él diez mil hombres durante ocho años.

Esta obra maestra, el templo más notable del Río de la Plata, fue ejecutada por el ingeniero nacional Mario Soler, de la Facultad de Montevideo, habiendo sido ayudado. en la gran obra por los ingenieros nacionales Ludovico Pérez, Benjamín González, Aristóbulo Ellauri y Timoteo Kaski.

¡Yo soy el que fui y seré el que soy!

Estas palabras estaban escritas debajo del gran cornizón del frente, en el centro del gran triángulo.

Amplia faja circundaba los cuatro frentes, teniendo no menos de cinco metros de alto.

Allí estaban esculpidos en mármol los bajo relieves representando los hechos más culminantes llevados a cabo por los, grandes benefactores de la Humanidad.

Obra colosal ejecutada por los escultores nacionales Víctor Ferrari, Anselmo Pigurina, Alberto Hernández, Matías Gómez, Abelardo De Vincenzi, Eracles Morandi y Federico Ramírez.

"Yo soy el que fui y seré el que soy!" Me tenía intrigado esta inscripción, y la señora Azucena sacóme de la curiosidad, diciéndome:

-Esa inscripción es símbolo de la eternidad. El espíritu universal es hoy lo que fue ayer, y será mañana lo que es hoy; es decir, no ha tenido principio ni tendrá fin.

Los griegos escribieron en el templo de Apolo: "Conócete a ti mismo" y el hombre de lo que menos se preocupó durante muchos siglos, fue de conocerse a sí mismo, pues si lo hubiera hecho, habría sido más humano y no se habría retardado tanto el advenimiento del imperio de la verdad y de la fraternidad universal.

Si el hombre hubiera estudiado, habría visto que si existió la barbarie, si la mentira imperó, si el error se prolongó, fue el hombre sólo el causante. Todo fue relativo al período en que le tocó vivir y de cuyos errores no supo emanciparse.

No habría condenado a sus antecesores, pues al hacerlo, desde que seguía sus mismas huellas, no hacía otra cosa que prepararse para ser a su vez condenado por la posteridad.

Las religiones no fueron otra cosa que el fruto de estado de civilización de los pueblos. Nada hay de fijo e inmutable aquí, exceptuando el amor y la caridad.

Ésta es la base de nuestra religión.

La mejor legislación humana es aquella que tiene más fácil y sencilla aplicación, y tan luego esa era desconocida en tu siglo.

La verdad, fundamento de la justicia, resplandeció siempre; pero los filósofos, los escépticos, materialistas y espiritualistas de tu época, se sumergían en un verdadero laberinto, empeñándose en no querer ver la luz eterna de la justicia que les hería la vista!

Los hombres de tu época odiaban la verdad y rendían culto a la mentira.

Sobre tales bases no era posible sino que aumentaran los errores que el siglo XX tuvo que expían

Sobre el frontispicio destacábase la estatua colosal de mármol que representaba La Religión, amamantando un niño, mientras otros, pequeños se agrupaban alrededor de ella.

Otra gran estatua, a su derecha, representaba La Esperanza. Ésta apoyaba la mano derecha sobre el hombro de la otra estatua, cubierta de acero, teniendo un casco de Minerva en la cabeza y una espada en la mano: símbolo de la Justicia.

A la izquierda, otra mujer representaba la Ciencia, coronada de laureles, teniendo en la mano una antorcha encendida.

Esta estatua ceñía con la mano izquierda la cintura de otra que, inclinada hacia el pueblo, parecía querer darse ella misma. Representaba la Caridad.

En el centro del triángulo, y sobre la parte superior, una serpiente enroscada, con la cola en la boca, y en el centro dos tortolitas teniendo la una el pico en la boca de la otra: símbolo de eterno amor.

Entramos al templo.

El orden de las columnas interiores era interminable, monumental, algo tan estupendamente soberbio, que el hombre desaparecía.

El silencio profundo y respetuoso que allí reinaba, estaba muy lejos de parecerse al bullicio que la juventud de ambos sexos de antaño iba a formar en el templo católico de mi época.

Si los jóvenes no creían, nadie les obligaba a hacer suya una religión que repudiaban; pero nadie tenía el derecho de ir a hacer burla grosera de las creencias ajenas. Así como a un mal educado, que hablaba fuerte en un teatro durante una representación se le hacía salir, -y eso que había pagado su entrada, -de la misma manera al que hacía alarde de insulsa mofa, durante los oficios que los católicos profesaban en su templo, se les debía echar a la calle.

Así entiende las cosas la gente de este siglo. ¡Cómo se conoce que no han vivido en el mío! El templo estaba atestado de gente.

Amplias naves de mármol blanquísimo se sucedían unas a las otras, distando los pedestales de pulido pórfido sobre los que descansaban, de uno a otro, no menos de cuarenta metros por cincuenta de altura.

En el centro de cada nave, sobre pedestales del mismo mineral, surgían estatuas de blanquísimo mármol, de extraordinaria perfección.

Sobre el primer pedestal, un grupo de dos personas de tamaño como de siete metros de alto, representaba a Adán y Eva. El primero en actitud de estrechar amorosamente entre sus brazos a la primera mujer: símbolo del primer amor origen de la humanidad y fin al que debe conducirla el amor.

Algunas religiones del pasado condenaban a Adán y Eva como los primeros culpables, sin darse cuenta tal vez, de que al establecer esa premisa, negaban la existencia del Dios que admitían, pues siendo éste un Dios de bondad, lo convertían en un Dios de odios y venganzas, en actitud de azotar a la primera pareja que creó en este paraíso terrenal, porque cumplió con su voluntad, porque amó!

Debajo de otra gran nave surgía la monumental estatua representando al gran legislador Moisés en el Sinaí.

Zoroastro frente al israelita, estaba bajo la nave opuesta. Las dos naves más adelante ostentaban dos colosales estatuas de maciza plata, de seis metros de altura cada una y sobre pedestal de bronce y malaquita. Una representaba a Cristo en el acto de ser despojado de sus hábitos para crucificarlo, en actitud de perdonar a ese pueblo que tanto amó, por el inmenso crimen que iba a cometer. Mártir de la religión del amor y de la caridad, y el que vivirá en las mentes y en los corazones de los pueblos hasta que en el mundo haya un aliento

La otra representa a Sócrates en el acto de beber la cicuta. Más allá, otra estatua representa a Mahoma con la cimitarra desnuda en la mano izquierda, teniendo alzada la diestra en actitud de recibir el Corán del cielo.

Las estatuas de San Pedro y San Pablo surgen sobre otras dos bases de granito amarillo de extraordinaria belleza, procedente de las minas de Tacuarembó.

Santo Tomás de Aquino, Lutero y cien más siguen diseminados debajo de las demás bóvedas.

Las divinidades paganas de los demás pueblos tienen su estatua en el gran templo.

En la gran cúpula central, que tiene ochenta metros de diámetro por ciento veinte de alto, están pintados al fresco la Estigia, el Cocito, el Aqueronte, el Infierno de un lado y del otro el Edén, el Olimpo, el Purgatorio y el Paraíso.

Todos los pueblos de todas las edades estaban representados en el vasto templo.

Esa obra monumental de la pintura de la cúpula central fue ejecutada por los pintores cisplatinos Felipe de Pino, Aristóbulo Méndez, Saturnino Jiménez, Tebaldo Medina y Ludovico Pérez, bajo la dirección de Eurípides Blanes, empleando siete años en su ejecución.

En las cinco grandes naves de la izquierda está Confucio con sus tablas; el Toro, lecho nupcial de Júpiter y Juno, símbolo de la fuerza, entre los pelasgos y otros pueblos remotos; Osiris y Silva, Marte, Júpiter y hasta Mercurio, estaban allí. Brahma, la virgen, y la Serpiente, y todos los símbolos de la metempsícosis indiana.

Osiris, Isis y los jeroglíficos egipcios, esculpidos en los pedestales. Todos los dioses grandes y pequeños, y todos los objetos adorados por los pueblos, estaban representados en el gran templo.

Aquello era un templo y un vasto museo religioso a la vez: un código universal.

Maravillado ante lo que veía, dije a Temístocles:

-Es difícil determinar la religión que se profesa aquí.

-Nunca hubo más de una en el mundo, respondióme con tono severo, lo que ustedes llamaban variedad de religiones, no fue más que variedad de sistemas.

La idea divina de todos los siglos fue y será en el fondo la idea cristiana, reveladora de un Dios de amor que vivió con el pueblo, con la civilización y con la ciencia.

Cada día que pase podrá la ciencia pulverizar los dogmas, pero jamás alcanzará a extirpar el sentimiento religioso, el sentimiento cristiano, practicado por la primera vez por un hombre que vivió sacrificándose por el linaje humano y murió en la cruz perdonando.

El templo se iba atestando de gente,.

-¿Se va a cumplir algún rito? pregunté a mi guía.

-Nosotros no tenemos ningún rito, me contestó; todos fueron abolidos. Nuestro templo se abre tres veces al día para la instrucción religiosa. Los días Júpiter asiste el Consejo de Gobierno.

-Es verdad que aún no me has dicho nada respecto a la forma de gobierno que tienen ustedes, le observé recordando su promesa.

-Es muy sencilla, respondióme el anciano. Nosotros no tenemos presidentes ni ministros como en tu tiempo. Vuestros Presidentes eran dictadores disimulados cuando se apoderaban del poder.

Los ministros eran simples secretarios; se hacía lo que el presidente quería, o se iba el ministro a su casa hasta que se encontrara otro empleado que sirviera.

Teniendo el presidente la mayoría en las Cámaras que a su antojo formaba, hacía del país lo que le daba la gana, y al pueblo se le hacía creer que la comandita gobernaba constitucionalmente.

¡Y odiabais la dictadura, mientras vivíais bajo su férula en carácter permanente!

No hablaré del sistema electoral de tu época, pues si los gobiernos hicieron lo que les dio la gana, fue porque el pueblo estaba tan anarquizado, era tanta la decadencia, que bien merecido tuvisteis los azotes que moral-

mente os dieron!

¡Vergüenza! exclamó Temístocles indignado; un pueblo entero que doblega la cerviz que debió mantener altiva, y fulminará los mandones arbitrarios; mientras más de una vez un puñado de audaces se enseñorea del poder y dispone del país como de cosa propia.

La Constitución que regía el país en. el último tercio del siglo XIX fue óptima para la época del patriotismo austero que le precedió en ese mismo siglo al sancionarse; pero los hombres de tu tiempo sólo se preocupaban de violarla, burlándose de sus sanos preceptos.

Los tres altos poderes del Estado los constituían: el Ejecutivo, que lo representaban el Presidente de la República y sus Ministros de Estado; otro poder era el Legislativo, formado por el Senado y las Cámaras, y el tercer poder era el Judicial.

En la balanza política el Poder Judicial pesaba absolutamente nada, quedando de hecho frente a frente y aparentemente con la dirección del país, el Poder Ejecutivo y el Legislativo.

Enfeudado en el poder el partido dominante, para perpetuarse en él escogitaba de su inagotable repertorio de fraudes electorales todo un arsenal de ciencia - gatuna - electoral, mofándose así del pueblo, obstaculizando con todos los medios fraudulentos a su alcance el libre voto, y recurriendo a la violencia y a la fuerza para ahogar el sufragio libre cuando el fraude no daba resultado.

¡Así se le elegían al pueblo oriental los que debían representarlo; quedando éste, de hecho, convertido en una sociedad de ilotas; y por ende, sin voz ni voto los que no se hacían situacionistas.

¡Ahí empezaba la tiranía y la corrupción! Las Cámaras, nombradas por el Ejecutivo en su casi totalidad, obedeciendo casi siempre ciegamente a la más mínima insinuación del Supremo Elector; cuando no, pendientes más de una vez de las viarazas de más de un régulo convertido en amo, esperando como premio de su sumisión la reelección bien rentada por otro y otro trienio más después, quedando de hecho la independencia del Poder Legislativo dependiente en absoluto del Ejecutivo. El aparato constitucional, una fórmula vana en la mayor parte de los casos; el voto del pueblo, una expresión sin fundamento, y la elección de los representantes, la más sangrienta de las burlas azotada vilmente al rostro del patriotismo austero.

El Ejecutivo, que era el pivote sobre el cual giraba el aparato pirotécnico - constitucional, lo representaban el Presidente y sus Ministros.

El, Presidente elegía los Ministros a su antojo, y cuando éstos no obedecían a sus mandatos, más de una vez se les vio enviarlos a la calle, con un no permito, o una echada de *kepis a la nuca*!

¡Cuánto teníais que aprender ¡oh republicanos! de las monarquías constitucionales, en donde siquiera fluctuaba la sombra de la independencia de poderes.

Agréguese a todo esto que el Presidente era el Jefe del Ejército y con amplias e ilimitadas facultades de hacer remociones de jefes de todas graduaciones, así corno podía libremente nombrar y destituir jefes políticos, y resultará evidentemente que el único poder absoluto que imperaba omnímodo era el Ejecutivo, encarnado en la entidad que Presidía los destinos del país, escudado por una Constitución que clamaba urgentemente una severa reforma para poner un dique al desborde del fraude de los mangoneadores del sufragio popular.

Es verdad que disponiendo de tales medios para gobernar, es inexplicable cómo más de una vez hubiera insensatos que pretendieran ejercer dictaduras responsables, cuando con la carta fundamental podía cubrirse un dictador irresponsable.

Los mayores enemigos de las democracias fueron en todas partes y en todos los tiempos los partidos sin ideales, sin más propósito al organizarse que el apoderarse del poder y de los empleos públicos asegurándose las elecciones para gobernar al país como una hacienda... ajena! para gozar así tranquilamente del sudor del pueblo!

¡Y a *eso* le llamaban *poderes constituidos*!

Esa forma de gobierno, que atentaba contra todos los derechos del pueblo, según ellos-, -los que la explotaban, - era la legal; y ¡guay de quien atentara contra esa legalidad fraudulenta!

En ese fin de siglo, a esos sistemas de gobierno el convencionalismo degradante les llamó impúdicamente el *triunfo* de las democracias!

Indudablemente el humo del vapor había cegado hasta las más claras inteligencias!

¡Ah! amigo mío, en esa época menguada bien se podía decir que *tutto il mondo era paese*!

¡Cuántas promesas patrioteras, que jamás se soñó en cumplir, pronunciadas por labios egoístas!

Administración! Justicia! Respeto a la ley! pura palabrería insulsa, Su único propósito, su verdadero fin fue siempre el de aferrar el poder para disfrutar de los placeres materiales que la posición encumbrada proporcionaba; repartirse los empleos disponiendo como de cosa propia, asegurándose de antemano las elecciones, violando todas las leyes tutelares de los pueblos para obtener ventajas personales; en una palabra, explotar el poder ni más ni menos como habría podido, hacerlo una sociedad anónima con una mina o un ferrocarril, etc., y sin exponer más capital que el de la *audacia colectiva.*

Y cuando un partido estaba persuadido de que debía estar siempre en el poder, porque él solamente. era capaz de gobernar entonces llegaba a ser un partido intolerable, e intolerante; concluía por confiar demasiado en sus fuerzas; empeñado en no ver ni corregir sus errores, una vez entrado en la falsa vía, perseveraba en ella sin detenerse ni escuchar

los dictados del alma del, pueblo; manifestados a grito dolorido por la prensa independiente, a la que el poder miraba como a un enemigo, sin tener en cuenta para nada que en la mayor parte de las ocasiones era más saludable la palabra severa de un enemigo que la adulación servil de un amigo.

Cuando se llegaba a tales extremos, el derrumbe se hacía inminente.

Entretanto las nuevas generaciones no entreveían más vías abiertas a la actividad humana que las de los empleos a solicitar, electores a suplicar, tentativas de lucros galopantes; y hasta la misma ciencia casi no era otra cosa que un medio, un escalón para trepar a las alturas, llegar a la meta, y pronto, para obtener lucros y saciar desmedidas ambiciones!

Ese fue el móvil de la vida, el ideal de la humanidad a fines del siglo XIX!

Por otra parte, la desmoralización cundía, y una gran mayoría del pueblo, aplastada por el fraude imperante se alejaba del ejercicio de sus derechos. El abstencionismo fue la antítesis de ese período evolutivo, y en la práctica constató, con la evidencia de los hechos, sus resultados negativos y contraproducentes; pues el hombre que no se preocupaba de ejercer sus derechos de cualquier modo y por todos los medios que la violencia imperante le dejaba expeditos, era ni más ni menos como un accionista de sociedad anónima que, no sólo no se preocupaba cuando había que cambiar directorio, eligiendo al que debía sustituir al que caducaba, sino que ni siquiera concurría a las Asambleas.

No ocupándose de estos puntos primordiales, se exponía a la pérdida de su capital.

La abstención en política era, pues, un criminal l egoísmo, y por lo tanto la ley debió infligir tanto a aquel que no obedecía sus preceptos, como al que valiéndose del fraude asaltaba el poder para saciar sus ambiciones menguadas y hacer fortuna.

El Supremo Consejo de Gobierno, ó, mejor dicho, lo que equivaldría al Poder Ejecutivo de tu época, está compuesto de doce ciudadanos elegidos directamente por el pueblo.

Cada ciudadano ejerce el cargo durante doce años, y se renuevan de a uno por año.

Entre los doce se elige anualmente el que debe presidir. En todos los actos del gobierno son responsables los doce miembros que lo forman. Nadie puede ser electo sino después de cumplir sesenta años.

Entre los once miembros restantes se reparten anualmente los distintos cargos del gobierno.

Mientras declame esto, se presentaron al fondo de la bóveda central algunos ancianos venerables vestidos con largo manto blanco, ceñido a la cintura por un cinturón de oro, llevando descubierta la cabeza.

-Son los sacerdotes, díjome Temístocles.

A su presencia, el pueblo púsose de pie, y un majestuoso órgano acompañado de mil voces, entonó sus graves y severas notas.

El pueblo cantaba un himno al Ser Supremo y Universal.

Aquellas melodías acompañadas por las voces de todo un pueblo, invocando la protección del Ser Supremo para que no le abandonara y le guiara siempre por la senda de la verdad., de la justicia, de la caridad y del amor, me conmovieron de tal manera, que las lágrimas invadieron mis ojos: lloré.

Rosalba, al ver mi emoción, extendió suavemente su mano, estrechando la mía; su dulce mirada derramó en mi espíritu un verdadero bálsamo consolador

Aquellos ojos lánguidos tan llenos de bondad y cariño, aquellas miradas que penetraban hasta el fondo de mi alma, haciéndola sentir ciertas emociones que no eran nuevas para mí, arrobando todo mi ser, levantaban mi espíritu envolviéndolo en un éxtasis de dulce melancolía. El canto había concluido.

Uno de los sacerdotes permaneció parado en la cátedra orando al Ser Universal, repitiendo el pueblo sus oraciones.

-¡Hermanos! exclamó después de varios instantes, esta vida es un período de transición, nuestra alma ha vivido siempre y vivirá. Nosotros no somos nuevos en este planeta.

Sufrimos aún y más sufrieron nuestros espíritus en las encarnaciones anteriores; debemos resignarnos, perfeccionándonos, ofreciendo el sacrificio de nuestras penas a Dios.

El alma sufriendo resignada se perfecciona y purifica, y sólo así se eleva.

Todo lo que tiene principio, tendrá fin, en la eterna evolución de la materia. Pero el espíritu se irá perfeccionando gradualmente en la eterna evolución, hasta llegar a la perfección completa. Esta tierra, como los miles de tierras inferiores que pueblan los espacios, no es más que un eslabón de la gran cadena. Nosotros hemos existido en vidas anteriores y existiremos en posteriores, hasta que nuestro perfeccionamiento intelectual esté en condiciones de pasar a otros planetas superiores. El día que la humanidad haya cumplido su última evolución, su parábola, este mundo habrá cumplido su razón de ser y caerá sobre el disco solar, volviendo a lo que fué. Se cumplirá la ley eterna!

El anciano se detuvo dando lugar a que el pueblo pensara en lo que acababa de decir.

-Por lo que veo vosotros sois dije a Temístocles -Indudablemente ésta es una sociedad de locos, pensé para mí.

-Espiritista, has dicho? contestó Temístocles. Efectivamente, así se clasificaba también a los que en tu edad se atrevían a pensar en la otra vida, en la inmortalidad del alma. Otros les llamaban espiritualistas, otros

llamáronla doctrina de la metempsícosis, trasmigración de las almas, etc. En realidad, en tu siglo los hombres, ocupados en amontonar fortuna, para después de hecha tener que abandonarla al morir, no tenían tiempo para pensar en ciertas cosas, así que se burlaban de todo lo que ignoraban, y lo ignoraban todo.

La verdadera religión es la religión del deber, la que liga con vínculo indisoluble el hombre al hombre, las generaciones unas a otras, los que fueron a los que serán, la ley de la caridad y del amor, Las religiones del pasado no fueron otra cosa que el fiel reflejo del estado de adelanto de todos los pueblos.

El *temor* fue del hombre bruto el freno.

El amor es el vínculo de la unión y fraternidad de nuestro siglo. En vano todos los filósofos, escépticos, materialistas y espiritualistas de todas las épocas buscaron la verdad teniendo la mentira por fundamento. La victoria de una doctrina mataba siempre a la secta que la engendraba, y el aparato de que para imponerse echaba mano, resultaba al final un sudario irrisorio. La verdad estaba ahí al alcance. de todos, como al alcance de todos estaba la felicidad del linaje humano: menos pasiones, más corazón, menos egoísmo, más caridad, aproximación simplemente de los hombres, comprenderse y amarse. Ahí estaba todo, y todo estaba al alcance de todos. ¿Qué otra cosa eran los nobles éxtasis de los adeptos del cristianismo sino abstracciones momentáneas de los sentimientos para reconcentrar el arma individual en el Yo universal, que es la vida de todo? Las manifestaciones de lo desconocido se han revelado siempre a los hombres en todas las edades; pero los hombres han ido siempre de prisa, tal vez temerosos de no llegar a tiempo al final de la existencia.

-La humanidad ha ido gradualmente avanzando a medida que el *espíritu* humano se ha perfeccionado, prosiguió el sacerdote. Ahí está la ancha y luminosa estela recorrida por el espíritu humano. Siempre, desde su origen, gradualmente avanzando desde los tiempos más remotos; si bien hay en este trayecto caídas, períodos de aparente retroceso, en cambio a raíz de esas etapas vemos al humano linaje tomar más bríos y adelantar con mayor rapidez.

¿De qué otra manera podría el hombre racionalmente explicarse su existencia en este valle que él llamó de lágrimas y dolores, en donde más de una vez maldijo la hora y el momento de haber venido al mundo, increpándole al Ser Supremo la causa de sus desdichas, fruto exclusivo de sus pasiones? ¿Para qué sufrir? decía para sí. ¿Qué mal he hecho antes de nacer para merecer el castigo? ¿Era entonces necesario que yo naciera para dar a Dios el agradable espectáculo de mis tormentos? ¿Acaso le he pedido yo la existencia o sólo ama El el incienso de las víctimas? *Si esta vida es un mal, ¿por qué me la ha dado Dios? y si es un bien, ¿por qué me la quita?* En su ciega rabia blasfemaba el hombre, y en su delirio insano negaba la existencia del

Ser Universal. La nueva luz, la luz de la verdad, se fue abriendo camino, y a medida que fue menos malo, fue más feliz. ¡Oh Sublime beneficio de la metempsicosis! A ti sola, ¡oh santa verdad! debe la humanidad el beneficio de la luz que, como dijo el divino poeta *"del futuro gli squarció il velame"*. Yo os exhorto, hermanos míos, a obrar bien en esta vida, para que la fracción infinitesimal de la inmensa misión universal que por Aquél os ha sido asignada, sea por vosotros cumplida dentro de sus límites y no tengáis que sufrir por falta de cumplimiento de vuestra misión otras penas en existencias futuras. Cada cual debe obrar dentro de la esfera de las aptitudes que la naturaleza le ha concedido.

Después pasó al campo de los deberes que ligan a los ciudadanos entre sí ante la ley. Demostró claramente la perfecta armonía que existe entre las leyes del Estado y los principios morales religiosos, base de toda legislación.

En fin, pasó revista de los últimos descubrimientos, demostrando que el hombre no había descubierto nada, sino que el Ser Universal gradualmente le manifestaba los principios, mientras dejaba libre al genio humano para desarrollarlos, ampliarlos y buscarles su aplicación, en cuyos estudios se perfeccionaba gradualmente la humanidad.

Trayendo de todo esto argumento para que se bendijera al Ser Supremo por habernos concedido esta vida y nos animara con su divino espíritu a apreciar siempre y cada vez más los beneficios de la existencia, terminó, como había empezado, exhortando a todos al amor a la concordia, al estudio de las ciencias y al trabajo, declarando ser sólo ése el medio seguro y eficaz de usufructuar para nuestro bien individual y para el colectivo de la sociedad de la que somos miembros, los dones físicos, intelectuales y morales con que el Ser Supremo nos ha colmado al nacer, y terminó diciendo:

-"Nuestras penas no son otra cosa sino castigos merecidos por falta de cumplimiento a nuestra misión en existencias anteriores.

"Sigamos siendo buenos, rectos, justos y caritativos. Y si esta existencia a que en este período hemos alcanzado ya, es feliz y nos agrada, en el futuro será de completa felicidad y aceleraremos la gran etapa a que fue destinado nuestro espíritu hasta su perfección en este planeta para pasar a otros superiores, acercándonos cada vez más a la perfectibilidad humana."

El órgano de colosal instrumentación, entonó de nuevo un armonioso himno al Ser Universal, y un coro inmenso de niños y niñas, todos vestidos de blanco, avanzó cantando desde la cúpula del fondo.

El pueblo quedó meditando, absorto, sobre las bellas y consoladoras palabras del sacerdote.

A las 10 estábamos en el gran salón del Palacio Gubernativo, Temístocles, Azucena, Rosalba y yo.

Orestes debía presentarse a recibir el premio que el Superior Consejo de Gobierno le había asignado por sus notables estudios presentados y premiados por oposición, para la canalización del Departamento de Rocha.

Millares de personas de todas edades y sexos llenaban los vastos salones y amplios corredores. A la hora indicada se abrieron las grandes portadas del salón de la Gobernación.

Estaba éste situado en el centro del edificio.

El espacio que ocupaba era de ochenta metros de ancho por ciento cincuenta de largo, completamente abierto en el centro, es decir, sin techo.

Lo circundaba amplia galería de quince metros de ancho, techada y sostenida por columnas de granito colocadas a veinte metros unas de otras, ocupando en el centro de cada espacio al contorno que divide las columnas, unas de otras, pedestales de pórfido de ocho metros de alto, y sobre cada uno de ellos, estatuas de cinco metros, representando la Industria, la Música, la Pintura, la Escultura, el Comercio, la Química, la Física, la Botánica, la Astronomía, la Agricultura, la Electricidad, la Ciencia, la Literatura, el Genio, y un sinnúmero cuyo detalle omito. Debajo de la amplia galería, espléndida escalinata de veinte filas de asientos revestidos de mármol, daba acomodo a cinco mil espectadores.

En el centro del salón, sobre asientos del mismo mineral, ricamente esculpido, eran ocupados todos los sitios por igual número de personas. El salón tenía capacidad para diez mil personas. Amplia tienda de rico lienzo de fina lana verde claro con guarda griega en rojo subido; cubría el gran centro, resguardando a los espectadores de rayos solares.

A la cabecera una tribuna alta, a la que conducía amplia escalinata de diez escalones de rico mármol verde.

La estatua de la República en el Centro del salón, es decir, en la cabecera, a espaldas de la tribuna, surgía imponente, hecha en bronce, símbolo de la fortaleza, de veinte metros de altura, obra ejecutada por el artista cisplatino Alejandro Belgrano.

Al poco tiempo ocuparon sus asientos los doce miembros del Gobierno.

Las demás dignidades del Estado, funcionarios públicos y empleados superiores, estaban confundidos con el pueblo.

Una banda de música de quinientos profesores, colocada en el salón, contiguo, tocó el himno nacional. Muy distinto, por cierto, del que se usaba en mi época. Música mística que arrobaba los sentidos, haciendo latir los corazones con sus notas armoniosas y sublimes.

En mi edad se hablaba mucho de patria, morir, libertad, tumba y Brutos, puñales contra los tiranos y otras cosas sin sentido entonces.

Y las tiranías, disfrazadas con el oropel constitucional, se enseñoreaban en el poder pura palabrería hueca; y abundancia de Césares de cartón

improvisados y no pocos mendicantes políticos que en mala hora engendraron. el enervamiento de las fibras patrióticas en, ese período de decadencia.

La letra del himno patrio de esta edad de oro, es alegórica del progreso y la fraternidad.

En cuanto asomaron los miembros del Gobierno, rompió la marcha la gran orquesta, y el pueblo, movido corno por un solo resorte, se puso de pie.

Concluído el gran himno, tomaron asiento los miembros del Gobierno, y como el pueblo permaneciera parado, el que desempeñaba el puesto de Jefe, Supremo indicó con un signo al pueblo que tomara asiento.

Todos lo hicieron así.

Dos heraldos, colocados uno de cada costado del Jefe Supremo, peo tres escalones más abajo, hicieron oir el toque de sus trompas; el silencio fue sepulcral.

Otro heraldo, situado al frente de la escalinata, debajo de la tribuna, tenía desplegada en su diestra la bandera de la patria, es decir, la bandera que fue del fundador de nuestra nacionalidad. En cuanto acabaron los dos heraldos el toque de silencio, hizo oir su portentosa voz para ir llamando uno por uno a los agraciados de ese día.

-Virginio Méndez!

Un joven de 23 años, hijo del pueblo, de simpática figura, avanzó lentamente, subió los diez escalones, deteniéndose delante del Jefe del Gobierno.

Levantóse éste de su asiento y exclamó:

-Virginio Méndez, el Estado os asigna el Premio del valor heroico por la noble acción que habéis ejecutado salvando con riesgo inminente de vuestra vida, la de dos seres humanos que, a no ser por vuestra noble acción, habrían perecido ahogados.

Avanzó lentamente hacia el joven, colocándole en el pecho una medalla de oro. Abrazólo, besólo, y dándole un apretón de manos, lo despidió diciéndole:

-El Ser Supremo os tendrá en cuenta tanto heroísmo; la Patria y la Humanidad os quedarán eternamente agradecidas.

El pueblo instintivamente se había parado, y al bajar Virginia la amplia escalinata, fue saludado por los diez mil espectadores con una salva de prolongados aplausos.

Volvieron a tocar loa heraldos.

Reinó el silencio.

El pregonero hizo de nuevo oír su voz para llamar a Telémaco Benítez.

Un anciano nonagenario avanzó con lento paso y fue subiendo la escalinata acompañado por una joven y un niño.

Al llegar delante del Jefe del Gobierno, éste lo recibió con los brazos abiertos, y después de cambiar un fraternal abrazo, dirigiéndose al pueblo exclamó:

-La patria agradecida por los inmensos servicios prestados a la nación por Telémaco Benítez, quien fundó y costeó durante medio siglo el primer hospital de niños legándole su inmensa fortuna, ha resuelto regalarle una corona de laurel como prueba de reconocimiento al gran benefactor, ordenando se levante, para perpetuar su memoria, un monumento en uno de nuestros principales paseos públicos.

Y acompañando la acción a la palabra, tomó de sobre la mesa una corona de oro esmaltada de verde, formando hojas de laurel, y con ella coronó al anciano, quien lloraba de emoción, abrazado por los nietos que le acompañaban.

Todos los miembros del Gobierno abrazaron y besaron a Benítez.

El pueblo, de pie, saludó frenéticamente al premiado, verdadero benefactor de la humanidad.

Mientras Telémaco bajaba la escalinata, el pueblo repetía sus aplausos, enjugando a la vez el llanto de alegría que corría por sus mejillas.

La escena fue conmovedora.

Reinó el silencio, y volvieron los heraldos a hacer oir sus trompas.

-Marcos Batlle! llamó el pregonero. Y un hombre de cincuenta años, de esbelta figura, mirada altiva y simpática a la vez, avanzó resueltamente, envuelto en los pliegues de su túnica violácea. Al llegar al último escalón se detuvo. El Jefe del Gobierno le extendió la mano, diciéndole:

-Marcos Batlle, por vuestro plano de los edificios y ejecución de las grandes obras de los baños públicos, el Consejo Supremo os premia con un diploma de honor y el tesoro público os ruega aceptéis cuarenta mil Artigas en compensación de vuestros trabajos.

Alzó la frente el favorecido, y contestó en tono de agradecimiento

-Acepto gustoso, y no sé cómo agradecer el alto honor con que se me distingue; tomo para mí este diploma, que es la mejor recompensa que se me podía asignar, y ruego al señor Presidente quiera en mi nombre destinar los cuarenta mil Artigas como donación dotal a las primeras diez jóvenes del Horfanotrofio del Sud que contraigan matrimonio.

El pueblo entusiasmado aplaudió con verdadera admiración tanto desprendimiento, mientras que el Jefe del Estado abrazaba tiernamente a Marcos Batlle.

Éste fue a confundirse con el pueblo.

Volvieron los heraldos a tocar, y de nuevo el pregonero volvió a llamar a otro de los premiados.

-Orestes Fernández!

Y Orestes avanzó acompañado por Fonty hasta la primera escalinata. Subió solo, y al llegar a la última paróse de nuevo el Jefe del Estado, exclamando:

-Orestes, por vuestros estudios de canalización del Departamento de Rocha, desecación y colonización del bañado de India Muerta, el Gobierno os premia con un diploma de honor; quedáis nombrado para dirigir los trabajos de su ejecución con un estipendio de diez mil Artigas anuales.

Recibió conmovido Orestes su diploma, abrazó al anciano y descendió lentamente.

Una salva de aplausos saludó al agraciado, el cual vino a sentarse junto a nosotros, en el sitio que le teníamos reservado en medio de sus padres.

Aníbal Díaz fue premiado por sus descubrimientos químicos.

Fructuoso Busto por sus inventos astronómico.

Saturno Arena, por las minas de petróleo descubiertas as en el Departamento de Minas.

Ruperto Ferreira por su composición poética titulada *Humanidad*.

Adela Castell por sus obras de caridad; y otros muchos cuyos nombres no he podido retener en la imaginación.

Eran las catorce del día cuando, después de almorzar, nos dirigimos al Estadio del Sud, en donde Fonty nos había dado cita para asistirá su conferencia, titulada: "El socialismo anárquico del siglo XIX y el socialismo progresista del siglo XXI".

Yo iba con toda la familia de Temístocles, incluso él también.

Las señoras y señoritas asisten libremente a todas las reuniones y toman también la palabra para emitir sus opiniones, cuando la ocasión se ofrece.

La discusión es libre; pero para refutar a los conferenciantes, se les deja hablar primero, es decir, terminar sus discursos.

Todos los que asisten a las conferencias, como lo he notado en las varias que llevo frecuentadas, llevan su carnet de apuntes y a medida que lo juzgan oportuno, hacen en él sus anotaciones, para después tomar la palabra si les ocurre y rebatir a los oradores.

El salón estaba atestado de espectadores; suaves corrientes mantenían una temperatura fresca y agradable, muy distinta de la que había que soportar en mi época, cuando en verano concurría uno a las reuniones públicas o a funciones teatrales, en donde el aire bueno faltaba en relación que el malo iba aumentando, en donde en vez de ir a divertirse o a gozar de los espectáculos, se iba a sudar la gota gorda.

Subió el señor Fonty a la tribuna en medio de un silencio sepulcral.

Pasó rápidamente su afable mirada sobre el auditorio, mientras una salva de aplausos saludaba al orador.

Este empezó diciendo:

-Queridos amigos: la Providencia nos depara la suerte de tener en nuestro seno, en el centro de esta reunión, nada menos que a Fernando, el hombre del siglo XIX, de ese siglo que tanto bueno quiso hacer y

tanto malo engendró; de ese siglo mártir de la idea del progreso, que lanzada en su seno por los hombres que le precedieron, no pudo germinar bien ni a tiempo la simiente arrojada en terreno que no había sido preparado.

A los hombres de ese siglo se les había hablado de derechos, mientras lo que imperaba en casi todo el orbe eran los avances brutales; se les habló de libertad, y la tiranía de los mandones subyugaba a los pueblos; se les habló de igualdad, y la usurpación de la propiedad lo tenía todo dominado; se les habló de fraternidad, mientras seguía imperando la distinción de las castas en casi todo el orbe.

El hombre nacía, vivía y moría esclavo. Indudablemente la humanidad había avanzado, las ideas habían hecho camino; pero a medida que las ideas avanzaban y que el hombre se instruía, era más desgraciado, pues se daba más exacta cuenta de su triste posición. Dos tendencias pugnaban en fiera lucha: la una encarnaba el ultramontanismo, y bajo la égida de sus adeptos los jesuitas, estaba confiado el reclutamiento de sus hombres dirigentes. La otra era el liberalismo, es decir, lo que se llamaba liberalismo, en la que estaban afiliados todos los elementos en híbrida amalgama: los virtuosos y los canallas! Los honrados y los pícaros!

Los primeros reclutaban para sus filas al hombre de talento o de capital: dos fuerzas positivas, con las que se dominaba al mundo en aquella edad de mentira.

La otra buscaba aparentemente la felicidad de la humanidad; ideal irrealizable, sublime utopía, dados los cimientos sobre los cuales se echaban sus bases.

En el fondo todos buscaban sus conveniencias : el egoísmo triunfante.

Los primeros, escudados por una religión de amor y fraternidad, de la que se servían para negar a sus fines; los segundos, en su mayoría no tenían religión. Se conformaban con negarlo todo, que no era poco! Y se quería desviar a la humanidad de la senda que debía inevitablemente conducirla, al caos, empujándola en la misma senda.

La instrucción del pueblo era la bandera que desplegaba a los cuatro vientos la tendencia liberal; la instrucción como se daba en esa época triste, en la que no se pensaba para nada en el mañana.

¿Cuál de las dos tendencias estaba o se aproximaba más a lo cierto?

En absoluto ninguna; pues había que hacer los cimientos antes de construir el edificio.

Una tendencia se calificaba de retrógrada porque quería el progreso lento y razonado, pero a la vez convertía al hombre en instrumento ciego, seleccionando sus hombres dirigentes cuando desde niños frecuentaban sus institutos; la otra, la liberal, quería la igualdad, la educación de todos, todo el mundo debía ser algo más que instruído.

¿Qué se conseguía con convertir a la humanidad en una academia de sabias medianías, si sólo se creaban desgraciados con levita, sin aptitudes para el trabajo?

La educación común sobre las bases de la mentira era un mal.

Muchos hombres de esa época solían exclamar: "Aunque yo no creo, sin embargo quiero que mi hijo sea educado en la religión, porque una vez siquiera en la vida es necesario creer; cuando llegue a la edad de la razón, entonces comprenderá que todas son imposturas de los curas.

"En cuanto a mi mujer y a mi hija, la cosa cambia, es completamente distinta. Yo dejo que vayan a misa y al confesionario, porque amo la tolerancia; por otra parte, no me fiaría de una mujer sin religión."

Al mismo tiempo declaraba que el cura era un ignorante, enemigo de la patria y del bien de la sociedad. ¡Su patria, Roma! pero Roma católica; y mientras eso decía, le confiaba la educación de sus hijos y deseaba que su mujer y su hija recurrieran al cura en los momentos más difíciles de la vida y le confiaran aquello que no se confía al esposo, al padre.

Quería que creyeran lo que declaraba absurdo, porque la conciencia de ellas les parecía sustancialmente distinta de la de él, y si a eso agregamos la poca e insuficiente instrucción que en general recibía la mujer; es fácil convencernos del abismo que cavaba entre él y ellas.

De esa manera la entidad ideal de la familia se descomponía, y los hijos, resintiéndose pronto del mal, vivían en una atmósfera que corrompía sus sentimientos.

Mas ellos; desde muy pronto aprendían a fingir y a no tomar nada con seriedad.

Entraban en la vida sin fuerza para obrar consecuentemente, basándose en su incredulidad, aceptando el bagaje de la tradición como un legajo importuno que en los días de desencanto echarían al agua, para volver después a pescarlo a su tiempo y trasmitirlo a su vez a sus hijos.

En este berenjenal, ¿qué buscaba el pueblo? ¡Él mismo lo ignoraba! Si bien en muchos casos la enseñanza cristiana se refugiaba en el santuario del hogar; pero, y al pobre aquel que trabajaba de sol a sol, ¿qué tiempo le quedaba para dedicar a la educación moral de sus hijos?

Como he dicho, la sociedad descansaba sobre bases falsas; y las consecuencias que se derivaron no debían ser otras.

Al concluir el siglo sucedió lo que era lógico sucediera, y es que los que habían aprendido a estudiar no querían trabajar.

Y los que habían vivido trabajando saboreaban la idea del descanso: no querían ser menos.

Se habían obligado a frecuentar las escuelas primarias, en donde aprendieron a leer libros y periódicos; se sentían hombres como los demás; discutían y razonaban a su manera y querían ser oídos.

Cuando el hombre se encontró frente a frente al capital impersonal que no escuchaba, que no sentía, que no razonaba, la pasión lo cegó: dejó de ser hombre, trocándose en fiera.

Entonces empezó a gritarse contra los que tenían algo y más aún contra los que tenían mucho; y como los más no tenían nada, se declaró la guerra al capital, a lo que se llamó *burguesía.*

Se pretendía reformar la sociedad destruyendo el edificio social, cavándole los cimientos, sin darse cuenta de que todos quedarían aplastados debajo de sus ruinas.

Se quería la destrucción de la burguesía.

¿Dónde empezaba el burgués que se quería destruir?

Según el socialismo del siglo XIX, burgués era *aquel que tiene lo que yo no tengo, lo que yo desearía tener.*

¿Y con semejantes ideas se pretendía reformar la humanidad, el mundo?

El socialismo debió ser simplemente el modo de considerar las cosas, no como eran, sino como debieran ser.

Fue casi unánimemente mal concebido, peor puesto en práctica, y mucho más mal y peor juzgada la idea por quienes no la comprendieron.

La tan mentada repartición de bienes debía tener por fundamento la equidad, yéndose a ella lentamente por medio de la evolución y no a saltos; pues en natura todos los grandes fenómenos evolutivos y estables se producen por la acción del tiempo y no bajo el impulso nervioso del hombre impaciente.

En la escala de los propietarios, desde el más ínfimo hasta el más encumbrado, todos eran burgueses, todos debían sucumbir en holocausto de las ideas de los que no tenían nada, de los que nunca habían hecho mérito para tener algo.

Los socialistas del siglo XIX buscaban la organización de la sociedad sobre la bases de la igualdad, para eso había, según ellos, que destruir todo lo existente: anulación del capital, anulación de la propiedad en absoluto, supresión del individualismo el caos!

Surgió el anarquismo, como consecuencia lógica de tanto absurdo, pues se buscaba el mal en donde en realidad no existía.

Declarar el exterminio radical e instantáneo del capital acumulado con el trabajo, fruto de una o más generaciones, era un absurdo; y los absurdos, aunque suelen triunfar transitoriamente, es para dejar más expedito el campo de la fría razón, de la verdad, que en pos de las grandes caídas, conduce triunfante hacia sus destinos a la humanidad.

Declarar la guerra al capital que se había convertido en potente ariete del movimiento industrial y fabril que tanto impulsó al siglo XIX, creando al *industrial,* entidad poderosa sin raíces en la sociedad, expuesta a todos los vaivenes del movimiento comercial de los pueblos, era la mayor de las utopías.

Las cajas de ahorro, en las que se formaba el pequeño capital, eran tan luego las que proveían el capital grueso, contra el que se gritaba por los que no sabían y no querían ahorrar.

Ese capital, que, a la vez, era empleado en la constitución de hipotecas, en la adquisición de títulos de renta, en las cédulas hipotecarias, en los montepíos, en los préstamos rurales y en los descuentos de vales comerciales, acciones de sociedades anónimas, de los que echaba mano el fabricante para hacerse de recursos, pagando así con las utilidades que le producía la fábrica al personal por los trabajos que ejecutaba, asociando indirectamente a los beneficios de su empresa a aquel que había sido virtuoso, sobrio, trabajador y económico.

Suprimiendo, pues, el capital grande debía lógicamente desaparecer el capital pequeño, destruyéndose las bases de la sociedad.

Esa fue la teoría del socialismo que engendró el anarquismo.

De ahí nacieron las grandes huelgas. Se pretendieron salarios subidos y reducción de las horas de trabajo: utopía irrealizable, dado el egoísmo en que vivían encerrados dentro de las fronteras las naciones.

La tremenda lucha de la competencia aminoraba los salarios, a medida que las horas de trabajo aumentaban.

El mal existía en realidad, pero el error estaba en el diagnóstico. La máquina fue el verdadero feudalismo del siglo XIX. El obrero se vio privado de ella, y por ende esclavo del capital.

No podía trabajar sin instrumentos y materia prima, así que debía aceptar del rico propietario, por su trabajo, lo que quería darle; y éste le daba lo indispensable para vivir.

Cuando no tenía trabajo no le quedaba el derecho de presentarse a la autoridad y decirle: "No hay para mí trabajo en la fábrica donde estaba empleado" ó, teniéndolo, tampoco había a quien recurrir para exponer su queja justa, diciendo: "El salario es hoy tan reducido, que no alcanza para asegurar mi existencia; vengo, pues, a reclamar de la autoridad pidiéndole un trabajo cuyo salario no me haga envidiar la vida de las bestias!"

No; no, sólo no le asistía ese derecho, sino que la sociedad le decía, después de haberlo despojado del primero de todos los derechos, el de la propiedad, digo, el usufructo de la tierra: "Búscate trabajo, si puedes, y si no puedes o no encuentras, muérete de hambre, revienta en la miseria, pero *respeta la propiedad ajena*!"

Y la sociedad aumentaba la befa infame hasta declarar culpable al hombre que no podía encontrar trabajo, que no podía vivir ya sea tratándolo de vagabundo, encerrándolo en los cuarteles, o calificándolo de mendigo para aprisionarlo en los asilos de Pobres; cuando no lo desterraba de su seno o lo perseguía como a una bestia feroz.

Y todo porque no teniendo los medios para la subsistencia, ni asilo, ni medios de procurarse ambas cosas, se atrevía a hablar de derechos y de igualdad ante la natura.

¡Y era esa misma sociedad, convertida en juez y verdugo, la que lo había despojado de todo!

Todas esas desventuras indujeron más de una vez al hombre al delito: naufragio del sentido moral, que antes de estudiarse como fenómeno político, debió estudiarse como fenómeno social.

La ciencia de todos los tiempos ha podido probarnos que el hombre puede nacer orgánicamente bueno o malo, pero nunca nos probará que el organismo humano no ha sido en todos los tiempos enmendable.

Se combatió por la igualdad civil y fue abolida, la esclavitud; se combatió por la igualdad religiosa, y surgió el cristianismo; se combatió por la igualdad política, y surgió la libertad; más tarde se combatió por la igualdad económica, y la lucha se transformó, salvado el período incandescente, surgiendo el ideal del socialismo, obedeciendo a la ley evolutiva, que es la ley de la humanidad, haciéndose carne al fin!

Todas las naciones se encerraban dentro de sus fronteras oponiendo fuertes impuestos aduaneros a la importación.

El productor agricultor pedía impuestos altos, protectores, para evitar la competencia de los productos similares, pues todo el mundo acababa de entrar en un período de excesiva producción.

Y mientras tanto, el fabricante, el industrial, querían impuestos aduaneros bajos, para que sus productos pudieran entrar libremente en los países que no eran fabriles ni industriales.

El libre cambio avanzaba a pasos agigantados, en alas de tantos intereses encontrados.

A Roberto Fixert se le debe la aceleración del triunfo de la gran doctrina, obtenido en el Congreso mundial celebrado en París en 1944, la que puede decirse salvó a la humanidad del caos, aproximó a los pueblos y aceleró el gran acontecimiento de la fraternidad universal.

El mal entendido proteccionismo fue aumentando el malestar de todas las naciones a medida que se aumentaban los impuestos sobre la importación, pues al cerrar una nación la entrada a los productos de la otra, cerraba indirectamente los mercados a sus propios productos, derivándose de este malestar el encarecimiento de la vida, coadyuvando indirectamente al desarrollo de las doctrinas socialistas.

A pesar de todo, los capitales no podían permanecer en el estado de inmovilidad. El proteccionismo, a medida que fue creciendo, contribuyó poderosamente al desarrollo industrial de todas las naciones nuevas; pero como no había mercado fácil, decayeron los productos y aumentaron las horas de trabajo, mientras mermaban las rentas aduaneras en beneficio del fabricante,

Cada nación, bien o mal, se proveía a sí misma.

Y las, huelgas pedían merma de trabajo y aumento de salario!

El fabricante, el capitalista, fue la víctima de ese estado de cosas, sacrificado en holocausto de las falsas doctrinas imperantes. No pudiendo seguir, sucumbió, ahogando al industrial en su caída.

¡El anarquismo acababa de triunfar!

¡Guerra al capital tirano! gritaron las masas sin trabajo y sin pan.

Y la guerra declarada al capital, fruto sacrosanto del trabajo del hombre, triunfó!

Por otra parte, los que pedían pan, ofreciendo trabajo en cambio, estaban en su derecho también.

¡Qué culpa tenían ellos si la sociedad sucumbía a causa del egoísmo de los hombres que regían los destinos de los pueblos!

Ellos tenían derecho de vivir como todos los seres que el Ser Supremo puso sobre la tierra, sobre esta tierra que el hombre robaba al hombre, sobre esta tierra que todos debían y tenían derecho de poseer y el deber de trabajar, y que sólo una pequeña parte de la humanidad se había apoderado de ella, dejando la mayor parte en el abandono, usufructuándola otros, convirtiendo para eso al hombre en bestia, mientras la masa inmensa de población desheredada e ilota, errante y sin hogar, vivía en la miseria y el abandono más criminal.

El pequeño puñado de nieve desprendido de la cumbre de la montaña, rodando en la pendiente, se convierte en alud, derribándolo todo al negar estrepitosamente al abismo.

Así triunfaron las grandes ideas; así se realizaron las grandes evoluciones, mientras la humanidad se encaminaba a sus grandes destinos.

Detúvose un instante Fonty, como para tomar aliento, cual intrépido alpinista que ágilmente y con seguro paso trepa a la cumbre.

Después de breve pausa, continuó diciendo:

-Así como el experto marino en la oscura noche aguza su vista y penetra en las profundidades del horizonte, de la misma manera durante la breve y oscura noche que imperó el socialismo anárquico engendrado por el siglo XIX, la humanidad vislumbró la luz de la verdad, y de ese caos surgió la que debía dirigirla por la senda del triunfo.

No me detendré a haceros una relación sucinta de los hechos que se produjeron, y que para eterno ejemplo están grabados en la memoria de todos nosotros; atacando, destruyendo el capital grande, se había atacado y destruido el capital pequeño, derrumbándose el orden social.

El socialismo, como la mayoría lo entendía entonces, era la negación de la propiedad individual, la anulación radical del capital impulsor del movimiento: era la atonía de la sociedad.

El triunfo de ese socialismo fue una gran derrota; cuando del campo abstracto de la utopía pasó al de los hechos, fue una verdadera Babel.

Nadie quería trabajar. Todos querían *poseer*!

Las horas de trabajo fueron mermando a tal punto, que llegó el momento en que la humanidad presentó el cuadro más desolador.

Ahí, empezó su rápida y estrepitosa caída.

Las gentes huían de los campos; nadie quería labrar la tierra: todos amaban la vida de la ciudad y la molicie. Los campesinos se resistían a sangre y fuego a la entrega de sus predio.

En efecto: si le decíais al pequeño propietario del siglo XIX que se adhiriera al socialismo para destruirlo todo, el individualismo se levantaba airado para oponerse, pues nadie quería perder lo que era suyo. Eran los que nada poseían, los que querían repartirse lo ajeno. Es fácil cosa convencer; al que tiene poco, para que concurra al reparto con los que tienen más; pero es muy difícil que se resuelva a hacerlo con los que no tienen nada.

Hubo necesidad de armar ejércitos numerosos, después de haberlos abolido en absoluto; y lo peor era que la mitad de la humanidad fue armada para obligar al trabajo a la otra mitad.

Los trabajadores de los campos que acariciaban la idea del reparto, vieron que, no sólo no había reparto, sino que debían trabajar sin ni siquiera abrigar la esperanza de llegar a ser propietarios un día, por medio del trabajo, del ahorro y de la sobriedad.

Como la holganza crecía y los ejércitos y policías que habían sido organizados para obligar a todos al trabajo, fue en aumento, resultó que hubo necesidad de imponer mayor número de horas de trabajo, a tal punto, que ni los días festivos se respetaron, pues el número de brazos iba cada día en descenso y como si eso no bastara se trabajaba de mala gana, pues de los trabajos pesados todos huían y nadie quería ocuparse de ellos mientras todos ambicionaban el empleo y el descanso.

La prosperidad de los pueblos es el producto, de las energías humanas.

Si todos los hombres hubieran poseído un pedazo de tierra, la cuestión social no habría existido, porque a medida que hubiese aumentado el número de los propietarios de los que tenían algo, habría mermado el anarquismo, los que no tenían nada solidificándose la sociedad sobre bases inconmovibles, surgiendo el partido conservador, que fue el que debió conducir a la humanidad al cumplimiento de sus grandes destinos por el sendero de la verdad,. a la conquista de todos sus derechos.

El socialismo pretendía una sociedad en la que todos los hombres fueran iguales. Error funesto y contrario a las leyes de la naturaleza.

Quería el dominio de todos, sin tener presente que en donde ese dominio empieza, la sociedad termina: está el caos.

Se pretendían pocas horas de trabajo: destrucción del capital.

¡Cómo si pudiera existir el trabajo sin el capital, cuando tan luego el trabajo fue el que lo engendró!.

Anulación de la propiedad, sin tener presente que de su seno surgiría una nueva oligarquía una vez realizado el triunfo, puesto que desde que la propiedad existía, alguien habría de quedarse con ella y en el reparto todos querían ser favorecidos quedando demasiados fuera de los beneficios del festín: nuevo caos que engendró luchas tremendas, dado el egoísmo de los hombres de esa época.

Los propagandistas ardientes de esa doctrina sin fundamento acechaban el capital, y al día siguiente de la victoria, convertidos en propietarios, fueron los más ardientes perseguidores del socialismo.

Por otra parte, ¿Cómo podía ser duradero un estado de cosas que igualaba todos los individuos: el ignorante al instruido, el instruido al sabio, el sabio al idiota, el idiota al trabajador inteligente, el trabajador al holgazán, el inteligente al bruto, el malo al bueno, el virtuoso al crápula y el honrado al pillo?

¿Cómo podía ser duradero un estado de cosas absurdo, que acababa de triunfar brutalmente por el desborde de la fuerza anarquizada?

Sin embargo ese socialismo triunfó en brazos del anarquismo, para sucumbir estrepitosamente en el siglo xx, dejándole a la humanidad una gran enseñanza; fue una tremenda lección que, a costa de mucha sangre, muchos mártires y grandes sacrificios, aprendió la humanidad, surgiendo de esa tremenda prueba el verdadero socialismo razonado que se vigorizó poderosamente el siglo XXI.

Todo pudo haberse evitado si el siglo XIX no hubiera sido el heredero forzoso de los prejuicios de tantas generaciones que le precedieron.

El verdadero socialismo no podía pretender la igualdad, absoluta del trabajo, pero sí que fuera extirpada la absurdidad de los hombres que trabajaban excesivamente arruinando su salud, sacrificando su existencia; mientras otros no hacían nada absolutamente, entregados al más relajado sibaritismo.

El verdadero socialismo debía exigir que fueran aseguradas a todos las condiciones de la existencia, para que cada cual pudiera desenvolver su personalidad, su inteligencia.

Jehová prescribió a Moisés: "La tierra será dividida en suerte entre las tribus y las familias" y el Profeta, lanzando su mirada hacia el porvenir, atrevidamente afirmaba que los cuatro Imperios que pasaron sobre la tierra apoyados en la *fuerza brutal*, por esa razón fueron derrumbados; que *vendría en pos de ellos el quinto Imperio, fundado sobre la inteligencia, y entonces* - exclamaba - *cada espada se convertirá en un arado y reinará la paz universal, el bienestar será general y general el desarrollo de la inteligencia y de la alegría.*"

Más tarde, Aristóteles agregaba: Haced de manera que cada pobre tenga un campo pues aún así mismo no basta que los hombres sean iguales desde un punto de vista, sino que es su deseo serlo de todas maneras y en

todo; iguales en la libertad, iguales en deberes a cumplir y en derechos a ejercer, *pues viéndose privados o menoscabados del uso de sus derechos, se rebelarán, y haciéndolo, usarán de su derecho."*

Falca de Calcedonia, famoso escritor y filósofo decía:

"Todos los ciudadanos de un Estado, a más de ser educados de la misma manera, deberían también poseer igual porción de tierra en propiedad."

La insurrección más característica de que hace mención la Historia latina, es el amotinamiento de la plebe del tercer siglo de Roma, cuando sufriendo de mala gana la pobreza, se retiró sobre el monte sagrado exigiendo que los nobles dividieran con ellos los bienes, las fatigas y las dignidades.

San Juan avanzaba más, invadiendo por completo el campo del comunismo, cuando predicaba a los ricos el deber de abandonar la molicie y entrar con el pueblo en la comunidad de bienes.

Los primeros apóstoles también predicaban el comunismo, inspirados por el aliento puro del fundador del cristianismo.

El ágape de los primeros cristianos nos recuerda los banquetes en comunidad de los lacedemonios.

Las doctrinas de los pelasgos, valdeses, albigeses y lollardos, tenían por fundamentos las ideas del socialismo, Storch y Münzer transportaron al campo político la reforma religiosa de Lutero deduciendo de la igualdad ante Dios y del principio de la fraternidad cristiana, la igualdad política y la comunidad de bienes.

"La tierra, decía este último, es una heredad común sobre la cual tenemos derecho a una porción que nos ha sido robada. ¿Cuándo hemos vendido nosotros nuestra porción? 'Que se nos presente el contrato! Rendidnos, pues, ricos usurpadores, los bienes que con tanta injusticia exclusivamente gozáis.

"No es solamente como hombres que tenemos el derecho a la distribución pero sí también como cristianos".

El valor de la tierra iba siempre en aumento, no solamente como consecuencia del trabajo y del capital en ella empleado, pero también como resultante, del aumento de población y por consecuencia de la riqueza nacional; este último aumento pertenecía al Estado, el cual debía reivindicarlo para el porvenir con un impuesto especial sobre la tierra de aquellos que la poseyeron: y no la trabajaron o la hicieran trabajar por terceras personas o las arrendaran.

Tomás Campanella, invadiendo a su vez el campo del comunismo, exclamaba: "Para repartir las cosas con igualdad y justicia y no turbar la felicidad humana, es necesario ante todo abolir la propiedad, pues hasta tanto que ella subsista, la clase más numerosa y estimable no tendrá de su parte más que penurias, tormentos y desesperación."

El derecho de las mayorías, que tanto se invocó a fines del siglo XIX; no fue más que una burla sangrienta, un apóstrofe lanzado al pueblo vejado, escarnecido y vilmente explotado, puesto que las mayorías las constituían los que no eran propietarios, los que nada poseían, y excuso decir que en llegando a triunfar esa mayoría, el problema social de hecho habría estado resuelto.

Fonty se detuvo jadeante; su mirada brillaba en aquel pálido rostro que parecía inspirado por un espíritu superior.

¡Acababa de llegar a la cumbre! Detúvose un momento, como viajero que debiendo hacer largo camino, siéntase en una de las piedras miliarias que lo franquean.

Al poco rato, reanudando el discurso, empezó diciendo:

-Amigos míos, os pido queráis acompañarme un breve instante para dar gracias al Ser Universal por los beneficios con que nos ha colmado; para que nos acompañe con su fortificante aliento y podamos llenar la misión que cada uno de nosotros debe cumplir en esta existencia.

Como movidos; por un resorte todos los concurrentes se pusieron de pie, entonando un himno al Creador

Un armonio de colosales dimensiones acompañaba el canto religioso, si es que así puede llamársele, desde que todos profesaban la religión del deber, del amor y de la caridad. Terminado el himno, Fonty reanudó el discurso.

-En pos de la negra noche del error, viene la gran caída, y de ahí fue que sacó fuerzas la humanidad para rasgar el velo del futuro y encaminarse resueltamente al cumplimiento de sus grandes destinos.

El siglo XIX fue un siglo de mentira, mientras que el XXI es el siglo de la verdad.

En las escuelas del siglo XIX se predicaba mucha moral a los niños, amor a la patria, culto a los héroes nacionales y respeto a las instituciones; mientras que éstos creciendo, veían que lo que se les había enseñado era tan luego todo lo contrario de lo que se practicaba en la vida real.

Los gobernantes del pasado proclamaban la verdad mientras transigían con el error e inculcaban el vicio.

El error en política y la corrupción moral debieron ser atacados de frente.

Los pueblos por naturaleza eran indolentes: toda innovación les repugnaba, pues contra ella se resentía su inercia, los sofismas que habían engendrado de generación en generación, siglo tras siglo.

Cuando el pueblo vio los resultados prácticos de la gran evolución, el entusiasmo se apoderó del espíritu público, y a eso se debe el triunfo de la revolución moral que hemos operado.

Probó los grandes beneficios que de ella se derivaron para la humanidad, y la causa del presente y del porvenir surgió triunfante del bien general.

Pasada la gran borrasca, la humanidad fue lentamente encarrilándose, habiendo dejado en la gran caída todo el atavismo de las impurezas que le legaron los siglos que precedieron al XX.

Cuántas conquistas, cuántas reformas saludables fueron echando raíces y destruyendo por completo los errores del pasado, excuso enumerarlos, porque sería interminable mi oración, en la que debo concretar, pues me he propuesto poner frente al socialismo anárquico del siglo XIX el socialismo liberal del siglo XXI. La primera faz ya os la he presentado; tócame, pues, presentar la segunda.

Una de las bases angulares sobre las cuales descansa la sociedad moderna, fue, sin duda alguna, el triunfo de la doctrina libre cambista, iniciada en Alemania por el coloso Roberto Fixert el año 1944. Al año contaba en su seno con más de un millón de adeptos, al segundo año el número se había decuplicado, y el año 1947, tanto el fabricante como el agricultor, así como el obrero y el labrador, todos estaban afiliados a la gran idea. El año 1950 se celebran congresos libre cambistas en todas las ciudades del Universo. La gran lucha empieza. Las monarquías se ven amenazadas de muerte, pues el libre cambio va a cegarles la fuente principal de sus recursos, y prevén que después del libre cambio, otras supresiones radicales de impuestos vendrán en pos, y que los pueblos marchaban por ese camino al dominio absoluto de sus derechos, sin necesidad de testas coronadas, ungidas por el representante de Dios en la tierra, ese Dios que el catolicismo encarnó con Cristo, al que adoraban como al Creador los pueblos en la edad del error, mientras despreciaban sus sublimes preceptos con la mayor; impiedad, su sublime vida, sus predicaciones y su muerte, que todo fue amor.

Los hombres hicieron de él y de sus doctrinas un Dios de odios, venganza y despotismo.

Pablo, el más fiel intérprete de su misión, decía: "Si yo muevo los cielos y la tierra y no encuentro amor, no habré hecho nada."

De estos preceptos sublimes, el catolicismo hizo una religión de sospechas, de odios y de venganzas!

La monarquía, después del triunfo del socialismo anárquico y su gran caída, logró asirse del dominio de los pueblos como el náufrago que se salva en la primera tabla que las olas ponen a su alcance.

Los pueblos aterrorizados creyeron, al salir del caos, que en la monarquía estaba su salvación, pues confrontando el estado social anterior con el que engendró el triunfo del socialismo anárquico, no había que titubear para elegir. He ahí por qué la monarquía, acechando a los pueblos, se volvió a apoderar de ellos, si bien su dominio fue muy transitorio.

La liga monárquica se forma en 1943 para oponerse por la violencia al triunfo de las nuevas ideas. Con sus poderosos ejércitos, hacen los gobiernos ostentación de fuerzas, pero imposible vencer al enemigo: estaba en la conciencia y en el interés público, estaba en todas partes.

Era la primera etapa.

La revolución continuó rápidamente.

En 1967 se proclama la República federal en Italia, siendo primer presidente de ella Víctor Manuel Felice, último rey de la península.

Le tocaba al pueblo que incubó la más grande de las revoluciones en favor de la humanidad, la suerte de convertirse en poderoso foco de luz que había de señalar a los pueblos la nueva ruta a recorrer, hiriendo de frente al poder absoluto.

En 1943 se reúnen las delegaciones de todas las comunas, de todas las ciudades del mundo en París.

La gran revolución surge imponente; en vano resisten o pretenden resistir las monarquías, pues ante el derrumbe inevitable ceden.

En 1950 se proclama en la capital de Francia el libre cambio!

Desde ese día no existen ya fronteras; quedando suprimidas las aduanas, todos los puertos del Universo se declaran francos.

Una de las grandes trabas al período evolutivo que se iniciaba en la senda a recorrerse, estaba completamente eliminada.

En 1976 España y Portugal se declaran repúblicas, y en 1977 se firma en Roma el pacto de unión entre las Repúblicas latinas.

Inglaterra acababa de declarar la independencia de todas sus posesiones en las Indias y Oceanía, África y América, formando la gran Confederación Británica. La República se proclama en Londres en 1981.

Austria había dejado de existir para formar parte de la confederación Germánica, después de la abdicación de Guillermo Federico 111, y todos vosotros sabéis cuál fue la suerte de la Rusia y su gran evolución después de la gran derrota de la China.

En pos del triunfo del libre cambio, vino la anulación de la Deuda Pública; recurso inicuo de que se valían las naciones para descontar el porvenir de los pueblos, a tal punto, que la mitad de los impuestos apenas alcanzaban para cubrir los intereses de las Deudas Públicas contraídas por los gobiernos para disfrutar a sus anchas con sus paniaguados y armar al pueblo holgazán para aterrorizar al pueblo trabajador, el pueblo *bestia*!

Cuánto se abusó en el siglo XIX y principio del siguiente, del inicuo expediente de crear títulos de Deuda, excuso decirlo.

Libres las naciones de tan alevosas obligaciones, e imperante la doctrina del libre cambio, los pueblos se sintieron bastante aliviados de sus cargas.

Las monarquías perdían terreno completamente, morían de consunción, se les agotaban los recursos.

Ya se les había cegado una parte de los recursos interiores, las aduanas.

Con la supresión de la Deuda Pública se les acababa de cerrar el crédito exterior, pues de ese recurso abusaron todas las naciones para agobiar a los pueblos, descontando el porvenir de la humanidad.

Los hombres, al nacer, ya traían la obligación de extinguir deudas que otros habían creado con el solo propósito de vivir en la holganza!

El mismo día en que se proclamó en Roma la Confederación Latina, se suprimieron los ejércitos permanentes. El desarme general se imponía después de haber mandado a paseo a las testas coronadas y declararse el pacto fraternal.

Se concluyen los gastos de guerra, se acabó el militarismo, -oligarquía que vivía cómodamente sin producir, rentada con el sudor del pueblo.

En aquellos desgraciados tiempos, al que defendía la patria se le asignaba una pensión, se creaba una renta para él a costa del productor, como si no defendiera a su vez la patria aquel que desde su taller trabajaba fabricando armas, municiones, arneses y vestuarios, o el que cultivaba el campo para proveer de abundantes mieses al soldado, en una palabra, todos los ciudadanos que cumpliendo con su deber, se dedicaban al trabajo honesto, fuera cual fuese su ocupación.

Todos los hombres, sin embargo, aptos para manejar un arma, eran militares, estaban solemnemente comprometidos a ayudarse mutuamente dado el caso de que algún pueblo insensato pretendiera violar el pacto de fraternidad universal.

Pero la gran obra no estaba terminada y la humanidad luchaba aún con trabas del pasado, trabas que había que quitar del camino a recorrer, pues el triunfo del socialismo liberal debía descansar sobre sólidas bases; ya se habían visto los resultados del socialismo anárquico triunfando con todo el atavismo que lo engendró y que, como Saturno, debía devorarlo.

La propiedad seguía existiendo, y ése era el gran mal; mientras no se venciera, no podía decirse terminada la gran jornada.

Las falsas opiniones tienen raíz en los juicios erróneos; los errores y las supersticiones nacen de las más pequeñas insinuaciones, toman hábito y pasan al estado de sistema, porque vienen repetidas por todos.

Evitando esas repeticiones, oponiéndoles la fría razón, la verdad en todo su esplendor, la convicción se hará carne; cayendo la venda, desaparecerá el error.

Erigida la fría razón en sistema, destruyéronse los errores que engendró el pasado.

No hablemos de la fe, que fue siempre la razón de las cosas no aparentes.

Hizo breve pausa el orador, para proseguir diciendo: .

-El triunfo del socialismo anárquico fue la consecuencia lógica de los desaciertos del siglo XIX, la falta de previsión y el no haber sabido poner a tiempo un dique á, las pasiones desenfrenadas, no atinando a concertar los medios con previsión par a evitar sus desastrosos resultados.

La sociedad equívoca, sin más bases que un falso convencionalismo; el desenfreno imperante de las desmedidas ambiciones; el afán del lucro Y la sed insaciable de acumular riquezas, sin preocuparse muchas veces de los

medios; la vorágine de las pasiones políticas, sin más ideal que el empleo público, rentado, vitalicio, a costa del pueblo, al que por vía de impuestos absurdos y expoliatorios, le arrancaban inicuamente el fruto de su trabajo aquellos Mismos que, convertidos en poder por medio del fraude, dictaban leyes de impuestos para proveer a su bienestar, colmando así su ideal supremo, para cuyo fin invocaban los fariseos de esa edad menguada el sacrosanto nombre de la patria (de ese fin de siecle, como le llamaron en ese entonces Micard y Jouvent), que no era otro que el de vivir en medio de las comodidades, de los goces, placeres, bienestar y holganza a costa del sudor del pueblo, de la mayor parte de la humanidad convertida en bestia!

Mientras tanto se les suministraba a las nuevas generaciones una educación errónea, falsa, en el ideal y en la base, formando millones de inútiles, jauría de lobos hambrientos, zánganos de la colmena que se multiplicaban a medida que mermaban los que iban a producir; aproximándose por esa razón a pasos de gigante la resolución del problema social, que venía engendrando el siglo XIX con todos sus grandes errores,

Las escuelas educaban a la juventud para, en su casi totalidad, obtener medianías: un lustre falso, un barniz de ideas generales, y en el fondo mucha petulancia.

El ungido ya se creía un sabio, cuya misión sólo debía consistir en estirar la mano para coger el fruto de los placeres, que en su vida de molicie debía proporcionarle la humanidad, después que a costa del sudor del pueblo había perdido su juventud en conseguir una falsa educación!

Los enemigos más encarnizados de los pueblos fueron siempre los analfabetos, los burocráticos, los profesores ignorantes, los políticos niños o de mala fe, los diplomáticos imposibles, los generales de cartón, y la inacabable retahíla de simples ciudadanos convertidos en jefes y oficiales por favor especial de los mandones imbéciles, cuando no usurpadores de los dineros públicos, que de esa manera repartían a la marchanta los dineros de los pueblos trabajadores entre sus cohortes de paniaguados.

Enemigos del pueblo, las viudas interminables de esos oficiales y otros empleados, en favor de cuyos herederos se constituía una verdadera canonjía, premiando no siempre la virtud y el patriotismo.

Enemigos del pueblo, esas series sin solución de continuidad de huérfanos mayores de edad, de los que no habían hecho más sacrificio por la patria que el de vivir de la cosa pública, y que por no ser menos que sus padres, seguían viviendo de lo que se llamaba impunemente rentas del Estado, y que otra cosa no eran que el sudor del pueblo arrancado al trabajador, a la comunidad, por medio del impuesto, por los brigantes del siglo XIX, más de una vez constituidos en gobiernos y adueñados de vidas y haciendas sin correr el riesgo de sus antecesores, que a lo menos exponían su pellejo: camorra infame de *poltroni* que tiraban a la marchanta el producto del impuesto arrancado al pueblo por medio de leyes que ellos ha-

cían y ponían en ejecución; y bajo ese barniz gubernativo se aniquilaban las fuerzas vivas de las naciones.

Enemigos del país, los seudos representantes *sui generis* que se le nombraban *al pueblo* poco menos que por decretos gubernativos, alimentados a alto precio, convirtiendo la diputación en una lucrativa *profesión*.

Enemigos del país, tanto abogado sin pleito y sin clientes obligados a aferrarse a la política, encontrando siempre atenuantes a sus naufragios políticos, cosa que no se le toleraba a cualquier hijo del pueblo ignorante o sin título.

Enemigos del pueblo, los empleados en demasía instalados en todos los ramos de la Administración, produciéndose un desnivel alentador para el holgazán, pues mientras un empleado particular ganaba cuarenta, el empleado público recibía ochenta, haciendo menos trabajo y sin exigirle casi siempre la debida competencia para el desempeño del cargo.

¿Repetiré una vez más que no concreto, que hablo en tesis general, pues en todo el mundo soplaba el fatídico tramontano de fin de siglo?

Enemigos de la humanidad, esa inacabable recua de nobles, cuyo título *saneado* más de una vez, tenía su tronco genealógico en el rufianaje de la antecámara de algún bandido convertido en magnate, y que miraban como inferiores a todos los que no ostentaban lo que ellos llamaban escudo de nobleza!

Sin comprender que la nobleza de los tiempos modernos la constituía la inteligencia cultivada, basada sobre la hombría de bien.

Imbéciles, que no comprendían la evolución que avanzaba haciéndose camino, de la que debía surgir como resultancia del relativo adelanto intelectual de los pueblos, la nobleza del ingenio humano, que es un verdadero don del cielo.

Enemigos de los pueblos, los propietarios rurales de vida patriarcal, que pasaban la existencia en la inercia, echados a la bartola con sus vastos campos cerrados, en los que procreaban miles de animales, privando a los trabajadores del derecho de labrar esa tierra, que era el patrimonio de todos.

Enemigos del pueblo, los ricos propietarios territoriales que poseían vastas zonas sin más propósito que el de divertirse en la caza, mientras miles de infelices morían de hambre alrededor de esa tierra que les pertenecía y no podían trabajar.

Y por último, enemigos del progreso, los usureros, miserables estranguladores de toda noble y alentadora iniciativa; falsos, hipócritas y jesuitas, que dándose puñetazos en el pecho, fingiendo lo que no eran, sólo buscaban colocar con usura su dinero para atrapar en sus redes al infeliz que recurría a ellos buscando apoyo.

Enemigos del progreso, los holgazanes agricultores, nulos y cretinos y sin ningún conocimiento científico, empíricos recalcitrantes, que debido a

su testarudez, sólo obtenían fiascos y desastres, produciendo el desaliento general en cuantos los rodeaban; refractarios a toda evolución, a todo progreso científico.

¡A qué proseguir, amigos míos! Los enemigos del pueblo eran tantos, que sería cosa de nunca concluir o me demoraría en enumerarlos.

¡Cuánto tenía que luchar el genio humano para abrirse camino!

Por otra parte, un buen sistema de educación no significaba solamente tener escuelas elementales en las que se enseñara a leer y escribir, liceos, universidades, facultades de distintas clases. Una nación bien organizada debía ante todo tener escuelas que instruyeran, fortificaran la inteligencia individual, multiplicando la inteligencia nacional, formando caracteres, dando disciplina moral y civil; en una palabra, mejorando al hombre.

Un buen sistema de instrucción y educación crea, con las escuelas industriales, hábiles obreros; multiplica la industria y el comercio; los perfecciona con la enseñanza científica, que concurre al desenvolvimiento de las artes e industrias; arroja la miseria y establece el bienestar.

De lo contrario, ¿á qué debían servir las escuelas cuando no se buscaba el mejoramiento racional del hombre?

Los vicios en pleno imperio, el alcoholismo en auge, el juego desenfrenado, la molicie por ideal! Y para colmo, los siglos y los hombres se habían encargado de destruir por el falseamiento toda religión, base sólida e indispensable al sostenimiento del edificio social, con sujeción a las ideas imperantes de esa edad.

Sólo así pudo precipitarse vertiginosamente la humanidad en el más absurdo materialismo.

¡Imperaba la razón, teniendo por fundamento el último sentido que llega al espíritu humano, el sentido común, ¡Cómo abundaban los sabios que lo negaban todo y no probaban nada! Digo, nada más que su superstición, la más maligna e incurable de la especie humana.

Así marchaba la humanidad cuando surgió a la vida el socialismo anárquico, que, dado el ambiente que exhalaban las pútridas emanaciones de los grandes vicios que corroían al hombre y en cuyo campo debían hacerse carne las ideas de la época, desarrollarse y tomar cuerpo, no podía menos que engendrar con, su triunfo la más grande de las caídas morales en que, desde los tiempos más remotos, pueda haber caído el espíritu humano. A raíz de esa gran caída se yergue la humanidad convaleciente, recobrando gradualmente sus fuerzas para iniciar las reformas radicales que, rompiendo con el atavismo del pasado, se abren ancho paso, señalando a la humanidad libre de obstáculos, el amplio sendero que debe recorrer.

De la más grande de las revoluciones, de la más tremenda de todas las caídas, surge victorioso el mayor de los progresos: es el período de las grandes conquistas del derecho; las ideas humanitarias brotan del cerebro de los grandes pensadores y se hacen carne en el humano linaje.

Así como en vasto campo recientemente arado, la copiosa lluvia dejando amplios surcos indica claramente los puntos en que convergen las aguas. con mayor rapidez y pueden causar daño a las futuras siembras, si el experto agricultor no les deja expedito el paso facilitando los desagües, del mismo modo el triunfo del socialismo anárquico en el siglo XX, señaló sobre el campo de las ideas del siglo que le sucedió, hondos surcos, para que las generaciones que se levantaban pudieran, viendo los desperfectos causados y sus causas, allanar el camino haciendo viable el ideal, quitando los obstáculos que se oponían a la marcha de la democracia triunfante, que poco después conduciría en sus brazos ese mismo siglo, hasta conseguir el triunfo del socialismo progresista, que es el más grande galardón que ostenta la humanidad y que se inicia libre al fin de toda traba en nuestro siglo!

Declarado el libre cambio en 1950, desaparecen las fronteras mercantiles, los pueblos se aproximan, cambian sus productos, fraternizan, y queda desde ese día echada la primera piedra que ha de servir de base a la Confederación Latina primero, y Universal después. Los pueblos empiezan a respirar, empiezan a vivir, pues el impuesto odioso que encarece tanto la vida, desaparece.

Aún falta mucho camino que recorrer.

En el Congreso Universal de Washington, celebrado el año 1955, resuelven los delegados de todas las naciones vetar por medio del voto popular toda ley que cree Deuda Pública. Ninguna nación puede emitir títulos de Deuda.

Queda cerrada la fuente de los recursos arbitrarios de que se servían :los malos gobiernos republicanos y monárquicos para desangrar a los pueblos y mantenerlos en la opresión.

En 1972 se reúnen en Chicago, en Congreso socialista, los delegados de todos los pueblos, y resuelven la supresión de los ejércitos, que viene a confirmar más tarde en 1977 el Congreso Universal celebrado en Roma.

¡Y la monarquía, atemorizada ante la avalancha de las ideas que todo lo invaden, accede!

Queda decretada desde ese día la ruina de la monarquía, sistema de gobierno que ha cumplido su parábola.

La gran reforma escolar se impone, todo debe renovarse; el gran edificio necesita bases nuevas y sólidas

El Congreso de Viena resuelve en 1966, la igualdad de la instrucción y supresión de las escuelas inferiores particulares; desde que el pueblo es el que paga la instrucción; desde que los ciudadanos son iguales ante la ley, deben recibir igual instrucción; ya no existen distinciones sociales: todos los ciudadanos pertenecen al Estado, quien se encarga de su educación de los 5 a los 15 años.

Esta resolución suprema, que tantos obstáculos encuentra al principio, fue la piedra angular del renacimiento de la fraternidad universal.

Al año siguiente, como ya he dicho, se proclama la República en Italia, bajo la presidencia del. último Saboya, Víctor Manuel Felice, heredero de la corona de hierro, que al asumir el cetro al fallecimiento de su padre Humberto III, presenta a las Cámaras itálicas un proyecto de Constitución republicana, el más liberal y avanzado de cuantos hasta entonces se conocían, proclamando la República Federal Itálica.

Las Cámaras italianas sancionan la nueva Carta y se disuelven delegando el poder provisorio en un triunvirato.

Se convoca al pueblo a elecciones generales, y las nuevas Cámaras eligen presidente Constitucional de la Confederación Italiana a Víctor Manuel Felice.

Ese mismo año, reunidos en Roma los representantes socialistas de todas las naciones, decretan a Roma capital moral del mundo.

En 1978, poco tiempo después de declararse Repúblicas España y Portugal, el Supremo Consejo que preside la fraternidad universal, reunido en Roma y compuesto de cincuenta delegados de cada una de las naciones del Orbe, dicta las más severas medidas contra el alcoholismo, que tantos estragos había causado en ese siglo y en los que le precedieron.

En 1979 decreta el Supremo Consejo la supresión de las cárceles, estableciendo colonias de trabajos y hospitales para penar a los delincuentes o curarlos.

En 1980 estatuye el Superior Tribunal de Pública Moralidad, con ramificaciones y delegaciones en todos los países del mundo.

Al año siguiente, resuelve el Superior Consejo que los habitantes de todos los países, sea cual fuere el sexo a que pertenecieren, tienen el derecho de inscribirse en los registros comunales y municipales y el deber de votar en todas las elecciones en que se trate de discernir cargos públicos.

Los hombres pueden ejercer ese derecho a los 15 años y las mujeres a los 18. Las elecciones son nominales, y por mayoría de votos se eligen los ciudadanos.

En 1982 se resuelve que las naciones no son patrimonio de persona ni de familia alguna, nadie tiene el derecho de vivirá costa del Estado; el Estado no tiene el derecho de discernir pensiones vitalicias a nadie; toda disposición en contrario, anterior a esa ley, que sanciónase el 25 de Enero de ese año, por el Congreso Universal, queda nula y de ningún valor.

En 1983 se resuelve y decreta la reforma judicial. Todos los juicios son públicos y se fallan verbalmente.

Desde 1977, al decretarse la supresión de los ejércitos permanentes, quedan a la vez suprimidas las policías: todo ciudadano en caso de guerra es militar y durante la paz inviste el cargo de guardia de seguridad. Uno de los más altos honores a que puede aspirar un ciudadano, es el de poder llevar en el pecho el distintivo de cabo de la policía popular.

En 1981 se resuelve la supresión de todo impuesto permanente, sea cual fuere su categoría.

Las Cámaras sancionarán anualmente una sola categoría de impuesto, que gravará la propiedad para atender los presupuestos nacionales, que quedaron reducidos a la mínima expresión.

En 1965, Norberto Franklin proclama en el Congreso Romano el contrato matrimonial simple y disoluble a voluntad de cualquiera de las partes contrayentes, destruyendo ese vínculo tiránico instituido por el catolicismo, que ligaba indisolublemente a las partes para toda la vida, a pesar de las dificultades que se suscitaran, y de la diversidad de caracteres, causas imprevistas o circunstancias excepcionales que a ello se oponían.

Las estadísticas del pasado prueban suficientemente las iniquidades y delitos que engendró esta ley bárbara que, a pesar de todo, debido a los tiempos, las autoridades laicas sostuvieron en toda su plenitud durante muchos siglos.

"Bastó esa ley solamente para convertir esta vida, que el Ser Supremo dió al hombre para que fuera feliz, y que los fanáticos llamaron simbólicamente *una vida de dolor y un valle de lágrimas.*"

Rotas, pues, todas las ligaduras del pasado, el hombre que había vivido muchos siglos fastidiado y aburrido entre el cenagal del vicio, hoy vive entre la virtud, feliz.

La religión, como la justicia y la economía, han estado siempre sujetas a las leyes del progreso, a la evolución continua.

Así que todo lo que sucedió no fue más que la consecuencia del perfeccionamiento humano, lo que significa en realidad progreso.

Suprimidas las aduanas y las fronteras, estatuido el libre cambio, desde que los pueblos tenían el perfecto e inalienable derecho de cambiar sus productos; disueltos los ejércitos permanentes; derogados todos los impuestos sobre el individuo y el producto de su trabajo; terminado el período de la emisión de Deuda pública; libre el hombre de toda ligadura, resultó- que la vida fue fácil, y bastóle al hombre con trabajar dos horas al día, desde que lo que había podido ganar en las demás horas que antes trabajaba, se lo usurpaba el Estado por medio de impuestos.

Añádase a todo esto la retahíla de impuestos absurdos, directos e indirectos, la enorme cantidad de presupuestívoros rentados a costa de la nación y que abolió el Supremo Congreso del año 1982, y tendremos que al vislumbrarse la aurora del año 2000, del siglo nuestro, la humanidad estaba a punto de dejar terminada la gran evolución.

El año 2000 fue el que coronó la gran obra.

El problema que parecía más arduo quedaba por resolver; pero si separadamente habría sido imposible resolverlo, lanzada la humanidad en el camino de las grandes reformas y realizadas todas ellas, la reforma territorial se imponía: mejor, era una necesidad urgentemente reclamada.

Desde el año 2000 quedan anuladas las grandes herencias territoriales: mejor, se limitan los derechos de los herederos de los grandes robos. La tierra no es el producto del trabajo del hombre; el hombre que posee más tierra de la que él puede trabajar, no le pertenece: la propiedad territorial, en tal caso, es un robo! exclama Gregorio Beccaria, en el Congreso de Roma el año 2000.

La idea encuentra el camino trillado, el pueblo está preparado para recibirla; y un aplauso general repercute en el mundo entero.

La gran reforma, llevada a cabo radicalmente, habría producido una catástrofe, así que se resuelve que desde el año 2000, durante el primer lustro sólo podía un padre legará cada hijo 500 hectáreas, en el segundo hasta 250 hectáreas, en el tercero hasta 125 hectáreas, en el cuarto hasta 60 hectáreas y en el quinto lustro y de ahí en adelante, solamente 10 hectáreas como máximum.

Los grandes propietarios tenían tiempo de desprenderse de sus vastos dominios, y el pueblo, por medio del trabajo y del ahorro, no difícil de conseguir, gracias a los pocos impuestos que lo abrumaban, tenía a mano más fácilmente el medio de hacerse propietario.

En el primer momento pareció que se restringían las iniciativas particulares y se ponía un dique insuperable al progreso: no era así. En realidad, los que oponían un dique al progreso restringiendo y anulando las iniciativas particulares, eran los grandes propietarios que poseían vastas zonas incultas, en las que pastaban libremente inmensos rebaños, mientras alrededor de los grandes dominios vegetaban en la miseria millares de desheredados de la fortuna, sin una cuarta de tierra que labrar.

Otros, más generosos aparentemente, pero no menos egoístas en realidad, creaban fama de progresistas y de hombres de iniciativas, porque hacían trabajar a centenares de infelices ilotas embrutecidos, formando grandes plantíos con el sudor acumulado de la desgracia pública!

Con la sabia ley agraria limitando el quantum del dominio de la tierra, hemos resuelto el gran problema: hoy, casi todo ser que vive en éste planeta, es propietario.

Si los hombres del siglo XIX hubieran planteado el problema social sobre la base de la subdivisión de la propiedad, el socialismo anárquico no habría tenido razón de ser, y el obrero sin trabajo, durante la crisis que producían los impuestos aduaneros e internos y las trabas al trabajo libre, habría trocado el instrumento de la industria por la azada, el pico o el arado.

No pudiendo vivir esclavo en las grandes capitales, habría vivido libre, feliz e independiente, rodeado de su familia en medio de los campos, en su propiedad, convertido en elemento conservador y de orden; mientras faltándole el 'trabajo, y sin horizontes, la sociedad lo convertía en socialista y el hambre y la necesidad hacían de él un anarquista.

Las criaturas más tímidas se truecan en seres feroces cuando se trata de proveerá su sustento y al de sus pequeños; y en la sociedad de lobos del siglo XIX, la lucha para obtener un pedazo de pan solía trocar en desesperados a los caracteres más tiernos.

Para mantener a su familia, un desgraciado que no encontraba trabajo, se veía obligado a echarse en cuerpo y alma al lodazal humano, que lo formaban otros tantos seres tan desgraciados como él, cubierta la cara con. el antifaz de la desvergüenza; las cosas más naturales eran el engaño, las estafas, el fraude, con cuanto de malo engendra el uso de la mentira. En esa lucha, el más cínico, el más desvergonzado, el más crápula triunfaba: hasta muchos ministros de las distintas religiones y sectas eran invadidos por la sed del lucro, y mientras la moralidad, hacían voto predicaban de abstinencia y condenaban el lujo y el amor al dinero, predicando la caridad, vivían, con cuantas mujeres desgraciadas se ponían a su alcance, acumulaban fortuna y aspiraban en medio del boato a la más altas jerarquías. (Desgraciados! predicaban la caridad y eran todo egoísmo! Y al proclamar la verdad, mentían!

La humanidad ha luchado siglos para defenderse de los errores del pasado.

En el siglo XIX se decía: "para regenerar a un pueblo se necesitan 100 años"; y resultaba con ese pueblo, al cabo de los cien años, regenerado empíricamente, lo que con los enfermos de esa época, a los cuales los médicos, para curarlos de una enfermedad, les hacían engullir tantas drogas que les engendraban otra peor, si es que lograban curar de la primera afección.

Las costumbres son obras de los siglos; las falsas opiniones están arraigadas en juicios falsos, los errores y las supersticiones surgen de las más leves insinuaciones: de ahí nacen las costumbres, de éstas se forman sistemas, porque son repetidas de todos y por todos día a día.

Evitad esas repeticiones oponiéndoles la verdad en todo el esplendor de su convicción; erigid la verdad en sistema, y que ella sea el fundamento de la ley, inculcando ésta a las masas, y al día siguiente el edificio levantado al error sobre las bases de la mentira, que no tenía más apoyo que las ambiciones de los círculos, se desmoronará en el corazón del hombre malo, y hasta el más idiota se aferrará a la verdad triunfante, que conducirá a la humanidad al sendero de la virtud y del trabajo.

Esta ha sido la gran obra que preparó el siglo XX, y que nuestro siglo coronó con el más espléndido triunfo.

He dicho.

Una salva prolongada de aplausos saludó al orador, quien invitome a subir a la tribuna.

El más completo silencio reinó en tan inmenso auditorio.

Cuando llegué al lado suyo, dirigió la palabra al pueblo en los siguientes términos:

-Hermanos míos: si bien es cierto que el siglo XIX engendró errores y no supo desprenderse de todas las ligaduras del pasado, no es menos cierto que a él debemos una gran parte de los progresos científicos que beneficiamos: la electricidad, el vapor, el telégrafo, la bacteriología, la química, la física y mil progresos materiales, en cuyo campo entraron resueltos los hombres reputados como sabios en esa edad.

Las ciencias ocultas, en las que tantos progresos hemos alcanzado, toman firme punto de arranque al final de ese siglo verdaderamente ande, colosal, en relación a los que le precedieron.

Permitidme, en nombre del siglo de los grandes progresos de la idea, que abrace a Fernando, hijo del siglo de los triunfos materiales!

Y dicho esto, estrechóme entre sus brazos.

Al bajar de la tribuna, millares de ciudadanos me recibieron entre sus afectuosos brazos.

¡Cuánta y cuán inmensa satisfacción sentía yo en aquel momento rodeado de tantas almas nobles y generosas!

Las lágrimas asomaron a mis ojos, y fue tanta la emoción, que lloré de contento.

CUARTA JORNADA

Los rayos solares penetraban en mi cuarto: despuntaba el día; en el jardín las aves entonaban un himno al Creador, y las flores, abriendo sus delicados pétalos, exhalaban gratos perfumes, cuando salté de la cama, envuelto en ancho ropaje, y me dirigí a la pieza de ablución.

Acabado de vestirme, doblé la rodilla en tierra, pidiendo al Espíritu Universal, ya que se había complacido en hacerme revivir en esta edad de progreso y bienestar, siglo de la regeneración del linaje humano, la más grande manifestación del Ser Supremo en esta tierra, que me inspirara y que mis sentimientos estuvieran a la altura de la edad presente, despojando de mi ánimo cuanto de inmundo infiltró en mí el siglo desgraciado en que nací; ya que me concedía tanta dicha de vivir en la edad de la fraternidad universal, a lo menos me concediera la gracia que desde el fondo de mi alma agradecida le suplicaba.

-Grata te sea la vida, exclamó Temístocles desde el umbral de la puerta. Avanzó a lento paso, echóme sus brazos al cuello, y estampó un paternal y cariñoso beso en mis mejillas.

Yo no he visto jamás en la edad primera en que viví, rostro más simpático y patriarcal.

Largo y ensortijado pelo blanco caía sobre sus espaldas, partido en el medio de la cabeza. Nevada y luenga barba ovalaba el semblante; lánguidos y cariñosos los espejos del alma resaltaban en el fondo del nazarénico rostro. Terso el cutis, no se veían en él esas numerosas arrugas que cruzaban la cara de los viejos jóvenes de mi edad, fruto temprano de las pasiones humanas, revelaciones de las armas torturadas por encontradas ambiciones. En su fresca, límpida y serena frente se revelaba la calma de aquella alma pura y recta.

-Hoy debemos visitar las escuelas, pues he dedicado el día a ti.

-Cómo! exclamé, ¿no me has dicho que ya no existían las escuelas públicas?

-Sí, respondióme, no existen como en tu tiempo; pero eso no quiere decir que hayan dejado de ser con arreglo a nuestra edad.

Y como me preguntara si ya había hecho la ablución, le contesté que sí, que en ese momento acababa de hacerla.

-El baño del cuerpo, repuso el anciano, es el símbolo del alma: vigoriza los miembros, ayuda la circulación de la sangre; con el movimiento desarróllase el apetito, y el cuerpo, lleno de vigor, nos rinde proclives al amor. El amor es el principio de la santidad.

En tu siglo, vosotros adorabais a Cristo como a Dios y despreciabais impíamente sus santos consejos; en efecto, ¿qué fue la vida del Nazareno, su predicación, su muerte, sino amor?

De sus preceptos sublimes, muchos de vuestros astutos sacerdotes hicieron, una religión de sospechas, de odios y venganzas.

Pero, vamos que el día es espléndido; el desayuno nos espera y debemos aprovechar la frescura de la mañana.

Un cuarto de hora después, sentados en el volador, emprendimos lentamente la marcha.

Yo no salía de mi estupor. Cuanto había visto no era nada en relación a lo que veía: amplias avenidas, franjeadas de galerías espléndidas, palacios de mármol y granito, jardines colgantes, fuentes, estatuas, arboledas umbrías, movimiento, negocios, gentes alegres, caras frescas y risueñas.

El buen Temístocles, al ver mi asombro, dejaba asomar la sonrisa a sus labios y estrechaba mi mano como diciendo: Adelante, amigo, y no te asombres, pues aún no has visto nada de los inmensos progresos de este país, que en tu edad fue con justa razón calificado por el país de los llorones (1), como lo reza un librejo que se encontró y que ha sido reimpreso por el "Consejo de Censura" para que los jóvenes de nuestras escuelas se den una idea de la manera como se pensaba y obraba en este país hace 200 años.

Habíamos andado unos diez minutos, cuando nos encontramos sobre el puente colgante que une el Cerro con lo que antiguamente llamábase Hotel Balneario.

El puente es espléndido, amplio y cubierto de verde, que en la estación estival hace de él uno de los más frecuentados paseos públicos.

Penden de cada costado, y a veinte metros de distancia uno de otro, grandes vasos de aluminio, de cuyo mineral está construido el gran puente, y en los cuales están arraigadas variedades de plantas, enredaderas de enorme crecimiento, que son las que proporcionan espesa sombra a los transeúntes.

-Este puente, díjome Temístocles cuando estuvimos en el centro, fue construido bajo la dirección del célebre ingeniero nacional Tolomeo Ricaldoni, de la Facultad del Durazno.

Es una verdadera maravilla, con la que se presentó y sorprendió al mundo esa celebridad nuestra.

Mide el puente tres kilómetros, y sólo está sostenido por cinco pilares. Descendimos un rato del vehículo, el que dejamos a un costado del puente, arrimado a la baranda, mientras que miles de señoras y señoritas, jóvenes y viejos, cruzaban por él con la velocidad del rayo en distintas direcciones.

Las secciones colgantes eran atravesadas por millares de pequeños carruajes, especie de canastos movidos por el aire comprimido, que, como ya he dicho, inventó el célebre Oscar Rossini.

-Esa estatua que ves ahí, dijo Temístocles, dirigiendo su mano al Oeste, representa la Igualdad; está fundida en. bronce, mide 300 metros de alto, tomando por base el nivel de las aguas, incluso el pedestal, que tiene fuera de agua 170 metros, y ha sido construido con piedra de todos los Departamentos, es obra del escultor nacional Gualberto Garzón.

Aquí, prosiguió mi mentor, estamos en el mismo centro del puerto:: es el punto eje de esta grandiosa obra que tú ves.

En efecto, presentábase ante mi vista atónita el cuadro más grandioso e imponente que pudo surgir del pensamiento humano y ser llevado a la práctica.

El gran puerto tiene una forma elíptica, siendo los dos puntos que más distan del centro la falda del Cerro y el punto saliente de la antigua península- de Montevideo. Estos dos extremos los une el colosal puente sobre el cual nos hallábamos. Un brazo de piedra trazando una gran curva, sale de la punta Sudoeste del Cerro en dirección al punto en donde antiguamente nacían las calles Reconquista y Santa Teresa, dejando entre el murallón y la costa una abertura de 200 metros, cuya boca está abrigada de un antepuerto, que lo forma el brazo saliente del antiguo puerto, que la Sociedad Fomento Criollo construyó a principios del siglo XX.

Este brazo de piedra, formado con bloques de granito procedentes de las notables canteras de Piriápolis, tiene una extensión de mil quinientos metros lineales; siendo interrumpido en su trayecto por un boquete de cincuenta metros, que a los 200 de distancia de su punto de arranque lo salva un puente- y sirve este boquete para el desagüe que producen. las repentinas crecientes de las aguas lanzadas a la gran cuenca del puerto por el canal.

La ciudad ha avanzado en la antigua bahía, en la parte Norte, r os 00 metros, y como unos 300 al costado Oeste, sobre la antigua playa.

Un colosal murallón arranca del punto de intersección de la barra del antiguo Pantanoso, en donde deja una abertura de 100 metros, para seguir coseteando la falda del Cerro, avanzando unos 150 metros sobre la bahía, hasta llegar a rematar en el punto de arranque del gran brazo que cierra el puerto de Montevideo y le sirve de resguardo.

Los terrenos ganados al mar por tal concepto, abrazan una extensión de doscientas cincuenta hectáreas cuadradas.

Contigua al gran paredón, en la parte interior, circunda la gran cloaca colectora, que recoge todas las inmundicias y aguas sucias de la ciudad y sus contornos.

El gran proyecto de salubrificación de la ciudad fue obra del ingeniero nacional Marco Aurelio Arteaga, de la Facultad de Montevideo.

El gran puerto fue proyectado por el ingeniero nacional Felipe Rivera, de la Facultad de la Colonia, y premiado por oposición entre 193 proyectistas nacionales; a él le fue discernida la honra de su ejecución.

Pero, en rigor, la obra colosal del gran puerto de Montevideo se debe a tres notabilidades, concurriendo las tres igualmente a la realización de la gran obra, la que habría quedado incompleta si uno de los tres grandes ingenieros no hubiera llevado el concurso de sus notables concepciones.

Felipe Rivera concibe el gran proyecto de puerto, mientras que Marco Aurelio Arteaga se ocupa de la salubrificación y corrientes internas, y a su vez concibe la gran cloaca colectora que converge al ángulo que forma el paredón a la altura de la calle Convención, con un túnel ideado en este punto y hecho por medio de las perforadoras por aire comprimido, invento reciente del ingeniero Pellegrini, de la Universidad de Chubut, por medio del cual un solo hombre puede perforar, extrayendo el material en la roca viva, de 5 a 6 metros cúbicos diarios; por ese túnel que atraviesa debajo de la ciudad, son lanzadas las aguas a la parte opuesta de la península, las que son arrastradas vertiginosamente al Océano por las grandes corrientes continuas que forman al salir las aguas de la bahía de Montevideo, impulsadas por el gran sifón del canal, manteniendo al mismo tiempo limpio el fondo de la bahía en el ángulo citado.

El otro ingeniero hidráulico, el verdadero coloso, el genio descollante en el ramo, el hombre de las concepciones verdaderamente ciclópeas, es Heráclito Arocena, quien, estudiadas las corrientes del Río de la Plata, las altas y las bajas mareas, el curso de las aguas, su velocidad en grandes masas o en pequeños canales, concibe el atrevido plan de la apertura de un canal que convierta el Pantanoso en navegable, cortando un istmo hasta la barra de Santa Lucía, en donde construye grandes diques que detienen las bajantes rápidas, por medio de colosales compuertas, que de continuo se forman debido a la corriente impetuosa del Río de la Plata; probando que a esa altura las aguas en marea normal tienen varios metros sobre el nivel de la bahía de Montevideo, consiguiendo con su atrevido plan lanzar un millón de metros cúbicos de agua por hora dentro de la bahía, cuyas aguas en pocos años han dado al puerto de Montevideo su profundidad natural, realizándose el dragaje completo por el aprovechamiento de las mismas fuerzas de la naturaleza. El canal de los "Treinta y Tres", que es la denominación que se le ha dado, mide una extensión de veinte kilómetros, teniendo 100 metros de ancho y una profundidad tal, que los buques de mayor calado navegan perfectamente en él.

En el centro del puerto, al Este, están los grandes depósitos, los que abarcan una extensión no menor de cuatrocientos mil metros de superficie.

Todos los terraplenes de los terrenos avanzados por la ciudad dentro de la bahía, han sido hechos con las tierras extraídas del canal.

-Tanto de un lado como de otro de esa grande arteria hay centenares de fábricas, industrias, talleres: es un verdadero emporio de movimiento y vida.

¡Qué espléndida es la campiña cubierta por millares de hermosas casas rodeadas de bosques! Por donde quiera que dirijo la vista, no veo más

que arboledas, casas, flores, vehículos en todas las calles y caminos, fábricas y talleres; y por el gran canal, como por el gran puerto, serpentean sobre las mansas y cristalinas aguas, con la bandera de Artigas al tope, miles de buques movidos con extraordinaria rapidez por medio del aire comprimido.

Al rato el vehículo se detuvo.

-Hemos llegado, dijo Temístocles, a uno de los institutos primarios. - Harás el bien de darme más detalles, pues no entiendo nada, le respondí.

-La educación del pueblo, respondióme el anciano, se divide en primaria, en secundaria y en superior.

La educación primaria se da de los 5 a los 9 años. La secundaria, de los 9 a los 15. La superior, de los 15 a los 21.

Pero será mejor que por tus ojos veas y te enteres; pues nada se asimila mejor y más fácilmente, que aquello que se aprende viendo, díjome el buen anciano.

El amplio parque, situado en el sitio antiguamente conocido por quinta del señor Tomkinson, y sus contornos, había sido convertido en. instituto gubernativo de instrucción primaria.

Un edificio que abarcaría un radio de unas 4 hectáreas, de dos pisos, con inmensos patios techados de cristal y convertidos en museos de arte, industrias y productos naturales de la tierra, servía de instalación para unos cinco mil niños de 5 a 9 años de edad.

Las amplias piezas altas servían para dormitorio, las bajas estaban convertidas en talleres, y los grandes salones destinados para las conferencias diarias.

Yo seguía los pasos de mi mentor sin decir una palabra; aquello no era un instituto, era una regia mansión, si bien sencilla en su interior, imponente exteriormente.

-¿Me observaste esta mañana que te extrañaba que tuviéramos institutos, cuando te había dicho que ya no existían?

Creo que has de haber entendido mal, pues lo que quise significarte fue que no existían esos institutos al estilo de tu época, a los cuales eran diariamente enviados los niños y los jóvenes.

Esos colegios híbridos, en los que hasta se enseñaba a despreciar la patria nativa, so pretexto de inculcarles el amor a la de los padres extranjeros: edad de error, en que se establecían escuelas sostenidas en el país y subvencionadas por gobiernos extranjeros, para enseñarles a los hijos del país a amar una patria que no era la suya.

Todo, querido Fernando, hoy ha cambiado. Los colegios particulares no existen más para los niños ni para los jóvenes hasta los 15 años cumplidos.

Después de esa edad pueden y son libres de frecuentar los institutos que mejor les cuadre.

-¿Y hasta los 15 años, en dónde estudia el joven?

-En los grandes institutos primarios y secundarios de la Nación.

-Pero eso es una imposición vergonzosa, es contraria a la libertad, es la negación del derecho; ¿por qué, proseguí, no se deja a aquel que no necesite la educación del Estado que haga estudiar a sus hijos en donde mejor le plazca?

-¡Cómo se conoce, amigo mío, que aún vives en tu siglo, que te ahogas en nuestra atmósfera, que no tienes pulmones para resistir a los impulsos del ambiente de nuestra democracia triunfante!

A nadie se le ocurrirá pensar que, porque educamos a la juventud toda igual, sin distinciones, como no la puede haber en esta edad de igualdad, ejercemos una imposición vergonzosa, contraria a la libertad, siendo como tal la negación del derecho! exclamó sonriente el buen anciano y como en tono compasivo.

La educación de tu siglo era deficiente y mala, en la mayor parte de los casos contraria a las leyes de la naturaleza; regla general, perniciosa y de funestos resultados.

En el siglo XIX, casi siempre se educaba al hombre para explotar infamemente al hombre: hoy se educa al hombre para que sea útil a sus semejantes, para que sea amigo del hombre.

Plutarco condenó las tendencias de la humanidad en este dicho: "Lupus est homo homini: non homo".

Acabábamos de llegar al gran portón que da entrada al inmenso edificio situado en el medio del vasto parque, rodeado por árboles colosales.

El director, avisado por Temístocles, de quien era íntimo, ya nos esperaba, y al vemos salió a nuestro encuentro, abrazándonos cariñosamente,

Serían las seis; el sol lanzaba sus tenues rayos sobre la copa de las arboledas, y algunos de ellos, los más atrevidos, abriéndose paso entre el follaje, llegaban hasta nosotros.

Millares de pájaros alegraban el bosque, mientras que una bandada de niños alegres, risueños y contentos, jugueteaba en el vasto parque.

-Es la hora próxima al desayuno, díjome Temístocles, ya han tomado el baño a las cinco; ahora se recrean, corren, hacen gimnasia, y a las seis y media entonan el himno al Creador, y a las siete van al refectorio.

Temístocles pidió al director que sirviera de guía y me suministrara explicaciones sobre cuanto yo creyese necesario.

-Así lo haré, si es para agradarte, contestóle Polidoro Martínez, que así se llamaba el director del Instituto primario en que estábamos en ese momento, y de los cuales hay varios en los contornos de la capital.

Era Martínez hombre de 95 años, alto, delgado, de pelo y barba blanquísimos, afable en el trato, severo en los juicios y cariñoso con la inmensa pléyade de niños que de continuo ocurría hacia él para saludarlo y recibir un ósculo paternal

-Ya que mi amigo Temístocles me ha concedido la satisfacción de que te sirva de cicerone, amigo Fernando, voy a complacerlo y a complacerte a ti a la vez.

-¿Indudablemente, tú ignoras o no conoces aún nuestro sistema de educación? preguntóme el buen anciano.

-Efectivamente, respondí, todo lo ignoro al respecto, y hasta hoy nada he podido comprender, y eso que se me ha prometido hacerme visitar los institutos, y además que asistí ayer a la conferencia dada por Fonty, quien de pasada habló de este tópico; pero ¿á qué negarlo? yo no comprendo aún nada de vuestro sistema de educación actual

-Sin embargo, observó Polidoro, desde aquí he asistido a la conferencia dada por Fonty en el estadio del Sud, y creo haberle oído suministrar explicaciones sobre la base de la educación que actualmente se da en nuestros institutos; pero, agregó, no dudo que de muchas cosas no te des cuenta, desde que hasta debes ignorar el tecnicismo de nuestra época.

Empezaré por decirte que en el Congreso Universal celebrado el año 2010, al que concurrieron todos los Estados, se resolvió que desde esa fecha en adelante los hijos varones, que hasta entonces habían sido criados en el seno de la familia y al lado de las mujeres, -cosa que nuestro siglo condena severamente, fueran en lo sucesivo educados, criados y vestidos por cuenta del Estado.

Todos los ciudadanos debían educarse y criarse igualmente y sin distinción alguna, desde que igualmente se criaban y educaban con el dinero que por vía de impuesto entregaban con tal fin al Estado los ciudadanos, y cuyo dinero representaba en conjunto el fruto del trabajo de todos.

El sistema escolástico de antiguo se limitaba a entorpecer la imaginación de los jóvenes, a hacerles gastar más fósforo del que podían producir, procurando a costa de todo el organismo el desarrollo de la memoria, sin tener en cuenta para nada la craneometría, ni el organismo y temperamento del sujeto.

Los estudios que se iniciaron en ese siglo sobre la frenología, y que más tarde en tu época divulgó el gran Lombroso en Italia, convirtiéndolos en principios de una ciencia positiva, y que después vulgarizó el sabio Ellauri, de nada sirvieron a esa edad de aferramiento al pasado, quedando poco menos que relegados al olvido, cuando tanto bien pudieron sacar de ellos los institutos de instrucción primaria primeramente y los de la superior después.

A la niñez del siglo XIX se le llenaba la cabeza con un diluvio de nociones desordenadas, mientras se descuidaba todo el resto del individuo, como sí el hombre fuera compuesto de imaginación solamente.

Otro defecto radical de vuestras instituciones era el de forzar a las jóvenes memorias en su período de adolescencia al demasiado estudio, cuando aún no se había desarrollado el organismo del individuo.

La parte más noble del hombre, la que más convenía cultivar, el corazón, era completamente dejada en el olvido; aquello que más importaba al hombre fortificar y ayudar a desarrollar, es decir, el cuerpo, no se tenía en cuenta para nada: el enervamiento, el raquitismo y otras enfermedades de igual origen, amenazaban de consunción y degeneración a esa juventud que asomaba al umbral de la vida llevando impresos en el rostro todos los síntomas de la más completa degeneración.

Nosotros, prosiguió Martínez, educamos antes el cuerpo. La higiene es y debió ser siempre la base de la educación.

Mens, sana in corpore sano, dijo Juvenal; y lo decían y profesaban a su modo los antiguos, lo repetían los hombres de tu edad, lo escribían en los frontispicios de sus institutos; pero en realidad, no pasaban para ellos de aforismos, como tantas otras bellas máximas que se escribían y pregonaban en teoría y repudiaban prácticamente en tu siglo.

Una comisión de sabios, hombres de eminente saber y profundos conocimientos, está preocupada continuamente de cuanto ocurre para la higiene del pueblo y mejoramiento de la raza humana, cosa que no debes extrañar, Fernando.

Cuando en tu edad desgraciada, si bien no perdían el tiempo en esas cosas los hombres de tu época, en cambio muchos sabios y eminentes notabilidades del siglo XIX se preocuparon del mejoramiento de los animales.

Al proclamarse la paz y unión de todas las naciones por el Congreso Universal reunido en Roma, al que concurrieron las Asambleas delegadas especialmente nombradas por todas las naciones del Universo, se decretó entre los varios puntos a tratarse, que todo hijo varón, desde esa fecha en adelante, que naciera, seríale absolutamente prohibido a las madres el tenerlo a su lado una vez llegado a los cinco años de edad.

Esta resolución, tan notable y de tanta trascendencia fue, puede decirse, la base angular de la regeneración de la raza humana.

Hemos alejado del hombre las múltiples enfermedades que le aquejaban en la edad adulta y tenían como punto de arranque los desarreglos en la niñez.

La falta de uniformidad de sistemas higiénicos, la alimentación de los niños, fueron, en los pasados tiempos, las causas eficientes del penoso desarrollo físico e intelectual de las generaciones.

Los excesivos cuidados que se prodigaban en el hogar, la falta de ejercicios, los alimentos delicados y el abuso de comidas, los excesivos estudios: todo contribuía a formar una raza de enfermos, que de generación en generación iban degenerando.

Hoy ya los débiles y degenerados han sucumbido obedeciendo a una ley fatal, esa parte morbosa de la sociedad desapareció del escenario humano.

Los fuertes de espíritu y de cuerpo han tomado al fin posesión en el humano concierto.

La evolución fue lenta, sí, pero positiva.

Para mejorar la sociedad no había necesidad de derrumbarlo todo, como algunos soñadores del siglo XIX lo pretendían: bastaba evolucionar lentamente hacia el bien general.

El genio de tu siglo estaba extraviado; el interés, el afán de lucro, el deseo insaciable de poseer mucho dinero, desviaron hasta los pocos cerebros que debieron ser pensadores, pero que concluyeron por mercantil izarse. -Almas enfermas en cuerpos degenerados! -¡Un siglo de neuróticos!

Causa asombro y lástima, cuando se leen las crónicas, al ver que en un siglo de tanto relumbrón, de tanto liceo, universidades y academias, sólo medianías salieron a la superficie, salvo contadas excepciones, y aún con todo, relativamente liliputienses en relación a la cantidad de hombres sobresalientes que en sus tiempos nos dio la antigüedad, cuando se leía menos y se pensaba más.

En el siglo XIX, todo el que tuviera una mediana instrucción se creía poco menos que un sabio.

Uno de los peores males de ese siglo fue el de aplicar mal las aptitudes de los hombres que se destacaban algo de la comunidad.

Bastaba que un hombre se hubiera distinguido algo en alguna de las múltiples ramas, no del saber, sino de la competencia humana, para que ya se le considerara apto para todo. De aquel que hubiera llegado a ser un buen especialista, se formaba un mal enciclopédico,

El alma humana, hoy, gracias a la evolución científica que lentamente ha extirpado las llagas sociales, eliminando entre otras cosas el desmedido afán de acumular riquezas, suprimiendo la causa que engendrara el loco desvarío que hacía vivir al hombre en eterna desesperación, sin que nunca, en la generalidad, alcanzara a poseerlas, está encarnada en cuerpos sanos y vigorosos, despojados de todo atavismo morboso: ahí tienes tú explicada la razón de la mente sana de esta generación, de su criterio elevado y del vigor de nuestra inteligencia.

Todas las concepciones consideradas intelectualmente como artísticas, fruto de tu época, otra cosa no eran que los fulgores de mentes enfermas, hijas de espíritus encarnados en raquíticos y degenerados organismos.

¡Cuántos viejos coronaban una vida de Probidad, de trabajo y de virtud, con lo que la mentira del siglo calificaba de locura política, sumergiéndolo todo en el fango en un mal momento; y todo por satisfacer ambiciones menguadas y mezquinas, para poder aún gozar en sus postrimerías de un poco de enervante y decadente sibaritismo!

¡Parecía que tuvieran remordimiento de morir como habían vivido: honrados!

Triste y desmoralizador ejemplo para la nueva juventud, a la que se le indicaba fatalmente el camino a emprender con tiempo, sin que cayera en la tontera de esperar a hacerlo al llegar como ellos a la senectud!

¡Almas pequeñas, en las que mal podía albergarse el genio del porvenir, pues nunca dio productivo fruto la degenerada semilla arrojada en terreno estéril!

La fraternidad universal, de que tanto alardeabais, otra cosa no fue que una mentira convencional de tu siglo.

El egoísmo natural en los hombres, no les dejaba ver la razón que había en hacer sacrificios por los otros; mientras el peligro no se veía inminente, el egoísmo les hacía esperar que siempre estaban a tiempo para oponer remedio al mal, los que vendrían después (2).

Todo eso lo sabíais; pero como a ciertas monedas de liga falsa les dabais curso como si no lo fueran, así procurabais engañaros mutuamente, y nada de extraño hay en ello, considerando en su esencia a los hombres y las ideas de ese entonces, desde que el siglo XIX fue el del imperio absoluto de las mentiras más fraudulentas, las que se enseñorearon desde las cumbres hasta el llano.

Llamabais opinión pública a esa fuerza que *debió* haceros ver en cada malvado un enemigo personal, un peligro a combatir en cada delito, un amigo a defender en cada sostenedor de la justicia; pero, ¡ay! desgraciadamente la opinión pública era la peor, la más viciosa y la más corrompida de todas las prostitutas... mientras la *libertad* era una sombra que huía!

Como todo lo que es contra la naturaleza es malo, el sistema de educación empleado en tu tiempo lo fue. Con nuestros institutos higiénicos, con nuestro sistema de enseñanza hemos prolongado la vida del hombre, mejorando insensiblemente la humanidad.

Como todas las grandes innovaciones, eso engendró grandes trastornos; pero duró poco la obcecación, y hoy son raras las familias que esperan que los hijos lleguen a los cinco años, para depositarlos en los grandes institutos nacionales, como lo determina la ley universal.

Hay familias que desean que los hijos cumplan los tres años, que es la edad prescripta para poderlos presentar, si bien tienen tiempo hasta los cinco años, y ya los presentan y entregan.

Además de todo, está la ley; y lo que la ley preceptúa se cumple sin contemplaciones para nadie; ante la ley no hay distinción entre los ciudadanos: todos son iguales de veras, y no de mentiras, como en los desgraciados tiempos en que tu viviste.

Como puedes ver, todos gozan de plena salud, se crían robustos y sanos, alegres y contentos.

A la mañana, levántanse cuando despunta el día, y van al baño.

Una vez vestidos, empieza el ejercicio de gimnasia, e invariablemente una hora y media más tarde, toman el desayuno, y eso sin sentarse.

Terminado el desayuno, cada niño se aplica al entretenimiento, en la profesión que es de su agrado.

Es un encanto ver aquellos pequeños talleres de juguetería, en donde se forman ebanistas, mecánicos, joyeros relojeros, -talleres a vapor con pequeñas máquinas movidas por aire comprimido,-escultores, pintores.

Lo que llamó más mi atención, fue el pequeño campo de experimentación agrario , en donde un niño de siete años, hacía experimentos sobre el cultivo intensivo y sobre los extensivos. El campo de experimentación lo constituía un pedazo de tierra de diez metros cuadrados, verdadera miniatura en su distribución, en la que se admiraban las notables dotes del futuro agricultor.

Al vernos, suspendió sus. tareas y se aproximó al director, el cual abrazólo tiernamente, recibiendo del niño un afectuoso beso, y volvió a su tarea.

-Ve, amigo mío, los resultados prácticos de nuestro sistema! díjome el director. Epifanio Bustamante, llámase este niño. Su padre era uno de nuestros más eminentes filósofos, notable escritor de fama mundial, propietario de colosal fortuna, hijo de Teócrito Bustamante, notable jurisconsulto, que fue presidente de la República en épocas en que los ciudadanos iban a ocupar la primera magistratura para hacer el bien de la patria y no para aumentar su fortuna, como muy frecuentemente acontecía en tu época.

A este niño, en tu edad, lo habrían hecho médico, ingeniero, o cuando menos abogado, que para nada se consultaban entonces las aptitudes, vocación e inclinaciones, sino que se imponía una carrera, con tal que fuera de espectabilidad, pues hasta en eso era equívoco tu siglo.

Las carreras del trabajo ennoblecen al hombre, una profesión es un título honorífico, y en nuestro siglo es tan bien mirado el que hace zapatos como aquel que ejerce cirugía, el que se dedica a cualquiera carrera científica, como aquel que ejerce cualquiera profesión material.

Este, que habría sido un pésimo abogado, un mal médico y un discreto ingeniero, será, debido a nuestro sistema de educación, un excelente agrónomo, un hombre útil a la humanidad.

A una señal del director, Epifanio suspendió su trabajo, y a instancias de aquél, nos hizo una disertación sobre los plantíos de antaño y los de la época presente, cuánto atraso reportó al país el. retardo del establecimiento de las escuelas agronómicas, que demostrándonos recién a principios del siglo XX se establecieron en él, y le dieron el grande impulso durante el Ministerio de Fernando Fierro.

Demostró prácticamente la importancia de los abonos químicos y el estudio analítico de la naturaleza de las plantas y sus diferentes alimentaciones y -asimilaciones.

Media hora habló aquel discípulo de ciencia agrícola práctica, divirtiéndose había aprendido, todo lo que sabía.

Yo estaba encantado oyéndolo cuando el reloj dio las nueve y todos los niños abandonaron sus trabajos para asistir a la conferencia.

Despidióse de nosotros el niño Bustamante, alegre y contento, y con sus miles de compañeros se dirigió al gran parque, en donde el profesor don Belarmino Buxareo daba conferencia ese día sobre botánica y agronomía.

Las conferencias son diarias, de diez a once, unos días en el parque y otros en los vastos salones, en donde están los objetos que constituyen la base de la disertación.

Mañana, Federico Uriarte dará una conferencia sobre el calzado, su confección y demás detalles para la fabricación de tan útil artefacto.

Pasado mañana, Pedro Bermúdez conferenciará sobre la fabricación del aceite, dando lección práctica, y puedo garantirte que el niño que asiste a las conferencias, como todos asisten, concluye por aprenderlo todo prácticamente y por saberlo científicamente todo.

Después de pasado mañana, le toca al doctor Pílades Isola dar una conferencia sobre oftalmología práctica.

¡Si vieras con qué veneración asisten y escuchan estas jóvenes inteligencias a los profesores, y cómo ansían y desean que llegue la hora en que los conferenciantes deben dar principio a sus disertaciones! Es tal y tanto el deleite que experimentan, que a las once, que es la hora de ir al almuerzo, la mayor parte de ellos van con sentimiento, pues a esa hora terminan las sesiones de los conferenciantes.

Antes de ayer, por ejemplo, el astrónomo Ruperto Escalada, director del Observatorio nacional de Pan de Azúcar, dio su conferencia sobre la pluralidad de los mundos.

Disertó sobre los habitantes de Saturno y sus grandes progresos, descubiertos recientemente con el poderoso auxilio del gran telescopio del Observatorio.

Las escuelas primarias son las de grande observación; de aquí, puede decirse, arranca el punto de partida de la carrera que debe seguir el joven.

Cada niño lleva su foja de registro, y en ella van diariamente las anotaciones referentes a su conducta, inclinación, vocación y aptitudes.

Observamos todas las tendencias y sus aplicaciones. Cuando el joven cumple los nueve años, edad a que ansía llegar con toda el alma, ya sabemos cuáles deben ser las carreras o profesiones que se le deben asignar, y no hay peligro de que nos equivoquemos.

-¿Y por qué dices que el niño desea llegar a los 9 años de edad, en que, según me has manifestado, deben salir de este instituto para pasar al instituto inmediato, en el que deben permanecer de los 9 a los 15 años? Sin duda no están contentos aquí los jóvenes, no son bien tratados.

-Es tal el cariño con que se trata a los niños, Fernando, que es para ellos una verdadera desesperación el abandonar el instituto; sienten la necesidad de hacerlo, pues en estos institutos no leen los niños: sólo aprenden escritura y gramática. La lectura se les priva para que la deseen y la asimilen cuando la empiecen a gustar.

Después del almuerzo tienen una hora de descanso, a las 14 van todos a sus trabajos, ejercitando ese principio que ustedes calificaban de destrucción en ellos, y que en realidad no es más que el ejercicio de un poder investigador que domina todas las tiernas inteligencias, y que dirigido sabiamente, se ha encontrado ser el punto de partida poderoso de investigación de las jóvenes mentes, su tendencia y aplicación.

Estudiados y alimentados razonablemente esos talentos, obtenemos verdaderos prodigios y formamos buenos y útiles ciudadanos. Nuestro cuerpo enseñante es numeroso, activo, inteligente y bueno. El amor a la patria, el amor a la familia, el amor a la humanidad, es la base angular sobre que descansa todo el sistema de la educación primaria. Formado el corazón, vigorizada la inteligencia, fortalecido el cuerpo, tenemos base sólida para formar al ciudadano honrado y amante de la libertad; al buen padre, al cariñoso amigo y al hombre humanitario.

-Sobre nuestro sistema sano, basado en las más avanzadas leyes de la higiene, que garante la salud, una florida virilidad y robusta vejez, formamos al hombre.

Con nuestro sistema de enseñanza disciplinaria, vigorosa y conformada al más severo raciocinio, alejándolo de todo pernicioso ejemplo, enseñándole a odiar la mentira y la falsedad, hacemos del joven un hombre virtuoso, probo y obediente a la ley.

Y esto, amigo mío, no lo pueden conseguir las madres de familia, por más buena voluntad que tengan, por más buenas, cariñosas y honestas que sean, por la sencilla razón del contacto, del que no podrían nunca impedir el de sus hijos con los hijos malos de sus corrompidos vecinos, si nos ciñéramos al sistema de antaño.

A, la hora diez y seis tienen una hora de recreación, después a las diez y siete van al baño, a las diez y siete y media cenan, y a las diez y ocho y media se hace el. paseo por el bosque invariablemente, tanto en invierno como en verano, llueva o haga calor.

El hombre debe criarse y acostumbrarse a todo para que nada le haga mal, para que su físico vigoroso triunfe en la lucha con los elementos.

A las veinte hay conferencias gramaticales, dictado, y la lectura hecha por un profesor desde la cátedra, versando siempre sobre anécdotas humanitarias o relaciones sobre los más grandes descubrimientos o biografías de los más grandes genios humanitarios.

A la veintiunésima hora todos los niños se acuestan.

Los Júpiter de tarde hay paseos externos por la ciudad y contornos, con explicaciones orales que van dando los profesores dragomanos, sobre todos los puntos que se les ofrezca disertar durante el camino.

A la noche hay representaciones dramáticas: todas versan sobre la formación del corazón del niño, el cual se va educando en la escuela teórica y práctica del amor y de la caridad.

¡Siempre el vicio sucumbiendo y la virtud triunfante!

Cuando un niño de éstos cumple los nueve años, aprende más en un año en los institutos inmediatos, de lo que aprendían en tu época estudiando desde los tres hasta los doce años, durante los cuales los profesores le embutían en la cabeza un verdadero entripado de ciencias, cansando y acobardando el cerebro del pobre niño que, anémico y raquítico de cuerpo y espíritu, llegaba a la edad en que debía empezar a estudiar, cansado, aburrido y odiando los estudios. La continua tensión de las fibras cerebrales había impedido el desarrollo de las demás partes del cuerpo.

Nuestros jóvenes desean como un premio que se les deje estudiar. Para los de tu siglo, el estudio era un castigo!

Precedidos por el director, visitamos el establecimiento en todos sus detalles más minuciosos.

-Como te he dicho, prosiguió mi mentor, cumplidos los nueve años, los jóvenes pasan a los institutos secundarios, en donde se dedican a las profesiones, que son invariablemente con sujeción a las observaciones hechas en el desarrollo del niño desde que entra hasta que sale de estos institutos. Todo joven tiene el deber de perfeccionarse en uno de los múltiples ramos de las industrias, y es raro y muy contado aquel que no sabe varios oficios o profesiones.

De los nueve a los doce años, el joven estudia menos que de los doce a los quince, pero trabaja más; de los doce a los quince se perfecciona en los estudios superiores, tomando nociones generales de historia, astronomía, geología, física, química, matemáticas, economía política, mecánica, agronomía y demás ramas del saber humano.

Todo joven estudia de los doce a los quince años para tener nociones de derecho público; todo ciudadano a los quince años debe estar en aptitud de saber defender sus derechos ante nuestra Corte de Justicia.

-Querrás decir ante los jueces, pues supongo que en un siglo en el cual se decanta tanto adelanto y progreso, conservaréis entre las cosas buenas la organización de justicia de mi época.

-¡Santo Dios! exclamó mi interlocutor- ¡organización de justicia llamabais impunemente a eso! Justicia que duraba siglos y que los pleitos se heredaban de abuelos a nietos! Justicia en que vencía el más astuto, en que triunfaba el más audaz y en que conseguía la razón el más cínico muchas veces!

-¡Justicia de los hombres de tu siglo!

Con eso, querido Fernando, lo digo todo.

Justicia en que muchas veces, antes de obtener una sentencia, se gastaba más de dos y diez veces el valor de lo que se litigaba, en papel sellado y costas de Juzgado!

Justicia en que más de una vez triunfaba el abogado más hábil!

Y sucumbían la razón y el derecho!

Triunfaba la mentira bajo el imperio del sofisma bien urdido.

Los abogados de tu época sólo se podían comparar a los grandes espadachines: el que sabía manejar mejor el arma, ése triunfaba!

Por otra parte, era el ambiente del siglo, y ¡guay del que hubiera querido ir la corriente de la opinión pretendiendo reformarlo todo! Los cristos siempre fueron crucificados en todos los tiempos; dados el ambiente y la época, la educación del pueblo, el imperio de las pasiones de los hombres, sus vicios, sus virtudes, -la mayor parte de las veces falsas,- las exigencias sociales, las costumbres, la molicie, la herencia del eufemismo; en fin, en medio de todo ese vetusto lío de administración de justicia, el abogado era una necesidad, y si no lo hubiera habido, habría surgido; con, otro título, con otro nombre, de cualquiera otra manera, bajo distinta faz; pero habría surgido al fin, pues mientras de las cuestiones más sencillas se había de formar un pleito lleno de expedientes y requisitos, en una sociedad en la que los hombres no sabían defenderse, en donde la ley se lo prohibía, el abogado era una necesidad.

Hoy ya no los hay, gracias a Dios; no porque hayan sido peores que los demás hombres, pues, corno todos, eran hijos de su siglo, y silos había malos, no es menos cierto que también los había buenos, honestos, rectos y justicieros, que el gremio era demasiado extenso, y así como en donde había demasiado médicos, aumentaban, sino las enfermedades, a lo menos los enfermos, en donde había abogados aumentaban los tontos, que, por un quítame esas pajas, armaban un pleito, en el que perdían paciencia, salud y dinero!

-¿Y cómo os las entendéis sin ese ilustrado gremio?

-Amigo mío, nosotros tenemos en cada sección de la ciudad un tribunal compuesto de doce ciudadanos; ante ellos acude a pedir justicia in voce, defendiéndose a sí misma cada parte, exponiendo sus razones, y el Tribunal, oídas las partes, produce su fallo.

Los miembros de los tribunales seccionales, todos hombres que han cumplido los sesenta años, son elegidos por el pueblo en votación nominal y por mayoría de votos.

En las causas falladas sobre tablas por el tribunal seccional puede recurrirse en queja ante el Tribunal Superior.

Este Tribunal lo forman cincuenta jurisconsultos, comerciantes, artistas, literatos, obreros, ingenieros, agricultores; en fin, todos los gremios están representados allí.

Como la voluntad popular es la que impera, también los cincuenta miembros del Tribunal Superior son designados por el pueblo y deben ser hombres maduros, sin pasiones violentas, de las que aún quedan resabios; conocedores del corazón humano, de criterio reposado, sin ambiciones y de intachable moralidad.

Cada miembro de este elevado poder debe tener setenta años cumplidos; la elección se hace a medida que fallecen algunos de los miembros.

Los fallos de este tribunal son inapelables.

Aquel que en primera instancia hubiera sido condenado, y al ir en apelación lo fuera de nuevo, abona cien Artigas en castigo.

Cuando se constata que una de las partes ha iniciado o sostenido juicio clon notoria mala fe, es condenado a trabajos forzados por tres meses; pero de estos casos hace tiempo no se ven, pocas son las causas que van en apelación, y casi siempre las cuestiones quedan zanjadas por el arbitraje ante los tribunales seccionales.

Por otra parte, los tribunales cuentan con el Tribunal de Pública Moralidad, que es un auxiliar importante en el mecanismo de la vida nacional.

Pero me desvío del encargo que me ha hecho Temístocles, y del propósito que aquí te trae.

La educación que se daba a los jóvenes de tu siglo era deficientísima.

No hablemos de las niñas, pues de ello te informará Temístocles al hacerte visitar los grandes institutos libres.

A los jóvenes del siglo XIX se les hacía estudiar historia antigua y mitología, mientras desconocían la historia de su país e ignoraban hasta el origen de la mitología que llamaban griega.

Se les enseñaba a admirar a los grandes salteadores convertidos en generales condotieros de la edad media, y desconocían los caracteres de la independencia americana, y estudiaban la gran figura del fundador de la nacionalidad oriental, en los textos escritos y tejidos por sus apasionados enemigos.

Mucho latín, mucho griego que no aprendían nunca, y poquísima gramática y ortografía en muchos casos.

Muchos conocimientos de la gran China, de la Turquía, y de lo que hicieron Ciro, Confucio, Gengis-Kan, Semíramis, Jerjes y Artajerjes, y del taburete en que se sentaba el hijo de Sirio, cuando invadió el Egipto.

Pero ningún conocimiento del territorio nacional, a tal punto que cuando algunos vieron montañas en su país se asustaron, pues creían que la más alta era el Cerro; ningún conocimiento de nuestra campaña, de nuestros ríos, de nuestra flora y fauna, vida rural, agricultura y aprovechamiento de nuestras tierras o ríos y riquezas nacionales.

Absoluta carencia del conocimiento de nuestros hombres públicos, de las grandes figuras de la independencia de la patria. Todo lo más que se sabía era denigrar a los próceres de nuestra incipiente nacionalidad, cegados por un odio partidista inconcebible en gente ilustrada y educada y acostumbrada a la vida social.

¡Ingratitud! Moderna Atenas, proscribía al día siguiente de haber endiosado a sus hombres consulares, a sus patriotas; el destierro era a veces la recompensa: siempre el olvido!

¡Desgraciado de aquel a quien. se le endiosaba reconociéndole méritos, pues al siguiente día sucumbía víctima de la perversidad de sus compatriotas!

El partidarismo apasionado escribía en las conchas la sentencia del ostracismo y del olvido, el nombre del ciudadano útil y meritorio.

¡Tierra ingrata, en donde el pueblo no levantaba ni una estatua en ninguna de las plazas públicas para venerar, recordando uno solo de los miles de patriotas que la formaron y honraron con su talento! (3)

A los 15 años el joven ha terminado sus estudios.

Está en las condiciones de ejercer sus derechos y acciones como ciudadano, y sabe cuáles son sus deberes con la patria, con la familia y con la sociedad.

El Estado ha cumplido su misión y lo entrega a la familia.

Sí quiere perfeccionarse en alguna especialidad del saber humano, ya sea en la cirugía como en la química, física, letras, leyes, derecho, economía, política, agricultura, enología, ingeniería en sus diversas ramificaciones, éste puede hacerlo libremente en los politécnicos nacionales o en las facultades científicas particulares, pero al salir del instituto secundario recibe un diploma en el cual consta para cuál o cuáles carreras científicas el estudiante ha demostrado tener inclinación, vocación natural y predisposición craneana, y deberá seguir la carrera o profesión indicada en su diploma.

A los veintiún años debe rendir su último examen; si sale victorioso, puede seguir cualquiera otra carrera y dedicar la vida entera al estudio.

No siendo así, queda para él cerrada la puerta de los estudios y debe forzosamente dedicarse a practicar lo que ha aprendido.

Debo comunicarte que de estos casos no hay ningún ejemplo, y que antes de los 21 años todo joven ha terminado su carrera científica.

A las diez y siete de la tarde llegamos a casa de mi huésped, en donde nos esperaba la familia, con sumo cuidado, pues a la mañana, al partir, nos habíamos olvidado de avisar que no regresaríamos hasta el caer del día.

Después de la cena nos reunimos en la terraza con varios otros caballeros que con sus señoras y niños habían venido a saludar a la familia de Temístocles; pero yo creo que los más lo que deseaban era verme a mí, cosa que, por otra parte, no debía extrañarme, desde que durante el día y en todas partes era objeto de la más viva curiosidad.

La cosa de por sí era bastante justificada, y lo que llamaba la atención en los que me veían, era la soltura con que yo llevaba mi nuevo traje.

Mi lenguaje se resentía mucho del que se hablaba; sí bien siempre era el español, sin embargo ya no era el mismo de mi época.

De todos nuestros antiguos modismos, que habíanse ido incorporando a las costumbres nacionales, surgió paulatinamente y con el transcurso

de los años, una nueva lengua muy distinta de la sancionada por la Academia Española, de la cual se independizaron las Repúblicas del Río de la Plata con su nuevo y gran diccionario rioplatense, confeccionado por la Argentina, el Uruguay y el Paraguay el año 1988.

Allí, debajo del verde follaje, y en medio de las flores, se hizo música, se cantó en nuestro idioma, se habló de ciencias, de artes, literatura; en fin, se pasó la revista del mundo entero, estando al corriente, minuto por minuto, de todo cuanto ocurría en el Universo.

Después de tomado el néctar y encendido un puro de las vegas de San Antonio, -producto excelente de nuestro territorio,- Segismundo Madriaga tomó su bastón, destornilló el regatón que tenía en el extremo y lo clavó en la tierra, y colocando en el mango una pequeña bocina, sentose, y aplicando en ella la boca, pidió comunicación.

Yo al principio creí que aquel hombre estaba loco, pues a la verdad no se le podía haber dado otro calificativo en mi época al que se viera clavar un bastón en el suelo y después empezar a hablar en el mango.

¡Qué equivocado estaba y qué temerarios son los hombres cuando emiten opiniones sobre lo que no entienden ni conocen!

Al poco rato obtuvo Madriaga lo que pedía.

Acababa de comunicarse con Humberto Jones, en Sidney, Australia, pidiéndole datos sobre la insubordinación que, como un ejemplo vergonzoso, acababa de dar el Estado de Australia al mundo civilizado, falseando el pacto que consagró la paz universal, apoderándose por sorpresa ese mismo día de los Estados de Nueva Guinea.

Pareció que una sola palpitación hubiera conmovido al mundo entero.

Seis horas después, un millón de hombres, movidos como por un resorte eléctrico, conducidos por todos los poderosos medios de traslación que la edad actual posee, habían tomado posesión de Sidney, enviados como vanguardia por la Confederación Universal.

A las cuatro de la tarde doce millones de hombres imponían a la Australia el abandono inmediato de lo usurpado.

En ese momento, Humberto Jones comunicaba a Madriaga la evacuación de las tropas australianas del territorio del Estado de Guinea; y el Consejo Supremo de la Confederación Universal acababa de condenar al Estado Australiano a la pena a que se había hecho acreedor según las sabias disposiciones consignadas en el tratado de la Unión.

Francamente, si yo no viera estas cosas, no las creería, y aún temo ser tachado de loco y visionario al trasmitirlo al papel, para que de ello se enteren mis contemporáneos.

Supe que debido al invento de Fixert Umpier, sabio químico-físico de la Universidad de Chicago, la humanidad ha enriquecido el repertorio de sus grandes progresos con el telépalo portátil, el cual consiste en el pequeño

bastón que usaba Madriaga y que después también vi que usaban casi todos, el cual interceptando las corrientes electro-terrestres, pone en comunicación a cualquiera persona con la que se desee hablar, por más distante que se halle sobre la capa de nuestro globo; gran pila eléctrica cuyos polos negativo y positivo eran harto conocidos en mi tiempo.

¡Á qué negarlo! Yo no salía de mi asombro. Á. cada momento me encontraba de manos a boca con cosas tales y tan extraordinarias, que me dejaban atónito.

En el curso de la conversación se habló de nuestra excursión, hecha por mí y por Temístocles, a uno de los institutos primarios.

Es natural que todos deseaban saber mi opinión al respecto, pues como hombre nuevo en esta sociedad, completamente desconocida para mí, la impresión de los puntos más culminantes de las innovaciones debían provocar en mí, ser retrógrado, individuo empastado en el siglo XIX, con todos sus defectos y rancios retrocesos, verdadero escozor.

Se me pidió mi opinión, y si bien aplaudí cuanto ví y observé, puesto que aplauso merecía, no pude menos, vista la franqueza con que esta gente emite sus juicios y la altura con que discute, que manifestar mi desaprobación en un punto, el que hirió más -¿á qué negarlo?- mis sentimientos paternales!

En efecto, respondí a las ponderaciones que del sistema de educación del siglo XXI hacíame la joven Hortensia Pérez:

-Lo que yo encuentro de malo, de inhumano, en vuestro sistema de educación, de destructor de las bases de la familia, eso que apaga el calor del hogar, que produce frío en la vida íntima; lo que yo encuentro inhumano es el hecho de arrancar los tiernos hijos del seno de las amorosas madres, como si personas extrañas pudieran darles mejor educación, rodearlos de más cariñoso afecto y solícitos cuidados.

¿Quién mejor que una madre puede formar el corazón de un adolescente? ¿Quién mejor que ella puede rodearlo de solícitos cuidados? ¿Quién mejor que ella puede encaminarlo por el sendero de la virtud?

-¡Teorías, Fernando; teorías de tu época de desmoralización y decadencia moral y material! exclamó.

¿Todo eso, por ventura, no se decía en el siglo XIX? ¿Y acaso se hacía en tu siglo lo que a voz en cuello se pregonaba a los cuatro vientos'?

No quiero concretarme a la sociedad uruguaya de tu época, pues era muy diminuta y recién avanzaban y tomaban arraigo en ella las ideas y costumbres que en la vieja Europa habían hecho ya su camino.

Tomemos, pues, por modelo, una parte del mundo, la Europa, en la que había a fines de tu siglo cuatrocientos millones de habitantes. Excuso añadir que bien pronto aquello invadió esto; era un río que se desbordaba: la ambición ilimitada convertida en faro que debía alumbrar el sendero que tenía que recorrer la humanidad, no podía menos que atraer la esclavitud

del cuerpo y del espíritu, el empequeñecimiento del alma, escudado por lo que convencionalmente se llamaba en tu época la lucha por la existencia, y que en realidad casi siempre no era otra cosa que el aprovechamiento a mansalva de lo ajeno en beneficio exclusivo del más audaz.

El imperio del individualismo egoísta. A fines del siglo XIX la familia iba desapareciendo en el viejo continente.

El matrimonio, esa institución inicua que ligaba con una cadena hasta la tumba a las partes contratantes, obligándolas a vivir unidas hasta cuando se odiaban, iba siendo cada día más contrario a las costumbres, engendrando el concubinato.

-¡Cómo! no pude menos de exclamar asombrado, ¿ni siquiera habéis sabido salvar esa arca santa de la unión de las almas, vínculo sagrado de la familia? ¿Cómo puede haber sociedad en donde no hay hogar?

No, no, y mil veces no!

Yo no puedo concebir una sociedad en la cual el matrimonio católico, como lo instituyó Jesucristo, no exista.

-Cálmate, amigo mío, y no olvides que en nuestra época se discute razonando, díjome Temístocles, interviniendo en la discusión.

La joven Hortensia prosiguió diciendo

-Niego que Cristo haya instituído el matrimonio como lo estableció la Iglesia; pero tampoco estoy de acuerdo con el célebre matrimonio civil de tu época.

Nosotros tenemos el matrimonio, sí, pero convertido en contrato simplificado; son dos personas que se unen y que saben de antemano que cuando por cualquier circunstancia no les conviniera seguir asociadas, puede cualquiera de las partes pedir, o mejor dicho, exigir la disolución de la sociedad.

Lo que no tenemos es esa vetusta, retrógrada y arbitraria institución que tantas amarguras causó a la humanidad, tantos escándalos provocó, que a tantos seres que pudieron ser felices, los hizo desgraciados: el matrimonio *indisoluble.*

Eso es lo que no tenemos bajo ninguna forma.

Sin embargo, no impide esto que nuestras ciudadanas sean honradas y nuestros hombres virtuosos.

Lo que castigamos severamente es el adulterio, tanto en el hombre como en la mujer.

En tu época, en cambio, se toleraba! Y de ello hacía vergonzoso alarde el hombre!

-Nuestros hombres públicos y todos los empleados de la nación son casados, y yo mismo debo contraer matrimonio para ponerme al frente de las obras cuya ejecución el Gobierno acaba de confiarme, dijo Orestes interviniendo en la conversación.

-El desarrollo de las industrias cambió la faz de la Europa en el siglo XIX, continuó diciendo la joven. Creó una nueva entidad: el hombre fue industrial, mejoró su manera de vivir, pero trabajó más; mejor dicho, la industria convirtió al hombre en máquina.

Como el motor que no funcionaba sin carbón, el industrial no comía si no trabajaba.

Mientras el progreso de la aplicación de la tecnología científica, con los continuos descubrimientos de nuevas maquinarias y su perfeccionamiento, concurría directamente al aumento de la fortuna del capitalista, en cambio labraba la ruina del obrero, debido en gran parte á. la despiadada concurrencia, el cual con toda la potencia de su trabajo no solamente no encontraba salario suficiente para llenar sus necesidades: es más aún, de día en día aumentaban los brazos obreros en la proporción que disminuía la demanda.

El pobre obrero vivía intranquilo, pensando en el incierto mañana aterrador, si la fábrica se clausuraba, si el trabajo mermaba o si el salario disminuía.

Situación instable y difícil, que rápidamente conducía a la sociedad a la solución del gran problema.

Si los proletarios se reunían para pedir aumento del escaso salario, muchas veces insuficiente hasta para adquirir el más mísero nutrimiento, ese acto era calificado de coalición y la ley lo ponía con la detención o el arresto!

Si en cambio los proletarios se asociaban y pedían pacíficamente condiciones más humanas de vida, entonces la policía vigilaba los pasos de los asociados, recogía sus frases envenenando el pretexto de las reuniones, calificándolas de odio contra las clases sociales de que dependían y por las que muchas veces eran explotados. Bajo esos pretextos se disolvían violentamente esas reuniones, y como medida preventiva se enviaban a las cárceles a los desgraciados que osaban turbar el tranquilo sueño de sus patrones.

Al legislador poco le importaba que un inmenso número de familias quedara en la calle a mendigar un pedazo de pan, mientras los padres eran encarcelados infamemente.

¡Que se rebelaran! Ya estaban prontos los ejércitos, sostenidos con el dinero, con el pan, con la sangre y el sudor del pueblo, para domarlos!

¡Cuántos esclavos fabricaban la miseria, que más tarde debía redimir la libertad, borrando la fraternidad todo vestigio de opresión!

Desde hacía tiempo la sociedad había sancionado el principio de que ningún hombre podía ser esclavo; la misma sociedad pretendía que ningún hombre podía ser ignorante. Más tarde sancionó el principio de que ninguno podía dejar de ser propietario.

El hombre no podía ser libre sin propiedad, como no podía ser libre sin instrucción.

¡Ay! desgraciadamente en más de un país, más de una vez, empezando por el nuestro, el nombre de esclavo fue sustituído por el pomposo título de ciudadano.

En el fondo la esclavitud quedó subsistente para los desheredados de la fortuna, el cambio fue de nombre y forma: nada más.

La familia existía nominalmente.

Los hijos de los burgueses y de los hombres de posición elevada, eran entregados a las amas cuando nacían, pues las señoras temían perder sus encantos criando a sus hijos.

Cuando el pequeño ingresaba al hogar, se hacían cargo de él los sirvientes, y se le mandaba a algún colegio primario, en donde se aprendía de todo, pues allí iba de todo también. Al cumplir los seis años se le encerraba en un instituto, en donde se le hacía aprender una carrera científica, para la que en la mayor parte de los casos no tenía vocación alguna.

Cuando había concluido bien o mal su carrera, volvía al hogar, en donde lo que más le estorbaba eran sus padres, lo que más codiciaba era la herencia!

Mientras el hijo seguía su curso, desde que nacía hasta llegar a hombre, el matrimonio seguía su derrotero.

Muchas veces ligados por el interés, pasados los primeros encantos empezaba la lucha.

La sociedad, el lazo a perpetuidad condenaba a fingir, formando un hogar en donde afortunadamente los hijos vivían excluídos: imperaba el convencionalismo, la mentira!

¡Había que fingir y arrastrar la cadena! Siempre la parte débil, la mujer, era la víctima expiatoria, y seguía resignada su vía crucis.

Cuando los hijos se criaban en casa, al lado de los padres, el ejemplo era peor, los resultados funestos. Cuando éstos eran buenos, eran amorosos con la madre y odiaban al padre. Cuando se inclinaban al autor de sus días, teniendo como ejemplo su disolución y sus calaveradas, entonces los discípulos sobrepasaban al maestro.

El marido tenía sus mantenidas y hacía gala de ello.

Algunas veces era la mujer la que se hacía galantear y galanteaba a su vez.

Mientras tanto, el obrero, el industrial doblaba la cerviz en el yunque del trabajo. ¡Guay de él el día que no podía trabajar! no se comía.

Contraía matrimonio para ser dos esclavos juntos!

La mujer debía hacer lo mismo que el marido si quería comer: trabajar mucho, ganar poco y vivir mal!

Venían los hijos.

¡Cada hijo era un atraso!

Y sin embargo, en el hogar pobre es donde más se manifestaba puro y santo el amor a la prole.

La miseria invadía la pobre casa a medida que los hijos aumentaban.

A la mujer, esclava del trabajo, de la necesidad, del marido, de los hijos, empezaba por abandonarla su espíritu; sus energías flaqueaban en este mundo convertido en valle de miserias, en el que no se veía horizonte, y en donde el porvenir tétrico le presentaba llena de miseria la vejez; y concluía por el abandono de su persona, vivía desaliñada, deseando el término de su esclavitud.

El marido empezaba a ahogar sus penas en un vaso de mal alcohol, con el que impunemente se envenenaba al pueblo, pero sobre el cual percibía un fuerte impuesto el Estado.

¡Asesino!

-Los hijos se llevaban diariamente a los Asilos Maternales, para sacarlos al caer del día, cuando los pobres padres se retiraban al hogar a descansar de los trabajos rudos de todo el día.

¡Qué felices eran los animales en esa edad! ¡Cuánto luchó el hombre para hacerse esclavo!

Ella, la madre, con sus hijos de la mano, llegando al hogar sin calor, al que allá a las andadas aparecía el marido, ebrio la mayor parte de las veces!

Paso por alto, prosiguió diciendo la joven, los casos, en que los hijos quedaban abandonados y la mujer y el marido se entregaban al vicio y a la crápula, haciendo vida en fondines y burdeles, en donde solían pernoctar (4).

Cuando el hijo servía para algo, había que someterlo al yunque del trabajo, mientras que con el dinero del pueblo se educaba al hijo del que podía mantenerlo sin hacerlo trabajar!

¿Á eso llamabais vosotros la igualdad en la instrucción? ¡Cuánta mentira!

Así crecía y se formaba el joven alejado del hogar, que para él nunca había existido!

Cuando llegaba a la edad adulta, el Estado lo enrolaba en el ejército ¡viva la libertad!

Las niñas pobres seguían el mismo camino de los varones, pero con el aliciente del vicio ante los ojos perpetuamente.

¡Los hijos de los ricos tenían el fruto del trabajo de los pobres para corromper sus hijas!

Las desgraciadas víctimas del trabajo, sin horizontes, sin recompensa, sin aliento, llenas de privaciones y miserias, pasando mil necesidades, tenían de continuo ante su vista el ejemplo de las que *caían* para vivir en la holganza, en los placeres, en las comodidades y diversiones, y necesario era tener el alma muy fuerte para resistir las que tenían la desdicha de haber nacido hermosas; sin principios, sin edificantes ejemplos en el desmantelado hogar, sin ni siquiera el consuelo puro y regenerador del espíritu que engendró el cristianismo, caían las desgraciadas para no levantarse más!

Había sus excepciones, y muchas, prosiguió Hortensia; pero así era la sociedad europea en las grandes ciudades.

El amor al hogar, la pureza de costumbres, el amor a la familia sólo existía en la campaña; pero con el contacto directo y rápido que estableció el vapor, el desborde se produjo y todo lo invadió el contacto impuro.

La verdad es que reflexionando con calma en lo que acababa de decir la joven Pérez, no dejaba de tener razón.

-Pero, de cualquier modo, observé, no hay regla sin excepción, y debemos convenir en que había muchos hogares cuyo encanto lo hacían los hijos, a los cuales sus madres prodigaban todos los más cariñosos afectos.

-La más sabia de las leyes que emanaron del Congreso de la Confederación, exclamó Madriaga, fue a mi juicio la que determinó que los niños al cumplir los cinco años fueran entregados al Estado para ser educados como hoy se educan todos los jóvenes de los cinco a los quince años.

Allí en nuestros institutos los jóvenes no se distinguen unos de otros, visten igual, sus alimentos son iguales, estudian lo mismo, son estimados y apreciados todos igualmente y viven en la más pura fraternidad.

Salen de ahí amándose, salen de los institutos siendo hermanos.

-Yo espero, prosiguió Hortensia, tomando el hilo de su tan amena disertación, que pronto llegará el día en que los institutos del Estado se encargarán de recibir, mejor, será obligatorio entregarles los niños, sino al nacer, al menos antes de que cumplan el primer año.

Yo no pude menos que sonreír ante tan absurda idea.

-¡Ah! ¿tú te ríes? exclamó mi interlocutora. Indudablemente, con la sensiblería de tu época, tus coetáneos se estremecerían de indignación.

Sin embargo, esta opinión mía que acabo de emitir, voy a fundarla, y puede que una vez oídas mis razones, tú serás el primero en aprobarla.

-¡Yo! exclamé indignado. No, jamás! ¡Eso sería una barbarie! ¡Arrancarle el hijo de sus entrañas a la madre, cuando ni los mismos animales lo toleran! Ése sería, a mi juicio, el más tremendo insulto que se podría hacer a la humanidad.

-Lindas palabras, Fernando, replicó la joven; pero yo entiendo que el primer insulto que se hace a la humanidad es conspirar contra la misma humanidad.

-Habla, pues no comprendo, repliqué.

-Durante muchos siglos, y si quieres desde que el mundo existe, siempre se ha endiosado el amor materno.

Si me hablas del amor de una madre hacia el hijo adulto, el cual ya no tiene más necesidad de sus cuidados, yo convengo con todos: ése es amor.

Nada hay en el mundo de más generoso, noble, grande, heroico, como la ternura, el éxtasis, la abnegación, el sacrificio del amor maternal.

Si en cambio me habláis del amor de la madre para criar al hijo desde el día en que nace hasta cuando llega a adulto, yo os responderé con toda la

franqueza que niego todas las consecuencias, que ese amor es contrario al desarrollo intelectual, moral y físico del hombre.

He demostrado qué se hace del niño cuando grande, y cuán cuerdamente resolvió el Supremo Congreso al enrolarlo en los institutos nacionales a los cinco años; voy, pues, a probar cuán perniciosa le es la vida del hogar al niño hasta que cumple la edad prescripta para ingresar en los institutos.

"Los estudios fisiológicos, corroborados y repetidos por largos experimentos, nos han probado claramente que el sistema de privar al niño del contacto del aire, fajándolo de pies a cabeza con fuertes fajas, detiene y entorpece la circulación de la sangre, paraliza los vasos, entorpece los nervios y tendones, quitándole al cuerpo la elasticidad, originando serias perturbaciones que se desarrollarán en la edad adulta."

"Todavía no hace mucho que las madres adoptaban tan bárbaro sistema, perpetuado durante muchos siglos, siendo durante miles de años el amor materno funesto para las generaciones."

"Pero, pasemos adelante; sigamos y observemos cuántas inocentes víctimas no ha causado a la humanidad ese amor aprisionado desde la tierna infancia, mientras protestaba con el rosado violáceo de sus mejillas, la tensión perenne de las venas del cuello y de la frente, con el llanto y los gritos y los esfuerzos impotentes de sus débiles miembros para desaprisionarse."

"Esfuerzo inútil, vano llanto."

"Sin embargo nada de eso conmovía el corazón que abrigaba el amor materno: el tierno infante debía sufrir y gemir; pero eso no bastaba!"

"Envuelto así, como un muñeco de trapo, servía como tal de juguete."

"La madre lo pasaba a la familia, ésta a la niñera, la niñera a la cocinera, y más de una vez, de mano en mano iba saltando entre los brazos del que traía la carne y verdura y del que llevaba el pan!"

"Divertíos, hacedlo saltar todos: es el juguete de la familia!

"Uno lo recibía con ambas manos y lo hacía saltar como pelota!"

"Otro lo hacía bajar con la cabeza al suelo para levantarlo y bajarlo de golpe, con, o si fuera un perrito!"

"Este le estampaba un besote en la boca, largo y tendido, privándole de respirar, dejándolo medio ahogado. Aquél lo oprimía contra el pecho y lo sacudía. Otro lo hacía rotular entre sus manos como si fuera un palo de revolver chocolate: el niño sufría, tosía, más tarde se desarrollaba tonto, raquítico, ético!

"¿A quién debía este beneficio? ¡Al amor materno!"

"Entre tanto, bien o mal el niño salvaba: la naturaleza había resistido a tanto zarandeo que el amor materno inconscientemente había permitido, para que el niño no viviera ni se desarrollara. El niño ha querido vivir: ¡vive! El primer período había pasado, el niño comenzaba a soltarse de las manos: había que atacar su existencia de otra manera."

"Hasta ahora no se había abatido más que el mecanismo en general; ahora que sus miembros libres podían adquirir un poco de fuerza y desarrollarse para reparar un tanto el mal que se le había hecho, era necesario atacarle el órgano más importante de la economía animal, es decir, el estómago!"

"La familia celebraba fiestas porque el niño empezaba a comer. Se le llevaba a la mesa, debía el infeliz probar todas las comidas: ¡qué importa que las carnes sean pesadas para su débil estómago y puedan producirle un empacho o una irritación intestinal? Las salsas son aromáticas y le producen acidez en la sangre; el queso, las frutas son indigestos; las hojas de ensalada cubiertas de vinagre tienen una acción directa sobre la tráquea y por acción refleja sobre los pulmones."

"¡Qué importaba!"

"El desgraciado debía hacer la monada de prodigarle el gusto al amor materno y paterno también."

"Debe acostumbrarse a comer de todo! exclamaba el padre con tono de autoridad; llenándose de satisfacción y orgullo por haber producido un hijo con tan precoces disposiciones."

"¡Dale de comer! le decía a la madre; ¡es tan lindo verlo tragar!

"Y como aquellos saltimbanquis que en las plazas públicas se tragaban puñales y sables para divertir a los boquiabiertas, él, el inocente niño, juguete de sus hermanos mayores, de los hermanitos, muñeco que ríe y llora, debía comer, tragar y hacerse de una indigestión para complacer a la familia, para que sus amigos rieran de sus desgracias."

"¿No ha venido al mundo para divertir a sus semejantes con sus monaditas?"

"Más tarde, aquel niño tenía una disentería y fiebre: se llamaba al médico el cual no sabiendo más que los extraños, le recetaba lo que se le ocurría; y el desgraciado niño traga! La experiencia no ha servido aún!

"El estómago del infeliz se arruina, el hombre adulto ya, sentirá sus efectos: tiempo al tiempo."

"Al siguiente día la naturaleza aparentemente ha dominado el mal; no se ha obtenido un resultado aún: es necesario repetir los ataques!

"Al despertarse, el amor materno, creyendo que el pobrecito debe tener hambre, dice: hay que compensarlo de la dieta que ha sufrido. Allá va un pedazo de pan, huevos, café, leche, manteca, y si es necesario para fortalecerle el estómago, un poco de vino: ése se lo da el papá en su vaso!"

"¡Con cuánta gracia lo toma el niño! También, qué había de hacer el desgraciado!"

"¡Ya tragó todo!

"Más tarde llega el hermanito que viene de la escuela; trae caramelos: hay que darle al pobrecito. ¿No ves cómo te mira? dice la madre; dale al nene, que a él le gusta."

"Y el nene traga el caramelo!"

"La madre va a hacer una visita: es natural, la monadita va a cuestas, y allí lo agasajan con pasteles, galletitas, y un poquito de licor en la copita de mamá."

"Regresa la madre a la casa, y si se merienda, merienda el nene!"

"Al caer la tarde llegaba un amigo de la casa: se tomaba cerveza o helados, y el nene bebía!"

"¡Con qué gracia toma el chiquitín! exclama el padre infame, victimario, con su amor paterno a cuestas!"

"Al fin se cenaba, y va sin decir que el nene estaba en la mesa y que comía de todo, como si su estómago fuera una especie de receptáculo. Se dormía al fin el desdichado, que las fuerzas que debe hacer el pobre estómago son a costa de todo el organismo, y el sueño es fisiológicamente forzado en estos casos.

"Pero a alguien se le ocurría, en lo mejor, que había que traer al nene; se le despertaba, y el muñeco volvía a la mesa; se le hacía comer postres, tomar vino y saltar de brazo en brazo."

Podía seguir enumerando detalles, pero tú que has vivido en esa edad, aunque afortunadamente no conociste lo peor, lo que en pos vino, podrás recurrir a tu imaginación para recordar las mil peripecias a que el amor materno, paterno y casero condenaba al tierno infante.

A los 30 años, si llegaba el niño, sufría de neuralgias, efecto de las indigestiones que trastornaron su organismo cuando pequeño. A los cuarenta años ya *era un viejo* impotente. A los cuarenta y cinco reventaba, y eso si llegaba, a fuerza de engullir drogas y porquerías, inventadas por los poco escrupulosos fabricantes de preparativos y especialidades para intoxicar la humanidad, los que se expendían en cada bocacalle en esas casas de negocio que vosotros llamabais boticas.

Ese es el resultado del amor materno.

Descansó un poco la joven, y prosiguió diciendo:

-Cuando el niño llegaba al tercer año, edad de las primeras sensaciones, se le inculcaban el error y el terror.

Se le engañaba, no se le decía la verdad, y eso se hacía como una diversión.

Desde entonces el niño adquiere la funesta costumbre de burlarse de todos para hacer gracia a los padres: despreciar al humilde, reírse del idiota para provocar la hilaridad.

Así aprendieron a ser pequeños los que vinieron al mundo para ser grandes de nacimiento.

En sus labios siempre el desprecio al humilde, el menosprecio al desgraciado, la befa al pobre!

Se les infundía miedo, terror, y se les criaba cobardes!

Sin embargo la Confederación Universal ha resuelto que las madres críen sus hijos, pero ha establecido las reglas de higiene que se deben observar, y esto se cumple estrictamente.

Los pequeños se crían sueltos, sin fajamientos; se prescribe mucha ventilación. ¡Aire, mucho aire!

Tomarlos lo menos posible en los brazos; baños de agua fría diarios y friccionarlos bien.

Llegados a la edad en que pueden comer de por sí, se prescribe que sean nutridos con farináceas cocidas, dadas en regulares proporciones y a sus horas fijas; nada de carnes, ni dulces, ni cosas aromáticas y excitantes.

Acostarlos temprano y hacerlos levantar al despuntar el día.

Inspirarles el amor al prójimo, *no provocar* en ellos las burlas a sus semejantes, no presentar a sus tiernas fantasías imágenes de disgusto y terror; alejar de ellos, aunque sea por distracción, el disimulo, el fingimiento, la sospecha, la mentira, y que no comprendan nunca que hay cosas mal hechas que sus genitores hacen y que no las deberían hacer.

Acostumbrarlos a la oscuridad para que no tengan miedo.

Nosotros no permitimos que al niño se le engañe ni por broma, cuando hace cualquier pregunta sobre los miles de objetos que hieren su imaginación, y que ellos son muy propensos a hacerlas; y es útil darles cuantas explicaciones deseen, exactas, justas, verdaderas, pues así se desarrolla gradualmente su criterio y van formando opinión y rindiéndose cuenta exacta de cuanto les rodea; de esa manera el niño razona, y de un niño que sepa razonar hay el fundamento para formar un hombre de criterio sensato.

Los asistentes aplaudieron su peroración informatoria, y yo, plenamente convencido de que la joven estaba en lo cierto en todo cuanto había dicho, y que forzosa y gradualmente, y a medida que transcurriese el tiempo y me impusiera del desarrollo de los acontecimientos realizados durante el largo intervalo que no conocí, me habría de ir persuadiendo de que todos los grandes adelantos morales y materiales de este verdadero siglo del progreso humano descansaban sobre bases sólidas e inconmovibles, como fruto maduro del estudio y de la experiencia humana.

Terminada la disertación me levanté de mi asiento y rogué a la joven disertante que en nombre de la humanidad, de ese mi pobre y desheredado siglo sepultado en el olvido, bajo el peso de sus grandes errores, me permitiera darle un afectuoso abrazo.

-Abrazaos, hijos míos, exclamó Temístocles lleno de entusiasta enternecimiento; el pasado abraza al porvenir: la humanidad sigue triunfante por la anchurosa vía iniciada por el pasado y dejada expedita por el presente.

QUINTA JORNADA

-¡Feliz de ti que no alcanzaste las luctuosas épocas de sangre y martirio que después del siglo XIX precedieron al actual, durante el cual puede al fin, la humanidad descansar de las luchas sufridas y de los grandes trastornos que engendró tu siglo y los que le precedieron! díjome Temístocles, cuando al salir de casa al día siguiente emprendimos de nuevo nuestra excursión, después de haber hecho el frugal desayuno. Pero, agregó, sin embargo mucho de bueno debe el hombre a tu siglo, el cual rompió en gran parte con las ligaduras del pasado, aunque al hacerlo le creaba *nuevas al porvenir.*

La humanidad en tu época se preocupaba muy poco del mañana; marchaba adelante, es verdad, pero fija la mirada en el pasado, en el cual se inspiraba para resolver los problemas del porvenir, sin tener en cuenta que ni las generaciones del presente se asemejan en un todo a las del pasado y ni las de mañana tendrán en rigor nada de absoluto con las de hoy.

-Sin embargo, observé, no se puede negar la ley del progreso.

-El progreso no es más que la evolución; la evolución es la ley de la humanidad. El progreso es la vida, el movimiento; pero el progreso no es lo que entendíais vosotros.

-Tú dirás, respondí; pues yo no sé cómo entienden ustedes el progreso.

-Indudablemente, añadió el anciano, mientras envueltos en nuestras túnicas íbamos caminando lentamente debajo de los frondosos plátanos de la amplia avenida en que nos hallábamos, tú crees que progresar es marchar siempre hacia adelante.

¿Y quién lo duda?

-Nadie más que los que han vivido apegados a los progresos materiales, bien secundarios por cierto, si se estudia filosóficamente la marcha de la humanidad.

Los progresos materiales solían engendrar los retrocesos morales hasta tu época, y mucho más tarde aún.

Si fuera cierto lo que tú supones, los más grandes progresistas de la humanidad habrían sido los mayores verdugos, es decir, los que decapitaban la idea y hacían triunfar la materia.

Las obras más ciclópeas de la antigüedad fueron ejecutadas por los más grandes verdugos, por los mayores enemigos del hombre.

Excuso hacerte una reseña histórica, pues demasiado lo sabes tú.

Pero, concretémonos a tu siglo; los monarcas absolutos se truecan en constitucionales y otros pueblos se transforman en repúblicas.

Indudablemente eso significa progreso, un mejoramiento social. Las máquinas sé perfeccionaron y el hombre produce más que antes.

Eso es un progreso que se abre camino, engendrando Pero a medida que el hombre produce, el Estado, aumenta los impuestos y el pueblo se convence de que, tanto monarquía constitucional como república, no son más que palabras vanas, mientras los mejoramientos sociales sean parciales y no respondan resueltamente a un plan complejo de mejoramiento general y humanitario a la vez.

Resulta que el hombre trabaja en tu siglo lo mismo que el anterior, de sol a sol, con la particularidad de que gana más; pero siempre, entonces como antes, llámese el Estado democracia, imperio, reinado o república, le quitan todo lo que gana, dejándole apenas lo indispensable para que no se muera de hambre.

Me dirás que en cambio se le instruye y que ese es un progreso. Niego la consecuencia.

Si a un ciego de nacimiento le das la vista para que vea solamente todas las miserias que lo rodean y han de hacerlo mayormente infeliz, más valiera haberlo dejado ciego.

Se le daba al pueblo un mal barniz de educación para que conociera sus derechos, y esos derechos se le usurpaban inicuamente cuando estiraba la mano para cogerlos.

Todas las puertas legales se le cerraban, y el sufragio universal no era más que una mentira atroz azotada al rostro del regenerado.

Antes tenía que mantener un amo y lo sabía!, En tu época tenían cien! A eso llamabais progreso vosotros, y lo creíais así a fuerza de tanto oírlo decir y vociferar en torno vuestro.

En ese momento acabábamos de llegar frente a un grandioso edificio. -Es la Representación Nacional, díjome el anciano. -¿Hay sesión hoy? pregunté.

-No, amigo mío, las sesiones tienen lugar los primeros días de cada estación y duran bien poco, pues apenas se prolongan diez días.

-¿Y cómo os las entendéis? ¿cómo podéis resolver todos los múltiples problemas de Estado?

-Fácilmente, respondióme Temístocles. Nuestros diputados son elegidos por el pueblo; el Gobierno es la expresión popular; no tenemos interpelaciones en las que perdían su tiempo y se embolsaban los dineros del pueblo los diputados del siglo XIX, y como todos los asuntos se simplifican y los diputados no tienen sueldo alguno, los asuntos se resuelven bien pronto.

En ese momento recordaba yo que Máximo Santos, semi autócrata uruguayo, convertido en Presidente Constitucional, declaró de carácter permanente a las Cámaras que él, siguiendo la escuela de sus predecesores, le eligió al pueblo; y venía a mis mentes cómo alzaron entonces el grito al

cielo, escandalizados, los que más tarde vinieron al poder elegidos o nombrados de la misma manera, y encontraron muy buenas las dietas en chorros sin fin, por él inventadas, no haciéndoles escrúpulos el sistema electoral que, sin solución de continuidad, seguía empleando para vergüenza y oprobio de los decapitadores de las libertades públicas.

A invitación de mi acompañante visité el espacioso local de la Representación Nacional, forma de teatro greco-romano. Amplias escalinatas, hasta treinta y seis filas de asientos de altura, lo rodeaban. Al frente estaba designado el sitio de los representantes elegidos por el pueblo, cuyo número, según Temístocles, asciende a mil.

En el centro surgía, sobre un pedestal de pulido pórfido, una estatua de plata maciza que representaba a Minerva, de cuyo casco brotaba otra pequeña figura, de puro oro, representando la ley.

Excuso entrar en pequeños pormenores y descripción sobre la seriedad de la ornamentación interior: todo era allí severo, grande; severidad y grandeza que se respira en todas las obras de este gran siglo.

El movimiento en las amplias y bien sombreadas avenidas era extraordinario. ¡Qué bellas son las mujeres con sus trajes voluptuosos! ¡Qué elegancia en el vestir y cuánta sencillez altiva!

Ya no se ven esos miles de colorinches chillones con que solían vestir muchas damas del siglo XIX, siguiendo la gran moda que desde París enviaban al mundo entero los que allí dictaban la ley de la moda; si bien es cierto que no había mujer que vistiera más seriamente que la mujer francesa.

Pero los pueblos del mundo entero creían que los parisienses vestían como lo indicaban los figurines, y el mundo entero vestía al capricho de los franceses especuladores, que desde París también tenían su dominio.

En el Río de la Plata, recuerdo que en mi época los trajes más absurdos, las combinaciones de colores más desordenadas y antagónicas, más de una vez formaron el gran *toilette* callejero. ¡Ya no se usa hoy el corsé que sólo servía para engañar y quitarles a las mujeres las formas esculturales, desfigurando sus bellos cuerpos, quitándoles todo el vigor, toda la esbeltez, pues había cuerpos hermosos que encorsetados parecían trompos. ¡Y se hablaba de arte! ¡Se buscaba el arte! ¡Se amaba el arte! y todo eso era en teoría, pues no se tomaba ni por modelo al arte!

Las bellas figuras de los grandes artistas se admiraban, pero no se imitaban.

¡Cuántas caras frescas y llenas de vigor y hermosura se embetunaban con unturas, se rellenaban de polvos infames, y a los veinticinco años se veían caras apergaminadas por efecto del bismuto y del cold-cream!

¡Se tenía lo bello y se desdeñaba!

Estas, sí, que son mujeres llenas de vigor, pues la molicie fue extirpada, que a la mañana van todas a las termas; pues hay los baños públicos para señoras, y para hombres, a los que concurren todas las familias que no pueden o no tienen en sus casas las comodidades del baño. Por otra parte, la concurrencia a las termas constituye una de las diversiones diarias. No hay sitios más frecuentados que los baños públicos.

La higiene es la base de la generación *actual. Mens sana in corpore sano, decían* los antiguos, y lo *profesan* los modernos. ¡Qué *trajes* encantadores! ¡Qué bellezas cisplatinas cruzan en todas direcciones, envueltas en sus amplias túnicas de seda, abiertas ligeramente sobre el pecho, velando las turgentes formas y dejando ver los torneados brazos ceñidos por amplio brazalete de oro! El calzado, por la común, es de cuero de yacaré, cinturón del mismo cuero, con gran hebilla de plata bruñida; la túnica cae formando suaves pliegues sobre el diminuto pie, y es sostenida en los hombros por pequeños broches de ónix.

Recogidos los hermosos cabellos y sujetos por diademas de flores frescas, que cada joven cuida y conserva en los invernáculos que todas las casas tienen.

A poco andar llegamos a una de las grandes termas frecuentadas por hombres: abarcaba un espacio de cuarenta mil metros; el número de los concurrentes excedía de cinco mil personas.

Vastos salones, duchas, baños calientes, tepidarios, pisos de mosaico, paredes formadas con bloques de mármol o revestidas del mismo mineral.

¡Qué imponente! ¡qué espléndido es esto! exclamé lleno de sorpresa.

-Esto no es nada en relación a las termas para las damas, díjome Temístocles. -Pero ¿cuesta mucho bañarse aquí? le pregunté.

-Nada, respondióme mi guía: esto es gratuito; los gobiernos tienen el deber de preocuparse de la salud del pueblo y deben devolver en la especie que consideren más equitativa, lo que le piden por vía de impuesto.

En tu época, al pueblo se le agobiaba con impuestos para repartírselos las comanditas del poder. Hoy, son los impuestos para los pueblos lo que el rocío para los campos: la atmósfera devuelve a la vegetación durante la noche la humedad que los rayos solares le quitaron durante el día.

Seguíamos platicando tranquilamente, pues Temístocles me había prometido llevarme a visitar los *Campos Felices*, así que yo marchaba inconscientemente guiado por la voluntad de mi amigo.

Habíamos andado un par de cientos de metros, cuando no pude menos que detenerme: estábamos frente a un suntuoso edificio de cristal y armazones de aluminio.

-Es la oficina de informaciones espiritistas, díjome mi guía.

-¡Cómo! exclamé; ¿también esto tenéis vosotros? ¿Hay aún espiritistas en tu siglo, siglo de progreso moral, material e ideal?

-¿Y te asombra? contestóme afablemente mi interlocutor. ¿Acaso no lo fueron todos los pueblos en todas las edades? Sólo que se le daba distintas denominaciones.

Cuestión de nombres, querido Fernando, y nada más: la esencia es la misma. El catolicismo, con sus apariciones y milagros no fue otra cosa que efecto del espiritismo, revelaciones, fakirismo, ciencias ocultas, telepatía, etc.

Las ciencias ocultas, mi querido amigo, han hecho mucho camino, y todo aquello que en tu edad se llamaba fenómeno, porque se ignoraba la causa no se sabía explicar, en nuestro siglo no es considerado como tal, pues los hombres se han propuesto darse cuenta de todos los hechos naturales y los considerados en tu edad como sobrenaturales, pero que a la luz de la ciencia tienen explicación sencilla y fácil.

Seguimos breve rato sin cambiar palabra; el anciano devolviendo afectuosos saludos con la mano, acompañados de plácida sonrisa; yo pensando en esta sociedad moderna que cada día me revela una nueva faz, y que, como engendro del progreso humano, todo lo ha cambiado, reformado, y echando nuevas y sólidas bases, ha levantado sobre ellas el verdadero bienestar de la humanidad.

Temístocles se detuvo, y yo instintivamente lo imité. Estábamos en una amplia plaza, en la que jugaban, porción de niños de dos y tres años; varias personas ancianas, sentadas en los cómodos divanes de aluminio resguardados por frondosas arboledas, tomaban el fresco, leían unos, conversaban otros y algunos se entretenían en la orilla de las fuentes en dar de comer en la mano a millares de pajarillos de todas clases que allí tenían sus libres moradas. En el centro de la plaza, sobre pedestal de bronce dorado, destacábase una espléndida estatua de mármol en traje de la época actual. Medía no menos de ocho metros de alto y el pedestal tenía unos diez metros. Al pie y en la parte que hace frente, se leía:

A DIEGO LAMAS
EL ORBE

Era la estatua soberbia, y como ejecución perfecta.

El sujeto de la estatua está representado con la diestra extendida, como quien dice: espera! En la izquierda empuña la guadaña; y a sus pies está sentada la Parca en actitud de aferrar el simbólico instrumento.

Multitud de personas están sentadas en las poltronas de acero elástico que rodean el círculo al contorno de la plaza: todos leen.

-Nuestro periodismo, dice Temístocles, indicándome los innúmeros lectores, es verdaderamente útil al pueblo, muy distinto del de antaño, pues en la primera mitad del siglo XX, en aquellos días que precedieron al triunfo del socialismo anárquico, y durante el desborde desenfrenado, extravióse por completo del verdadero sendero.

La prensa, que tanto aproximó el alma de los pueblos el siglo XIX, fuerza que contribuyó poderosamente a hacerles comprender que debían ver los hombres en cada malvado un enemigo personal, en cada decapitados de las libertades públicas, en cada violador de las leyes un enemigo común, un peligro siempre a combatir, y un amigo a defender en todo sostenedor de la justicia y de la libertad, cosas que no era dado concebir de otra manera, tuvo su transitorio eclipse.

En el período de decadencia, que fue precursor en Europa del triunfo del anarquismo, el periodismo lo constituyó la maledicencia pública, el chisme noticioso; millones de hojas sueltas inundan la sociedad, los más cínicos se apoderan de ese poderoso ariete de las ideas para convertirlo en el medio infame de aterrorizar al capital para enriquecerse y vivir en la holganza; el *chantaqe* más desenfrenado estaba en auge, como en auge estaban todas las peores pasiones humanas y en pleno desenfreno.

¡Afortunadamente la jornada fue breve! Pero como lección fue larga.

Hoy sólo tenemos la prensa concisa, instructiva y científica; en una palabra, progresista.

Fuera de ahí, la preocupación constante del hombre es la humanidad, el bien de todos.

Nuestro periodismo es agrícola, comercial, científico, artístico, literario, moral y religioso.

Esa monstruosidad de tu época, el periodismo político de combate, no existe, no tendría razón de existir.

Nuestro periodismo calma las pasiones, no las irrita; ilustra el criterio popular, no lo ofusca; predica la moral en política, practicándola!

-Pero, observé, ¿cómo podéis entendéroslas sin el periodismo político, esa guardia avanzada del progreso, ese Argos popular, el Cancerbero de los derechos del pueblo?

-Nuestros gobiernos son la expresión genuina del voto popular, y porque lo son es que son rectos; siendo rectos, son justicieros; siendo justicieros, son patriotas, y siendo patriotas, son amigos del pueblo, y por ende de la libertad y del progreso.

¿Y crees tú que puede haber un ciudadano que se atreva a atacar e interrumpir la majestuosa y severa marcha del sabio Consejo que dirige los destinos del Estado?

El que tal hiciera se haría acreedor al desprecio público, cuando no se le considerase como un alienado.

-¿Entonces, observé, pocos diarios tendrán ustedes?

-Al contrario, amigo mío; todos los centros de las distintas industrias y artes tienen sus periódicos, los núcleos científicos, comerciales, etc.

Sólo Montevideo tiene cuatrocientos cincuenta y siete periódicos, todos ellos ilustrados; pues hoy son así los que se dan al público por medio

de la mototipia, máquina notable que escribe, graba, imprime y encuaderna el periódico al tiempo que el director dicta sus artículos.

Invento del joven colombiano Arsenio Pichinango, premiado por el Supremo Consejo de Roma con una corona de oro y brillantes.

Es el mayor adelanto de esta última década, después del gran descubrimiento de Diego Lamas, de la Facultad de Constantinopla, quien inventó el microbicida, que preserva de todas las enfermedades que acechan al hombre y destruyendo su organismo lo mata. -íCómo! ¿entonces no tenéis, ya enfermedades? pregunté asombrado. ¿Ya el hombre no muere?

¡Oh! ¡felices de vosotros, a quienes sólo falta descubrir la cuadratura del círculo

-Cálmate, amasijo de nervios del siglo XIX; no te dejes invadir tanto por el encanto, si es que del desencanto los efectos temes.

Ya te he dicho que muchas cosas buenas debemos a tu siglo, y no pocas malas: las buenas fueron el fruto de la observación y del estudio de los hombres de esa época, fueron verdaderas conquistas del progreso; mientras que las malas, casi todas ellas pueden atribuirse a la ley fatal, a la ley de la herencia, el atavismo a que no supieron sobreponerse los hombres dirigentes, demasiado poseídos del egoísmo y la ambición de mando y fortuna, que tanto engendró el desenfrenado deseo de la molicie y los placeres.

El punto de arranque, la base del invento del sabio Diego Lamas, descansa sobre la bacteriología, descubrimiento y estudios realizados con tanto brillo en tu época y que tantísimos y tan extraordinarios beneficios reportara a la humanidad.

Después de luchar por muchos siglos la humanidad convirtiendo al empirismo en ciencia y patentando a más de un charlatán laureado, la ciencia verdadera se abre camino realizando el gran paso al dejar sentado que los microbios infinitesimales son los que destruyen los organismos grandes.

Al principio se levantan resistencias, como sucede siempre a cada evolución del progreso; pero todas las teorías, los prejuicios del pasado ceden al fin y la bacteriología ocupa el puesto prominente, convirtiendo en ciencia lo que hasta la víspera fue droga. ¡La Medicina! La bacteriología ponía de manifiesto el origen de las enfermedades, y como se decía en tu época, conocida la causa, detenidos los efectos.

Como no ignoras, en nuestro país el sabio Sanarelli descubre el microbio de la fiebre amarilla, reportando tanto bien a la humanidad.

El año 1932, Demetrio Hoc, sabio norte-americano, descubre el microbio de la tisis.

Federico Wintehoff, de la Facultad de Moscow, descubre el año 1941 el microbio de la espinitis.

Pietro Bellini, sabio boloñés, descubre en 1950 el microbio de la diabetes; y en 1964, Setembrino Lemand, de la Facultad de León, anuncia al

mundo un gran descubrimiento: el microbio de las enfermedades del corazón, dando por tierra con todas las teorías que afirmaban lo contrario.

Indudablemente la humanidad avanzaba a pasos de gigante a la resolución de sus grandes problemas, cuando un nuevo descubrimiento deja al mundo en suspenso: Casio Deodoro Guimarães da Silva y Porto (5), notable médico, sabio, de Pernambuco, encuentra el microbio que engendra las enfermedades del cerebro: la meningitis, destruyendo todas las teorías, que en contrario se habían ido oponiendo, y descubre al mismo tiempo él elixir regulador de la vida, o sea la *vitalina,* que tomada en dosis infinitesimales, regulariza el movimiento de la sangre.

La ciencia médica estaba en pleno apogeo en 2031; todas las enfermedades se combatían directamente, pues el estudio principal del médico se concretaba al diagnóstico.

Conocido el mal, el mal vencido! decían nuestros padres.

Pero los microbicidas solían engendrar otras dolencias, preparando el cuerpo á la fácil adaptación de otros microbios, pues no todos los organismos eran iguales, para oponerle al mismo mal idéntico remedio.

A Diego Lamas le corresponde la gloria del mayor descubrimiento.

Su fundamento es simple, a cualquiera se le hubiera ocurrido; pero sucede en la vida que cuando los hombres marchan obcecados por la senda del error, no suelen ver el camino de la verdad, sobre el cual más de una vez cruzan.

A la electricidad, que tantos beneficios ha reportado a la humanidad, le estaba reservado prestar el mayor. En efecto, si una pila eléctrica mata al ser animado de mayor resistencia, ¿qué inconveniente había para que con lo que se obtenía lo más no se obtuviera lo menos?

Y el sistema nervioso se presentaba como estudio de esta nueva faz de la ciencia, que, como la palabra de Dios, se le revelaba al hombre; y, después de miles de ensayos, verdaderamente milagrosos, anuncia al mundo y asombra al orbe entero con su descubrimiento.

La pila eléctrica portátil en forma de brazalete que todos llevan, es para el organismo humano lo que el pararrayos para conducir la electricidad y preservar al hombre.

La pila eléctrica compuesta según el sistema de Diego Lamas destruye todos los microorganismos que pueden invadir y encontrar fácil adaptación en nuestro organismo.

¡Los bacterios están vencidos! La bacteriología, siguiendo las evoluciones del progreso, ha terminado su parábola.

Todas las capitales del mundo han levantado una estatua al ilustre y humanitario descubridor.

-¿Entonces vosotros sois inmortales?

-Nada hay de inmortal en lo que sobre la tierra vive, respondió el anciano. Todo lo que nace debe morir, todo lo que ha tenido origen en el

orden vital debe perecer; pero de esto no se deduce que debe perecer a destiempo; el hombre viviendo en un círculo vicioso, apartándose completamente de la naturaleza en el vivir y en el alimentarse, fue el causante principal de todas sus dolencias.

Los vicios y los abusos transformaron el organismo, predisponiéndolo a la invasión de los microorganismos, y de ahí la causa de sus dolencias incurables.

Regenerando la humanidad sobre las bases sólidas que ha conseguido este siglo, el descubrimiento de Lamas es el complemento de la obra: se imponía y a pesar de haberlo tenido a la mano casi durante tres siglos, recién se le revela al hombre, como se le han revelado siempre los grandes descubrimientos, cuando ha llegado el momento psicológico. El hombre, pues, vive hoy lo que debió vivir siempre si no hubiera sido él su mayor enemigo, quien más conspirara contra su organismo: muere de senectud, como debe perecer todo lo que sobre este, mundo existe. Lo único que hay de inmortal es el espíritu, que, al dejar la envoltura material, vuelve al seno del Ser Supremo.

Proseguíamos lentamente nuestro camino debajo de los frondosos plátanos de una gran avenida diagonal, que tendría no menos de 70 metros de ancho.

¡Qué magnificencia! ¡qué espléndidos edificios!

-Indudablemente, no pude menos de preguntar, estos edificios suntuosos deben ser ocupados por gente muy rica?

-Ya no existe en nuestro tiempo esa gente tan rica que en tu edad había.

La humanidad salió esclava e ilota de la férula del feudalismo de pica, horca y cuchillo de la edad media, y entró ilota al servicio del feudal de tu edad, cuyas insignias eran las bolsas de oro y suntuosas mansiones.

Todos tenían que trabajar para llenar los placeres y caprichos insaciables que el sibaritismo del siglo XIX creó.

El hombre en la edad media trabajaba y entregaba el producto íntegro al amo que le dejaba vivir alimentándose malamente. El siglo XIX le dijo al hombre: "eres libre; lo que produces te pertenece; ¡ya no hay señor feudal!" Y el hombre creyóse libre, pues los hombres siempre se inclinan a creer todo lo que les conviene. Creyó que ya no tenía amo; que el cataclismo del 93 había arrasado el feudalismo que él mismo vio caer, derrumbarse y perderse en la oleada de la evolución perpetua que todo lo aniquila. Se creyó libre y dueño de su producto, pues las Constituciones más avanzadas consignaban la libertad, la igualdad y la fraternidad! ¡Cuánta palabra para no decir nada! Ese fue el antifaz con que se encubrió la hipocresía a principios de ese siglo.

Libre el hombre y dueño absoluto de sus productos, se creyó feliz; emancipada la humanidad, entonó un cántico de gracias al Ser Supremo,

acompañado del choque armónico de las herramientas de trabajo de toda especie.

¡Cuán pronto hubo de convencerse de su error!

El amo único había sido sustituído por millares de amos famélicos; la libertad de que se le dió a entender iba a gozar, se persuadió bien pronto de que *era* una mentira, y el derecho de usufructuar el producto de su trabajo, una burla sangrienta; pues el feudalismo moderno, más hambriento por ser mayor que el antiguo, más afeminado y por ende más vicioso, necesitaba mayor producto, y *el impuesto vino* a ser el vehículo directo de que se sirvieron los feudales del siglo XIX para despojar infamemente al productor de ese siglo, dejándole malamente lo indispensable para que no muriera de hambre *el día que trabajara!*

Ya no existen en nuestra edad esas fortunas colosales, la mayor parte de las veces de origen vicioso.

El derecho ideal es universal y eterno; mientras que todo derecho positivo es mudable y se transforma históricamente con arreglo a las condiciones de todo país, a medida que la conveniencia de las nuevas necesidades se manifiesta. Así como un derecho creó el mayorazgo, otro derecho lo abolió; vino en pos el que suprimió la sucesión, y éste engendró el de la limitación de la propiedad.

Solamente desde ese día no lejano la humanidad cumplió resueltamente su primer ciclo.

Nosotros hemos limitado las fortunas. ¡Nadie puede ser millonario en este siglo!

-¿Entonces habéis puesto un dique a progreso, habéis estancado el movimiento, la actividad humana ha quedado en la inacción? Esto, en buena ley, nosotros lo llamábamos retroceso.

-¡Cómo se conoce, amigo mío, que aún piensas con las ideas de tu siglo!

Nosotros hemos puesto un freno a las grandes fortunas, deteniendo ese poder que se criaba absorbiéndolo todo que en aras de un bienestar ilusorio y para satisfacción de la sórdida avaricia del millonario existían en tu época; entidad que con menoscabo del derecho que tienen de vivir cómodamente todos los hombres de la tierra, se apoderaba del bienestar ajeno, ocupando el sitio que a otros les correspondía.

-Pero, observé, ¿acaso no tenían expedito el camino todos los hombres de talento, ingenio e iniciativa para llegar a la meta? Cerrarle el paso a aquel que podía llegar a ser millonario, proseguí, era ponerle barreras para que, una vez llegado, pudiera decuplicar y centuplicar la fortuna y desarrollar sus talentos, emprendiendo obras de gran aliento, dando trabajo a millares de hombres; era condenar la actividad a la inercia; limitar las iniciativas era suprimirlas, impedirlas y condenar al hombre a la inacción, volver al peor de los retrocesos.

-Indudablemente, así se raciocinaría en tu siglo; pero nosotros lo pensamos de distinta manera; nosotros pensamos y sabemos que en donde una ambición tiene su barrera, su límite, en donde se detiene, surgen diez, veinte, mil iniciativas que no surgirían si no se le pusieran barreras al desenfreno absorbedor.

Tú te concretas al capitalista que poseyendo inmensas fortunas, da trabajo, por ejemplo, en sus talleres a diez mil hombres, sin tener en cuenta que es un amo; que esos diez mil obreros, ya trabajen en los talleres, minas o arsenales, tienen un amo que los manda, al que sirven ciegamente y viven mientras trabajan. Es el feudalismo que ha cambiado de escenario. Si en cambio a ese hombre que suministra trabajo rudimentario, convirtiendo en máquinas a diez mil hombres, la ley le dice: "Tú no puedes poseer más fortuna que doscientos mil Artigas como máximum; el excedente de esa suma que llegues a acumular, sólo lo usufructuarás, pero no podrás legarlo al morir; el Estado se apoderará de ese excedente, sea cual fuere", ese hombre capitalista y emprendedor se convencerá de que, llegado a la meta, le convendrá entregarse al reposo y dejar su sitio para que otros muchos, encontrando expedita la vía, se abran camino y puedan recorrer la jornada y formarse un bienestar dentro de los límites que la ley prescribe.

-¿Pero si el hombre insiste, si el incansable emprendedor, fabricante o lo que fuere, no *se ajusta* a los preceptos de la ley; si él no trabaja por amor al dinero, sino por la satisfacción que el trabajo proporciona a los caracteres emprendedores, y por tanto sigue impertérrito su camino, ocupando en el escenario de las nobles iniciativas el puesto que les corresponde a su vez a otros muchos, y por ese camino llega a ser archimillonario, entonces la ley absurda que ustedes se han dado le despoja inicuamente del fruto de su trabajo, castigando así al que debía premiar? pregunté asombrado.

-Ante todo, no es el *fruto de su trabajo* lo que acumula el millonario, respondió el anciano: es el fruto del trabajo del obrero; él ha empleado su talento, capital que a costa de la comunidad le facilitó la escuela, y cuyo excedente del producto limitado debe devolver a la comunidad.

Pero la ley es sabia; la ley ha previsto todo al limitar la fortuna particular. Pocos demasiado ricos en un país, es más malo, peor que muchos regularmente ricos. Muchos regularmente ricos dan más impulso al comercio y a la industria que pocos demasiado ricos, pues las necesidades de los muchos proporcionan trabajo a los más. Por otra parte, el hombre de iniciativa, el infatigable industrial, fabricante que profesa la religión *santa del trabajo y se complace* en ocupar a muchos miles de obreros por amor a la labor, porque el trabajo es para él una necesidad, sabiendo que su fortuna no puede usufructuarla más que en vida y no le es posible legarla íntegra a los suyos, escoge entonces entre sus empleados los más activos, los más trabajadores, aplicados, inteligentes, los que le son más afectos, y los interesa en su empresa legándoles una parte de su fortuna el excedente de lo que

puede trasmitir a sus herederos, interesando así a su trabajo al personal, más distinguido y que ha hecho más méritos. En el seno de un industrial progresista surgen diez, cien, mil agentes de iniciativa, de progreso y de trabajo, llevando el germen del que los colocó en la ancha vía a recorrer, de donde saldrán mañana formando una legión de hombres de iniciativa y progreso. En tu época, el millonario emprendedor egoísta empleaba millares de brazos, los que esquilmaba a su antojo, vivían como bestias en el yunque y morían miserablemente. El feudal, entretanto, cual cerdo en la piara, se revolcaba entre sus millones de oro! Y el oro acumulado en manos de pocos, siempre fue la ruina de los pueblos. El dinero vale y es agente impulsor que da vida y movimiento a los pueblos y prosperidad a las naciones ; encerrado en la caja del usurero no tiene valor alguno, y en vez de ser un bien es un mal ', pues si la moneda como agente intermediario entre el productor y el consumidor tiene importancia estando en giro, retirada del movimiento produce trastornos irreparables, la atonía de la actividad comerciar

-Pero, observé, ¿y si un padre teniendo muchos hijos quiere trabajar para dejarles una fortuna, para asegurarlos contra los reveses de la suerte, el Estado le impedirá que lo haga y legue a sus hijos lo que es suyo, lo que se ha ganado, sino con su trabajo, a lo menos con su talento?

-Nadie tiene el derecho de vivir en nuestra sociedad sin trabajar. Todo el que consume debe 'es nuestro emblema. Un padre que acumulara millones para dejarlos a sus hijos, para que éstos vivieran en la holganza y en el vicio, en nuestro siglo sería considerado un padre criminal.

Que un padre les legue un discreto pasar a sus hijos, -dentro de los límites que la ley prescribe, santo y bueno; pero nada más, pues con un discreto pasar desearán mejorar su posición y se dedicarán al trabajo.

Y si del campo de la actividad pasamos al de la vida parasitaria, al hombre que poseyendo una gran fortuna la empleaba en tu tiempo en la adquisición de vastas zonas de campo, en el que pastaban inmensos rebaños en estado verdaderamente ' itivo, patriarcal, mientras el señor feudal vivía en medio del lujo, del boato, del alto vicio de las grandes capitales, cuando no se entregaba en cuerpo y alma a la usura, al préstamo prendario o hipotecario, al agio más desenfrenado, acumulando oro, siempre ruin, siempre insaciable y siempre chupando la sangre del pueblo!.. nosotros hemos suprimido al agiotista, entidad que sólo pudo existir, desarrollarse y agigantarse en el estercolero económico social de tu siglo!

La gran Banca Universal estipula periódicamente el interés del dinero y rige el tipo que ella establece.

También había en tu época otros usureros millonarios, los poseedores de vastos caseríos, inmensos edificios en cuya adquisición se habían empleado millones y redituaban centenares de miles al mes, cuyas rentas eran a su vez empleadas en la adquisición de nuevas propiedades, cuando no se

enterraba al ídolo de oro en las cajas de fierro para adorarlo por el avaro propietario, que tan pernicioso era a la sociedad en que vivía. Los hijos de estos avaros rara vez fueron hombres de iniciativa, y como los padres los criaban en medio de las privaciones, resultaba que, al fallecer, estas fortunas se derrochaban en el fomento del vicio y de la corrupción. ¡Ése era el fin obligado casi siempre, de las fortunas colosales de esa edad menguada!

Ésa era una de las fases del progreso material de tu siglo.

Indudablemente me iba convenciendo gradualmente de que mi siglo y la edad en que viví fueron un siglo y una edad de muchos errores.

En ese momento acabábamos de llegar a una gran plaza. Llamó mi atención un monumento colosal erigido a un militar, pues usaba las insignias de tal. ¿Qué representa ese monumento? le pregunté.

-Esa estatua fue erigida en 2011, segundo centenario de la batalla de las Piedras, ganada a las fuerzas enemigas de la Independencia Americana por el General Artigas, encarnación genuina del temple indómito de nuestra raza altiva.

Recordé en ese momento que los hombres en mi siglo se ocupaban en discutir los méritos del gran caudillo, cuando el carácter nacional se desplomaba vergonzosamente bajo la férula de los régulos y de los escribas que, trepando a las alturas, les daban raya y luz a los falsificadores del voto popular, escamoteadores vergonzantes de las libertades públicas.

Al rededor de esta estatua hay varias de menor tamaño en las escalinatas del pedestal. Representan todas ellas los más notables patriotas que tomaron parte activa en el período de nuestra Independencia.

-Sigamos por la diagonal de la izquierda y pronto estaremos en el punto donde tomaremos el vehículo que nos conducirá a los Campos Felices, díjome Temístocles.

A poco andar enfrentamos a un edificio estilo griego puro, copia fiel y exacta del Partenón, con bajos relieves de mármol, columnas y muros del mismo mineral.

-¿Es algún templo? pregunté a mi acompañante, dirigiendo la mirada e indicando con mi acción el edificio.

-No es templo, respondióme el anciano: es el Tribunal de Pública Moralidad.

-Yo estaba tentado de entrar al suntuoso edificio, pero Temístocles me invitó a seguir, pues ya se iba a hacer tarde y debíamos aprovechar la fresca hora de la mañana del espléndido día con que el Ser Supremo nos había favorecido.

-Desearía que me dieras alguna explicación sobre ese Tribunal, al que ya en varias de nuestras conversaciones has hecho referencia.

-El Tribunal de Pública Moralidad todos saben que existe, todos conocen sus benéficos efectos; nadie ignora sus inmensas ramificaciones; su acción se extiende en todas las poblaciones, hasta en el mismo hogar está; y

nadie lo ve, respondió el anciano. Nadie conoce sus agentes misteriosos, pero todos sienten su benéfica influencia. Un hombre irascible, violento, cruel, maltrata a su mujer entre las cuatro paredes del hogar. A la mañana, al levantarse, encuentra en el buzón de su casa, pues todas las habitaciones tienen buzón, un aviso del Tribunal de Pública Moralidad, en el que se lee lo siguiente: "El ciudadano A es esperado a las 9 de la mañana del día de hoy en el Tribunal de Pública Moralidad." Excuso decir que va poco menos que temblando. Introducido a la presencia del Juez, éste le amonesta amorosamente, reprochándole el acto de barbarie cometido; le hace prometer bajo su palabra de honor que en lo sucesivo no incurrirá en un hecho tan reprobado, y con paternal afecto lo despide.

-¿Todo ha concluído?

-A veces no. Ocasiones hay en que el ciudadano pierde el sentimiento de la humanidad y falta a su palabra.. Entonces *dos guardias populares,* dos ciudadanos, reciben orden del Tribunal de arrestar al delincuente, al que, conducido ante el Consejo de Magistrados, le es leído el decreto inapelable del Tribunal, condenándolo a un año de trabajos forzados por haber perjurado, entregándose a la esposa durante ese tiempo los haberes que por tal concepto le correspondan por su trabajo.

Un individuo roba y es aprehendido, pues la evasión es imposible. En ese caso es condenado a trabajos públicos por el tiempo que sea necesario para obtener, por medio del trabajo, seis veces más de lo robado y devolverlo como castigo al que estafó.

Un joven, dotado de bellas cualidades y talentoso, pero un poco desordenado en su manera de vivir, como tantos jóvenes que poseen imaginación, amante de los placeres, abandona sus deberes, derrocha el haber hereditario y contrae deudas; la envidia baja y la malignidad, que aún no hemos concluído de extirpar, *ni se extirpará nunca por completo mientras el hombre exista*; los falsos amigos, que aún los hay, siquiera para aprender a distinguir los buenos, lo acusan *sotto vocce,* le imputan hechos vergonzosos.

La especie cunde y la calumnia surge, toma cuerpo y se difunde; poco después todos señalan con el dedo al desgraciado. La reputación de ese joven sufre horriblemente, y aquel que hasta la víspera había sido juzgado como un despreocupado, pródigo y hasta derrochador, al día siguiente es considerado en el concepto público como un ser desleal, depravado, inmoral y perverso.

Los hombres de bien huyen de su contacto, las jóvenes ni lo miran, los empleos se cierran para él, y la ocasión de utilizar su talento queda esterilizada: es un joven perdido. ¿Qué hacer? Recurre al Tribunal de Pública Moralidad. Pide una información sobre su conducta, sus actos y acciones, exigiendo una reparación a su honor ultrajado.

El Tribunal acoge benévolamente sus quejas, establece una severa información, y sus detractores son llamados a declarar, a precisar los hechos.

Se confunden, enmudecen, y buscan en vano escudarse con el subterfugio infame que tanto camino hizo en las postrimerías del siglo XIX, y del que tanto abusó la prensa, concretándose a responder: "¡hemos oído decir!"

El Tribunal pronuncia su sentencia, haciendo constar que el joven en cuestión, si bien es cierto que derrochó sus caudales, no fue hecho eso sino cediendo a los impulsos impremeditados de la juventud, dejándose dominar por las pasiones, pero que, el joven es inocente de toda culpa criminosa y denigrante ante la ley y la sociedad. Sólo en el decaimiento de su condición material necesita una ocasión para levantarse, y al día siguiente diez, veinte ocasiones se le ofrecen, y su rehabilitación está terminada: todos se disputan el honor de estrecharle la mano.

Un joven irreflexivo, que aún los hay, aunque avis rara en nuestros tiempos, pues los, resabios de la ley atávica ejercen alguna influencia todavía, dejándose dominar en mal momento por sus impulsos juveniles, se permite hacer en plena calle una declaración amorosa a una joven desconocida, comprometiéndola con tal motivo ante personas extrañas; la joven, justamente ofendida, ocurre en queja al Tribunal de Pública Moralidad, en demanda de una reparación a su honor, que considera ofendido.

El Tribunal, considerando que sólo un hombre honrado puede hacer tal declaración a una joven, y que sólo siendo así puede el joven haberse dejado llevar de sus impulsos juveniles, le intima cumpla con su deber, y al día siguiente ambos jóvenes firman el contrato matrimonial.

La ofensa queda reparada.

Otro día una mujer sabe que un hombre se ha permitido lanzar una velada sombra sobre su conducta. Recurre al Tribunal de Pública Moralidad. El Tribunal admite la denuncia, preséntense a deponer los testigos, se intima al que cometió tal bajeza, -pues siempre lo es en el hombre hacer alarde de reales o imaginarios favores concedidos,- y el calumniador, que en cualquiera de los casos es considerado como tal, es condenado a reclusión por un año. En tu época, la humanidad sabía curar las llagas del cuerpo. Nosotros hemos encontrado el remedio para curar las del alma, que una frase malvada puede producir en un momento de extravío.

Otra ocasión es un joven que, habiendo hecho promesa formal de matrimonio a una joven, abusa de su credulidad, haciéndola suya antes de tiempo, rehusándose después a cumplir la palabra empeñada.

Llega la denuncia al Tribunal. de Pública Moralidad y el joven recibe la intimación de contraer matrimonio en el día y marchar enseguida a los talleres públicos a cumplir la pena de reclusión semestral, a que es condenado.

Al pasar por la calle, un hombre se permite dirigir una mirada provocativa, -caso raro en nuestros tiempos,- a una dama. Esta, ofendida, denuncia el hecho al Tribunal de Pública Moralidad y éste amonesta severamente al culpable.

Nuestras penas son severas, sobre todo en los casos de adulterio. ¡Ay del hombre y de la mujer que faltaran a las cláusulas establecidas en el contrato matrimonial!

La ley no hace distinciones odiosas, es pareja y rigurosa, muy distinta de la que el uso había sancionado en tus tiempos, en que se decía: "El hombre busca aventuras. ¡Afortunado y digno de envidia es aquel que las encuentra en mayor número!"

-Para nosotros el adulterio es considerado como un delito infamante.

En tu edad, era un blasón de gloria para el hombre, mientras se convertía en baldón de infamia para la débil mujer!

¡Así eran ciertas infames leyes, hechas en muchos casos por hombres corrompidos y corruptores de aquellas edades de mentira!

Ellos, los fuertes, los abusadores miserables, condenaban a la mujer, su víctima, en virtud de una ley fabricada por ellos mismos para absolverse!

¡Y a eso le llamabais justicia! La ley decía: "La mujer no debe darse al hombre sin ser casada; después de casada debe conservarse fiel al marido." En cuanto a la fidelidad del marido, la ley nada decía. ¡Para qué!

El convencionalismo decadente agregaba: "Es permitido a la mujer traicionar al marido, a condición de que éste no lo sepa." En cuanto al marido, el mismo convencionalismo le permitía que engañara a la mujer aún sabiéndolo ésta, y le autorizaba a hacer todo lo que quería, con tal de no hacer escándalo en la ciudad en que viviera.

Nosotros castigamos el adulterio con la pública difamación y otras penas mayores, todas ellas rigurosas y con sujeción a las circunstancias que han precedido al adulterio.

Un hombre es vilmente calumniado. Denuncia al Tribunal de Pública Moralidad a sus detractores. El Tribunal los hace comparecer a su presencia, les exige las pruebas de sus dichos: éstos quedan confundidos.

El Tribunal absuelve al inocente, acusa a los calumniadores como tales y los castiga. Al siguiente día toda la prensa publica los antecedentes y la víctima triunfa de la maldad humana, de la que aún existen trazas, pues el dominio de las pasiones en absoluto aún no lo hemos conseguido, pero a ello convergen todas las fuerzas del organismo social y triunfaremos al fin, pues poco nos falta,

Podría extenderme en más consideraciones y ejemplos.

En ese momento llegamos al sitio en que termina la gran avenida, y al que varias más de igual esplendidez y amplitud convergen de distintos puntos.

Un edificio monumental se levanta en su centro, sostenido sobre 400 columnas de pórfido; la base es de 100 metros de ancho por 170 de largo, de forma elíptica, y remata cada columna una gran estatua o grupos colosales. El estilo es pompeyano, el más severo e imponente.

Al frente, sobre la gran portada fundida en plata maciza, se levanta imponente la estatua de Minerva, de 15 metros de altura.

Sobre las cuatrocientas columnas están las estatuas de Hércules, Flora, Venus victoriosa, Fauno, Baco, Arístides, Sileno, Fortuna, Temístocles, Narciso, Victoria, Eurípides, Mercurio, Ceres, Sócrates, Pigmalión, la Abundancia, Antinoo, Platón, Pitágoras, Isis, Confucio, Cristo, Mahoma, Moisés, Pablo, Diana, Demóstenes, Cicerón, y un sin número cuyos nombres no recuerdo en este momento, hasta completar las cuatrocientas.

Las paredes de la galería externa que rodean las columnas, están cubiertas de mosaicos y pinturas: el rapto de Elena, la expedición de los Argonautas, Aquiles reconocido, Teseo libertando a los jóvenes atenienses, el Centauro enseñando al joven Aquiles a tocar la lira, Baco y Ariadna, el Sacrificio de Ifigenia, la Caridad griega representada por una joven amamantando a un anciano, Elena y Paris, Leda y Amor, el foro, Farnesio, Teseo matando al Centauro, las Nereidas; y ¿á qué proseguir? i Si eso es interminable!

Amplia terraza circunda el piso bajo sobre las columnas, y diez metros más adentro surge otro orden de edificio rodeado de igual número de columnas de mármol rosado, de las canteras del Departamento de Maldonado, cuyas columnas están, a su vez, coronadas por estatuas representando los genios de la edad media y otra terraza interior de diez metros de ancho rodea de nuevo el edificio, surgiendo otro orden de columnas de bronce, en número de cuatrocientas, sobre las que hay igual número de estatuas de bronce, y representan todos los grandes genios y benefactores de la humanidad de los tiempos modernos.

Remata la gran cúpula la cruz, símbolo de la fraternidad y del amor universal.

-Este edificio es el Ateneo, díjome Temístocles, cuando a la ligera hubimos dado una pequeña vuelta al rededor. Tentado estaba yo de entrar, pero se nos hacía tarde.

-Las inmensas bibliotecas que hay en él son públicas, y el pueblo afluye en número extraordinario todos los días; de noche es el gran punto de reunión de los cisplatinos.

La biblioteca del Ateneo encierra más de cuarenta millones de volúmenes.

Pero, prosiguió después de un intervalo, vamos a acelerar el paso, porque el tiempo urge.

Cuando quise proseguir, al darme vuelta, a trescientos metros de distancia, y en el mismo parque, con el frente vis a vis al Ateneo, surgía otro edificio imponente, de idéntica construcción, exactamente igual la ornamentación, pero con la diferencia de que las estatuas y pinturas representaban diversas escenas y distintos personajes.

-Es el Teatro Nacional, díjome simplemente Temístocles. Esas estatuas representan las personas más eminentes del teatro antiguo, el griego y el moderno.

-Indudablemente gastarán ustedes un dineral en artistas de primo cartelo; tendrán ópera con cantantes notables.

-Tenemos todo eso, pero por el precio que valen en realidad y no por los absurdos que se pagaban en tu edad por oír berrear a más de un individuo que había nacido para pregonero.

En nuestros teatros no se desgañita nadie: eso sería de un gusto inicuo. La música de nuestras óperas, que suelen ser cortísimas, pues cada ópera representa un acto, es suave, melodiosa, y los cantantes no cantan ya: los hemos sustituido por los mímicos. El arte mímico es el que se cultiva hoy en sumo grado, y un buen artista en ese género puede ganar hasta trescientos Artigas mensuales.

-¡Sería gracioso, respondí, ver cantar a un mímico con, la boca cerrada! -Indudablemente, exclamó Temístocles con su afable sonrisa en los labios al oír mi befa, debía ser curioso en tu época ver desgañitarse a un cantante a grito tendido en el escenario, mientras que el tono de la instrumentación lo dominaba todo con sus estridentes notas; al cantante no se le oía y sólo se veía uno o más personajes haciendo esfuerzos titánicos, accionando desesperados, abriendo la boca como locos, y ¡el público en ayunas!

No hay duda, contesté, que si aquello era efectivamente de muy mal gusto, lo que actualmente sucede, como tú me lo manifiestas, no lo es menos, desde que al son de la orquesta se ve sobre él escenario uno o más individuos que se hacen los que cantan y se quedan callados! Si fuera simplemente así, sería una ridiculez, respondió mi amigo; pero debes saber que, debido al invento del profesor Luigi Pugnalini, la instrumentación ha sufrido una completa modificación; nuestros instrumentos combinados imitan la voz humana la más melodiosa, y sólo falta en la escena el mímico de alta escuela, conocedor del arte y gran músico a la vez, para que acompañe en un todo á la orquesta.

La ilusión es completa, digo, mayor; pues la Patti, la Medori, Tamberlick, Mirate, Gayarre, Masini, Stampanoni, y todos los ruiseñores de ambos sexos, que tantos aplausos recogieron en el teatro del siglo XIX, si aquellos cantaran, vuestros teatros en comparación con nuestras orquestas, acompañadas por los grandes mímicos, serían silbados, pues parecían unos verdaderos *cani*!

Por otra parte, querido Fernando, nosotros premiamos al mérito, pues se necesita tener mérito, talento y estudio para ser buen mímico; y eso está al alcance de todos; mientras que en tu siglo se premiaba y cargaba de oro a cualquier individuo, por más zoquete que fuera, con tal que la naturaleza lo hubiera dotado de lo que ustedes llamaban una buena voz.

Pero el teatro que acabas de ver, prosiguió, pues ya lo habíamos dejado a nuestras espaldas y seguíamos caminando, no es el teatro lírico; teatros líricos, Montevideo cuenta 58, y todos son muy frecuentados, pues en este siglo se ama la música, esa música del gran siglo XXI, dicho

sea de paso, que halaga los sentidos, produce éxtasis deliciosos, encanta, seduce y alegra.

¡Ah! Tú la has oído en el cuarto de música, en casa, la otra noche, así que excuso darte pormenores.

Efectivamente, en aquel momento afluían a mi memoria las encantadoras veladas, las dulces melodías que embargaban mis sentidos en las tranquilas horas de la noche, cuando me retiraba al aposento que se me había designado.

-"Pero, y ese teatro que acabamos de ver, ¿qué clase de teatro es?

-Ese es el Teatro Dramático Nacional. Tiene capacidad para ochenta mil espectadores y está construido tan artísticamente y con tanta perfección, que a ninguna persona se le escapa una sola palabra cuando el actor recita: todo lo ve y lo oye el público. El escenario está en el centro del gran salón.

Pero, apurémonos, que con la conversación puede que perdamos la oportunidad de aprovechar el viaje del *jardín flotante,* que parte a las ocho en punto.

Habíamos llegado insensiblemente a lo que antiguamente se conocía por Playa de Ramírez. Del pequeño puerto que forma la ensenada de lo que se llamó "Punta de Carretas" y fue desierto en mi época, hoy punto central e importantísimo de la ciudad, partía un jardín flotante que conducía a *los Campos Felices,* que es a donde con mi huésped nos dirigíamos.

Apenas habíamos tomado asiento, cuando partió a toda marcha y a plena orquesta, surcando las aguas con extraordinaria rapidez, impulsado por el gran agente motor de este siglo: el aire comprimido.

El jardín flotante mide cien metros de largo por sesenta de ancho, -el más leve movimiento no se siente,- parte a cada hora del punto indicado, pues en el viaje redondo del punto de partida a los *Campos Felices,* emplea media hora.

El número de concurrentes es inmenso.

¡Cuánta elegancia, cuánta alegría y cuántas caras gozosas!

¡Oh siglo feliz! en que no se ven las caras avinagradas de mi época. ¡Bendito seas! Aquello es un verdadero jardín; con plantas espléndidas, arboledas, flores de todas las más selectas variedades y una vegetación exuberante.

-Pero, amigo mío, muchos días el jardín flotante no podrá hacer sus viajes, dije a Temístocles, pues recuerdo que esta costa en mi edad era sumamente brava.

-Hemos encadenado el Océano, respondió sonriendo desdeñosamente el anciano.

-Solamente así habréis conseguido hacerle estar quieto; pues, según la historia, Jerjes lo azotó y no lo domó. ¡Lástima que no se le ocurriera al asiático encadenarlo también! Ya que había hecho lo más, pudo hacer lo menos.

-Querido amigo, lo que tomas por una broma es una realidad.

No pude evitar que me retozara en los labios una sonrisa incrédula.

-Desde la embocadura del puerto, prosiguió Temístocles, en una distancia de un kilómetro de la costa, la "Sociedad Progreso Nacional", que ha fomentado y transformado estas costas y es la propietaria de los jardines flotantes, ha colocado los domina-olas, suspendidos en grandes boyas y dispuestos en triple fila, de manera que entre la costa y los domina-olas reina siempre la más completa calma; así que habiendo la "Sociedad Progreso Nacional" colocado los domina-olas desde la embocadura del puerto hasta la desembocadura del antiguo Arroyo de Carrasco, o sea en una extensión de 15 kilómetros, ha fomentado toda esta ribera convirtiéndola en un verdadero edén y realizando la gran obra que pronto vas a ver.

Mientras platicábamos tranquilamente sentados debajo de una glorieta cubierta de enredaderas cuajadas de flores del jardín flotante, y el buen Temístocles se complacía en suministrarme informes detallados sobre todos y cada uno de los grandes progresos de este siglo, le pedí detalles sobre el gran teatro que acabábamos de ver, a lo que accedió graciosamente, diciéndome:

-El teatro dramático es el único subvencionado por el Estado. En tu época menguada, prosiguió, con los dineros del pueblo se subvencionaba el teatro lírico para que se divirtiera el rico. Nosotros subvencionamos el teatro dramático para que se instruya el pueblo, presentándole producciones que concurran a formar el carácter y a cultivar el corazón del ciudadano. Para vosotros, el teatro subvencionado era una diversión; en nuestro siglo es una escuela: todos van a aprender. Por otra parte, el gran Teatro Dramático Nacional está al alcance de todos, a tal punto que la subvención que le da el Estado viene a ser ilusoria, pues le bastan y sobran sus recursos para sostenerse. Excuso decirte que siempre está lleno. No funciona más que tres veces por semana, exceptuando el día de fiesta, en que hay una función extraordinaria de día para los niños, los que a su vez representan los distintos papeles. Como ya te dije, el teatro tiene capacidad para ochenta mil espectadores. Los precios son tan exiguos, que ellos solos bastarían para atraer la concurrencia si no fueran excelentes los artistas que en él trabajan y notables las producciones. Los sitios mejores cuestan cuatro centavos y los de segunda dos centavos.

Y con todo, con ser tan ínfimo el precio, el teatro se sostiene holgadamente. El pueblo se educa y aprende, pues las producciones que en él se dan son premiadas previamente, en concurso anual que hace el Gobierno; pero en ningún caso puede representarse ningún drama sin tener el visto bueno de la previa censura.

-¡Cómo! exclamé, ¿habéis puesto una barrera al ingenio humano?

-No, amigo mío, hemos opuesto una barrera al desborde de la inmundicia que en tu edad empezó por llamarse realismo. Así como al anar-

quismo se le calificó de socialismo, injuriando y pervirtiendo el más grande ideal de la humanidad.

El jardín flotante surcaba las aguas mansas del domado Océano. Miles de vehículos aéreos cruzaban en todas direcciones. La costa en donde la ciudad maciza termina y el encanto de la campiña empieza, estaba cubierta de espléndidos edificios, todos ellos con desembarcadero a la puerta, bosques, palacios y jardines de un lado; y allí, a un kilómetro de distancia, en la parte opuesta, las olas detenidas en sus embates contra los quiebra - tempestades, colocados en toda la extensión que debíamos recorrer.

Los Campos Felices eran en tu época un inmenso bañado, díjome Temístocles, conocido por bañado de Carrasco. Ocupaban una superficie de tres mil hectáreas aproximadamente y estaban cubiertos por inmenso pajonal.

El año 2001, el ingeniero *Ferruccio Monzan.i practica un estudio* concienzudo de toda la inmensa superficie, del que resulta: l'. Que al pantano inmenso sólo lo separaba del mar un médano; que la superficie del pantano estaba al mismo nivel que el Océano. Hechos los estudios, resultó que el bañado tenía una profundidad que variaba de diez a treinta metros, lo que significaba que en tiempos remotos, aquel espacio fue una ensenada profunda. Extraídas las materias que lo formaban, resultó ser turba de la mejor calidad, formada con los detritus de la vegetación que empezó con la formación de la barra del médano que separó a la ensenada del Océano, ensenada a la que siguieron afluyendo las aguas potables del arroyo Carrasco, , que desaguaba en él, alimentando por esa razón una vegetación verdaderamente tropical, rellenándose poco a poco con *las sustancias que el arrastre* de las aguas conducía, sustancias que, absorbidas por las plantas que en estado permanente vegetaban y cubrían las aguas, iban formando un sedimento del que brotaba la vida continuamente convirtiendo en rica turba la materia orgánica que *se iba* depositando en el fondo.

Proyecta, en tal virtud, Monzani, el Canal Progreso, que partiendo del océano, atraviesa el pantano en una extensión de siete kilómetros de longitud por trescientos metros de ancho, con otros canales transversales para producir la desecación, y, al mismo tiempo se forma una sociedad anónima en 2002, para la explotación de los inmensos *pajonales que,* convertidos e n material de construcción, por medio de la galvano Pieri, suministran maderas para construcciones livianas.

La turba extraída alimenta las fábricas que se colocan en las orillas del que fue bañado, pues en cuanto la canalización queda terminada dando libre curso a las aguas del arroyo de Carrasco por el Canal Progreso para el Océano, el saneamiento se produce como por encanto, al mismo tiempo que la "Sociedad Forestales Unidos" planta diez millones de sauces, álamos y eucaliptus, obteniendo al cabo de diez y siete años de su fundación, época en que fue liquidada a causa de graves desavenencias entre los diversos

grupos de accionistas, un beneficio neto de cincuenta millones de Artigas, con la explotación del monte y solidificación de las tierras.

En ese momento el jardín flotante entraba majestuosamente al Canal Progreso, circundado por sauces colosales de setenta y ochenta metros de altura, cuyas cortinas de ramas caían suavemente hasta besar las cristalinas aguas..

Yo no concibo nada más imponente a la vista y deleite a la imaginación. Allá en lontananza se prolonga el gran canal franjeado por arboledas y edificios, cuajados de jardines de ambas partes. Al final hay un vasto parque de cuatrocientas hectáreas, y en el centro la edificación que abarca una extensión no menor de unos cien mil metros cuadrados, formada de varios cuerpos unidos unos a otros.

El jardín flotante llegó al pie del parque, en donde la explanada besa el agua que lo limita.

Vasta escalinata de mármol de unos trescientos metros de largo, da acceso al parque.

Está poblado por innumerables personas, muchos visitantes y gran número de ancianos de ambos sexos.

Observo que la mayor parte de los ancianos visten igual hábito: unos leen, otros platican tranquilamente sentados debajo de las frondosas arboledas, los más de ellos con la multitud de visitantes.

El gentío es inmenso.

Sentada al borde de un estanque observo una pareja: él es un nonagenario, ella tendría pocos años menos. Platicaban amigablemente, dando de comer a los pájaros que los circundaban y echándoles migajas a los innumerables pececillos.

Temístocles, al ver mi actitud, me dice:

-Es un matrimonio: viven en un verdadero paraíso terrenal.

-Pero, ¿podría saber en dónde nos encontramos y qué significa esto? pregunté.

-Estamos en el centro de los *Campos Felices*, y este sitio se denomina la *Mansión del Plácido Retiro.*

-¿Y qué objeto tiene, a cuál causa débese el ver tanta gente aglomerada aquí?

-Segismundo Trápani, hombre emprendedor y de gran talento, rico propietario en esta inmensa zona de terreno que ocupa *el Plácido Retiro*, al morir poseía no menos de cincuenta millones de Artigas, tenía diez hijos, a cada uno de los cuales, con arreglo a la ley de herencia vigente, que le limitaba la facultad, dejóles el máximum de lo que la ley prescribía, legando en beneficio de los ancianos a quienes al llegar a la senectud les hubiera sido adversa la fortuna, el vasto campo que ocupa este instituto, y toda su fortuna para que fuera invertida en construcción y sostén de este inmenso asilo.

Aquí el anciano encuentra una verdadera mansión áurea, sencilla sí, pero agradable y provista de todo: es el verdadero paraíso para la vejez.

¡Qué felices son estos buenos viejos en este verdadero edén! Nada les falta, pues hasta tienen su teatro, bibliotecas, parques, pequeños talleres en que entretenerse voluntariamente, jardines en donde se cultivan flores y variedades de plantas.

Libres para salir como y cuando quieran, pues el jardín flotante hace diariamente un viaje redondo, conduciéndolos gratuitamente. Visitan y son visitados por sus amigos o parientes, y terminan sus días en plácida quietud, bendiciendo a la humanidad.

-¡Cómo chocan todas estas generosas magnificencias con el rancio egoísmo de mi desgraciada época, en la que los afortunados, al morir, no legaban ni un centavo en beneficio de la caridad pública! salvo alguna que otra excepción, exclamé, lleno de admiración por lo que veía y de tristeza por lo que recordaba.

Acertamos a pasar cerca de un majestuoso ombú; debajo del cual centenares de ancianos estaban reunidos, envueltos en sus amplias y blanquísimas túnicas. Sentado al pie del tronco, como en un trono, destacábase la majestuosa figura de un *viejo como de* noventa y cinco años; edad que tenía, según después me lo manifestó mi acompañante.

Blancos la larga barba y el cabello, rosada la cara, frescas las mejillas, se veía en el reflejo de su plácido semblante una alma tranquila y elevada.

Hablaba, y todos sentados alrededor le escuchaban

Insensiblemente me fui aproximando hasta poder oir bien claro lo que decía.

He aquí cuanto pude oir:

"Del seno de la muerte la vida surge más vigorosa y más bella para recorrer su continua evolución, volver a perecer y renacer eternamente. ¿Por qué nos quejamos nosotros? ¿Qué pierde el hombre cuando el alma deja su envoltura por breves instantes? ¿No seguirá él siempre viviendo acaso, como todo revive? ¡Oh sublime beneficio de la metempsícosis! ¡ Y hubo en el mundo quien osó calumniarte proclamándote fantasía del cerebro humano!"

"Pero, ¿qué sustituían aquellos desgraciados, en su impiedad absurda, a la verdad divina?"

"No pudiendo negarte, te transformaban."

"Quisieron persuadir a los hombres de que el Ser Universal que ellos llamaban Dios, sujetaba al hombre a una sola existencia miserable en esta tierra, la que después de abandonar eternamente, estaban obligados a existir en la eternidad del tiempo como seres inútiles, entorpecidos en un goce perenne, o presos del dolor eterno! Es decir, nacer condenados a heredar nuestra frágil naturaleza la corrupción de nuestros padres, o sus virtudes; crecer sufriendo o gozando; vivir luchando o embriagados

en el placer, en medio de las pasiones; conseguir una sonrisa, de amor, un rayo de gloria: bien escasa recompensa en comparación del cáliz de amargura que nosotros mismos, hijos del error, nos encargábamos de llenar, Condenados a vivir para odiar y maldecir; ser despreciados o envidiados; morir torturados por dolencias infinitas que acechaban al hombre, tal vez al expirar maldiciendo la vida. He ahí la idea noble, el gran objeto por el cual Dios, según ellos, había creado al hombre. Todo lo que rodea al hombre respira felicidad: el bruto, la planta y hasta las mismas piedras. El hombre, según ellos, era un ser místico incomprensible, superior, inferior o extraño a la suprema e inmutable ley que gobierna la existencia; aparece en el escenario de la vida, pasa como un fuego fatuo, vive, vegeta, sufre o goza; hace el bien o el mal y después desaparece para dejar lugar a la generación que en pos de él surge."

"¡Doctrina absurda!"

"¿Quién, entonces, quién es el que inspiró en lo más profundo de mi alma el sentimiento imborrable de mi eterna existencia?"

"¿Quién me inspiró el terror que invade todo mi ser a la sola hipótesis de la cesación de mi ser, si cuando esta frágil vestidura que alberga mi espíritu se descomponga para recomponerse de nuevo y albergar otras existencias, Yo, espíritu inmortal habré cesado para siempre de pertenecer a esta vida? ¡Pero tú vivirás la vida eterna de los espíritus! se me dice. Esta idea me viene comunicada por otro hombre, al que no puedo considerar en nada superior a mí."

"Sin vuestra insinuación, no se me habría ocurrido jamás semejante idea."

"El natural instinto nos conduce a vivir en la vida que nosotros conocemos, y no en una vida que nosotros ignoramos. Todo me inclina a creer que yo he vivido siempre y que continuaré viviendo en esta tierra; pero que yo deba vivir de otra manera, sólo vuestro labio es el que lo dice. En los siglos pasados del error, y bajo el imperio del absurdo oscurantismo, se decía que Dios había puesto al hombre sobre la tierra sujeto al cumplimiento de deberes, con una misión a cumplir. ¡Qué herejía! ¡qué blasfemia!" "¿Entonces Dios, ser puro, espiritual y perfecto, desprendía de sí mismo un ser a su imagen, por naturaleza incorruptible y perfecto, lo vestía de cuerpo, sujetándolo a la frágil materia, al dominio accidental de las pasiones, para obtener por resultado, sí salía victorioso en las luchas de la existencia, volver al seno del Creador a disfrutar del goce eterno, y en caso contrario, desprendido del Creador, quedar de él completamente aislado y condenado a tormentos eternos?"

"Ni eso aún bastaba para completar el absurdo.

"Ese ser estaba investido de una misión!"

"Yo apelo a vuestra conciencia, amigos míos; apelo a las conciencias honestas. ¿Hay acaso alguno que al llegar al borde de la tumba pueda decir:

yo he llenado mi misión sobre la tierra? Yo admito y tengo la más profunda convicción arnigos profunda de lo que asevero, que, los individuos, las clases, los pueblos, las naciones y los siglos tienen todos una misión que cumplir en la tierra; miembros de la inmensa familia planeta llama humanidad, tienen la misión que puebla este y se de encaminarla, hacerla avanzar en la vida del progreso, de la continua evolución que les ha sido trazada por quien debió hacerlo así; ¿pero acaso en una o en diez vidas puede el hombre cumplir la misión que le fue asignada por el Ser Supremo?"

"Muchos hombres que en sus existencias anteriores han pasado la vida en el estudio y el trabajo, nacen en éstas con ideas preconcebidas de ser útiles a sus conciudadanos, a su patria, a la humanidad. Debemos a algunos de ellos el bien que gradualmente se ha ido adquiriendo; pero, ¿pueden acaso esos hombres sustraerse a las miserias que afligen a la juventud?"

"¿Tienen acaso la fuerza de dominar sus pasiones, que les sugieren sus más sublimes empresas, más vehementes cuanto mayor es su ingenio?'"

"¿No tropiezan acaso con acerbas dificultades, obstáculos insuperables y circunstancias bastante adversas que paralizan su voluntad, rindiendo su acción imperfecta e imposible?"

"Si eso es así, cómo los hechos nos lo demuestran, debe ser también cierto que si el Ser Supremo ha dado a los hombres una misión sobre la tierra, El debió darles también más de una existencia para cumplirla. No todo el camino se hace en una jornada. Este sistema tan homogéneo a todas las aspiraciones del hombre, que satisface todas las necesidades, es el solo que puede hacerlo sabio y moral, porque es el solo que le revela, sin ambages ni misterios, la justicia retributiva de Dios."

"¿Qué incentivo mayor a la perfecta resignación del hombre que sufre, que aquel de poder decir: en vidas anteriores yo hice un triste uso de los dones que la Naturaleza me había conferido; falté al cumplimiento de mis deberes, traicionando el mandato divino, falté a mi misión: ahora descuento la pena de mis faltas?'

"Combatido ahora por amargas dificultades; contrariado en mis propósitos por las circunstancias adversas, yo no debo acusar a nadie: es la ley suprema que me castiga."

"Trabajaré, desafiaré la envidia, las persecuciones, el desprecio; pero llevaré mi piedra a la construcción del edificio del progreso humano, allí mismo adonde hube de llevarla en mis precedentes existencias; se tendrá en cuenta mi resignación, mis sufrimientos, y cuando renazca en existencias posteriores, usufructuaré una parte del bien que yo concurrí a formar."

"Con el estudio, el trabajo y la experiencia pagaré mi deuda, para no sufrir y aproximarme al perfeccionamiento humano."

"Pasad más adelante, prosiguió con medida frase y clara voz el anciano; penetrad en aquellas salas doradas, en donde, en el seno de los placeres y del bienestar, se divierte un joven estragando la existencia."

"Con el sistema de los siglos pasados, él no tenía más que una sola base moral: la esperanza del Paraíso o la condena del Infierno."

"Pero estás dos ideas eran tan poco análogas a la voz de la existencia, tan vagas, tan confusas, y en los últimos tiempos tan ridiculizadas, que él no podía fijar sobre ellas ni un solo pensamiento. No se preocupaba de los deberes a cumplir en la vida: ¿quién osaba poner un freno a las pasiones? Sustituid a aquel sistema absurdo la metempsícosis de nuestro siglo, y ella sola bastará, sin dogmas, sin preceptos y sin leyenda, para hacer pensar a aquel joven disoluto.

"Yo soy feliz, dirá; la naturaleza me ha dado fortuna, belleza, fuerza, genio; pero ¿quién me asegura que yo podré volver en idéntico estado en posteriores existencias?"

"La vida presente es un sueño que se oscurece, una ilusión que pronto se desvanece; yo moriré y podré tal vez en el acto, para mi castigo si no he obrado bien, renacer en una condición oscura, pobre, enfermo e ilota."

El viejo iba a proseguir, pero Temístocles indicóme que ya era tiempo de continuar nuestro camino.

-Si he de manifestarte lo que siento, le dije mientras seguíamos andando, o el anciano no ha terminado su tesis, dejándola trunca en el punto capital, o yo no estoy de acuerdo en absoluto con las ideas que ha emitido.

-Ya sé a lo que te refieres, contestó sonriendo apaciblemente mi acompañante; tu habrías querido saber a qué fin estaba destinado el espíritu humano una vez llegado a su perfeccionamiento; pues el anciano solo dijo: "El natural instinto nos conduce a vivir en la vida que nosotros conocemos y no en una vida que nosotros ignoramos"; sacando como consecuencia de que todo lo inducía a creer que había vivido siempre y que continuaría viviendo en esta tierra. Luego, tomando en absoluto esas ideas, resultaría que si bien el hombre se perfecciona cada vez más en el transcurso de las futuras existencias, nunca saldría de este planeta, que él, perfeccionándose, había convertido en edén.

Es que los oyentes deben quedar siempre en suspenso de un día para otro, en distintos puntos de una disertación, para interesar su tesis; apartándose expresamente de la parábola con proyecciones de otra nueva tesis, respondióme el anciano.

Efectivamente, si tú vinieras mañana, encontrarías sentado debajo del mismo ombú al anciano con su círculo de oyentes, disertando sobre el destino del alma humana una vez que ha llegado a su perfeccionamiento.

¿Cómo quieres tú que, alcanzada la perfección, quede sujeta a la inmovilidad? Negación evidente de las leyes que todo lo rigen. En el fondo, sólo el alma humana progresa! exclamó Temístocles, como inspirado por la sublime idea de la metempsícosis, que conduce a su perfeccionamiento a todo ser racional.

Las victorias del progreso suelen parecer lentas si las medimos con nuestras breves existencias, pero ante la eternidad son soplos. El hombre, desde el estado de piedra, ha venido avanzando gradualmente. Del fondo del Asia surge la civilización, avanza al Egipto, se derrama en el Asia Menor e invade después la Grecia, de Grecia a Roma, y Roma la difunde e impone con la espada en todo el mundo antiguo, al que ata a su carro, y cae Roma a su vez a impulso de los bárbaros y surge el feudalismo.

Viene la edad media, el eclipse mundial de la inteligencia humana; pero del fondo de esa oscuridad el ingenio humano brota y el renacimiento se abre paso. El hombre se da cuenta de que, así como tiene deberes que cumplir, tiene derechos que ejercer, y la revolución triunfante brota de los genios de los grandes pensadores para hacerse carne poco después.

Un nuevo mundo había surgido: la civilización avanza y lo domina.

El siglo xix, tu siglo, es el de la luz; pero había demasiadas tinieblas para desalojar, y las grandes evoluciones se cumplen al compás de la ley rítmica, a la que todo va sujeto y todo lo rige.

El hombre, desde la edad de piedra a la fecha, ha realizado tantos progresos, que esta nuestra edad sería un edén soñado por aquellos seres primitivos, y lo ha alcanzado el espíritu humano después de tantas luchas, tantos desvelos y tantos sacrificios.

¿No has visto crecer un árbol? ¿no has observado cómo las pequeñas ramas sólo se desprenden a medida que no le son necesarias para mantener su equilibrio y ayudarle a resistir el impetuoso huracán?.

Así es la humanidad: religión, forma de gobierno, leyes, instituciones, costumbres, todas las cosas que con el andar del tiempo no están en relación con los progresos de la época se desprenden de por sí, como las ramas del árbol, para ser sustituidas en la alta cúpula a que la civilización alcanza, por otras ramas más llenas de vigor, lozanía y frescura.

¡Y aún nos queda mucho camino que recorrer para llegar al perfeccionamiento completo del espíritu!

Y este hermoso planeta, cubierto de monumentos, obras de arte, lleno de museos, atestado de estatuas y pinturas, fruto del ingenio humano; con millones de bibliotecas que encierran el *summum* del saber a que en su perfeccionamiento evolutivo alcanzó el genio, templos colosales, palacios suntuosos, ciudades expendidas; cubierto de obras de progreso y bienestar; convertido en un verdadero paraíso terrenal, después que tantos miles de generaciones han sucumbido para llegar al coronamiento de esta gran obra, así como el frío de la senectud se apodera del organismo, la falta del calor central habrá llegado a enfriar las capas superiores de la tierra, y refugiada la humanidad en la zona tórrida, de la que a su vez irá apoderándose el frío de la muerte, *todo perecerá!*

¿Y crees tú, Fernando, que esta vida nos ha sido dada solamente para cumplir tan raquítica misión?

No, Fernando, ese día el espíritu humano, llenada la misión divina, habrá llegado a su perfeccionamiento, y no en vano el Ser Supremo puso a la vista del hombre esos millones de mansiones superiores que pueblan los cielos, dotándolo de suficiente entendimiento para que conciba la razón del porqué, y a cuyas regiones volará nuestro espíritu para cumplir los altos designios de la Providencia.

-Pero, observé, ése es un sistema de razonar, es una filosofía tuya especial o de tu tiempo, y no quita de que otros piensen de distinta manera.

-Es que me olvidaba decirte que el estudio de las ciencias ocultas en nuestro siglo, nos ha rasgado el velo del *futuro.* Hoy no hay ya ni un solo hombre que no crea en la inmortalidad del alma.

Y agregó sin darme tiempo de contestarle: -tú crees en la existencia del Ser Supremo?

-Sí, respondí; yo siempre he creído, pues mi ser entero me lo revela a gritos.

-¿Crees tú en la existencia del alma?

-Si no creyera no razonaría, pues el atributo principal del alma es el raciocinio.

-Luego, si razonamos, si nos damos cuenta de todo lo que nos rodea, si nos perfeccionamos, pues el perfeccionamiento del hombre no es otra cosa que el del espíritu, ese espíritu, sujeto a mejoría continua, ¿tú crees que Dios, la esencia de la perfección que el hombre no puede alcanzar a comprender siquiera; crees tú que si le ha dado al hombre un espíritu susceptible de perfeccionamiento, ha sido simplemente para que se dé cuenta con la chispa del criterio que le dio de su desgracia inmensa, es decir, que él, ser pensante, sujeto a las leyes del progreso, en el que se ha perfeccionado y ha concurrido a su evolución ascendente, después de darse cuenta de todo cuanto lo rodea, después de haber concebido y comprendido hasta el Ser Supremo, debe perecer como el más mísero de los brutos?

Indudablemente, para llegar a semejante resultado después de tanta lucha por el triunfo del bien y perfeccionamiento humano, más le valiera haber nacido igual a las bestias, y como ellas, no avanzar un paso; pero eso no es posible ni cabe pensarlo, dada la armonía general.

Y, amigo mío, un ser perfecto no puede hacer sino obras perfectas; en esta tierra el hombre es la más sublime manifestación del Ser Supremo.

Acabábamos de llegar a un pequeño parque rodeado de altas encinas. Allí tendidos sobre el musgo y sentados otros, había como veinte hombres y otras tantas mujeres, todos ancianos.

En el centro, uno de los ancianos hacía uso de la palabra. Nos aproximamos a escuchar.

-"¿Qué es la libertad, decíales, sino una palabra vana, de la que tanto han abusado en los siglos del error nuestros antepasados, haciéndola degenerar en licencia, o sea el abuso de la libertad?"

"¿Quién llegó a saber rectamente definir el sentido fugitivo de la aplicación de esta palabra, que por tantos siglos fue el punto de partida, la base, la bandera, el ideal de todos los movimientos humanos?"'

"Verdaderamente libre sobre la tierra no hay más que el bruto."

"Desde que el hombre se asocia a una compañera, o es padre, marido o hermano; desde que se despoja de una parte de sus derechos naturales en las manos del gobierno que se ha dado, ha contraído obligaciones, tácitamente ha aceptado deberes, ha renunciado de hecho a la libertad. Desde aquel momento la verdadera libertad absoluta pasa al dominio de las ideas; es un hecho real desde entonces que el hombre no es libre."

"No hay libertad verdadera, como no puede haber verdadera democracia: ambas en absoluto son sarcasmos; en el estado social, su existencia es relativa."

"Examinemos la naturaleza en sus manifestaciones aisladas, y la encontraremos libre, pero aristocrática: ahí está el animal bruto y el hombre nómade."

"Examinada en el orden colectivo, la libertad de los individuos desaparece, y en el fondo sólo encontraremos monarquía de principio, aristocracia de hecho, democracia de derecho. Esa es la sociedad.

"Llamadla con el nombre que queráis y dadle todas las vueltas que se os antoje; imponedle los cambios que la ley evolutiva os sugiera o imponga para sujetarla a uno solo de esos tres principios, y la sangre humana correrá a torrentes; pero cuando la revolución material haya terminado, cumpliendo su parábola, los tres *principios surgirán de* nuevo para tomar cada uno su puesto.

"Amigos míos, os lo repito: la humanidad es monárquica en principio, aristocrática de hecho y democrática de derecho."

"La historia de la humanidad no es otra cosa que un número indeterminado de páginas escritas para probar estas verdades."

"Nuestro sistema de gobierno es una monarquía electiva: nada más. El nombre poco importa."

"Nuestros antepasados del siglo XIX llamaban república a un sistema de gobierno que a ellos se les antojaba electivo: ni eran republicanos y ni había tales gobiernos electivos. El peor de los despotismos autocráticos solía imperar, a intervalos, y cuando se estaba mejor, era cuando unos pocos convertidos en pandilla, se apoderaban del Estado y disponían a su antojo de los destinos del país. Y, ¡cínicos! a eso le llamaban república. ¡y se titulaban gobierno elegido por el pueblo!"

"¡Farsantes!"

"La aristocracia de nuestro siglo la forman la virtud y el talento; la democracia es el derecho que todos ejercen igualmente sin traba alguna."

Seguía el anciano la disertación, pero se nos hacía tarde y tuve con gran sentimiento que apartarme de allí. Nos dirigimos con Temístocles

hacia los edificios. Espléndidos, serios y muy aseados. No haré una relación, pues sería demasiado trabajo, y me falta espacio. ¡Qué aire de paz y de bienestar se respira en el "Plácido Retiro", en donde encuentran todas las comodidades y el confort para terminar tranquilamente sus días aquellos que necesitan de la caridad al llegar a la senectud!

¡Qué diferencia de los Asilos de Mendigos de mi tiempo, en donde se encerraban como a perros a los desgraciados que no hacían más mal que implorar la caridad, más de una vez a aquellos mismos que los habían saqueado! ¿No la pidió el Nazareno?

"¡Son llagas sociales que no se deben dejará la vista!" exclamaban muchos corrompidos de alma y de espíritu, crápulas, carroñas que hedían a muerto, mientras se pavoneaban por las calles de la capital ricamente empilchados con el fruto del pueblo, para cubrir sus pestilentes figuras!

Serían las cinco cuando subíamos al jardín flotante para regresar a la capital, trayendo mi espíritu inundado por el más suave perfume. i Qué bella y cuán grande es la caridad cuando los que la practican se inspiran en móviles generosos y santos, en el amor al prójimo, como lo predicó y practicó Cristo!

Al caer la tarde llegarnos a la casa de mi huésped, en donde Fonty ya me esperaba, pues al día siguiente partiríamos en compañía de Rosalba y su hermano para hacer una pequeña gira en el país y acompañar a Orestes hasta India Muerta, su destino.

¡Quién hubiera dicho en el período de decadencia y descomposición en que me tocó la desgracia de vivir, que en este país; y dentro de ese mismo pueblo abatido y humillado por los vergonzantes prepotentes que lo dominaban, había levadura suficiente para regenerarlo moral y materialmente y traerlo al elevado pináculo de la prosperidad amplia y completa a que ha llegado y con la que me deslumbra cuando lo miro, como si mis ojos se clavaran en el disco solar!

Yo estaba atónito ante tanta magnificencia.

¡Cómo había cambiado nuestro país! Había algo de sobrenatural, algo verdaderamente incomprensible.

Es cierto que han transcurrido doscientos años desde mi anterior existencia, pero no es menos cierto que no cabía en los cálculos humanos, de fines del siglo XIX, que dos siglos más tarde se encontraría la antigua República Oriental del Uruguay en el más pleno período de desarrollo, grandeza y prosperidad moral y material que humana mente a concebir alcance.

SEXTA JORNADA

Hacía dos días que andábamos recorriendo pueblos y villas con Fonty, quien, se ofreció a servirme de guía en una gira que emprendimos al interior del país, acompañados por Rosalba y su buen hermano Orestes.

Nuestro viaje tan pronto lo hacíamos en el ferrocarril movido por el aire comprimido, -que es el gran factor de este gran siglo, - así como en los vehículos hipogrifos que se deslizaban en el ambiente sin más fuerza impulsora que el aire.

¡¿El aire, he dicho?! ¡qué par de problemas han resuelto! La humanidad utiliza el aire como motor, gratis! y como si esto fuera poco, debido al sabio Ruperto Olivieri, de la Facultad de Masaua, el aire ha resuelto el problema de la alimentación!

Es decir que la humanidad se ha vuelto camaleónica materialmente, así como en mi época lo fue moralmente. En este siglo nadie muere de hambre.

Los Municipios han establecido en los puntos más centrales de las ciudades kioscos en los que funcionan los aparatos de platino del sabio Olivieri, los cuales, por medio del aire comprimido y sin costo alguno, por presión de muchos cientos de atmósferas, condensan las esencias alimenticias que se encuentran en el aire que respiramos, fabricando de cada golpe millares de pequeñas pastillas, las que se reparten gratuitamente al pueblo; y una sola de éstas es suficiente para alimentar a cualquier ser humano lo menos 24 horas.

Muy pronto dejamos los espléndidos trenes, que son verdaderos centros de reunión, con jardines, orquestas, cantos, restaurantes y casas de negocios. Un tren en marcha es una ciudad ambulante. Ayer, en nuestra travesía del Salto a Maldonado, que duraría unas dos horas y media, asistimos a una notable conferencia que en el gran salón del tren dio él astrónomo Ruperto Escalada, quien mantuvo suspenso al auditorio, que no bajaría de dos mil personas, durante todo el trayecto, con el detalle científico que expuso referente a los últimos adelantos realizados con el potente telescopio colocado en el Observatorio astronómico nacional de Pan de Azúcar, y del cual es director.

Ese monumental instrumento mide la friolera de 140 metros de largo por 8 de diámetro, y con él se alcanzan a ver perfectamente los habitantes del planeta Marte, tema sobré el cual versó la notable, científica e instructiva disertación del sabio Escalada.

La antigua ciudad del Salto, que apenas vivía malamente a fines de mi época, actualmente tiene una población de 300 mil habitantes. Las canali-

zaciones practicadas paralelamente al Uruguay para evitar los inconvenientes que ofrecía el río a la navegación, han cambiado notablemente la faz de ese Departamento, siendo la ciudad del Salto el gran puerto de escala del comercio de todo el alto Paraná y Misiones.

Debido a la iniciativa de tres ingenieros hidráulicos nacionales, los tres grandes ríos que cruzan y limitan este Departamento han sido canalizados. Rodolfo Oribe, de la Academia Científica de Maldonado, canaliza en 2061 el Daimán; Federico Alvarez Victorioso, de la Academia de Piriápolis, canaliza el Cuareim el año 2070; y por último, Américo Lerena, de la Academia de la Colonia, fue el que canalizó el Arapey en 2074.

El impulso que estas grandes obras dieron al Departamento del Salto fue verdaderamente asombroso, a tal punto que en veinticinco años se triplicó su población, producción e industria.

Según el último censo, la ciudad del Salto tenía 300 mil habitantes, y las demás ciudades, villas y campañas del Departamento tienen una población de 3.124,711 habitantes!

Las minas de ópalo, de cobre y plomo de este Departamento son importantísimas y dan trabajo a más de 200 mil obreros.

La viticultura ha extendido en él sus dominios.

Actualmente el Salto no tiene menos de ciento cincuenta mil hectáreas de viñedos, todo el Departamento está colonizado, y según los datos estadísticos del año último, ha producido:

En minerales .... 73 millones de Artigas
En Vinos .... 90 millones de Artigas
En Cereales .... 21 millones de Artigas
En Ganadería .... 7 millones de Artigas

Total .... 191 millones de Artigas

El Departamento de Paysandú, como el del Salto y demás, han tomado igual incremento. La capital, es decir, Paysandú, según el último censo encierra 273 mil habitantes, y las demás ciudades, villas y campañas tienen 1.417.366 habitantes.

La canalización del Daymán: con que por el Norte limita en casi toda su extensión este Departamento, lo favoreció notablemente; pero la gran obra maestra fue la canalización del río Queguay, que nace en el último rincón del Departamento y lo atraviesa en su centro hasta desembocar en el Uruguay.

Esta obra grandiosa y de notable importancia fue ejecutada por un verdadero genio, el Niño, que así se llamaba y lo era Ulises Zufriategui, ingeniero hidráulico de la Facultad de la misma ciudad de Paysandú, quien a los diez y ocho años fue laureado con su título de ingeniero; a los diez y

nueve, presentó el famoso trabajo de estudio de la canalización del río Queguay; a los veinte años le fue encomendada la ejecución de las obras, y a los veinticinco entregó terminados los grandes trabajos.

En la embocadura del río, sobre la margen del Queguay, se levantó la ciudad, que en honor del genio decretó el Gobierno el año 2077, ciudad que a la fecha tiene ya 32 mil habitantes, contando solamente veinte años de vida, y lleva el nombre de Ulisópolís.

Allí, en la embocadura del río, sobre monumental pedestal surge la estatua de bronce representando un viejo, que es el Queguay, el cual tiene estrechamente entre sus brazos otra estatua de mármol, que representa al joven ingeniero Ulises Zufriategui.

El malogrado ingeniero, al terminar las obras, tuvo la desgracia de caerse al canal, en el que pereció ahogado. Esa es la razón por que sus contemporáneos le levantaron la estatua simbólica que he mencionado.

La República es un verdadero paraíso.

La agricultura se ha desarrollado de una manera admirable, obteniendo verdaderos resultados milagrosos en las ricas tierras de esta fértil zona.

La ázoe fosfatina, líquido descubierto en el centro de la tierra por el sabio Osvaldo Pasteur, y que se puede extrae en cualquier parte del planeta económicamente por medio de las perforadoras aspirantes de aire comprimido, inventadas por el ingeniero Prosper Renaux, ha centuplicado la producción agraria, haciendo surgir de ese gran laboratorio natural que se llama tierra, tanta abundancia de productos, que la alimentación apenas cuesta una bicoca.

Las minas de oro y plata son notables por su producción y riqueza.

El año último la producción general de este Departamento alcanzó a la respetable suma de 117 millones de Artigas.

En el Departamento del Río Negro producen sus ricas minas de sal gema, pingües sumas.

La canalización del Río Negro fue la primera y más importante de todas las obras de canalización, el punto inicial, la que transformó como por encanto los Departamentos de Río Negro, Soriano, San José y Durazno; pues fueron canalizados sus afluentes a la vez, como ser el Yí y Tacuarembó. Reportando evidentes beneficios a los Departamentos de Cerro-Largo, Tacuarembó y Florida,. 167 leguas de canalización fueron abiertas libremente a la navegación. Miles de pequeños buques chatos, angostos y largos, movidos por el aire comprimido, invadieron las nuevas arterias, y en diez años cambióse completamente la faz del centro de la República.

Esa obra colosal fue ideada y llevada a cabo por el ingeniero nacional Aníbal del Pino, hijo del Departamento de Tacuarembó y laureado en la Academia Científica de San Fructuoso, ciudad que en la actualidad cuenta una población de 180 mil habitantes.

Estas obras empezaron el año 2016 y terminaron el 2025.

Durante nueve años no trabajaron menos de diez mil hombres por día, ascendiendo el capital empleado a la suma de 57 millones de Artigas.

-Pero, me permití observar a Fonty, me parece que has dicho que estas obras monumentales, que costaron al Estado tantos millones, han sido puestas libremente al servicio público sin remuneración alguna.

-Es verdad, respondióme.

-Luego, no veo qué interés persigue el Estado al emplear sendos millones de pesos para beneficiar al pueblo, cuando el pueblo debe procurar rentas al Estado.

-¡Cómo se conoce que eres hijo del siglo en que muchos gobiernos explotaron y robaron a sus gobernados!

Indudablemente, dado el ambiente en que has vivido, no te es fácil comprender nuestro modesto estado social, este estupendo mecanismo en que gira toda nuestra sociabilidad.

En tu época, los gobiernos cargaban de impuestos a los pueblos y se quedaban con los impuestos para repartírselos entre la casta de los holgazanes que vivían de la cosa pública, mantener ejércitos, pues la Europa sola gastaba no menos de catorce millones diariamente en el sostén de sus numerosas tropas, derrochando inicuamente las tres cuartas partes de los recursos de las naciones, es decir, del sudor que arrancaba al pueblo.

Y cuando los recursos no alcanzaban, se creaban deudas, cuyo servicio se le echaba a las espaldas al pueblo trabajador, convertido en burro de carga.

Y gritabais contra el socialismo, si la bestia humana indignada bajo tanto peso se atrevía a quejarse, se atrevía a exclamar que el mundo era de todos y para todos, que el propietario de inmensas zonas territoriales era un ladrón; y que el Estado era un usurpador tirano, dueño de vidas, intereses y propiedades! -contra ese socialismo racional, cuyos fulgores irradiaban el linaje humano, inspirándose en la libertad elevada y pura, porque la cuestión social era para él el reflejo del pensamiento humano; de ese conflicto que existía en la sociedad, la cual debía encaminarse a una forma en que la autoridad fuera reducida a lo mínimo y la libertad a lo máximo, la fraternidad universal, el cristianismo!

-Ese socialismo, al que más tarde le estaba reservado abrir la nueva era civil de la solidaridad en la libertad, anhelando la emancipación ordenada y progresiva del Estado, cuya acción debía fundarse en la teoría del derecho de los que trabajan, de los que producen, del gran factor de la humanidad.

Faltaban, pues, a la verdad y a sabiendas, aquellos que se atrevían a afirmar que el socialismo, tomando por base la igualdad, de hecho era adversario de la libertad; confundían éste con el liberalismo de la burguesía, que daba solamente a los ricos el derecho de desenvolver sus fuerzas económicas como un privilegio de los menos a costa del servilismo incondicional y ciego que exigía de los más.

El pobre no tenía ni el derecho de quejarse; y en muchos países se le negaba hasta el de reunirse para discutir las imposiciones violentas y arbitrarias de los que pretendían que trabajara como una bestia, sin que le fuera dado así mismo conseguir como pago de su labor lo indispensable para matarse el hambre, llenándose el vientre con un puñado de harina de maíz!

Las miserias y delitos de aquella época nefasta, otra cosa no fueron que las consecuencias lógicas del falso ordenamiento de la sociedad.

La miseria de los cuerpos, el símbolo tétrico de la mayor miseria, que tenía su asiento en el fondo de las almas; el vicio de los órganos se convertía en vicio de las inteligencias.

¡Blasfemia! A aquello le llamaban tus coetáneos siglo de libertad. ¡Santo Dios!

En muchos países, y entre ellos el nuestro, tenían leyes que, a los que nada poseían y no encontraban trabajo, los consideraban como *vagos,* ociosos y mendicantes, sin derecho ni a la libertad provisoria. Indudablemente esa justicia penal era fabricada para favorecer a *los poltroni* que tenían algo, por más vagabundos, ociosos, viciosos y crápulas que fueran; siendo más de una vez vergonzantes mendicantes de mandones, arbitrarios y canallas.

La robustez y la salud del cuerpo, la cultura de la inteligencia, la rectitud de la voluntad son el máximo bien del hombre; y que cada cual pueda conseguir ese complemento de dones, es la aspiración fecunda de la civilización de nuestro siglo.

Dado esto como principio inconcuso, y concediendo que el hombre fuera sustraído a las más duras condiciones de la dependencia legal, él no habría llegado a ser libre sin la independencia intelectual, la instrucción, como se da hoy; y esta instrucción no la habría conseguido sin la independencia económica.

No es extraño que tú no comprendas todo eso que paga a tu alrededor; pero a medida que estudies nuestro modo de ser, viendo que no tenemos ejércitos permanentes, que ni de policías habemos menester, que no hay parásitos que vivan como en tu tiempo cargados de galones a expensas del sudor del pobre pueblo, que- no hay esos miles de empleados inútiles mantenidos con estupendos sueldos, que no hay más deuda pública, que la propiedad territorial ha sido limitada y que en nuestra sociedad todos trabajan, te persuadirás de que lo que nosotros hemos conseguido, también lo teníais vosotros al alcance de la mano, y que si no habéis gozado del bienestar y próspera felicidad de que nosotros gozamos, fue porque no lo habéis querido, no habéis sabido alcanzarla.

¿Quieres una prueba?

-Bien: ella sea, respondí, que al fin y al cabo no haré más que irme instruyendo y convenciendo de que cuanto me dices y veo es la realidad.

-Los recursos que por vía de impuestos directos e indirectos percibía la nación en 1896, ascendían a la cifra de diez y seis y medio millo-

nes de pesos aproximadamente, los que podrían formar tres categorías; a saber:

Impuestos aduaneros, Capital y Receptorias	$ 10.128,000
Contribución directa, Capital y campaña	$ 1.829,000
Impuestos internos, gubernativos y municipales	$ 4.543,000
Total	$ 16.500.000

Las obligaciones de la Nación siempre andaban ras con ras con las entradas, por más que de año en año éstas fueran en aumento por el natural desarrollo de la riqueza pública, y como no alcanzaran así mismo, se les añadían nuevos y abrumadores impuestos, con los que se agobiaba al pueblo, produciendo indirectamente la despoblación de un país que tanto había menester del aumento de población; pues hablabais de progreso, de libertad, de aumento de la producción y de la renta.

Vuestros progresos eran falaces. Despoblabais el país, desgobernándolo y encareciendo la vida. La producción del país era natural, espontánea en su mayor parte, y no el producto del hombre, al que agobiabais a fuerza de impuestos para poder mantener con su producto a muchísimos miles de parásitos; el aumento de la renta, otra mentira, pues lo que aumentabais de año en año, de mes a mes, de día a día, eran las gabelas.

A ese paso encarecíais la vida, produciendo la despoblación, alejando del país todos los elementos de progreso, de orden y de libertad!

Con los diez y seis millones y medio de entradas, el Gobierno debía hacer frente a los servicios de las deudas públicas y garantías de ferrocarriles, cuya cifra en general fluctuaba al rededor de $ 6.500.000.

Quedaban, pues, para todos los servicios en general, diez millones de pesos.

Ahora bien: si aquellos caletres estrechos de tus coetáneos hubieran suprimido todos los derechos a los artículos de importación, declarando puerto franco todo el territorio, haciendo previamente tratados de comercio ventajosísimos para la producción nacional

-Pero, ¿y la deuda?

-Es cierto: quedaba la deuda, que fue hecha y echada a las espaldas de la Nación en 30 años de desgobiernos derrochadores.

Yo no puedo hablar por pasión, pues veo demasiado pequeños a los hombres de tu época, con todo el atavismo de sus bárbaras e incomprensibles pasiones partidistas, y es por eso que no hago un cargo al partido dominante; pues no dudo que si el contrario hubiera accionado en, absoluto por tanto tiempo, habría hecho lo mismo, dado el ambiente en que tenía que desenvolver su actividad el partido dominante adueñado del país.

Pero quedaba la deuda, y si se debía, había que pagarla. Ahora bien: declarada la República puerto franco, el incremento que hubiera tomado el país habría sido fenomenal.

Es lógico suponer que por ese solo hecho la fortuna pública se hubiera triplicado, el movimiento comercial decuplicado, y la valorización de los campos habría tomado un notable incremento.

El producto nacional, por ese hecho, hubiera conseguido mejores precios en los mercados europeos; de todo lo cual habría aprovechado directamente el productor, y con él el propietario, por acción n refleja.

Los edificios en la capital habrían aumentado de una manera extraordinaria, y, sin exagerar, se podría afirmar que las rentas que producían se habrían duplicado.

Ahora bien: la República tenía 200 mil kilómetros de superficie, o sean 20 millones de hectáreas, las que dividiremos en cinco categoría, calculando las más lejanas en cinco millones; regulares, cinco millones; buenas, cinco millones; muy buenas, tres millones; excelentes, dos millones.

Aforados:

5 millones de hectáreas de las más lejanas a $20
$ 100.000,000

5 millones de hectáreas clasificadas como regulares a $40
$ 200.000,000

5 millones de hectáreas clasificadas como buenas a $60
$ 300.000,000

3 millones de hectáreas clasificadas como muy buenas a $100
$ 300.000,000

2 millones de hectáreas clasificadas como excelentes a $200
$ 400.000,000

Valor de los edificios en la Capital y Departamentos, tomando por base el aforo de la época $ 124.000,000

Total
$ 1.424.000,000

Renta de Contribución Directa al 8 por mil
$ 11.392,000

Entradas por impuestos internos, gubernativos y municipales
$4.543,000

Recursos totales
$15.935,000

Quedaban, pues, suprimidos los impuestos de importación y exportación, los que favorecían de una manera directa al estanciero y al agricultor en general. El abaratamiento de la vida y el gran movimiento que hubiera traído al país el puerto franco, no cabe duda de que habría atraído inmensa corriente inmigratoria.

La Nación, habría contado con diez y seis millones de pesos -haremos cifras redondas- para hacer rente a todos sus compromisos.

Las obligaciones de la Nación, según hemos visto, se descomponían así:

Deuda pública y garantía de ferrocarriles
$6.500,000
Servicios internos, presupuesto general de gastos
$10.000,000

$16.500,000

De esa cifra debía deducirse un millón y quinientos mil pesos, que se invertían en el Cuerpo Legislativo y personal de Aduana
$ 1.500,000

Presupuesto de gastos
$ 15.000,000

De los diez y seis millones de recursos quedarían afectados $6.500,000 para el servicio de la Deuda pública y garantías de ferrocarriles.

Ocho millones afectados al servicio del presupuesto de gastos generales.

$1.500,000 y los aumentos progresivos que anualmente hubiera habido, se destinarían a la extinción de la Deuda pública por sorteo y a la puja, hasta su completa extinción.

Los representantes de la Nación, elevados al número de 300, gratuitamente.

Reforma de la clase militar con arreglo a los servicios hechos realmente, y para ello destinar los intereses que fueran quedando sobrantes por concepto de la amortización mensual de la deuda.

Excuso entrar en más detalles; pero ese paso habría cambiado la faz de la República al cabo de media docena de años; habríase poblado el país, máxime haciendo obligatoria la nacionalidad a los extranjeros y obligando a ser sostenedores del Gobierno legalmente constituido. Se entiende, legalmente constituidos, y no impuestos por la violencia y por la violencia sostenidos.

Y va sin decir que las elecciones debían ser legales, es decir, que cada ciudadano tuviera derecho de poder votar libremente, sin tener que enrolarse en uno de los dos partidos que querían dividirse el país, y que de antemano se repartían por medio de *acuerdos* -que al final terminarían, *por desacuerdos* - las bancas de la representación nacional; colocando en la condición de ilotas a los ciudadanos que pensaban a su manera, es decir, que no tenían por ni para qué ser blancos ni colorados. Los que no eran blancos ni colorados no tenían derecho de reunir sus votos y elegir a quien les pareciera mejor.

¿Y a eso llamabais vosotros el triunfo de las democracias?

¡Qué blasfemia!

Vosotros no habéis sabido ni siquiera aprovechar esa fuerza conservadora, que la constituía el elemento extranjero diseminado por todo el país, en el cual habría encontrado cualquier Gobierno patriota su más grande apoyo material contra los avances de los turbulentos ambiciosos, resabios obligados de la época tumultuosa que los había precedido.

Los impuestos públicos actualmente son insignificantes, prosiguió Fonty; sólo paga contribución la tierra: ahí está el principio de equidad; no tenemos aduanas y no hay impuesto de importación ni de exportación desde 1950, en que se proclamó el libre cambio universal en el Congreso de París.

No tenemos ni patentes ni otras mil gabelas inventadas por los Gobiernos de tu época en todos los pueblos.

El Congreso Universal que el año 20 10 se celebró en Roma, declarando la fraternidad de la Confederación Universal, abolió las fronteras, y declaró, para que todos los hombres puedan entenderse, idioma universal el Victorioso, idioma técnico y simple a la vez, inventado por Roberto Edison; de manera que si en tu edad un joven debía estudiar cuatro o seis idiomas para hacerse comprender en algunas naciones, quedándole aún muchos idiomas por saber y otros tantos países en donde yendo no se haría entender, nosotros, con el idioma universal, hemos colocado a nuestra generación en condiciones de que no pierda su tiempo inútilmente. Sabiendo el idioma universal y el del país en que ha nacido, le basta. Hoy no se encuentra un solo individuo que ignore el Victorioso. Nosotros, con el idioma universal, hemos colocado a nuestra generación en condiciones de que no pierda su tiempo lastimosamente. Todo joven estudia el idioma de su país natal y simultáneamente aprende el universal.

Como te he dicho, *no tenemos ejércitos* desde que el Congreso de Chicago de 1972 los declaró disueltos, confirmándolo el Universal de Roma de 1 977; ni policías, y tampoco hay parásitos rentados por el Estado y que vivan con el sudor del pueblo. Nuestros impuestos son ínfimos, y con arreglo a sus necesidades, el Gobierno pide al pueblo la suma que en el transcurso del año le devuelve en servicios; cúbrese el presupuesto y el Estado destina anualmente sendos millones en obras públicas, de beneficencia, y en la instrucción del pueblo.

Ahí tienes la razón por qué el Estado construye explicada puertos, puentes, univías, canales, institutos de beneficencia horfanotroflos, hospitales, paseos públicos, y corre con la educación superior e inferior de la juventud, su alimentación y vestuarios.

Todo eso lo provee con el dinero del pueblo: *todo para la comunidad.* Ese es el lema de nuestro siglo.

En tu edad desgraciada se toleraba el vicio, se fomentaba la holgazanería y la relajación.

No digo que esto último se hiciera directamente, pero indirectamente se obtenía ese resultado en muchos casos.

El que adulaba, muchas veces recibía un grado, y otro, y otro, y muchos más!

Así se prostituyó muchas veces la noble carrera de las armas. Se jubilaban con pingües rentas individuos llenos de salud.

La campaña y la ciudad estaban materialmente cuajadas de individuos que, a título de ser oficiales o jefes, recibían pingüe mesada, y muchos de ellos no sabían ni a qué hombro se echaba *el fusil* cuando estaba en marcha el soldado.

Así se atrofiaban miles de brazos, elementos que incorporados a la masa de los trabajadores e industriales, podían ser útiles a la sociedad y a la patria: creando parásitos inútiles y perjudiciales a la sociedad; pues el hombre que vive en la holgazanería es un elemento de retroceso en toda sociedad medianamente organizada. Moría el parásito, y la mujer recibía el sueldo como premio a los sacrificios que había hecho el marido sirviendo a la patria.

Sí, así hablaban los hombres en tu época. Vivir a costa de la Nación era servir a la patria! Cuando un individuo decía hacer 20 años que servía, debía entenderse *en muchos casos* que hacía 20 años que recibía sueldo por no hacer nada.

¡A eso algunos llamaban sus grandes sacrificios!

Moría uno de estos *mártires*, y su viuda recibía sueldo mientras permanecía viuda.

Claro ¡cómo iba a cometer la tontería de casarse si corría el riesgo de perder la pingüe mesada!

Modernas, vestales de una época de decadencia moral, algunas se convertían en Normas por tal de permanecer vestales y no perder el sueldo.

Si a una viuda de uno de esos titulados militares hechos a dedo se le antojaba, podía vivir en concubinato. La ley la autorizaba y la premiaba con el sueldo.

¿Casarse? Eso no. No se lo permitía la ley, so pena de perder el sueldo.

¡Y el Estado tenía religión, y esa religión era la católica, la que obligaba el matrimonio indisoluble!

¡La mayor de las monstruosidades!

Pero no paraba todo aquí. Fallecía la viuda, y quedaban los hijos recibiendo el sueldo hasta llegar a la mayor edad.

Se subvencionaban poltrones, creando en muchos casos parásitos inútiles para la sociedad, empleando o malversando en ellos el sacrosanto sudor del pueblo y las hijas recibían el sueldo del Estado mientras permanecían solteras, aunque algunas en realidad pasaban de maduras; pero si querían disfrutar la pensión, debían permanecer niñas, como se les llamaba entonces a las solteronas seculares, y como tales, el Estado les pasaba la mesada.

Así entendían la moral, la justicia y la, administración de los dineros del pueblo los hombres de tu época.

Los servicios del militar verdadero se equiparaban a los del militar titulado, sin más mérito que el de haber sabido congraciarse con alguno de los imperantes, que repartían grados militares a la marchanta para hacerse prosélitos.

Un hombre trabajador luchaba toda la vida para vivir miserablemente, llevando a cuestas la pesada carga de los impuestos, educando sus hijos con el sudor de su frente y manteniéndolos con el sacrosanto fruto de su trabajo.

Al morir sólo se abrían para la viuda y los huérfanos las puertas de la miseria.

Ése era el porvenir que veía ante su camino, lleno de luchas y trabajos.

Moría, habiendo vivido en la holganza, aquel que en el reparto pescaba un grado, una pensión vitalicia sin hacer nada bueno para ello, y éste veía su camino lleno de rosas, de descanso, de placer, ya asegurado el porvenir para su mujer y sus hijos.

Ante tales cuadros, yo no comprendo cómo en tu desgraciado siglo había hombres trabajadores, cuando la virtud pobre sólo era menospreciada, y más de una vez escarnecida!

Fonty estaba emocionado, se expresaba con soberana indignación, parecía que el espíritu neurótico de mi época le había dominado.

Yo no sentía menos. Como él, veía claro ese pasado, en el que vislumbraba tal cual era la edad en que me tocó vivir en medio de tantos errores.

La canalización del Río Negro, prosiguió tomando el hilo de su interesante relación, y sus afluentes, transformó la faz interna de la República, fue el movimiento impulsor que empujó definitivamente al país en el amplio y seguro sendero del progreso.

Yo no podría, sin cometer una injusticia notoria, dejar de nombrar al verdadero genio progresista y patriota que a principios del siglo xx colocó las piedras miliarias de este gran progreso: el Ministro de Fomento Fernando Fierro.

A él se deben muchos de nuestros adelantos; él preparó en gran parte los materiales para la gran obra, y a su intrépida iniciativa debemos muchos de los beneficios alcanzados; él fue quien echó los cimientos de la gran obra.

La canalización del Santa Lucía y del San José fue ejecutada a fines del siglo último, y las grandes fábricas que se han establecido sobre sus márgenes, deben la vida y el movimiento a esas obras, que llevó a cabo el ingeniero Gregorio Monteverde.

Horacio Zúñiga, sobresaliente ingeniero hidráulico del Politécnico de Piriápolis, ideó y ejecutó en 2054 el gran canal que une la laguna Merín al Océano, cortando, como se diría en tu época, con el golpe del pico y la

pala el nudo gordiano de la navegación en los confines de la República, abriendo una válvula de escape a la inmensa riqueza que encerraban los Departamentos fronterizos.

El mismo Zúñiga fundó, en el punto en que el canal desemboca en el Océano, la ciudad que lleva su nombre, y que en menos de medio siglo que tiene de existencia, encierra una población de 34,620 habitantes; siendo el punto obligado de todo el tránsito de los antiguos Departamentos fronterizos y de la que el fue Provincia de Río Grande y forma hoy parte de los Estados Unidos del Río de la Plata.

Ruperto Sarmiento, en 2060, canaliza el Yaguarón, y Luis de Fonseca Olivera canaliza en 2066 el Tacuarí, ambos riograndenses, ingenieros de la Facultad de Pelotas. -Ovidio Albístur, ingeniero de la Facultad de Sanfructuoso, canaliza en 2070 el Cebollatí y su afluente el Olimar, poniendo sesenta leguas de vía libre en el corazón de los Departamentos de Cerro-Largo, Rocha, Treinta y Tres y Minas.

La faz de estos Departamentos cambia como por encanto, y gracias al atrevido canal de Zúñiga, estas zonas, encerradas en el fondo del país, tienen la vía fluvial con acceso al Océano, ¡y a pocas horas de camino!

Epifanio Spíkerman, ingeniero del Rosario, concibe el atrevido plan de cortar la Cuchilla Grande en el límite que antes dividía la República Oriental de la Provincia de Río Grande, y en su trayecto de veinticinco leguas, uniendo el Río Negro al Río Yaguarón; y en dos años ejecuta su monumental proyecto, en el que el Estado ha invertido cuarenta millones de Artigas. Cien máquinas de aire comprimido trabajan en la perforación, y la glicero-polvorina levanta inmensas moles. Es aquello una verdadera obra de cíclopes, pero en nuestro siglo nada nos arredra.

El gran canal fue inaugurado hace seis meses, y el gobierno decretó doscientos mil Artigas para levantar un monumento al genio atrevido!

- Lástima, exclamé, haber fallecido apenas construida su gran obra! -¿Por qué dices eso? respondió Fonty. Spíkerman vive.

-Por la sencilla razón de que le vais a levantar un monumento, pues en mi época se levantaban monumentos para honrar la memoria de los hombres después de muertos.

-Amigo Fernando, nosotros honramos a los hombres en vida y en muerte; no somos como los hombres de tu siglo, que en vida perseguían al genio, y después de muerto lo endiosaban.

-En efecto, en el desgraciado siglo en que me tocó vivir, y en los que le precedieron, recuerdo muy bien cuánto sufrieron los hombres de ingenio en todos los ramos del saber humano; cómo fueron desconocidos sus méritos en vida y cómo vivieron poco menos que abandonados. Después de concluir la existencia en la miseria, vivir olvidados en el abandono, mientras todo lo de más ruin e innoble triunfaba; morían pobremente, sin que nadie se acordara de ellos.

Rara vez sobre su tumba se vertía una lágrima piadosa; pero después que las pasiones innobles desaparecían de la escena, conjuntamente con los que las amamantaban en su seno, la posteridad, que no heredaba los odios a los que fueron, sino que odiaba a los que eran, la humanidad levantaba monumentos, erigía estatuas, escribía en letras de oro, en las páginas de la historia, los nombres de los beneméritos a quienes sus antepasados habían vilipendiado, escarnecido, humillado y hecho vivir y condenado a morir en la miseria y el olvido.

-¡Indudablemente, para los que fueron, debió ser grande consuelo toda esa pompa, vista desde las rendijas de ultratumba!

En vida, el olvido y el desprecio: después de muerto, la apoteosis, la gloria! ¡Esa era la justicia de los hombres de tu tiempo!

Nosotros, querido amigo, premiamos al hombre cuando por sus hechos se hace acreedor a ello.

El gran plan de la canalización, llevado a cabo durante este siglo, y sobre todo en estos últimos tiempos, ha transformado completamente la faz de nuestro país.

El antiguo Departamento de Tacuarembó es hoy el gran puerto central de la República; y sus inmensas riquezas, que debido a la falta de vialidad fácil y barata, permanecieron siempre estancadas, hoy encuentran amplia válvula, de escape gracias a la canalización del Río Negro, al gran canal Spíkerman y al no menos notable del ingeniero Zúñiga, que une la antigua laguna Merín con el Océano, y del que ya te he hablado.

Esas inmensas minas de oro, que en la segunda mitad del siglo XIX sólo sirvieron para causar la ruina de tanta gente, hoy producen ese rico mineral a toneladas, así como también se explotan las de plata, cobre, platino y antimonio.

El Departamento de Minas ha resucitado debido a la amplia válvula de escape que le ha dado la canalización del Cebollatí. Las minas de mercurio, cobre y plomo que en él se explotan, son consideradas entre las de mayor rendimiento de todas las que se conocen en el mundo moderno.

Cerro Largo, convertido en una verdadera península hoy, cuando en tu desgraciada época ni siquiera tenía el derecho a la navegación de sus aguas, según ciertos tratados inicuos y sin precedentes, firmados por los hombres de la primera mitad del siglo de la Independencia, cayendo en las inicuas celadas del pérfido Imperio; tratados que, a pesar de convertirse en República el Brasil, sostuvieron los brasileros; privándonos de lo que era nuestro durante más de un siglo, hasta la victoria de Ibicuí.

Cerro-Largo, decía, está hoy rodeado de la laguna Merín por el Este, al Oeste el canal del Río Negro,.al Norte la canalización del Yaguarón y el canal de Spíkerman, teniendo al Sud el espléndido canal de Olimar y Cebollatí. Y como si eso fuera poco, la canalización del Tacuarí lo atraviesa hasta el mismo centro, en una extensión de cuarenta leguas.

Ese antiguo, abandonado y desheredado Departamento, es, uno de los más importantes del país, y sus minas de carbón de piedra, que durante un siglo se han explotado, son las que le han dado la notable importancia que hoy ha alcanzado.

El Departamento del Durazno, encuadrado en la bifurcación de los canales del Yí y Río Negro, que lo circundan en una extensión de más de cien leguas lineales, da amplia salida a las riquezas notables de sus grandes minas de petróleo.

Las canteras de mármol de los Departamentos de Minas y Maldonado, así como las notables de pórfido; las minas de cobre, plomo, oro y plata, que se encuentran al Norte de Pan de Azúcar y la cordillera de las Ánimas, y los inmensos cerros de fierro al Este, han dado desde poco después de tu anterior existencia, riquezas tales, que transformaron como por encanto toda esa notable zona.

-¿Me permitirás, amigo Fonty, que te haga una pregunta?

-¡Cómo no, Fernando! si estoy para complacerte, a medida que veas nuestros notables progresos, realizados por un siglo pensador y progresista; pues nosotros concebimos y llamamos Progreso a aquello que redunda en beneficio de la humanidad y no del individuo egoísta, como lo calificabais vosotros.

-Pues bien, amigo mío, has hablado ya en dos ocasiones de Piriápolis, a propósito de los ingenieros F. Álvarez Victorioso y Horacio Zúñiga, y yo recuerdo que en mi época un fomentista puso ese nombre a una localidad situada a orillas del Océano, en donde, según él, se formaría un pueblo balneario.

No quiero suponer que sea ése el Piriápolis a que has querido referirte.

-¿Acaso conservas aún en tu ser el atavismo de tu siglo'?, ¡oh Fernando! ¿y por qué no puedes creer? ¿por qué dudas? ¿Acaso el genio no brota espontáneo en todas las partes del mundo? Aquel hombre a quien aludes, fue el precursor de nuestros grandes fomentistas; fue el que leyó en el porvenir y comprendió la vitalidad inmensa de vuestra época.

Hoy, comparado a nuestros emprendedores, sería un pigmeo; en tu edad *fue un* coloso: planteó la más vasta y benéfica de las operaciones de tierras del Río de la Plata.

¡Creó!, luchó con un pueblo incrédulo, con muchos envidiosos maledicientes y egoístas. No cuento los indiferentes, que siempre fueron los más en tu época, pues con esos nunca se realizó cosa buena.

¡Triunfó! dado el estrecho círculo en que le tocó accionar, la escasez de pueblo, la falta de medios, el desaliento, la ruina y la miseria de la época y el agiotaje imperante. Su obra es considerada como una obra ciclópea; pero no hablemos de él por ahora, pues más adelante tendrás ocasión de ver por tus ojos.

-Espero que me conducirás a Piriápolis.

-¡Hombre! es cosa de 15 minutos, pues estamos a un paso!

El tren se había detenido; acabábamos de llegar a la ciudad de Maldonado.

Inmensos bosques de pinos marítimos rodeaban a la antigua y abandonada Palmira Oriental, perdida a fines de mi siglo entre las inmensas dunas y médanos.

La agricultura había transformado la faz de esta rica localidad. Su puerto espléndido había sido desde 150 años antes, decretado el arsenal de la República, y allí estaba la flota uruguaya, una de las más notables del Río de la Plata.

Después del tratado de fraternidad universal firmado en 2010, las escuadras de guerra, fueron convertidas en flotas mercantiles, y eso detuvo aparentemente la vitalidad de este Departamento; pero los progresos realizados durante el anterior período vinieron a poner de manifiesto que Maldonado no necesitaba de su puerto arsenal para seguir en la esfera de movimiento y vitalidad que había alcanzado.

La calidad del suelo de este Departamento, en que las tierras graníticas, formadas de detritus y arenas arcillosas, con más o menos, según los parajes, cantidad de sosa, por las rocas feldespáticas descompuestas y arenas sueltas, han formado un terreno permeable, seco y ardiente en el verano, siendo inmejorable para los olivos y la vid, el avellano, el roble y otras plantas.

Las costas del mar, esas inmensas landas, están cubiertas por millones de eucaliptus, pinos, casuarinas y cedros, e interminables viñedos.

En las sierras hay castañares inmensos, han sido destruidos los bosques seculares raquíticos de arbolitos criollos, espinosos y de tardía vegetación, y en medio del detritus de miles de años formado allí, fueron plantados bosques de castaños que hoy constituyen una de las principales fuentes de riqueza del país.

Las castañas exportadas en 2097 para el Brasil, que es nuestro gran mercado, ascendieron a la suma de 66 millones de Artigas.

Los bosques de castañas constituyen igualmente una fuente de riqueza para el Departamento de Tacuarembó. Desde los cerros de Batoví hasta Cuñapirú, en sus suelos arenados, formados de tierras incoherentes y sueltas y cálidas, se han plantado inmensos bosques de encinas y castaños. Esos bosques abarcan una extensión de 600 kilómetros.

Lo mismo se ha hecho en Paysandú, desde la ciudad de ese nombre hasta Restauración, pues sus tierras son adecuadas a esos plantíos.

En toda la costa del Uruguay hay grandes olivares, montes de cerezos, manzanos, perales, nogales, encinas, pinos, laureles y robles.

El Departamento de Cerro-Largo nos da el rico Champagne de fama mundial, sobre todo la Granja Merlini, propiedad de la familia Merlini, quien hizo su vasto plantío de dos mil hectáreas de las mejores variedades de las viñas que producen ese excelente néctar, a principios de este siglo.

Actualmente el antiguo Chateau Merlini sólo abarca una extensión del 0 hectáreas, que, con arreglo a la ley de propiedad, es el máximum que puede poseer un propietario por herencia; pero los viñedos que lo circundan en esa zona llevan el mismo nombre, y se benefician en la gran bodega Merlini.

Los plantíos notables de olivares son los que, arrancando desde Montevideo, siguen en toda la costa del océano hasta el Chuy, o sea la ciudad Zúñiga, en una faja de unas cuatro leguas de ancho aproximadamente.

Según la estadística del año, había plantadas en esa inmensa zona trescientas mil hectáreas de olivares, con cincuenta millones de olivos.

El rendimiento del mismo año fue de 127 millones de Artigas.

Los bosques maderables son inmensos por donde quiera que se cruce la campaña.

Yo estaba verdaderamente atónito ante tanta prosperidad. ¡Y decir que todo eso se ha realizado en 200 años! ¡Parece un sueño! exclamé.

-Indudablemente para los hombres de tu época, para esa raza de egoístas (6) y sin iniciativa, todo eso fue, no sólo inconcebible, pero hasta habría sido incomprensible. Nosotros estamos familiarizados con estos adelantos. Vosotros, en cambio, estabais familiarizados con la miseria y el lloriqueo.

Parece increíble, cuando se leen las crónicas de fines del siglo XIX, que hemos recopilado en nuestra biblioteca económica y se vende a cinco centésimos el volumen, para que todos estén al dedillo de la manera como vivían y empleaban su tiempo nuestros antepasados; pues nosotros educamos al pueblo para que conozca bien la casa propia antes que conocer la ajena, obrando contrariamente a vosotros, que de lo que menos os preocupabais era de enseñar a los de casa lo que les interesaba; parece increíble cómo desperdiciabais vuestro tiempo. Con una campaña vasta y despoblada teníais la ciudad llena de atorrantes, que presentaban en las calles más centrales el vergonzoso cuadro de docenas de harapientos, amontonados en las puertas de los ricos hoteles de tu siglo, que serían como nuestros bodegones de hoy, esperando los restos y las inmundicias para matar el hambre!

¡Lindo cuadro de una sociedad americana, en un país en donde la tierra no valía nada!

Educabais a vuestros hijos para empleados, sabían llevar bien el cuello parado, la levita, el frac, el zapato de charol, guantes; y cuántos de ellos no servían para nada? ni una idea, ni una iniciativa: nada. (7)

Una sociedad de parásitos: Mucho abogado, -elemento desorganizador en cualquiera sociedad medianamente organizada, *cuando hay más de lo necesario.*- Mucho médico, lo que significa aumento y prolongación de enfermedades. Mucho escribano sin trabajo, cuando hay de más. Muchos contadores que se contaban los dedos. Empleados comerciales, empleados

de Gobierno, empleados de todo lo que no hacía falta! Hasta empleados públicos a millares, que cobraban el sueldo y no concurrían al empleo!

¡Industriales! nada o casi nada.

Una campaña inmensa por explotar, y una juventud lastimosamente perdida en lo innecesario, sin horizontes ni porvenir, sin esperanzas!

Gran parte de los jóvenes y viejos se dedicaban a la carrera de las armas, en la que en muchos casos solían descollar aquellos que no conocían alguna, por lo regular.

Así fabricaban los pocos patrióticos Gobiernos de tu época millares de feudales rentados *ad vitam,* con sólo alcanzarles una ganga del festín, improvisando por arte de birlibirloque capitanes, tenientes, coroneles, mayores, a individuos que en, la vida habían llevado ni el traje noble del soldado.

Y cuántos había!

¡Perú! ¡Bolivia! ¡Venezuela! ¡Uruguay! ¡Argentina! ¡Paraguay! ¡Brasil! todos se afanaban en repartir los dineros del pueblo entre la interminable serie de rentados que en él vivían a la bartola.

-Excuso añadir que ya que el atavismo y los prejuicios de la época lo exigían; eran indispensables los ejércitos permanentes, y que lo anterior no reza con los que llevaban la insignia militar y la honraban con su proceder y valor.

Mientras en nuestro país se derrochaban inicuamente los dineros públicos, repartiéndolos entre los partidarios de todos los gobiernos; mientras se jubilaba gente sana, llena de lozanía y de vida; mientras se sostenía con sendos millones un Parlamento muchas veces compuesto en su mayoría por individuos que lo que mejor les hubiera cuadrado era una azada o un arado; mientras se subvencionaban diarios de casa y fuera de casa para ensalzar los malos actos de ciertos gobiernos y atacar al pueblo inicuamente, y vejarlo y humillarlo, como sí los gobiernos populares hubieran menester de periódicos aduladores, cuando son los actos de los gobiernos los que el pueblo de criterio juzga, y no lo que dicen los diarios subvencionados; mientras se mandaban a Europa ministros, en vez de encargados de negocios especiales, representando a lo que no era más que una Andorra por su población, y cónsules generales a vivir a costa de los consulados, gastándose en ello sendos miles de pesos inútilmente, y se enviaban pensionados a estudiar música, pintura, esgrima, y tantas otras cosas de poco urgente necesidad, no se preocupaban de lo que más hacía falta, de lo necesario, de lo indispensable, de lo que debía ser la piedra anular de nuestro progreso, porvenir y bienestar.

Creo recordarás que te hablé de las obras realizadas por el Ministro de Fomento, Fierro, quien ocupó ese puesto a principios del siglo XX.

A él se debe mucho de nuestra prosperidad.

Sobre las sólidas bases por él echadas, puede decirse que prosperó asombrosamente nuestra campaña en general.

-¿Podrías hacerme el bien de darme una explicación? pues yo veo tanto y sin embargo no conozco el génesis de todo este gran progreso.

-Voy a explicártelo...

Orestes y Rosalba caminaban conversando alegremente por un camino amplio, debajo de un bosque de inmensos robles que conducía de Maldonado a San Carlos.

Yo y Fonty íbamos unos treinta pasos más atrás. Fonty disertando sobre los grandes progresos, y yo abstracto, todo oídos para no perder una sílaba.

-Á principios del siglo XX quedan cerradas las divisiones partidistas en la República; el pueblo, cansado de llevar la pesada cruz que sobre sus hombros le echaran en mal hora los gobiernos personales y usurpadores de sus derechos, se convence de que para ser fuerte y libre, sólo debe dar un paso.

El partido Constitucional levanta de nuevo su abatida bandera, vibra en las reuniones públicas, que se celebran simultáneamente en los clubes, teatros y plazas, con acento viril, la palabra entusiasta de los patriotas que la Providencia coloca al frente de la cruzada redentora; al grito de unión acude el pueblo, que al fin ha comprendido que para ser libre debe ser unido y que unidos solamente los buenos y abundantes elementos pueden obtener la victoria.

Desde ese día levantan robustos brazos el regenerador pendón de la unión; en vano los usurpadores de las libertades públicas, los degolladores del sufragio popular, se unen con el satánico propósito de contrarrestar el triunfo popular, pues ven perdido su porvenir, que fue siempre el reparto de los puestos públicos y el usufructo de los dineros del pueblo.

Las filas del ejército popular aumentan prodigiosamente; llegado el momento supremo, el día de la elección general, los que habían conquistado el poder valiéndose de todos los medios y lo habían conservado recurriendo a cuarta mistificación y fraude concebir puede inteligencia humana, en vano oponen toda clase de resistencia: el pueblo triunfa en toda la línea, y desde ese día queda sancionado el triunfo del partido Constitucional, o sea "el imperio de la ley!"; pues, prescindiendo de colores políticos, todos los elementos nobles y patriotas sólo buscaban el imperio de la Constitución: eran constitucionales.

Pocos meses después, la Asamblea del Uruguay elige Presidente de la República.

Este ciudadano, elevado por el voto popular al primer puesto, provoca la conciliación de todos los orientales, el completo olvido de todos los extravíos, inaugurando su gobierno bajo este lema: *El imperio de la ley!*

Es bajo su popular Gobierno, que el Ministro de Hacienda Demetrio Ortiz somete a las Cámaras, y son sancionados, por unanimidad, sus famosos proyectos económicos, que imprimen una nueva, resuelta y abierta

marcha a los intereses generales del país. El paso de este estadista en las esferas oficiales está señalado como la primera etapa del renacimiento del crédito general.

-Me parece increíble que tantas cosas hayan podido realizarse en tan breve tiempo y rompiendo contra los intereses de la gran masa social, produciendo indudablemente la ruina de muchos miles de individuos, observé.

-Nada de eso ha sucedido, me respondió Orestes, que había acortado el paso hasta esperarnos conjuntamente con su hermana. En las postrimerías de tu siglo, es decir, en 1899, la República Oriental se podía considerar desde el punto de vista material, el país más rico de la América del Sud.

- Y moralmente? pregunté.

-Moralmente, contestó mi interlocutor, doblemos la hoja por ahora, pues había en el país mucho mayor número de elementos sanos de lo que se suponía, y sólo un transitorio ofuscamiento partidista impedía verlos.

La riqueza nacional era avaluada en seiscientos millones de pesos. La población del país apenas si alcanzaba a 760,000 habitantes, de los cuales una cuarta parte eran niños; del resto, la mitad eran mujeres: quedaban 285 mil hombres, desde el rentista hasta el destripaterrones, del industrial al changador.

El exceso de la exportación sobre la importación en productos y numerario fue de unos diez millones de pesos anuales, y así siguió aumentando, es decir, que el país recibía del extranjero diez millones de pesos al año, correspondientes al aumento del producto del suelo sobre el consumo de los productos extranjeros importados. La República, con sus dilatadas campiñas cubiertas de ganados de todas clases, y las vastas zonas de territorio entregadas a la agricultura, hablase convertido en un verdadero pueblo rico; pero faltaba el *fiat lux* de la iniciativa.

El malestar político era el causante del malestar económico: los hombres que fuera del poder eran considerados como verdaderos factores del engrandecimiento nacional, al ocupar el puesto público quedaba anulada su acción, ahogadas sus aspiraciones, pues era difícil extender la vista a lejanos horizontes, desde que había que marchar dentro del círculo de acero que llamaban partido dominante y que se había enfeudado en la Nación, de la que disponían a su antojo, como de cosa propia; mientras los restos momificados de los antiguos partidos tradicionales permanecían en la inacción, invadidos como cuerpos sociales por esa atonía precursora de la muerte moral, a que se condenan los partidos que abandonan el campo de la lucha y se encierran dentro de las trincheras de la abstención (8).

El partido Constitucional, ideal generoso de todas las mentes sanas y corazones patrióticos, surgido a la vida durante la era desgraciada que se inició en la noche del 15 de Enero de 1875, al rededor de cuyo baluarte levantado contra la usurpación triunfante y en cuyo seno encontraron franca acogida todas las aspiraciones patrióticas, todos los que deseaban el impe-

rio de la ley para la familia oriental; caído después en el error de la conciliación, de cuyo paso no supo aprovechar para salir triunfante con sus ideales: error lamentable por medio del cual el partido Constitucional recibía en sus brazos y llevaba en andas por la metrópoli uruguaya, haciéndolo vitorear por el pueblo a aquel a quien hasta el día antes había execrado y enseñado a ese mismo pueblo a maldecir; así como vencidos después de la derrota de la tricolor se aúnan los elementos que lo forman, sin más aspiración que la felicidad de la patria, y se agigantan al caer; más tarde vencido de nuevo en el Quebracho, surge imponente, del polvo de su derrota material, el ideal triunfante!

El partido Constitucional, al clavar sus pendones en el Capitolio uruguayo, haciendo gobierno en estrecho connubio híbrido con aquel a quien hasta la víspera había combatido, eclipsa momentáneamente su aureola de prestigio: la caída era inevitable, se imponía como hecho precursor del gran triunfo final. En la historia de la humanidad, todos los más grandes triunfos de los pueblos los han engendrado la caída y la derrota! Del polvo de todas las derrotas del derecho contra el fraude, surge providencialmente triunfante el ideal!

El hombre en la adversidad ve claro. Empieza el largo y prolongado período de poder absoluto, decorado con el antifaz de la constitucionalidad y elecciones fraudulentas como transacción mal comprendida, pues con el mal no se debe nunca transigir.

Durante esa larga noche de vergüenza, de humillación y oprobio, largo y prolongado período de decadencia, se formó en el país un nuevo cuerpo social que, en un, momento dado, como río que saliendo de su cauce se desborda, debía llevarse por delante cuanto a su paso se opusiera. Era la nueva generación que entraba a la arena del combate, después de haber presenciado luengos años el fruto que daban los partidos ya exhaustos, y casi disueltos, convertidos en gobiernos, sin más propósito que el del dominio. El país fue convertido poco menos que en una estancia. El grupo dominante una agrupación feudal, y el pueblo una sociedad de ilotas, sin más derechos que el de poder quejarse, y eso no siempre, sino por períodos intermitentes.

Una gran cantidad de ciudadanos gobernados como les daba la gana por unos pocos hombres vivos.

Fatalmente terminó su ciclo la falange imperante, pues todo tiene fin en la existencia, y sobre todo tratándose de lo que no es natural, que por ser tal, sólo puede ser transitorio y breve.

El titulado partido dominante, que sólo solía ser una fracción de partido, para sostenerse en el poder inventaba para cada período electoral una nueva ley en la materia, sin más propósito que el de prolongar su efímera existencia. Así, periódicamente dejaba burladas las aspiraciones populares, a tal punto, que el pueblo, plenamente convencido del inevitable fraude,

no sólo abandonaba por completo las urnas electorales, sino que ni siquiera se inscribía en los registros cívicos.

Los usurpadores contaban de antemano con la impunidad para cometer sus fechorías, las que realizaban tranquilamente y sin más oposición que la protestas de los colorados independientes y la pasiva del partido blanco, el cual se conformaba con proclamar la abstención a último momento, sin acertar, ante las caídas periódicas, a tomar una posición definida.

Cuando en medio de ese decaimiento moral y material se hablaba del porvenir de la Nación, todos los corazones patriotas dejaban de latir, los labios callaban y el mayor de los desalientos se apoderaba de todos los hombres que no intervenían en la política, pero que deseaban la felicidad de la patria.

Los viejos morían desesperados de ver una solución patriótica; los adultos decían que el país estaba perdido, y la, juventud, esa poderosa falange que sin pensarlo iba a ser el gran factor, se dejaba invadir por el decaimiento general. La desconfianza seguía aumentando, el Gobierno vivía poco menos que divorciado del pueblo, el oro abundaba y escaseaba a la vez, y como ese vil metal era el gran factor de tu siglo, pues todo se debía hacer a oro, resulta que no se hacía nada.

-A fines de tu siglo, el que tenía una esterlina creía que tenía todo el país, que nada valía como su libra: así es que el oro todo lo despreciaba; y los valores, para entrar al movimiento eran aforados a precios tan ínfimos, que sólo producían desaliento aterrador en todos los hombres de iniciativa. ¡Imperaba el agiotismo, cuya escuela, fundada por un hombre funesto, tantos prosélitos creó y tantos males causó al país! -

-A fines de tu siglo, la República oriental estaba económicamente bajo la peor de las dictaduras : ¡la dictadura del oro! Hago caso omiso de los Ministros de Hacienda infelices. -

-Pero, amigo mío, le respondí, después de todos los fracasos que dio el papel moneda, no le quedaba al país más dilema que el de ponerse a oro. ¿No lo crees tú así?

-Yo no niego ni afirmo en absoluto. El papel moneda, bien administrado como lo fue después de tu época, vino a probar que sólo a él le era factible hacer marchar a ese pobre Lázaro.

Si vosotros hubierais puesto el papel moneda en buenas manos, el Banco Nacional habría sido la gran palanca del movimiento del país; pero ese Banco fue incubado al calor de una operación organizada sólo y únicamente para enriquecerá sus iniciadores (9).

Se derramó el dinero en dádivas, propaganda y *compra* de propaganda. Fue una verdadera batida al capital nacional pequeño, a ese fruto de tantos ahorros y privaciones.

Los fundadores, que bien pudieron llamarse fundidores, empezaron por repartirse millones del capital invertido en caja por los accionistas, a

títulos de primas y el gobierno prohijó la gran manotada, pues él vislumbró para sí también la gran tajada.

Un Banco que nacía bajo tales auspicios, no podía vivir. Su muerte era inevitable. Si en vez de ser el capital *ilusorio* importado del otro lado del Río de la Plata, hubiera dejado hacerse al capital nacional, sin la intervención de la mano muerta del Gobierno, poniéndose al frente de la nueva institución personas de reconocida competencia, actividad y honradez; si no hubiera primado el estrecho atavismo del círculo político al cual se subordinaron todos los intereses del país y naufragaban así, desgraciadamente, las más risueñas esperanzas, no hay la menor duda de que ni el gran *fracaso se* hubiera hecho sentir, ni el Banco se hubiera hundido, desacreditando la carta fiduciaria, arrastrando al país a la bancarrota y aplazando diez años más el punto inicial del renacimiento nacional.

-¿Entonces, pregunté, más tarde volvióse a la tentativa de la fundación de un Banco a papel?

-Efectivamente, respondió Horacio, interviniendo de nuevo en la conversación.

Durante la década que sucedió al gran fracaso, el país exportó en productos ciento cincuenta millones de pesos más de lo que importó en artículos para el consumo; la colonización fue gradualmente avanzando en todos los Departamentos; a tal punto, que la agricultura, a cuyo cultivo habíanse destinado unas doscientas mil hectáreas, al concluir: el gran crack, diez años más tarde, las hectáreas de campo entregadas a la labranza llegaban a la gran cifra de un millón y quinientas mil.

En el país había plétora de bienestar, pero el medio circulante era una necesidad imperiosa. La fundación de una gran institución bancaria, basada en el elemento económico del pueblo, y secundada y apoyada por todo el capital nacional y extranjero,' se imponía por la fuerza de la exuberante vitalidad del País; y, en efecto, al producirse el gran movimiento, así sucedió. En pos de la gran evolución vino el Banco a papel, como decíais en tu época, y con base a metálico.

-Entonces, contesté, si el papel era inconvertible, le habría, pasado al nuevo Banco lo que les aconteció a los demás Bancos emisores de mí época. Recordé en primera línea el Banco Mauá, que facilitó su papel moneda abriendo crédito a todo el mundo, alentando todas las iniciativas, y con cuyo dinero se improvisó la construcción de la ciudad nueva, desde la calle Ciudadela hasta la calle del Yí, y cuyo papel se lo llevaban a convertir arrancándole el oro, dejándole sin encaje y conduciéndolo a las puertas de la quiebra; pues es natural y lógico que un Banco que facilite dinero y pueda emitir doble en papel moneda de lo que tiene de capital en encaje metálico, ese Banco, si quería ser liberal, como se entendía en mi época, tenía que fundirse forzosamente.

-Y los que más favoreció, prosiguió mi interlocutor, como sucedía en la desgraciada edad en que te tocó vivir, fueron los que más gritaron contra él cuando le hubieron sacado la sangre, que, amasada con oro, tenía en sus cajas. Todos gritaban a una: a la, horca! a la liquidación! a la quiebra! a los tribunales! y el hombre que hasta el día anterior había sido el verdadero protector de los elementos de progreso, fue conducido a la quiebra. Cuántos se quedaron con su oro? y del papel, que, clausurada la institución, se compraba a vil precio, se sirvieron para cancelar las deudas que con el Banco habían contraído hipotecando sus propiedades y construyendo suntuosos edificios, palacios y parques!

¡Esa era la honradez de tu época! exclamó Orestes. Por esa misma senda siguieron todos los Bancos que quisieron ser liberales, y el capital quedó escamado, y la usura más desenfrenada y humillante invadió y dominó el campo *de acción!*

-Efectivamente, repuse, recuerdo que en mi época sólo se daba dinero al 12 y 15 por ciento en la ciudad, avaluando por 10 lo que valía 100 y más aún; descontando intereses y agregando todavía la cláusula infame de la retroventa! ¡Invento de la usura para despojar a mansalva! El desgraciado deudor debía pasar por toda clase de humillaciones.

El capital fue el tirano de ese período. Al desgraciado que había hipotecado lo que le costó mil, por sesenta o setenta, y al vencimiento no podía cancelar, se le ejecutaba despiadadamente llevándole ante la *cara justicia de mi época!* en donde, entre costas y costos, se repartían los curiales la propiedad, como los fariseos se repartieron la túnica de Cristo!

-Vejado, explotado, escarnecido el deudor; despojado inicuamente de todo, aún llevaba a cuestas el sambenito de pillo! ¡Esa era la justicia infame de los hombres de tu época! agregó Horacio, y prosiguió diciendo:

Si el capital obraba como colocación en la campaña, el interés era mayor aún: no bajaba del 15 al 18 %; y como gracias a los desgobiernos de esa edad desgraciada, el agricultor estaba condenado a la ruina, era imposible hacer agricultura pagando semejantes usuras.

-Luego, si el sistema de Bancos a papel era imposible, si la justicia era tan cara, si la agricultura era impracticable, ¿qué habríais hecho vosotros para cambiarlo todo, para mejorar el país? exclamé.

-Nosotros, dijo Horacio, habríamos obrado diversamente de lo que obraron los hombres de principios del siglo XX, pues no tenemos nada que ver con su período evolutivo, ni con sus grandes errores, en los que también incurrieron y no podía suceder de otro modo, desde que las grandes evoluciones nunca se producen de golpe, sino lentamente; pero no es menos cierto que imprimieron la marcha al país, y éste, libre de ataduras, se encaminó por el sendero que al fin había de conducirlo a sus destinos.

Tanto había de ir el cántaro al agua, que al fin habría de romperse! exclamó. Así fué, en efecto.

-Por última vez los usurpadores del sufragio popular intentaron sus maniobras maquiavélicas, pero estaba escrito que la *chaqueta había de triunfar* sobre la levita, cumpliéndose la ley evolutiva; pues así como la *levita* había triunfado del *Kepis*, y éste a su vez del *chiripá*, al fin el poder debía volver a las manos del pueblo, de donde sólo pudo sacarlo la obcecación de los partidos políticos denominados blanco y colorado, que durante largos años mantuvieron en armas y en fiera lucha a la familia oriental.

Cansado, pues, el pueblo de ser bestia de carga, se opone al triunfo del fraude; las circunstancias forman los hombres dirigentes, y surgen caracteres abnegados y patriotas.

-La unión nacional se levanta imponente a todo el país, y en diez días, una liga patriótica de más de cien mil ciudadanos se impone a los avances de los usurpadores.

-El libre sufragio impera al fin. La ciudadanía obligatoria es solicitada en masa por la población extranjera, que realiza con ese atrevido paso la consolidación de la paz de la República. El sol de la patria brilla en todo su esplendor en nuestro hermoso cielo, y una nueva era de prosperidad surge como por encanto.

Ese período establece en la historia del engrandecimiento nacional el primer jalón de la gran vía que desde entonces recorrió el país, si bien más tarde hubo sus caídas e intermitencias; pero el gran impulso había sido dado y no había poder humano que pudiera detenerlo.

Ninguna de las grandes conquistas que lentamente ha realizado la humanidad desde los más remotos tiempos, se ha perdido: podrán las reacciones violentas de la ignorancia arrasarlo todo, pero sus triunfos serán siempre transitorios; serenado el horizonte, brilla aún más en el cielo, después de la oscura noche del error, el astro de la verdad que conduce a la humanidad a la senda del Progreso.

Un gran Banco Nacional fue la primera etapa, pues el crédito debía hacer, como hizo, en efecto, extraordinarios prodigios.

El Banco Nacional fundóse a principios del siglo XX, con el capital del país; todas las clases sociales fueron accionistas y todos obtuvieron grandes resultados.

Fundado sobre tales bases teniendo el apoyo de la nación, no podía menos que realizar notables mejoras, propendiendo vigorosamente al desarrollo de la producción nacional y engrandecimiento de la patria.

-¿Y con qué capital fundasteis el Banco? pregunté.

-Con veinte millones de pesos oro lo fundaron, respondió un interlocutor.

-¿Y todo el capital fue del pueblo?

-Es verdad. Durante el período de retraimiento el pueblo, fue acumulando ahorros, como los había acumulado antes de la conciliación

del 87, ahorros que entonces se los evaporaron las sociedades anónimas, sin pie ni cabeza muchas de ellas, sin sentido práctico ni común las más.

En el período de renacimiento nacional que se inicia, puede decirse, al nacer el siglo XX, con la victoria de la democracia triunfante en todo el país, sin odios ni rencores para los vencidos, que, convencidos de su error, concluyen por fraternizar con los vencedores, concurriendo todos y aunando sus esfuerzos para realizar el engrandecimiento nacional, la idea de la fundación de un gran Banco está en la mente y en el corazón de todos: el país necesitaba, después del empuje moral, el material, y con las fuerzas numerosas diseminadas en los pequeños capitalistas de todas las esferas sociales, se fundó, bajo la égida del decreto liberal dado por el Gobierno, para concurrir a su vez a tan patriótico fin.

El *Banco Nacional Oriental* fue fundado con 20 millones de pesos oro, quedando facultado para emitir 40 millones de pesos papel.

El Gobierno facultó al Banco para que invirtiera su capital en la adquisición de barras de plata y acuñar 40 millones de pesos, que tendrían fuerza legal y circulatoria en todo el país, -los que quedarían de reserva permanente para convertir los 40 millones de papel moneda.

El oro no hacía falta, pues sobraba, desde que la exportación anual excedía en muchos millones a la importación.

El Banco se obligaba a facilitar el capital de que disponía a razón del 6% anual y a largos plazos.

Fundó sucursales en todas las villas y pueblos de la República, y a su impulso generador surgió la colonización espontánea en todo el país. Las notas bancarias, desde entonces fueron la única moneda circulante en todo el territorio nacional.

Todo aquel que quería convertirlas se presentaba al Banco o a las sucursales, y obtenía plata efectiva.

Las oficinas públicas sólo recibían notas bancarias y plata; el oro no tenía ya curso en el país y la plata no sufría descuento alguno.

-En los primeros tiempos alguno que otro fue a cambiar sus notas; pero al año, cuando el pueblo tenía plata, iba a las oficinas del Banco en busca de papel.

Tal era la gran confianza que llegó a inspirar ese coloso, cuyas raíces estaban infiltradas en la masa de la población.

La liquidación del Banco Hipotecario, momificado bajo el peso de una masa de valores que no supo liquidar a tiempo, pasó a formar una sección del gran Banco Nacional, librándose el Gobierno del peso del servicio de los cuatro millones de deuda que creó para su sostenimiento, cuando le aplicó el arponazo al declararlo independiente.

El mismo gran Banco Nacional quedó facultado para emitir notas hipotecarias con el interés del 5% anual, desde uno a diez pesos.

Esa fue la verdadera caja de ahorros popular: había que hacer de este país un país económico, y sólo así sería ahorrativo, virtuoso y fuerte.

Los gobiernos anteriores sólo sabían fomentar el juego de la lotería, que era la ruina de todos.

El Banco facilitaba las notas hipotecarias al 5 % de interés anual, y se colocaban a 10, 20 y 30 años de plazo, Del 5 % el Banco retenía el 1/2 % para su comisión, y el 4 1/2 % restante era destinado como premios de 10, 20, 50, 100 y 1,000 pesos, trimestralmente, sorteándose entre los tenedores de esos valores.

Al pueblo, que, acostumbrado a jugar, no se le podía sacar el vicio de la noche a la mañana, se le dejaba seguir jugando sin arriesgar su capital. La sección hipotecaria, a los cinco años de fundada, había emitido por más de cien millones de cédulas fraccionarias perfectamente bien garantidas, siendo el gran papel de circulación, que adquirían, no sólo todos los habitantes del, país, sino los argentinos, paraguayos y brasileros.

A los diez años de fundada esta sección, hacía trimestralmente sorteos por más de cien mil pesos!

El Banco Nacional no tenía más obligación que destinar el 20 % de sus utilidades a la adquisición de metálico para aumentar su encaje, aumentando a la vez en igual proporción su emisión fiduciaria.

El 80 % de las utilidades se repartía entre los accionistas como dividendo: entre el pueblo.

A los veinte años el capital del Banco se había doblado. Tenía 80 millones de papel en circulación e igual encaje de plata acuñada.

El impulso que recibió el país con tan benéfica institución fue, como ya lo he dicho, la piedra angular del renacimiento de nuestra nacionalidad.

El Ministro Fierro proyecta el gran puerto del Sud, ensanche y embellecimiento de la ciudad, obras que realiza enseguida la sociedad Fomento Criollo, cuyos detalles ya conoces.

La campaña resucita bajo la iniciativa de aquel genio creador, la colonización surge a su impulso en todos los ámbitos del país. A imitación de los antiguos colonizadores, y teniendo bien presente la importancia económica de los 1080 kilómetros de vía fluvial que tiene el país sobre el Océano, el Plata y el Uruguay, presenta su gran proyecto de colonización fluvial. De la expansión de esas colonias se propaga el fomento en todo el país.

En dos años, 170 colonias nuevas pueblan las riberas de 108 ríos indicados y las del Océano.

En tu edad se empleaban sendos miles de pesos en sostener institutos y escuelas en donde se formaban inútiles: un barniz superficial y en el fondo nada práctico. Una generación de pedantes!

Y no hablemos de la educación de la mujer, educación ideal, falsa, sin fundamento, que a lo único que conducía era a producir un desequilibrio en la sociedad. Ninguna hija de pobre, con un poco de barniz de sabiduría

hueca, en esa época consentía en casarse con un pobre trabajador, fuera oficial zapatero, carpintero, mecánico, herrero, albañil o peón, etc.

¡No faltaba más! exclamarían los padres a su vez míseros trabajadores; no faltaría más que después de haberla educado y saber tantas cosas útiles, como, por ejemplo, cuántos huesos tiene el cuerpo humano, física, química, botánica, etc., la casemos con un pobre trabajador como nosotros, condenado a vivir de su trabajo y obligándola a ella, toda una señorita, a trabajar para ayudarle a compartir la pesada carga de la lucha por vivir!

Había que reservar a la niña para un señorito, aunque fuera un holgazán desnivelado, socialmente hablando, y que por haber leído algo, ya se creía él también un sabio. Y la niña no se casaba y el desnivel social se producía, y la base de la disolución de la familia tomaba cuerpo cada día más.

Los usos, las costumbres, la ambición y las necesidades lo imponían. Mientras tanto, la muchacha no sabía ni poner la olla al fuego, ni menos hacer un pucherete; no sabía coser ni menos remendar; no tenía noticias y ni sabía cómo se manejaba una casa; no sabía ni preparar una lejía, ni tenía embutida, en su supina ciencia, la suficiente resignación para unirse a un buen hombre trabajador y ser para él una útil y excelente compañera. ¡Y criticabais el sistema clerical que enseñaba a rezar! Seamos francos, amigo mío; entre enseñar a rezar y llenar a la joven inteligencia con un cúmulo de pedanterías, prefiero yo de los dos males el menor.

Rodolfo Fierro instituye las escuelas agronómicas en todo el país. En Montevideo establece cuatro, y una en cada cabeza de los diez y ocho Departamentos de campaña.

Desde ese día quedan echados los cimientos de la reconstrucción nacional.

En efecto: un país con doscientos mil kilómetros superficiales de territorio y cuya población no alcanzaba ni a tres cuartos de un millón de habitantes, cuyas rentas eran extraordinarias, con una producción nacional exuberante, desierta la campaña, tierras fértiles completamente abandonadas, en las que podían vivir holgadamente muchos millones de habitantes en medio del más completo y feliz bienestar, presentaba amplio escenario para aquella creadora mente.

En menos de seis meses quedan instituidos y funcionando los veintidós institutos agronómicos, en donde el hijo del pobre va a aprender una profesión para ser útil al desenvolvimiento de la riqueza nacional, una educación práctica.

¡La Universidad de la República queda clausurada durante un lustro!

A los dos años funcionaban ya cuarenta y cinco escuelas agronómicas, y una década después no había pueblo en la República que no tuviera su instituto agronómico.

La generación que vino en pos de ese período gubernativo, empezó a recoger el abundante fruto que produjeron en el país tan nobles instituciones.

Y sin embargo, en la edad en que tú viviste, teniendo una entrada anual de más de diez y seis millones de pesos, de los cuales una gran parte eran absorbidos por los pensionistas herederos de los que no habían hecho nada en muchos casos o habían vivido a costa de la Nación, jubilados, viudas militares y menores ídem, y para variar el repertorio, la chorrera de militares, jefes y oficiales titulados *de reemplazo,* que lo único que reemplazaban eran los pesos del presupuesto, ascensos militares, fruto en la mayor parte de las dádivas de los nababs gobernantes de esa época, los cuales cuando no tenían dinero a mano para repartir entre sus allegados, derrochaban el porvenir regalando ascensos, por cuyo concepto se gastaba anualmente la bonita suma de un millón doscientos mil pesos!

Aquello que vosotros llamabais impunemente Cuerpo Legislativo funcionando en estado permanente, con flagrante violación de lo que estatuía la carta fundamental, sistema ideado por Santos para mantener contentos a sus amigos, y repudiado por los que lo combatían, y que a su vez muchos de ellos trepados al poder por el mismo sistema por él inventado, encontraban muy cómodo y conveniente; Cuerpo Legislativo en donde se perdía el tiempo en fútiles discusiones, convirtiendo más de una vez el sagrado recinto en punto de amena discusión, en donde el pueblo de la decadencia del siglo XIX iba a pasar sus ratos de ocio, cuando alguna vez vibraba la palabra austera de algún contado ciudadano altivo! Y sin embargo, en tu edad, en medio de todo ese derroche no se podía sostener la escuela agronómica de Toledo, que varios lustros permaneció desierta, antes que la mano derrochadora del Estado invirtiera una pequeña parte de los dineros del pueblo en el sostén de tan patriótica y noble como regeneradora institución!

¡Y decían que se preocupaban del porvenir del país! de la instrucción y de su adelanto! ¡Y creaban dificultades a la agricultura con impuestos sobre los más indispensables instrumentos rurales!

El funcionamiento de las escuelas agronómicas acelera el progreso del país a principios del siglo XX, como debió haberlo hecho medio siglo antes, evitando el decaimiento material en que se encontraba nuestro país en el último tercio del siglo XIX.

El estanciero, que así se llamaba al propietario de inmensas zonas de terreno, en donde vivía patriarcalmente en medio de sus inmensos rebaños, sólo deseaba que sus hijos fueran doctores!

¡Y qué satisfacción tener un hijo doctor! ¡Aunque fuera un burro! si bien siempre en tales casos resultaba un elemento nocivo a la masa social. ¡Ay de los doctores sin clientela metidos en política! Más de una vez fueron los peores enemigos de las democracias y el hijo o los hijos del estanciero iban a la capital a estudiar para doctores, para médicos o para cualquier otra cosa, casi siempre menos para lo que debían servir y podrían ser útiles un día.

Claro está que los hijos de los hombres ricos, destinados a heredar fatalmente cuantiosas fortunas, según las estúpidas leyes de aquellas épocas, en la mayor parte de los casos sólo se ocupaban de vivir cómodamente en la capital en medio de los placeres, derrochando los dineros que el padre les enviaba.

Pocos hacían carrera; muchos llegaban a obtener un diploma allá a las cansadas, tanto como para que dejaran de frecuentar la Universidad; y más de una vez la condescendencia laureó en leyes a algún zopenco y dió título para matar sanos a más de un Laguna (10). Excuso añadir que los más no llegaban ni malamente al bachillerato: venían baúles *y quedaban* petacas, y digo quedaban, pues la mayor parte de los hijos de estancieros ricos poco se preocupaban de volver a la estancia a fijar allí su residencia. Por otra parte, aquél no era su ambiente. Habían respirado el ambiente viciado de la capital; y los placeres en la juventud halagan. En la vejez prematura termina el hombre, víctima del abusó que de ellos ha hecho o sigue haciendo.

Al morir el estanciero, el hijo o los hijos se dividían el patrimonio, nombraban a cualquier paisano de mayordomo, y ellos seguían en la ciudad haciendo la gran vidorria.

Así concurrían los hombres dirigentes al desenvolvimiento de la riqueza nacional, al progreso y al fomento del país!

Si hubiera habido en cada Departamento un instituto agronómico, sostenido simplemente con la suma que se pagaba por tener, por lo regular, en la Cámara y Senado unos representantes que, como a un incapaz, se le nombraban de oficio al pueblo por los gobiernos *constitucionales* de esa época, dejando gratuita y honoraria la representación nacional, con esa pequeña suma habría alcanzado para sostener un buen instituto en cada cabeza de Departamento, en donde el hijo del estanciero habría ido a recibir una educación sólida y práctica a la vez; y al fallecimiento del padre, el hijo, cumpliendo la verdadera misión dentro de las leyes evolutivas del progreso social, habría transformado el predio heredado, mejorándolo con arreglo y sujeción a los más avanzados adelantos.

El pobre, a su vez, recibiendo una educación práctica y de aplicación sencilla, en donde todo estaba por hacerse, habría encontrado fácil acomodo en la dirección de la gran colonización que en pos de ese movimiento debía surgir, imponerse.

Eso fue lo que previó, adelantándose a su época, el Ministro Fierro, y a él le debe el país, como ya te lo he dicho, el punto de arranque de su bienestar.

Desgraciadamente hubo de echar mano de un nuevo impuesto, y digo desgraciadamente, por cuanto ya el pueblo estaba bastante agobiado bajo el peso de las cargas que los malos gobiernos anteriores le habían echado encuna.

Ha habido en la vida períodos en que el adelanto había que imponérselo a los pueblos, y aquél fue uno de ellos.

Las mejoras que posteriormente surgieron para el país, compensaron a todos del pequeño sacrificio.

Por otra parte, el estanciero era quien iba a ser directamente más beneficiado, y justo era que él concurriera con una pequeña parte, ya que de todos los habitantes del país era él quien vivía más libre de cargas, pues al que poseía una legua de campo que valía 20 mil pesos, se le aforaba por 10 mil y pagaba 65 $ al año, inclusos las poblaciones y ganados que en la propiedad pacían y que estaban libres de todo impuesto. Pagaba sobre 10, teniendo por valor de cincuenta.

El empleado que ganaba 30 $ al mes, sin tener capital alguno, y con los cuales vivía, abonaba, por concepto de impuestos directos e indirectos, no menos de $ 120 al año, es decir, más que el capitalista que poseía cien mil pesos.

¡Y no tenía sobre qué caerse muerto!

Creados los veintidós institutos agronómicos con arreglo a los más adelantados establecimientos de igual clase existentes en Europa; fundado el gran Banco de emisión garantida con sucursales en todo el país; haciendo préstamos a largos plazos y bajo interés; fundadas las colonias nacionales en toda la vía fluvial, y en las que el agricultor, en combinación con el Banco, dentro de breves años se hacía dueño absoluto del inmueble, en el cual, con arreglo a la ley de colonización y fomento, debía plantar no menos de veinte olivos en proporción a cada hectárea que poseía, el Ministro Fierro presenta el proyecto de vialidad en toda la República, cuyas obras deberán construir los condenados a trabajos públicos; y al efecto se organizan las cárceles volantes, que van armando y desarmando, a medida que avanzan, en todo el país, los grupos de trabajadores forzados, vigilados por la tropa de línea.

¡Qué época la tuya, santo Dios! en que los bandidos y malhechores eran mantenidos a cuerpo de rey y sin hacer nada, a costa del pueblo honrado y trabajador, con derecho a recurrir a la prensa a quejarse cuando la comida que en la Penitenciaría se les suministraba no era de su agrado!

Los trenes rurales datan de esa fecha; el Departamento de la Capital es invadido por ellos.

Es obra del Ministro Fierro, quien presentó a las Cámaras un proyecto de ley asignando una garantía de 5 % sobre los trenes de trocha angosta que se lleven a cabo con sujeción a la red de ferrocarriles económicos, cuyo proyecto fue unánimemente aprobado por la Asamblea.

El capital inglés, que ha sido el impulsor de las grandes empresas en el Río de la Plata, aunque también fomentó y alimentó la rapiña de los sátrapas que saquearon el porvenir del país, a los que facilitó, por vía de empréstito, centenares de millones, sabiendo el mal uso que de ellos se iba a hacer; el capital inglés, que supo pulsar las operaciones e infundir alientos a las obras de verdadero progreso, acude al llamado, y la casa bancaria de Rosber Hnos. y Cía. se hace cargo de la operación.

En los ferrocarriles económicos del Departamento de la Capital se invierten veinte millones de pesos, y el Gobierno no tuvo que pagar ni un solo centavo por concepto de garantía, pues el primer año dió un dividendo de 5 %, el segundo el 7 %, y el tercero el 8 %, reservándose para dividendo el 7 %, pues a medida. que el movimiento crece y la renta aumenta, la Compañía tiene el deber de rebajar las tarifas; así, abaratándolas, el tránsito aumenta y la producción va creciendo, el producto merma en el precio y el pueblo es el beneficiado.

El máximum de lo que puede percibir la Empresa es el 7 % de interés; el mínimum el 5 % y está garantido por el Estado.

Después de los resultados que se vieron y palparon, Paysandú, Canelones, Salto, y gradualmente todos los Departamentos, tuvieron los trenes rurales económicos. Una ley de gran importancia y suma trascendencia había sido dictada a pedido del Ministro de Fomento que la formuló.

Todo propietario de terreno inculto de pastoreo estaba obligado a abonar un adicional de 2 ‰ de Contribución Directa.

Quedaban exceptuados del pago de ese impuesto los que probaran tener bajo cultivo el, 12 % del terreno que poseían.

El propietario, al entregar el impuesto adicional de 12 ‰, recibía en la Oficina de Impuestos Directos, en que efectuaba el pago, vales por igual valor del importe adicional que abonaba. Esos vales se recibían en pago de árboles frutales y forestales, y parras, formados en las granjas de las escuelas agronómicas departamentales, con arreglo a los catálogos.

Todo propietario tenía el deber de plantar en su terreno un árbol anualmente por cada hectárea que poseyera, hasta que probara que sus plantíos estaban en proporción de 50 árboles por cada hectárea que poseía.

Las direcciones de las granjas de los institutos quedaban facultadas para hacer plantar los árboles que consideraran más convenientes a las tierras en que debían ser colocados, practicando previa y gratuitamente los análisis de ellas.

Los propietarios recibían, pues, gratuitamente de las granjas departamentales la cantidad de árboles que se les obligaba a plantar.

Todo el que infringía esta disposición y no justificase haber plantado anualmente la cantidad de árboles prescrita, abonaba una multa de diez centésimos por cada árbol que dejaba de plantar.

Todo el producto de las multas, como el del impuesto del 2 ‰ de Contribución Directa adicional que se les imponía a los propietarios, era vertido anualmente en las arcas de la Dirección General de las Escuelas Agronómicas.

Los beneficios de esta ley fueron inmensos; la agricultura cundió en todo el país; la estancia se convirtió como por encanto en establecimiento agropecuario, y como la cría de animales seleccionados había ido tomando incremento, favorecida notablemente por el comercio del ganado en pie

exportado al viejo mundo y a los grandes mercados consumidores de Río Janeiro, Pernambuco y Bahía y otras ciudades de importancia, gracias al nuevo tratado de comercio con el Brasil, resultó que los estancieros se dedicaron en grande escala al plantío de arboledas, desde que haciéndolo obtenían gratuitamente de las granjas departamentales las plantas que prescribía la ley; y si no lo hacían, por ejemplo, un estanciero que poseía 3,000 hectáreas de campo, que, aforadas a 10 $ la cuadra, importaban 30,000 $, tenían que abonar el 2 ‰ de adicional, es decir, 60 pesos al año, o sino cultivar 360 hectáreas.

Le convenía, pues, entregar 360 cuadras a la agricultura, obteniendo excelente beneficio, y recibir al año gratuitamente cantidad de árboles, que, con el andar del tiempo, le representarían una fortuna, proporcionándole buena renta. Aquel que no plantaba arboleda estaba obligado a constituir el área del 12 % de su propiedad en praderías forrajeras; estableciendo la mayor parte molinos de viento, pues recién en esa época se llegó a comprender la importante influencia que ejercería en la agricultura de nuestro país el aprovechamiento de una fuerza motriz que nunca faltó, como lo fue el viento.

Excuso decirte que por medio tan sencillo se obligaba a los poseedores de tierras a plantar 20 millones de árboles anualmente, y que visto el resultado práctico y convenientísimo de la operación, no sólo se conformaban con plantar lo que la ley imponía, sino que se excedían en mucho, proveyéndose de ellos en las granjas de las escuelas rurales, con arreglo a sus catálogos sumamente bajos; y al décimo año, según la estadística, resultó que se habían plantado en el primer decenio *mil quinientos millones de árboles* en todo el país! excediendo de ochenta mil hectáreas las praderías formadas.

No se detienen aquí las obras del Ministro Fierro, quien con sus vastas iniciativas se adelantó un siglo a la época (reparando a la vez las incurias del pasado) en que debieron realizarse sus vastos planes, muchos de los cuales se completan ampliamente más tarde por falta de población en el Río de la Plata en ese entonces.

Los territorios de Misiones, Paraguay, Chaco, Bolivia, esas inmensas zonas, eran poco menos que desiertos poblados por elemento indígena, estacionario, sin iniciativa y refractario al gran período evolutivo.

Hoy, aquellos territorios se han convertido en pueblos numerosos, ricos, prósperos y llenos de vida.

Entonces eran desiertos.

Hoy son mercados tributarios: entonces nada les podíais mandar, pues de nada carecían, ni nada teníais.

La Argentina, con su sistema de papel, os tenía aplastados, pues para su movimiento interno le proporcionabá beneficios tan grandes como eran para nuestro país aplastadores.

La Argentina, con sus productos similares a los nuestros, no podía ser nuestro mercado: era más bien nuestra rival.

Durante la gran crisis de fines del siglo XIX:, supo aprovechar el recurso del papel moneda.

De lo que fue su caída transitoria, debido al abuso, surgió su gran prosperidad. El papel moneda, en el mecanismo interno del país, prestó grandes servicios, y la República, en vez de pagar con oro los productos elaborados que recibía de Europa, los pagaba con. materia prima. El oro estaba de Más no hacía falta.

La inmigración con el oro alto, y el papel como Única moneda para las transacciones internas, al 300 y 400, no exportaba sus beneficios y ahorros: concluía por arraigarse en el país, concurriendo así al gran desenvolvimiento de la riqueza nacional surgiendo las industrias allí con arregló a sus necesidades, si bien se abusó del proteccionismo para favorecer a determinados iniciadores en perjuicio de la Comunidad.

El gran Banco que a base metálica se fundó en nuestro país a principios del siglo XX,' del que* ya te hablé, llegaba; pues; en el momento oportuno.

El oro era un fantasma inútil del que se servían los usureros para amenazar con él la ruina del país, cuando los que lo tenían, salvo raras excepciones, eran *los más grandes demoledores*, los que ahorcaban toda iniciativa cobrando intereses usurarios, desprestigiando la propiedad para quedarse con ella!

La Europa consumía nuestras lanas y cueros; Cuba y el Brasil nuestras carnes saladas; pero los productos agrícolas iban a aumentar de una manera extraordinaria en los mercados europeos.

Nuestra población era exigua aún, y con los mercados europeos no podíamos calcular para su consumo ventajoso.

No quedaba más que una puerta abierta.

A Fernando Fierro le cupo la gloriosa iniciativa que, secundando armónicamente sus grandes proyectos, debía abrir amplio mercado a la producción agrícola nacional.

El tratado libre de comercio entre los Estados Unidos del Brasil y la República Oriental presentado por él, se sanciona por el Cuerpo Legislativo de ambos países, a principios del siglo XX.

Por ese tratado, la República Oriental decreta el puerto franco, la libre entrada a los productos nacionales brasileros durante cincuenta años. El Brasil decreta a su vez puerto franco y libre entrada a los productos naturales del Uruguay durante igual tiempo.

Ambas partes contratantes convienen en que mientras dure el tratado, ninguna de ellas hará concesiones iguales a nación alguna.

El Brasil, unas décadas más tarde, viola el tratado, y de ahí estalla la guerra entre ambas naciones, cuya guerra termina con la Confederación de

los Estados Unidos del Río de la Plata, incorporándose a ellos el Estado de Río Grande.

La victoria del General Marcos Lavalleja pone fin a la guerra el año 1915, después de la gloriosa batalla de Ibicuí.

Excuso decirte la importancia que dió a nuestro país el tratado de libre cambio con el Brasil (11).

Nuestras carnes, cereales, vinos, cuyo producto a principios del siglo XX excedía en mucho al consumo del país, las frutas, procedentes de los inmensos bosques frutales que surgieron por todas partes, debido al gran plan de colonización y fundación de las escuelas agronómicas; los olivares, con sus ricos productos, y los bosques estupendos de castaños decuplicaron la producción nacional, la que encontró un mercado sin competencia, en un país cuyos productos eran completamente distintos del nuestro, no hiriendo los intereses de los productores, pero sí favoreciéndolos, y encontrando ambos países sumamente conveniente el libre cambio de sus productos.

El impuesto del 2 ‰ de Contribución Directa, que hasta los estancieros más refractarios pagaron, fue con usura compensado con la valorización de la propiedad rural el mejoramiento de los precios de sus productos.

¡Qué época de prosperidad, amigo mío! Aquélla fue la edad de oro que vislumbraron los habitantes del Uruguay, después de la tremenda caída del último tercio del siglo XIX.

Acabábamos de llegar en un pequeño tren rural, movido por el aire comprimido, a la cumbre de la cordillera que se denomina aún "Punta de la Ballena". A nuestras plantas se destacaba imponente la conocida antiguamente por "Laguna del Sauce".

Eran tan infelices tus coetáneos, que lo mismo llamaban laguna a un charco que a un lago.

El "Lago de las Camelias", que así se le llama ahora, mide tres leguas de longitud por una y media de latitud.

Está circundado de hermosas villas, plantíos espléndidos, y millares de palacios lo flanquean.

El ingeniero Aristóbulo Pena fue quien resolvió el problema de su navegación, poniéndolo en contacto con el Océano, por medio de un canal que abrió desde la barra dos kilómetros al Oeste en tierra firme.

Desde ese día la antigua Laguna del Sauce fue convertida en uno de los más deliciosos y amenos recreos de todos los que el genio humano ideó y realizó en nuestro país.

El valle del "Pan de Azúcar" se extendía a nuestras plantas, empezando allí en lontananza, en donde el lago termina, el arroyo serpentea y el valle se dilata.

Avanzábamos lentamente. Fonty reanudó su discurso.

Los demás callábamos.

-Una de las iniciativas de Fierro fue la asociación de empleados, que él concibió y llevó a la práctica, concurriendo al bienestar de muchos miles de individuos y al progreso nacional.

De su época datan con rumbos fijos las asociaciones de empleados.

El Gobierno, por una ley especial, asigna la suma de veinte mil pesos a la asociación cooperativa más numerosa que se dedique a la explotación forestal. Esa suma se entregaría a la asociación que a los diez años de fundada probara haber invertido en la plantación de montes el capital social.

Un mes después de decretada la ley, se forma en Montevideo una sociedad de dependientes de los distintos gremios, compuesta de mil individuos.

Propósito de la asociación: formar bosques forestales; cuota de entrada, diez pesos; cuota mensual que debían abonar los socios, cincuenta centésimos. La Sociedad admitía nuevos socios, los que debían durante el año presentar sus solicitudes de ingreso como tales.

Sólo se admitían los socios nuevos el 1ro de Enero de cada año, para cuyo efecto se realizaba una fiesta en el gremio.

El tiempo de la duración de la Sociedad era de quince años. Los nuevos socios serían admitidos periódicamente, como he dicho, al principio de cada año, y durante los primeros diez años. Al fin de cada año cada socio recibía, por las cuotas pagadas, una acción que representaba la suma entregada, especificando la serie a que pertenecía, pues cada uno de los diez años de admisión de socios representaba una serie.

Las utilidades se repartían en proporción a la antigüedad de las acciones.

Al décimo año quedaba cerrada la admisión de socios y cinco años después se liquidaba la Sociedad.

La primera de estas agrupaciones llegó a reunir al décimo año, 32,524 dependientes y empleados.

Durante los quince años de su fundación percibió, por cobro de cuotas mensuales, más de un millón de pesos, fruto del ahorro de los empleados.

A los quince años, al liquidarse la Sociedad, de cuyo seno surgieron centenares de igual género, ésta poseía los siguientes bienes:

17,000 hectáreas; de las cuales:

11,000 hectáreas conteniendo cinco millones de árboles forestales, maderables.

2,000 hectáreas conteniendo tres millones de álamos y sauces.

1,500 hectáreas conteniendo seiscientos mil árboles frutales. 2,500 hectáreas conteniendo doscientos cincuenta mil olivos.

La propiedad redituaba en esa fecha, por frutos y maderas, no menos de cuatrocientos mil pesos anuales.

El valor de los inmuebles estaba representado en la siguiente escala:

Las tierras habían costado, término medio, 20 $ la hectárea; pero pasados tantos años, debido al aumento progresivo y natural de la propiedad, al 15° año de establecida la Sociedad, resultó que las 17,000 hectáreas de campo valían 60 $ la hectárea, o sean $1.020,000

5 millones de árboles forestales de 5 a 15 años, c/u aforado a $ 1
$ 5.000,000

3 millones de sauces y álamos de igual edad, aforados a 50 centésimos c/u
$ 1.500,000

600,000 árboles frutales de igual edad, aforados a 50 centésimos c/u
$ 300,000

250,000 olivos en producción de 8 a 18 años, pues los primeros que se plantaron estaban en tercer año, a 3 $ c/u
$ 750,000

Total
$ 8.570,000

Cuatro millones seiscientos diez mil pesos de utilidad se habían repartido ya por dividendos.

El capital empleado había sido devuelto cuadruplicado del 7o al 15° año por producto de frutos y maderas.

Los empleados, primeros fundadores, que en 15 años habían abonado 100$ por cuotas de 50 centésimos mensuales y cuota de entrada, reembolsaron, *solamente por dividendo*, OCHO veces el capital vertido; y al liquidarse la Sociedad, su acción les representaba una verdadera fortuna! Todos los socios resultaron riquísimos.

Las sociedades cooperativas de empleados y dependientes de todos los gremios surgieron en todo el país; no hubo pueblo de la República en el que no se organizara alguna asociación con idéntico fin.

Excuso explicarte cuánto concurrieron al engrandecimiento del país y al fomento nacional tan útiles instituciones.

El ahorro fue siempre la base de la fortuna y engrandecimiento de los pueblos.

El ahorro enseñó al hombre a pensar en. el incierto mañana, y por lo tanto a prever.

De aquella edad de verdadero renacimiento surgen las escuelas industriales en el país, y Montevideo es la primera Capital de Sud-América que instituye escuelas de cocineras y sirvientas, dando así una enseñanza práctica y útil a mucho elemento femenil que, dedicándose a la costura solamente, abarataba el *trabajo a medida que los brazos* abundaban, y era tal el desnivel, que una joven, buena sirvienta, ganaba de 14 a 16 $ mensuales y de 18 a 20 una buena cocinera, bien mantenida, y aún así no se encontraban,

pues eran escasas; mientras una joven cosía de la mañana a la noche para comer un miserable pucherete!

Las escuelas de cocineras y sirvientas mejoraron el servicio y contribuyeron al aumento de los precios de las manufacturas del país.

El hombre debe trabajar y le es indispensable una ocupación durante la virilidad.

La sociedad debió siempre castigar al vagabundo de profesión al ebrio y al holgazán.

Acabábamos de descender del hipogrifo aéreo tomado en el lago de las Camelias.

-Hemos llegado, díjome Fonty. -¿Á dónde? pregunté.

-Á la ciudad de Piriápolis, que prometí hacerte visitar. En efecto, ya anteriormente, al oír citar ese nombre, habíale preguntado a Horacio si tenía algo que ver con una localidad a la que un fomentista de mi época había bautizado con ese nombre, algo petulante, pues pretendía con ello perpetuar su memoria.

-¿Y dónde nos encontramos?

-En la falda Norte del Cerro de Pan de Azúcar, contestó dulcemente Rosalba.

-Y la ciudad Piriápolis, que acabas de nombrar, pregunté a Fonty, ¿dónde se encuentra?

-Al Sud, entre el cerro y el mar, respondió Horacio.

-Entonces no hay duda: el ideal del fomentista del siglo XIX llegó a realizarse, se hizo carne la sublime utopía del soñador.

-Efectivamente, respondióme mi amigo.

Yo creía soñar. Aquella ciudad Piriápolis, que había oído mencionar en distintas ocasiones, era efectivamente fruto de mi siglo, carne de mi carne, idea de mis ideas!

Recordé las acerbas críticas que se hacían al hombre atrevido, cuando en medio del mayor de los decaimientos el país tendía más a despoblarse que a poblarse; en aquella época desgraciada en que toda iniciativa era acribillada por la malevolente atmósfera de los inútiles y pequeños, que no sólo no concebían, pero ni siquiera comprendían los ideales de los que atrevidamente y sin más punto de apoyo. que su fe, ni más fuerza que su voluntad, sin más aliento que su indomable perseverancia, se lanzaban a la ejecución de atrevidas empresas en un país en donde faltaba todo: capitales, crédito, confianza en el porvenir, estabilidad política, gente dispuesta al trabajo, y para colmo, sin población: ¡un desierto! Así mismo, los muy contados que osaban marchar adelante, abrirse paso combatiendo la glacial indiferencia, eran a su vez combatidos por el indiferentismo imperante y el pesimismo petulante que reinaba en plena decadencia de iniciativas, sin que ello obstara para que dejarañ de seguir adelante, firmes en sus convicciones arraigadas en cálculos positivos, que no comprendían aquellos que,

por espíritu de la época, los combatían, socavándoles el terreno para poder un día compadecerlos después de realizado el ideal fracaso; que, si no lo deseaban, a lo menos lo presentían y esperaban, raciocinando con el criterio con que se juzgaban entonces los hombres y sus obras.

¡Píriápolis! ¿Entonces no era aquello el sueño de una mente enferma, desvanecido como la *nebia al sale,* como se creyó en mi época?

Aquella ciudad, que los que más benévolamente hablaban de ella calificábanla de ciudad ilusoria, una quimera, pronosticando que no pasaría de un villorrio, estaba allí ante mi vista, extendida voluptuosamente en el espléndido valle, llena de movimiento, llena de vida, y rebosando progreso!

¡Oh justicia humana! tardas en llegar, pero al fin, como los rayos solares, tú penetras en. el fondo de las tinieblas; siguiendo la progresiva y rítmica evolución te abres paso, y a tu vivificante luz resplandece la verdad, germinando a su influjo benéfico las ideas, como en el seno de la tierra el astro soberano hace germinar la débil simiente; y los ideales de los hombres que piensan, obran y sienten, se abren camino, avanzando siempre, sobreponiéndose a todas las barreras del eufemismo, y al fin vencen; cediendo ante la majestuosa e imponente marcha la idea triunfante de todos los prejuicios que un pasado de ignorancia ha levantado como infranqueable barrera al progreso humano!

El hipogrifo alado de aluminio nos conducía suavemente a la cumbre.

Inmensos bosques rodeaban la imponente montaña de Pan de Azúcar, cuyas faldas y laderas estaban matizadas de espléndidos palacios, chalets y casas veraniegas. Allí, en lontananza, surcaban por doquiera innumerables convoyes de ferrocarriles (12) movidos por aire comprimido, arrastrando con la velocidad del rayo interminables filas de vagones cargados de toda clase de productos, todos y de todas partea convergían a la gran ciudad.

-Estos ferrocarriles de poderosa resistencia y livianísimo peso, díjome Orestes, son construidos con "alumiantino", que es un metal diez veces más liviano que el fierro y veinte de más resistencia que el acero. De este mineral son construidas las *univías,* es decir, el riel sobre el cual recorre la máquina impulsora y sus vagones, cuyo riel único tiene apenas 20 centímetros de espesor; de manera que el planteamiento de una vía en estos tiempos y por este sistema, apenas cuesta la vigésima parte del precio de antaño, máxime sí se tiene en cuenta que la univía permite la pendiente hasta el 25 %. Resulta, pues, que después del descubrimiento del "alumiantino", que se debe al sabio Leonardo Latorre, una *línea férrea cuesta* una bicoca y su movimiento una insignificancia, gracias al "acumulador de aire comprimido". Los trenes acumulan las fuerzas que van desarrollando para impulsar la marcha, salvo una insignificante pérdida; de manera que, puede decirse,

si realmente no se ha llegado al movimiento continuo, a lo menos se está *adportas!* El acumulador de aire comprimido fue inventado por Alcibíades Mitre, ingeniero de la facultad del Chubut, en 2037.

De pronto se detuvo el hipogrifo alado y descendimos. Estábamos en la cumbre de la montaña.

¡Gran Dios! ¡Cómo podré transportar al papel cuanto vi en aquel momento! Mi pluma se resiste, es torpe; mi mano no alcanza a trazar débilmente el grandioso panorama que embargaba mi mente atónita ante tanta maravilla!

Yo caí de rodillas, dando gracias al Ser Supremo por el triunfo alcanzado por la idea del hombre, idea que el Creador le inculcó, y que el hombre, mísero átomo, accionando hizo carne!

Rosalba tendióme su blanca mano, ayudándome a levantar.

Fonty y Orestes dirigíanme sus afables y bondadosas miradas, emocionados al ver mi justa turbación.

-Vamos, amigo mío, díjome Horacio, ten ánimo; comprendernos tu emoción y ella es justificada. Tú también, como los hombres de tu época, contagiado por el ambiente, dudaste que algún día esto fuera lo que es, y ese pensamiento turba tu espíritu al ver tanta magnificencia.

-No! respondí; no, amigos míos, yo nunca dudé del porvenir, aunque llegué a dudar, ¿á qué negarlo? del presente- digo, de aquel presente!

-No era para menos, exclamó Orestes. Estábamos en la misma cumbre de la montaña, en medio de una explanada de más de cuarenta mil metros de superficie, toda cubierta de espléndido parque. En un costado destacábase el "Gran Observatorio Astronómico Nacional", al rededor del cual había imponentes y bellos edificios diseminados.

En el centro del espacioso parque surgía majestuoso un templo de forma octogonal, rodeado por grandiosas estatuas de pórfido, las que sostenían, haciendo las veces de columnas, el techado que lo circundaba, cuyos arquitrabes eran de dorado metal y los plafones de rico mármol esculturado, de inconcebible filigrana: representaban personajes y hechos históricos para mí desconocidos completamente, pues eran posteriores a mi época. El comisón, todo de pórfido pulido, era algo tan majestuoso, que no alcanza a concebir humana mente; la cúpula estaba cubierta de lapislázuli, malaquita y ónix *rojo, y en* el centro destacábase imponente la estatua de la Fraternidad, toda de plata maciza ricamente cincelada y de quince metros de alto.

Yo quedé atónito ante tanta maravilla.

Avanzábamos lentamente en dirección al Sud, y poco habíamos andado, cuando estuvimos en la parte que mira a ese viento, en donde el monte surge poco menos que perpendicularmente sobre el valle en cuya ladera nace la ciudad.

-Aquello no era un sueño! ¡No!

-¡Oh, amigos míos! dejad que estreche vuestras manos y me convenza de que esto que veo es realidad! No! no! yo no puedo creer! estoy soñando! exclamé a gritos, como un hombre sobrecogido por maravilloso terror.

Mis buenos amigos comprendieron mi estado de exaltación en aquel momento y me rodearon, estrechando mis manos y prodigándome las más dulces y amistosas frases.

Fonty, que ya preveía el caso de antemano, había traído un frasquito de un líquido del que me suministró algunas gotas, y al poco rato mis nervios sobreexcitados se calmaron completamente y pudo el cuerpo volver la calma a mi espíritu.

El semicírculo en forma de herradura con que rodean las montañas al pintoresco valle, que presenta su parte abierta al mar y abarca una extensión de una legua de ancho por una y media de largo, hoy convertido en populosa ciudad, y que en mi época conocí desierta y agreste campaña, y algunos años más tarde alcancé a ver cubierto de viñedos y olivares la falda del cerro y fondo del valle; siendo destinada a ciudad balnearia la parte que mira al mar besada por las tranquilas aguas; ciudad balnearia, trazada entonces por el agrimensor oriental Alfredo Lerena; cubierta de frondosos árboles la vasta playa, y plantadas con espléndidas arboledas sus amplias calles, avenidas, plazas y paseos; los bosques que formaban cuadro o marco a la proyectada ciudad: de todo eso que había visto, ya poco o casi nada existe. La acción civilizadora del tiempo lo ha ido cambiando todo. A nuestros pies se extienden los viñedos añosos; numerosos chalets rodean las faldas de los cerros: palacetes encantadores, circundados de espléndidos jardines, cuyas fragantes flores perfuman el ambiente que arrulla y nos trae el céfiro suave.

Allá lejos, al fondo de la maciza población, las mansas y tranquilas aguas del grandioso puerto reflejan como plancha de metal bruñido los millares de naves de todas dimensiones en él estacionadas.

El bullicio en las calles y avenidas es inmenso. ¡Cuánta vitalidad! El movimiento de pueblo y vehículos es extraordinario.

-Aquel edificio que tú ves allí en el cerrito de la derecha, díjome Orestes, es el museo. Construcción majestuosa, de forma elíptica, surge imponente sobre un orden de veinticinco escalones que lo circundan: es la escalinata más majestuosa del mundo, una verdadera maravilla. Todos los escalones son de granito amarillo, pulido, material único en su género y que se encuentra en las ricas canteras del Departamento de Maldonado. Su valor es incalculable. La construcción abarca una superficie de veinte mil metros cuadrados y está formada con bloques de mármol blanco, pulidos de ambos lados, interior y exteriormente, sobrepuestos los unos a los otros sin ninguna clase de liga, trabajo ejecutado con tanta maestría, que apenas, mirando los majestuosos muros muy de cerca, pueden percibirse las junturas entre unos y otros bloques. Rodéanlo externamente ochenta cariátides

de mármol negro pulido, de colosales dimensiones. Esa construcción puede decirse una creación artística, nueva en su estilo, severa, imponente, y de una esbeltez incomparable: es obra del eminente genio cisplatino Venancio Flores, de la Academia de esta ciudad, a la que ha rendido justo tributo concibiendo y llevando a la práctica una verdadera maravilla.

Mide setenta metros de alto, y las cariátides que lo circundan tienen 35 metros cada una y fueron ejecutadas por el escultor nacional Lucas Moreno.

Un cornisón de siete metros de ancho remata este monumento: es de bronce dorado, obra del artista Demetrio Aguirre, y están representados en los bajos relieves los episodios de las dos grandes defensas nacionales: la epopeya de la *Guerra Grande contra* los seides del tirano *Rosas; y Paysandú indómito contra* el enemigo invasor!

Aquel otro edificio que tú ves allí, agregó indicándome con la diestra una colosal construcción, es el Politécnico, todo revestido de mosaico y sostenido por 240 columnas de pórfido pulido; el salón central tiene ciento cincuenta metros de largo y alcanza a 1721 el número de estatuas con que interiormente está, puede decirse, revestido. Representan a los hombres de más ingenio de la humanidad que se han destacado en todas las ramas del saber humano.

-Y esa estatua que veo allí en la cumbre, en medio de las encrucijadas de todas las calles y avenidas, que surge imponente en el punto en donde parece ser el centro de la ciudad, ¿qué representa? pregunté.

-Es un monumento levantado por una posteridad justiciera y patriótica, muy distinta de la malediciente generación de tu época,- en la que hasta se le buscaban manchas al sol,- erigido a la memoria del generador indómito de la nacionalidad cisplatina: representa al General Artigas en la batalla de las Piedras.

El monumento tiene 58 metros de alto; la base es de pórfido negro y rojo, el caballo de bronce, y la estatua de plata maciza. La gratitud nacional, por iniciativa espontánea y popular, la inauguró en 2048. Es obra del eminente escultor nacional Fulgencio Bauzá. El inmenso grupo de estatuas que lo circunda en su base, representa los generales, jefes y ciudadanos que con su espada, con su saber y con sacrificios concurrieron eficazmente a la obra de la independencia nacional.

El colosal edificio que tú ves al costado izquierdo del monumento, prosiguió diciendo, es el gran templo de la ciudad, erigido al Ser Supremo, el año 2039, por el ingeniero uruguayo Leandro Gómez. Abarca una extensión de treinta mil metros cuadrados y está sostenido por 220 columnas de granito, cada una de las cuales mide 73 metros de alto, y fueron extraídas de las canteras de Pan de Azúcar. La inmensa cúpula es de cobre dorado y de gran valor artístico, pues en la parte interior está toda cubierta de bajos relieves.

-El otro edificio, más allá en lontananza, revestido de cristales de mil colores, son las termas, y junto a éstas, aquel otro más alto y rodeado de grandes jardines y espléndidos parques, es el palacio municipal.

-Al pie del Cerro del Toro, aquel edificio cuadrado y macizo, díjome Fonty, es la escuela agronómica nacional. Esa construcción extensa que tú ves sobre aquel cerro, a la izquierda, y en medio de una floresta de olivares, es el horfanotrofio.

Piriápolis tiene además una Academia de Bellas Artes, que es la segunda del Estado cisplatino; doce grandes institutos de educación, una Facultad científica, veintitrés teatros y, dirigiendo la derecha hacia la falda de la montaña, indicome el denominado "Teatro Cómico Piriapolitense", el único en su género en todo el país: espléndida construcción de moles sillares, completamente abierto, construido en forma de herradura, circundado por un orden de veintisiete escalinatas, todas con asientos de mármol y con capacidad para veinticinco mil espectadores.

-¿Y aquel edificio que se destaca en el pequeño cerro; en frente al "Teatro Cómico"? pregunté. .

-Es el "Pasatiempo Ameno", en donde en las tardes de estío se reúne el pueblo. Ochenta mil palmeras lo circundan. Eso que tú ves en el centro es el "Teatro Alegre", en donde, sin salirse de los límites del buen gusto, sin recurrir al decadente realismo que en tu edad solía suministrarse a las mentes estragadas, nuestro pueblo, que rinde ferviente culto a la estética y es admirador de lo bello y de lo bueno y agradable, encuentra amenidades para recrear su espíritu, o nutriéndolo cada vez más en las fuentes de la verdad y buen gusto, perfeccionándolo de día en día, alcanzando de esta manera el verdadero sentimiento ideal de la perfectibilidad humana.

La ciudad tiene, como todas las del Estado cisplatino, un "Tesoro Edilicio", que invierte en premios y mejoras públicas, y anualmente destina veinticuatro mil Artigas para premiar las doce obras mejores de las que se presenten a concurso anual, y destinadas exclusivamente a ser representadas en el "Teatro Alegre".

En ese momento, por la amplia garganta que divide en su base el cerro en que nos encontrábamos, y el de los "Gigantes", que está enfrente, entraban al espléndido valle, y con dirección al puerto, interminables convoyes de vagones. Aquello, si se me permite la frase, era un vomitar trenes sin acabar nunca: cientos y miles, y todos repletos de carga.

-Son los productos minerales del Departamento y del de Minas, díjome Orestes, contestando a la pregunta que adivinó iba a hacerle; unos conducen oro y plata, cobre, plomo y otros minerales.

Las minas del Departamento son inagotables, prosiguió, y ya eran conocidas en tu época, si bien nadie se preocupaba de ellas.

Otros convoyes llevan pórfido, mármoles, alabastro, y no pocos van cargados de grandes bloques de "ágata blanca", cuyas minas no distan mu-

cho de aquí y son de gran valor. Cientos y cientos de vagones van cargados de frutos del país, vinos, aceites, castañas, etc., y no pocos conducen cargamentos de ricas maderas, producto de nuestros inmensos bosques. Cientos de vagones van repletos de ganado.

Yo estaba atónito ante tanta vitalidad.

-Aquel arco colosal que tú ves al frente, y que puede decirse da entrada por el Norte a Piriápolis, es el "Arco de la Paz", levantado en honor al General Marcos Lavalleja, vencedor de la batalla de lbicuí en 1945. Tiene cuarenta y cinco metros de ancho y 76 de alto; en él están esculpidos en bajos relieves todas las figuras dé los insignes guerreros que tomaron parte en tan heroica acción.

-Pero, ¿como puede haber surgido toda esta inmensa maravilla? exclamé lleno de asombro; ¿y a qué se debe esta vitalidad? ¿qué causa la fomentó? ¿por qué razón y debido a cuál poderosa acción se formó aquí esta gran ciudad?

A lo que respondió Fonty, diciendo:

-Los grandes guerreros, como los grandes genios; los populosos centros, como el triunfo de las grandes ideas y coronamiento de los colosales progresos que han hecho avanzar al linaje humano, dependieron siempre de las circunstancias y sólo han surgido a la vida real cuando el medio ambiente les ha sido propicio. Una batalla revela un genio militar. En un período histórico surgen de manera asombrosa eminentes estadistas y sabios, mientras que en el periodo subsiguiente la esterilidad intelectual suele ser completa!

El triunfo de una idea, que ha sido atrevidamente lanzada, algunas veces con un siglo de anticipación, germina en un segundo, irradiando al mundo, que atónito contempla el éxito. El tránsito continuado de *una caravana por un sitio* determinado, desierto hasta la víspera, hace surgir un villorrio; y de la misma manera la abundancia de productos de una rica zona concurriendo todos a un punto determinado, forman, una gran ciudad. Ahí tienes explicada la razón del inmenso centro que tú ves extenderse a nuestras plantas.

En tu época, Piriápolis fue un mito; pero al fundarla, su iniciador, vislumbrando el porvenir, dióle vida. Su ideal no fue un sueño quimérico, como se le juzgó en un principio, no: fié la clarividencia del hombre, que en el arcano del porvenir descubre la razón lógica de las cosas, y por eso fue que, adelantándose a la acción del tiempo, predijo que de *aquello surgiría esto!*

La iniciativa benéfica de sus inmensos plantíos fue desarrollando en el Departamento el amor a la agricultura; sus viñedos y olivares y bosques de castaños, que abarcaban ya miles de hectáreas, bien pronto se expanden en todo el Departamento, vistos sus benéficos resultados. El espléndido puerto de Piriápolis fue el punto obligado para la salida de toda la producción de esta inmensa zona.

La construcción del puerto de Montevideo se llevó a cabo con el granito de las canteras de "Pan de Azúcar", cuyo costo apenas montaba a la quinta parte del que importaba el mismo material en otros puntos, su extracción era fácil y facilísima su elaboración. Un bloque de granito, cuyo costo en cualquiera otra parte era de *veinte*, en las canteras de Piriápolis apenas alcanzaba a *cuatro!* y no es eso sólo, sino que las canteras de Piriápolis tenían la vía fluvial, lo que abarataba aún más el precio del material, pudiendo suministrar bloques de dimensiones colosales, columnas de 60 y 80 metros de altura, verdaderas maravillas.

El cerro de los Tigres, inmensa mole de pórfido, ha hecho la fortuna de muchas sociedades anónimas; y una vez construido el primer puerto de Montevideo con el granito de Piriápolis, fue una verdadera revolución la que produjo este material en la construcción moderna de aquella época; y desde entonces miles de obreros se instalan en la rica comarca.

Hoy, todas las ciudades del Río de la Plata y sus afluentes se proveen del granito de Piriápolis, y las más notables construcciones han sido hechas con ese material.

La espléndida playa balnearia, cubierta de bosques inmensos plantados por el fundador, y desconocida hasta fines del siglo XIX,- en un país en donde todos los habitantes se bañaban en aguas salobres y sucias,- entra en plena vitalidad en ese mismo período, debido a la continuación del ferrocarril del Este, que prolongando su vía, coloca una estación en la entrada del majestuoso valle; y miles de personas afluyen a tan amena localidad, en donde surgen como por encanto grandiosos hoteles y centenares de hermosos chalets.

Aire puro, baños espléndidos en pleno océano; caza y pesca abundante; montañas cubiertas de frondosos bosques; excursiones y ascensiones soberbias y encantadoras: todo lo había en la localidad, y a eso se debe en gran parte su rápido incremento.

El movimiento engendra vida, y a su impulso los horizontes se dilatan.

El puerto empieza a verse cubierto de buques, y las minas del Departamento comienzan a ser explotadas; al mismo tiempo los bañistas afluyen por millares de ambas márgenes del Plata.

Carreras especiales de espléndidos paquetes establecen directamente su servicio entre Buenos Aires y Piriápolis, conduciendo miles y más miles de turistas.

Las grandes canteras entran en plena explotación, en gran Producción las minas; mientras que la viticultura y demás ramas de la agricultura están en pleno apogeo.

La ciudad surge como por encanto.

Ahí tienes explicado el génesis de esta maravilla.

Aquel punto rojo que ves allí en medio de un espeso parque, es lo único que queda de su fundación; es el primer edificio construido, el

antiguo castillo de su propietario, convertido por su mandato en escuela pública, la primera escuela agronómica del Departamento íbamos bajando de la montaña Rosalba y yo juntos; Orestes y Fonty nos precedían.

El cansancio invadía mi cuerpo a medida que descendíamos lentamente. Estrechaba en mi diestra la mano de mi gentil compañera. Bellos, esbeltos y numerosos chalets poblaban la ladera encantadora y umbría; descendíamos entre fuentes, parques y jardines; en medio del perfumado ambiente nos sentíamos voluptuosamente transportados a una de esas regiones ideales que el alma sueña en los momentos de dulce éxtasis.

Lagos de cristalinas aguas, poblados por aves de extraordinaria belleza; bosques frondosos se extendían en la inmediata llanura, y miles de vehículos cruzaban allá en lontananza por la majestuosa ciudad, a la que un público inmenso daba vida y alegría. El canal que la atraviesa de uno a otro extremo, estaba cubierto de blancas góndolas metálicas con cortinas de mil colores, y el eco lejano del cántico de sus tripulantes llegaba hasta nosotros, confundido con las melodías que la leve brisa produce al rozar las verdes hojas.

¡Cuánta y cuán dulce melancolía arrullaba nuestros seres en ese bello instante!

-El sol se hundía en el horizonte, envuelto entre gasas de coloreadas y fantásticas nubes, despedido por los melodiosos trinos que entonaban los alados pobladores del bosque.

La noche avanzaba lentamente.

El cansancio invadía mi cuerpo de tal manera, que sentía necesidad de un breve descanso.

Comprendiéndolo así mi bondadosa compañera, invitóme a tomar asiento debajo de un verde sauce, cuyas cortinas de ramas besaban las cristalinas aguas que brotaban de una fuente que surgía junto a su tronco.

Las estrellas asomaban una tras de otra en el cielo; el zorzal lanzaba sus melancólicos cantos. La tranquilidad que precede a la triste despedida del día que se hunde en el profundo pasado, lo dominaba todo: era la breve hora del transitorio silencio.

Rosalba estrechó mi mano de tal manera, que yo sentí una emoción inexplicable. Mis ojos encontraron en aquel momento en los de Ella algo misteriosamente arcano.

-¡Dios mío! exclamé sobrecogido por una emoción sobrenatural e inexplicable. ¿Será posible? ¿No me engañan los sentidos?

-¡No, Francisco! respondióme con dulce acento.

-¡Francisco! exclamé, ése fue mi nombre en otra edad, dije recordando; y en aquel momento vi deslizarse ante mi vista la serie de vidas anteriormente transcurridas, siempre al lado de aquel ser a quien tanto yo había amado, aquella alma amiga, alma gemela e inseparable de la mía.

-Sí, soy yo, díjome con todo el encanto amoroso, incomprensible para la mayoría de los mortales, y que sólo saben modular los labios de los seres que aman y se comprenden e identifican en el amor.

-Soy yo, repitió estrechándome entre sus brazos, que nunca me he separado de tu lado, pues nuestras almas vivirán siempre y eternamente unidas!

Fue tan grande la emoción que invadió nuestros seres y tan inmenso el inconcebible placer de nuestras almas en ese supremo instante, al estrecharla en mis brazos, que mi cuerpo y el de ella rodaron al abismo, mientras nuestros espíritus, libres de la terrestre envoltura, unidos en estrecho e inseparable lazo, vagaban sobre la encantada ciudad, en medio de la bruma crepuscular, entre el día que se despide y la noche que avanza...

"¡Señor! ¡Señor!" oigo que gritan en la parte de afuera de mi dormitorio, acompañando las exclamaciones con fuertes golpes a la puerta.

Salto de la cama, abro y... ¿qué veo?

Es mi sirviente, el viejo asturiano Manuel. -¿Qué pasa? le pregunto.

-Señor, son las cuatro de la tarde, y desde ayer noche a las 6 está usted durmiendo, Y como temía le hubiera sucedido algo, he resuelto llamarle.

-¡Las cuatro! exclamó sorprendido. ¿Entonces he dormido 22 horas? - Sí, señor, responde el pobre hombre. -Pero, ¿qué es lo que ha pasado?

-¡Ay! señor, yo no lo sé. Lo único que recuerdo es que ayer noche el señor se sentía indispuesto y mandóme le preparara una tisana con unas gotas de remedio.

Entonces recordé que, encontrándome mal, le ordené que me preparara la tisana; pero una idea cruza mi mente en ese instante. ¿Será posible? exclamo hablando conmigo mismo, añadiendo:

-¿Cuántas gotas echó usted en la taza?

-Señor, yo no *sé si* habré hecho mal, responde temblando como un azogado; pero como el señor se sentía tan enfermo, yo creí hacer bien y...

-Pero ¿qué es lo que ha hecho?... responda.

-Como el señor se quejaba tanto, yo creí que si diez gotas, como me ordenó le pusiera en la taza, le habían de hacer bien, poniendo más sería mejor, y le eché todo el contenido del frasco.

¡Qué bárbaro! ¡había echado una dosis suficiente como para matar a un hombre!

Una tristeza sobrenatural invade todo mi ser.

Luego, grito fuera de mí, como un loco: ¿soy aún un habitante del siglo XIX?

¡Y no haber producido su efecto la providencial poción suministrada! exclamo.

¡Resignémonos: sigamos la senda del calvario humano! ¡Tanta dicha, tanta belleza; el triunfo de la fraternidad universal; el socialismo triunfante: todo fue un sueño... lo que será una realidad en el porvenir!

NOTAS

(1) Alude el autor a un libro publicado por él el año 1880, titulado "Impresiones de un viajero en un país de llorones".

(2) De ese mal adolecían los partidos políticos, sin ideales siempre en esos tiempos.

(3) Estas páginas fueron escritas el 94, cuando aún no se había levantado en la plaza Independencia el monumento a Suárez...

(4) Escenas tomadas del natural por el autor en varias ciudades de Europa, mezclándose con ese pueblo y usando sus mismos hábitos para estudiarlo bien.

(5) Los brasileros, a pesar de los progresos operados, no han entrado en esta vía en cuanto a la retahíla de nombres.

(6) Se refiere al capital egoísta y sin iniciativas que era el que primaba en el país.

(7) El autor alude a los poltroni, sin desconocer las excepciones que nadamente iban en aumento.

(8) Estas páginas fueron escritas a fines de 1896.

(9) El autor se refiere al Banco fundado por el sindicato de allende el Plata el 89.

(10) Nombre de un negro curandero que curaba a los enfermos haciéndoles dar vueltas de carnero.

(11) Tengan paciencia los brasileros; pero, entre ser derrotados nosotros, no me queda más dilema.

(12) Aunque en el transcurso del libro los llamamos así, para su fácil comprensión, debe constar que en la fecha a que me refiero se denominan unicarriles o univías.

los peregrinos alquímicos piden por el bienestar de su corazón. La fuente está precedida de dos pilares: yin y yang y el viajero debe mojar su cabeza con el agua del yin, recorrer el camino circular que rodea a Venus y luego remojar su cabeza con el agua del yang.

3. Cerro del Toro: ingresar en el descanso, sentarse en uno de los tronos para dejar el agua correr debajo de los pies (purificación) y luego subir los 33 escalones hasta el sello del sol. Acostarse en el altar allí dispuesto y meditar pidiendo renacer el espíritu.

4. Hotel de Baños: camino laberíntico que lleva a la gran obra alquímica: la rosa. La flor de lis es la guía para llegar a la meta.

5. Catedral: aquí el viajero debe observar el rosetón de 8 pétalos que corona el templo, símbolo de la primera estrella que sale cada día.

6. Castillo de Piria: el peregrino debe buscar la liebre entre dos lebreles, otro rosetón de 8 pétalos y pasar por la puerta a la nada a los jardines y allí meditar.

7. Hotel Argentino: en la entrada los guardianes del Fuego y el Aire. Se debe entrar por la derecha y salir por la izquierda luego del símbolo de Urano. Rezar una última oración y sentir la paz.

El Socialismo Triunfante

Montevideo, año de 1898

Lo que será mi país dentro de 200 años

El siglo XIX fue un siglo de mentira, mientras que el siglo XXI es el siglo de la verdad.

De esta manera le es revelada a Fernando, el protagonista de esta historia, toda la verdad acerca de los tiempos que él vivió en su remoto pasado.

Es el año 2098 y la humanidad ha vencido todas las enfermedades aumentando extraordinariamente la expectativa de vida y se ha llegado por fin a un estado en el que reina la más amplia aceptación de las diversas religiones y creencias.

No dejan de sorprender las videncias de Piria en cada etapa del libro.

Cuando menciona varios elementos que en su época no existían y que hoy son comunes: la música funcional, el aire acondicionado, el hovercraft y hasta el fax, vemos en cada una de ellas confirmada su capacidad de ver más allá.

La anticipación y la utopía no acaban aquí: autos y vehículos que funcionan por aire comprimido, instrumentos inalámbricos de comunicación y nuevas fuentes de energía, haciendo énfasis en la energía solar.

También en su utopía socialista se han visto realizados sus sueños: los de unir el campo con la ciudad, que los niños sean educados por el Estado a partir de los cinco años de edad, una jornada de trabajo que demande solamente dos horas diarias, la herencia limitada al mínimo y aquél en que la tenencia de la tierra no puede superar las diez hectáreas.

El lector se encuentra frente a una obra única con múltiples lecturas, entre las que se destacan el socialismo utópico, la ciencia ficción y la alquimia.

Para muchos esta novela es una metáfora de la búsqueda alquímica de Piria, que culmina con la creación de una ciudad talismán plena de mensajes cifrados y códigos esotéricos.

¿Un sueño o una realidad?

ISBN: 978-9974-8283-3-9



